

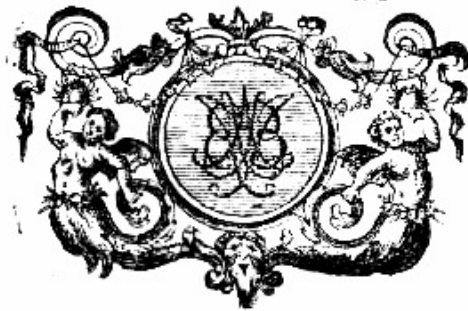
ANDRÉS PIQUER

protomédico

MEDICINA
ANTIGUA Y MODERNA

Revisada y aumentada definitivamente

PARA USO DE LA ESCUELA VALENCIANA



CUARTA EDICIÓN

Madrid, 1768 / Zaragoza 2014

Andrés Piquer Arrufat, *Medicina antigua y moderna* (Madrid, 1768)

Publicación número 4078 de la Institución Fernando el Católico

Organismo autónomo de la Excma. Diputación de Zaragoza

Plaza de España, 2 • 50071 Zaragoza (España)

Tels. [34] 976 28 88 78/79

ifc@dpz.es

<https://ifc.dpz.es>

© De la traducción del latín: Manuel Delgado Echeverría

Muchos médicos lo son de nombre, pero en la práctica muy pocos. Quien se dedique a un conocimiento auténtico del arte de la medicina debe estar en posesión de lo siguiente: capacidad natural, aprendizaje, lugar adecuado, instrucción desde la infancia, aplicación y tiempo. Lo primero que necesita es capacidad natural, ya que teniéndola en contra todo resulta baldío.

Hipócrates, *Ley*, num. 1, Chartier, tomo 2, pág. 145.

La sola experiencia es el árbitro más seguro de todos; quienes la abandonan y razonan lejos de ella no sólo yerran, sino que además anulan el beneficio de su trato.

Galeno, *Sobre las propiedades de los medicamentos simples*, lib. 1. cap. 40. Chartier, tomo 13, pág. 29.

Índice

DE TRATADOS Y CAPÍTULOS

PREFACIO		I
TRATADO PRIMERO ORINAS		
Capítulo I	Qué es la orina y cuántas clases hay	1
Capítulo II	Color de las orinas	5
Capítulo III	El poso de las orinas	7
Capítulo IV	Doctrina hipocrática de las orinas	10
TRATADO SEGUNDO PULSOS		
Capítulo I	Naturaleza del pulso	14
Capítulo II	Diferencias de los pulsos	15
Capítulo III	Doctrina de Galeno sobre los pulsos	17
FARMACIA GALÉNICO-QUÍMICA		
Capítulo I	Método terapéutico	21
Capítulo II	Indicaciones terapéuticas	22
Capítulo III	Propiedades y objetivos de los remedios	24
Capítulo IV	Medicamentos alterantes	26
Capítulo V	Cefálicos	29
Capítulo VI	Expectorantes	31
Capítulo VII	Estomacales	34
Capítulo VIII	Hepáticos y esplénicos	36
Capítulo IX	Histéricos y Nefríticos	37
Capítulo X	Purgantes	41
Capítulo XI	Eméticos	49
Capítulo XII	Diuréticos	52
Capítulo XIII	Sudoríferos y diaforéticos	54
Capítulo XIV	Clisteres	55
Capítulo XV	Anodinos y vesicantes	58
Capítulo XVI	Sangría	61

TRATADO CUARTO : CALENTURAS

Capítulo I	Explicamos qué es la calentura	66
Capítulo II	Diferencias de las calenturas	67
Capítulo III	Calentura mesentérica	69
Capítulo IV	Calenturas intermitentes	73
Capítulo V	Calenturas ardientes	80
Capítulo VI	Calentura sinocal	84
Capítulo VII	Calentura maligna	85
Capítulo VIII	Calentura semiterciana	89
Capítulo IX	Viruelas	89
Capítulo X	Calentura hética	94
Capítulo XI	Calentura diaria	96

PUNTOS PARA RECORDAR

sacados de la Medicina Antigua y Moderna, dispuestos en forma de aforismos	98
--	----

ÍNDICES

Onomástico	1
Simplees oficinales de origen Animal	3
Simplees oficinales de origen Mineral	5
Simplees oficinales de origen Vegetal	7
Específicos o preparados farmacéuticos	10

PREFACIO

PARA FUNDAMENTAR CORRECTAMENTE EL ESTUDIO DE LA MEDICINA

Lo cierto es que la Medicina es tan antigua como el mundo, pues nadie puede dudar que cuando los hombres comenzaron a ser afligidos por las enfermedades debido a la caída de los primeros padres y Dios Óptimo Máximo, en razón de la inmensa bondad con la que prevalece, dispuso remedios para estos daños, los hombres más antiguos, tanto como el mundo, fueron recogiendo aquellos remedios que consideraron más adecuados para librarse de sus aflicciones teniendo por guía la experiencia. La suerte de la Medicina hasta el tiempo del gran Hipócrates permanece oculta bajo espesas tinieblas pues los griegos, linaje de fabuladores, prefirieron disimularla en las imágenes de Apolo, Esculapio y otros nombres semejantes. No obstante, puede leerse lo que escribieron antiquísimos escritores como Heródoto, Homero, Sanchoniaton y otros sobre las prácticas, costumbres y leyes observadas en el ejercicio de la Medicina durante los tiempos llamados heroicos. Quien no guste de su lectura obtendrá igual provecho consultando la obra del muy afamado Daniel Leclerc.^a Por otra parte, a quien interese conocer lo que de Medicina guardan las Sagradas Escrituras, fuente de purísima verdad, le aprovechará seguir a Calmet,^b que lo estudió con propiedad, o espigar con atención en la *Philosophia Sacra* de nuestro Vallés; y, aunque parezca de escaso provecho para el ejercicio de la Medicina, nadie puede negar su conveniencia para gloria del arte y honor y dignidad del médico. El gran razonador Bacón de Verulam considera la Historia literaria tan necesaria que *de abandonarse su estudio la historia del mundo sería cual Polifemo sin el ojo, pues perdería la parte de la imagen que más conviene al ingenio e inteligencia de la persona*^c Además, si a cualquier hombre que no sea ignorante le es útil sacar a la luz la historia de su linaje, ¿cómo no le convendrá conocer el origen y avance, los cambios y avatares de la ciencia a la que se consagra?

Durante la época del gran Hipócrates en los años de la ochenta Olimpiada, en torno al año 460 a.c., la Medicina recibió un fuerte impulso; cuenta Galeno que en aquel entonces había tres escuelas médicas muy célebres: en la isla de Cos, en Rodas y en Cnido. Aquel gran hombre recogió todo lo que se leía públicamente en las escuelas, añadió lo que él mismo había adquirido experimentando con sus propios medios y lo fundió en una perfectísima obra, que es conocida hoy comúnmente por el solo nombre de Hipócrates. Evidentemente la obra que se lee bajo el título común de Hipócrates no fue compuesta en su totalidad por este sapientísimo anciano, sino que intervinieron en su urdimbre sus discípulos o hijos junto a lo que él había recogido de las escuelas. Sin embargo, es de todo punto indudable que el mismo Hipócrates compuso los libros de Aforismos,^d Pronósticos, y el primero y tercero de Epidemias. Fácilmente puede comprobarse que todos estos proceden de uno y el mismo autor atendiendo al cuidado estilo, a la concisión, método, orden y solidez de su doctrina. ¿Compuso el mismo Hipócrates algunos de los demás libros que se le atribuyen, o no? Sobre ello disputan grandes sabios y, por ahora, la cuestión sigue sin dilucidarse. Quienquiera puede encontrar muy bien planteado este asunto en Erociano, Galeno, Mercurial, Lemos y Leclerc. Por nuestra parte ya lo hemos examinado ampliamente en el Prólogo a Los Pronósticos de Hipócrates.^e En los quinientos años más o menos que transcurrieron desde la época de

^a [N.t.: *Histoire de la médecine, ... etc*, 1696]

^b [*Dictionnaire historique ... de la Bible*, 1720]

^c Verulam, *De dignitate et Augmentis scientiarum* libro 2, cap.2, cap.4, pag.49.

^d [La cita de las obras de Hipócrates en castellano conforme Pedro Laín Entralgo, *La medicina hipocrática*, CSIC, Madrid, 1976, Eulalia Vintró *Hipócrates y la nosología hipocrática*, ed. Ariel, Barcelona, 1973 y la edición en castellano de *los Tratados Hipocráticos* bajo la responsabilidad de Carlos García Gual, editorial Gredos, Madrid, 1983/2003]

^e [*Las obras de Hipócrates más selectas*, tomo I, 1757]

Hipócrates hasta la de Galeno, floreció la medicina hipocrática, pues los más afamados médicos, con pocas excepciones, abrazaron su doctrina. Muerto Galeno, comenzó a extenderse la medicina que él dejó establecida y, a pesar de que entre los griegos había muy esclarecidos médicos, casi todos se dejaron arrastrar a sus opiniones, hasta que, en el siglo quinto de la Iglesia, sucedió con triste presagio que bárbaras naciones inundaron toda Europa mientras los árabes asentaban su imperio en varias regiones del orbe, de donde resultó que la medicina alcanzó la mayor ruina. Por aquel entonces había una escuela médica en Alejandría que, según Amiano Marcelino, era conocida en todo el orbe; del testimonio de Albufaragio^a sabemos que los emperadores mahometanos la destruyeron por completo. Extinta la medicina de los griegos, tuvo esta ciencia que fijar su residencia entre los árabes y, aunque no puede dudarse de que entre ellos se encuentran grandes autores, fueron éstos de tal condición que ensuciaron con ficciones filosóficas y razonamientos sofisticos lo que fundaran los griegos mediante rectas observaciones; lo más importante es que tuvieron grandes seguidores en los siglos siguientes que no desearon otra cosa sino confirmar sus opiniones con la autoridad de los árabes. Muchos años permaneció postergada la medicina de los griegos hasta que franceses, italianos y, más tarde, españoles, la redimieron en los comienzos del siglo dieciséis. Roto entonces el yugo de los árabes, volvió la medicina de Hipócrates a su lugar por obra de Baillou, Duret, Alpino, Lom, Vallés y el valenciano Esteve. Sin embargo, hay que decir también que las falsedades propaladas por Paracelso y otros químicos retrasaron su avance; pues, esa gente, para establecer su dominio en la medicina, degollaron a la manera turca a todos los griegos. Y, ahora, ya en nuestro venturoso siglo, los hombres más esclarecidos de cualquier parte intentan con todos los medios restituir el Arte médico a su prístino esplendor.

Si de acuerdo con los postulados de la historia literaria, la historia civil ha de referirse sobriamente a los hechos y deliberaciones que movieron a los hombres a hacerlos, al historiar una ciencia habrá que exponer no sólo los cambios más destacables que haya sufrido en el transcurso de los años, sino también la parte de la doctrina congruente a cada época. Los autores Latinos suelen llamar secta a la manera de pensar que es común a muchos; sabemos por Celso y por Galeno que las más célebres de la antigüedad fueron la empírica, la metódica y la dogmática. Los adictos a la secta empírica se regían tan exclusivamente por la experiencia para el ejercicio de la medicina que desdeñaron el estudio de la filosofía y de la anatomía minuciosa, incluso para la investigación rigurosa de las causas. Los metódicos, tan cuidadosos en reseñar historias de enfermedades, sólo admitían lo estricto y lo laxo como causa de éstas. Así, en el tratamiento de la enfermedad a lo único que dirigían su atención era a relajar lo que estaba constreñido y a comprimir lo que estaba relajado. Los llamados dogmáticos o racionales, conjugando la experiencia y el método racional, no dedicaron sus esfuerzos sólo a establecer preceptos para el ejercicio de la medicina, sino también a investigar las causas. La medicina dogmática recibe diversos nombres según sus distintos seguidores o formas de pensar en épocas diferentes; así, suele llamarse galénica, arábica, química, pneumática y, finalmente, mecánica.

Nadie en su sano juicio negará que la experiencia es el fundamento principal de la medicina. Al hablar de astronomía, dice Manilio,^b con toda razón, que la experiencia hace el arte y que la prueba indica el camino, pues gracias precisamente a lo que es obvio para los sentidos llegan los hombres al conocimiento de las demás cosas que interesan a la inteligencia, no sólo en medicina sino en todas las ciencias naturales. Ahora bien, puesto que la experiencia no tiene valor a los ojos del sabio si no va conjugada con el razonamiento, es lógico que todos coincidan en considerar ambos caminos, el de la razón y el de la experiencia, imprescindibles para el ejercicio de la medicina. Y, puesto que para alcanzar la

^a [Abul Farax 1226-1286, *Chronicon Syriacum*]

^b [*Astronomica*]

experiencia racional es mucho lo que los jóvenes han de tener en cuenta, nos hemos propuesto examinarlo aquí breve y claramente para su fácil adquisición.

Antes de otra cosa conviene distinguir la experiencia del experimento; pues mientras este, obra de la naturaleza o efecto de ella misma, es perceptible por los sentidos, aquélla es conocimiento racional reunido a partir de un número suficiente de experimentos. Y como los efectos naturales, con ser obvios a los sentidos, han de ser cuidadosamente examinados y anotados, y este examen suele llamarse observación, será justo que sólo reconozcamos las pruebas debidas a observaciones hechas concienzuda y cuidadosamente. Además, puesto que no basta con una o dos pruebas para apoyar el conocimiento racional que llamamos experiencia, es lógico que se exijan muchas y bien fundadas observaciones para alcanzar la experiencia. Vale la pena, por tanto, que nos esforcemos lo más posible en establecer las observaciones con toda corrección para pensar que tenemos en verdad esa experiencia que, con razón, se considera necesaria para el ejercicio de la medicina. Yerran e inducen a error quienes se consideran expertos sólo porque cuentan muchos años y porque con el paso del tiempo sus sentidos han registrado gran número de hechos, pues de nada les servirá su mayor edad si no observaron los hechos convenientemente e, incluso, la cantidad de ejemplos mal comprendidos favorecerá sus errores. Sobre ellos escribió óptimamente el poeta de Venusia,^a al decir que estos hombres no consideran correcto sino lo que les agrada, y juzgan torpemente cuando afirman que de viejos han de olvidar lo que aprendieron en la mocedad. Es preciso que el observador evite los errores que suelen cometerse en el uso de los sentidos para fijar rectamente las observaciones; y lo conseguirá fácilmente si está instruido en las reglas de la lógica y atiende a lo que prolijamente expusieron Sexto Empírico entre los griegos, y Mallebranche entre los modernos.^b Conviene, además, evitar cualquier juicio precipitado, así como opiniones preconcebidas; pues, por estar éstas en el intelecto, no suele el hombre juzgar por lo que ve y toca sino por lo que imaginó antes. Hay que combinar por tanto las pruebas y los hechos de la naturaleza con diversos razonamientos durante algún tiempo a fin de comprobar si se presentan constantemente idénticos en cualquier circunstancia o, por el contrario, cambian los efectos observables con la diversidad de las estaciones, la edad, constitución del año y otras cosas semejantes. El gran Hipócrates profundizó en estos problemas con agudo ingenio y acendrado juicio, y sus observaciones tienen valor eterno. Por su parte, aquel celoso propagandista de la filosofía Experimental, Robert Boyle, que reconoció su propia debilidad y la dificultad del asunto tras casi infinitas pruebas, escribió un tratado *De infido experimentorum successu* digno de la literatura áurea. Consideren, pues, los jóvenes la confianza que han de poner en aquéllos que, por haber envejecido en el ejercicio de la medicina, alardean continuamente de su experiencia aunque no llegaron a saludar la lógica, la crítica o los criterios del entendimiento; y, si alguna vez hicieron algo de bueno en su práctica, cualquiera podría citarles el dicho: *De atenienses es la temeridad imprudente*. Los sapientísimos médicos de Breslavia, al advertir esto con inquietud, han editado el discurso *De experientia* que recomendando encarecidamente a los jóvenes como más útil que ningún otro.

El uso de la razón en el ejercicio de la medicina siempre tiene que cuidar de esto, para que nunca se separe de la experiencia. Según los filósofos, hay que tener por cierto que lo que llamamos razón en el hombre es un discurso compuesto por varias proposiciones; llamamos antecedentes a las primeras porque

^a [Quinto Horacio Flaco, *Epístola a los Pisones o Arte poética*]

^b [Desde la tercera edición utiliza Piquer la voz NEOTERICI, con la que sustituye la voz MODERNI de las dos primeras ediciones. En español, según Rafael Lapesa, "Neotérico era término aplicado desde el s. XVII a médicos opuestos a las doctrinas tradicionales" Véase Rafael LAPESA, "Ideas y palabras: del vocabulario de la Ilustración al de los primeros liberales" en Revista *Asclepio*, volumen XVIII-XIX, Madrid 1966-67, y en particular las páginas 194 y 195. He preferido traducirlo por «modernos» dado el desuso de la voz «neotérico» incluso entre los estudiosos de la historia de la medicina. Véase, por ejemplo, *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España* de López Piñero, 1983]

^c [*Tentamina quaedam de infido experimentorum successu...*, 1667]

son como bases para descubrir otra, que llamamos consecuente. En medicina hay que disponer los razonamientos de manera que las proposiciones que llamamos antecedentes se apoyen en la experiencia y la proposición que se deduce de aquellas, la que llamamos consecuente, se conforme a ella hasta el punto de que, si no se cumple, cualquier otra que el médico deduzca razonando será absolutamente falsa e incongruente, aunque sea lógica. *El médico* -dice con criterio Baglivi- *como ministro e intérprete de la naturaleza, habrá de obedecerla en sus obras y pensamientos, so pena de no adquirir poder sobre ella.* Y obedecer a la naturaleza no es sino conocer sus obras con pruebas e imitar sus movimientos en todas las cosas. De aquí se sigue que todas las hipótesis apoyadas en brillantes especulaciones de filósofos, ya de los árabes, de Descartes, de Newton, de los químicos o de cualquier otro de su condición, no son sino palabras de viejos ociosos para confundir a jóvenes inexpertos. Bacón de Verulam indicó con gran habilidad que la naturaleza no hay que abstraerla sino analizarla, y que lo que ésta hace y produce no hay que deducirlo sino descubrirlo. Lo que determinan los filósofos antiguos y modernos lejos de la experiencia son hipótesis y ficciones que fácilmente destruye la luz del día, mientras que los razonamientos que se fundan en la experiencia los confirma la misma naturaleza. Por tanto, para orientar correctamente el razonamiento hacia la práctica, debe el médico poner como antecedentes numerosas y bien fundadas observaciones, y deducir de ahí un consecuente conforme con la naturaleza; si así procede, no errará fácilmente. A modo de ejemplo: vemos un enfermo afectado por una febrícula ligera que escasamente le alcanza a la superficie del cuerpo. Afligido por insomnio pertinaz y dolor de cabeza, disfruta de un sueño escaso y turbulento con pulso pequeño y denso. Tomando todos estos hechos como antecedentes, deducimos rectamente, como consecuente, que el enfermo está afectado por el delirio puesto que nunca se presentan todos estos efectos sino en enfermos propensos al frenesí. Se equivocará, por lo general, quien quiera conocer esta enfermedad mediante razonamientos hipotéticos, considerando que estas o aquellas partículas abundan en la sangre o que ésta discurre por tales o cuales canalillos porque estas cosas, además de ser desconocidas para el médico, son meros supuestos sin verificar que en cien años se habrán consumido uno a uno y vendrán a parar en ruinas. Supongamos ahora un enfermo presa por tercer día de una calentura con rigor y vómito de bilis amarguísima que persiste tras unas doce horas, acompañada de cardialgia y ansiedad. Pasado este tiempo, aparece un sudor por todo el cuerpo y remite la calentura hasta desaparecer por completo. Al día siguiente todo ha curado. Sin embargo, al tercer día desde el ataque, vuelve la calentura con vómito, cardialgia y lipotimias que le agobian en exceso uno tras otro hasta que cesa la calentura. Un médico con experiencia reconoce fácilmente que esta enfermedad es la calentura terciana y, por tanto, funesta, agudísima y llena de peligro por lo que, sin dilación, prescribe corteza de Perú y libra al paciente de la enfermedad. Si dirige su curación por la hipótesis que establece que primero hay que preparar la bilis para purgarla después, que los accesos de calentura se extienden desde el foco de putrefacción y que, además, la ventilación ha de preceder a cualquier otro remedio, andará por las nubes mientras perece el enfermo entre las vanas especulaciones del médico. Este argumento, que es el punto capital de la verdadera medicina, lo expuso Boerhaave en su *De honore medici servitute* que quisiera ver profundamente impreso en los corazones de los médicos. Hipócrates, que ponderó mucho todo esto, y otros griegos que siguieron sus pasos pusieron tan gran cuidado en ello que redactaron con precisión historias de enfermedades en las que intentaron señalar los hechos de la naturaleza en cualquier enfermedad en el preciso orden en que los observaban. Y, así, a quienquiera que lea esas historias le parecerá estar viendo a los enfermos por sí mismo, pues son tan exactas que no parecen imágenes sino obras de la propia naturaleza. De ahí que Hallen en su *Synopsis medicinae practicae*, tras exponer la historia de la pulmonía siguiendo a Celio Aureliano, exclamara admirado en este punto: *En la atenta descripción de la enfermedad avergüencense los modernos.*^a Ya antes, los esclarecidos Sydenham y Freind, cuando examinaron las *Quaerela*, dijeron que los libros de los médicos más modernos aunque feracísimos en

^a [ALLEN, John, *Synopsis universae medicinae practicae*, editio nova Amsterdam 1749, pág 95]

brillantes asuntos, dada la ausencia de historias de enfermedades y la excesiva amplitud de las especulaciones, resultan de escasa utilidad para el avance de la medicina. Recomendamos que sobre este particular lean los jóvenes el esclarecedor prefacio de Nenter titulado *De medicina aegrotæ*^a y las *Reflexions critiques sur la médecine* del autor francés Le François,^b que han demostrado ampliamente lo que dejamos dicho más arriba.

Por tanto, de las tres sectas citadas se ha de preferir la empírica a las otras, pero no a la que de la experiencia sólo saca el nombre sino aquella que reconoce como fundamento las pruebas dispuestas según la recta razón y unidas a ella. En este sentido la secta empírica es ciertamente dogmática porque dogma equivale en medicina a lo que fundamenta la experiencia racional, mientras que el gusto por razonar que se apoya en hipótesis filosóficas no es dogma sino propiamente sofisma. Y no es dogmática, sino sofística el arte médica que no tiene otro fundamento que los sistemas de los filósofos y vacuas especulaciones.

¿No aprovecharán, entonces, ni la Botánica, ni la Anatomía, ni la Física para el ejercicio de la medicina? En absoluto. Todas ellas son de gran provecho si se aplican rectamente; y se aplican rectamente cuando se hace uso de ellas de acuerdo con la experiencia y no según hipótesis. Así, aprovecha a la medicina aquella botánica que nos instruye sobre las propiedades de las plantas en orden a la curación de las enfermedades; pero la que nos transmite la historia de las plantas pertenece a la Física. Y cualesquiera otras que se ocupan de los principios constituyentes de la planta a la manera filosófica ha de remitirse a hipótesis. En este orden de cosas conviene conocer los principios de las plantas y que sus propiedades salgan a la luz por diversos métodos, a saber: mediante pruebas químicas y prácticas, y mediante los sistemas filosóficos. Lo que nos consta por experimentos químicos no nos hace estar demasiado seguros sobre las propiedades de los medicamentos en lo que se refiere al cuerpo humano, pues todavía no se ha verificado mediante pruebas qué provoca una sal en el hombre, qué el azufre, qué los demás principios químicos aplicados al hombre. Robert Boyle aprendió del dilatado uso de las cosas y enseñó extensamente en un discurso cuyo título es *Chymista scepticus* que no consta con seguridad si los mismos principios que se extraen de los medicamentos mediante el análisis químico existen con anterioridad en los mismos.

Por tanto, hay que apoyar con celo el que se examinen en profundidad las propiedades de las plantas y de los demás remedios y en qué medida pueden ser útiles para la curación de enfermedades, y que avance más este estudio con pruebas prácticas probadas una y otra vez, pues hay que decir que no hay ninguna parte de la medicina tan incompleta y defectuosa como la que se ocupa de las propiedades de los medicamentos en la curación de las enfermedades. No hay médico que no prometa grandes cosas de éste o aquel remedio, no hay charlatán que no proponga esta o aquella hierba como remedio eficaz para curar las enfermedades y, lo que es más admirable, casi no hay autor, incluso prestigioso en el arte médica, que no exponga este o aquel remedio como específico. Dejo a un lado las promesas de los químicos y las vacuas exageraciones de sus remedios, porque no hay nadie medianamente instruido en la práctica médica que no sepa que son los más mentirosos. Efectivamente, en todo esto no corresponden los efectos con las promesas por lo que entre las gentes sensatas hay una gran desconfianza en torno a estas cosas y convendría en grado sumo que nadie expusiera nunca otras virtudes de los medicamentos que las que con seguridad y sin dudas hubiera reconocido; y sólo Juncker, que yo conozca, ha escrito una *Materia Médica* tan críticamente que en la atribución de propiedades a los remedios separa las falsas de las verdaderas.^c Recentísimamente Lieutaud en Francia y Tessari en Italia realzan esta rama^a como luego

^a [en: *Fundamenta medicinae...*, 1718]

^b [LE FRANÇOIS, Alexandre, *Reflexions critiques sur la médecine*, París 1714]

^c [JUNCKER, Johann, *Conspectus therapiae specialis tabulis CXXXVIII*, Hal 1723]

veremos. Por ello podría serle útil al médico retener las historias de las plantas tan exactamente descritas por los modernos y conocer lo que se ha transmitido sobre sus principios mediante el análisis; así, estará instruido en gran parte de la física; pero quedará lejos de poder ser considerado un gran médico si no conoce las propiedades de las mismas plantas, examinadas sin lugar a dudas en lo que concierne a la curación de las enfermedades; y, si renuncia a ello, como han renunciado casi todos los botánicos, me parecerá semejante al soldado que provisto de muchas y diferentes armas no sabe luchar por ignorar su uso, y acaso también por la ignorancia o el desconocimiento de la utilidad de los instrumentos.

No hay duda de que la información sobre los asuntos anatómicos es útil al médico y, en cierta manera, necesaria para conocer la parte afectada por las enfermedades y los síntomas dimanantes. Este estudio fue cultivado desde la más remota antigüedad, pues ya floreció en tiempos de Hipócrates en cuyos libros se manifiesta en abundancia. Consta con seguridad que Erasístrato y otros médicos de aquellos tiempos hicieron disección de los cuerpos, y nadie puede negar que, entre los latinos, también Celso se instruyó en la ciencia anatómica. Tampoco fue Galeno el único en cultivar esta parte de la medicina tan ampliamente como consta por sus libros *Sobre el uso de las partes* y *Sobre la localización de las enfermedades*^b, sino que también Rufo de Éfeso describió anatómicamente todas las partes del cuerpo humano y las explicó con gran talento. Tampoco entre los árabes se olvidó el estudio de la anatomía, pues Avicena, por no referirme a los demás, antes de hacer un discurso sobre las enfermedades pone en primer lugar la descripción anatómica de la parte en la que existe la enfermedad. Sobre esto hay que consultar a Goelicke que dejó una historia de la anatomía desde los comienzos hasta nuestros días escrita con bastante cuidado.^c En estos últimos tiempos muchos hombres de ingenio se han afanado en las cosas anatómicas y han creído descubrir con sus trabajos algunas cosas de nuevo, no conocidas plenamente por los médicos antiguos. Sea esto como fuere, no puede dudarse que en el siglo decimosexto, antes de Harvey, florecieron los celeberrimos Eustacchio y Vesalio, gracias a quienes cambiaron muchas cosas los modernos y las han transmitido como nuevas. Quien desee profundizar en esto acuda a Haller pues él refutó amplia y extensamente este argumento.^d Conviene señalar que, en nuestro siglo, a pesar de tantos y tan aireados progresos en anatomía, la praxis médica no ha recibido casi ninguna aportación, quizá porque entre los anatomistas unos se han dedicado a investigar asuntos minúsculos de ninguna o desconocida utilidad, otros han dado por conocido lo que se aleja mucho de la experiencia y otros, al fin, han excogitado hipótesis a las que pretenden adaptar las obras de la naturaleza en vez de derivar sus razonamientos de éstas, una vez examinadas atenta y correctamente como corresponde. Por ello, me parece evidente que deben situarse entre los deseos muchas cosas que hoy por hoy nos ofrecen los anatómicos más modernos como muy seguras. De todo ello colegimos que los ejercicios anatómicos que muestran las partes sensibles del cuerpo y sacan a la luz todas las que no pueden ponerse en duda, son utilísimas y quizá imprescindibles para la promoción de la medicina, pero consideramos que sirven para alimentar la curiosidad más que para instruir al médico aquellas partes, a las que nos hemos referido sin estar suficientemente estudiadas, inaprensibles con los sentidos, minúsculas e hipotéticas. Sobre esto dice con propiedad Celso: *Considero que la medicina debe ser racional, regirse por causas evidentes y refutar todas las obscuras, pero no con artificios del pensamiento, sino desde el arte misma. Es cruel sajar el cuerpo de hombres vivos, en tanto que hacerlo con los muertos es verdaderamente necesario para los que aprenden, ya que nos enseña el lugar y disposición.*^e Sólo queda, como corónide, advertir a los jóvenes lo mucho que aportan las disecciones

^a [Lieutaud *Synopsis universae praxeos medicae, etc.*, 1765. Y Tessari, *Materia Medica contracta*, 1762]

^b [La cita de las obras de Galeno, la hago en castellano teniendo a la vista la obra de Luis García Ballester, *Galeno en la sociedad y en la ciencia de su tiempo*, 1972, y Biblioteca Clásica Gredos, tomo 248]

^c [Historia anatomiae nova aequae ac antiqua, 1713]

^d [Elementa physiologiae corporis humani, 1757-1766]

^e Celso, *De Re Medica*, libro 1, Praefatio, pag.20.

anatómicas de cadáveres para conocer el lugar y disposición de las partes del cuerpo, y que no hay que hacerlas para investigar las causas de las enfermedades. Cuando la causa de la enfermedad por cuya fuerza muere un hombre es de naturaleza sensible como piedra, tumor, llaga u otras por el estilo, estas pueden descubrirse gracias al examen de los cadáveres; pero si la causa de la enfermedad es de naturaleza sutilísima, como suele pasar con frecuencia, la disección de los cadáveres no aporta nada a su conocimiento porque escapa a los sentidos. En una palabra, si la enfermedad es de las partes orgánicas o, como gustan decir los médicos, está fijada en los sólidos, aparecerán al menos sus huellas una vez abierto el cadáver, pero si lo estuvieran en las partes fluidas no podrá conocerse cuál sea la causa y sólo aparecen novedades y cambios que ha introducido la muerte, cuya observación es de tan gran importancia que no confiamos nada en observaciones como las de Schenck, Bonet y otros semejantes a pesar de que alguna vez las consideremos útiles con estas reservas.

Referente a la utilidad de la física en el ejercicio de la medicina, no nos cabe la menor duda de que la comúnmente llamada aristotélica en las escuelas no sólo es inútil, sino incluso peligrosa, porque de física no tiene sino el nombre y la apariencia; bien examinada resulta metafísica, hinchada con muchas y complicadas cuestiones que a nada convienen; con ellas se llenan los hombres de vanas ideas y se hacen inhábiles para la investigación de las verdaderas obras de la naturaleza. *Con el mucho disputar escapa la verdad*, dice Publio Syrus;^a y ¿qué son las cuestiones de física de las escuelas, sino violentas disputas de nunca acabar? Consideramos por ello que sólo la física experimental conviene a la medicina porque sólo ella enseña a investigar las obras de la naturaleza mediante pruebas y observaciones; y sobre su uso nos remitimos a lo que sobre la experiencia hemos dicho que hay que cuidar en el ejercicio de la medicina. Por tanto, no negaremos que puede serle de gran ayuda al médico si, instruido con exactitud en la Física Experimental, la sabe trasladar a la medicina con la ponderación oportuna. También hay que advertir a los jóvenes que la física que se publica bajo los auspicios de Descartes, Newton, Gassendi y otros semejantes ha de mantenerse lejos del arte médica, porque es hipotética y no experimental. Tampoco beneficia a la medicina la que Keill, Freind, y Mead intentan explicar mediante las hipótesis de Newton; si bien consideramos que algunos de sus escritos, por estar bien fundados en la práctica experimental, no han de rechazarse completamente. Lo mismo pensamos sobre otros muchos autores favorables a sus hipótesis pero que pueden aportar más perjuicio que utilidad a los jóvenes médicos, aunque conocemos a muchos que los admiran con excesiva constancia, por no decir tontamente. Conviene señalar que entre los autores de física experimental hay algunos que, al investigar la naturaleza en sí misma, observan sus obras celosa y atentamente en la medida en que son observables con los sentidos, mientras que otros pretenden investigar las cosas físicas con el concurso de instrumentos recientemente inventados. De entre ellos no dudamos en preferir a los primeros, pues observan la constante, perpetua e inmutable manera de obrar de la naturaleza, en tanto que los otros examinan la naturaleza en relación a tales instrumentos.

Sólo nos falta referirnos brevemente al uso de la autoridad en el ejercicio de la medicina. Nadie en su sano juicio negará que haya que consultar a los autores ya que nadie nace sabio y todos necesitan maestros. Siendo que la experiencia unida a la razón es necesaria para el ejercicio de la medicina, y que nadie puede experimentar por sí mismo lo suficiente ni tampoco confiar en las solas fuerzas de la propia inteligencia, se deduce fácilmente que los jóvenes han de acudir a los autores cuyas observaciones sean de toda confianza por haberse adiestrado en la profesión médica con dilatada práctica de manera que, mediante la correcta fusión de nuestras lucubraciones con las que ellos nos transmiten, aprovechemos en abundancia nuestro intelecto con lo más preciso para el ejercicio del arte. De esto no se deduce que haya que admitir indiscriminadamente a los autores sino sólo a los que pretendieron hacer avanzar la medicina

^a [Publilius Syrus, *Sententiae*]

mediante la experiencia e intentaron no dar por sentado nada que no fuera perfectamente conocido. Por tanto, hay que tener en cuenta que en el ejercicio de la medicina y en el compartirla con los demás unos accedieron a ese grado de perfección que los hace muy recomendables por su utilidad o por la perfección de sus escritos, otros sólo alcanzan la mediocridad en la ciencia de curar o en la forma de escribir y otros, finalmente, tratan las cosas médicas tan desubstanciada y vacuamente que de su lectura sólo se consigue perder inútilmente el tiempo. Conviene que los jóvenes sepan quiénes son vacuos e inútiles para dedicar todo el tiempo a leer a aquellos de los que pueden sacar certero fruto y sólida doctrina en abundancia. A ellos les presentamos ahora ordenadamente los principales autores médicos pues seguir la pista a todos no dudamos que, además de demasiado laborioso, resultaría pesado y desagradables para los jóvenes. Tampoco evitaremos exponer nuestro criterio aunque concedamos a cualquiera la facultad de pensar de distinta manera. Consideramos por nuestra parte que alabar a todos los autores es una especie de adulación o de la ignorancia. De otra parte, presentárselos indiscriminadamente a los jóvenes es lo mismo que permitir a un niño elegir en el mercado las mejores mercancías entre pocas y buenas mezcladas con muchas pésimas.

Para presentar concisa y claramente los escritores más preclaros del arte médica, ya lo sean con fama bien o mal ganada, los consideraremos en relación a las tres celeberrimas edades de la medicina. Examinaremos primero los escritores griegos y latinos que brillaron hasta el tiempo de los bárbaros, después los del tiempo de los árabes, y veremos al final los escritores posteriores al renacimiento de las letras en Occidente.

Entre los Griegos contamos en primer lugar a HIPÓCRATES, natural de Coos. Observador exactísimo en medicina y acérrimo desdeñador de hipótesis, escribió sólo de aquello que le constaba mediante pruebas absolutamente comprobadas y, por ello, recibe con justicia el título de Padre de la medicina. Según he dicho antes, describió cuidadosa y completamente historias de enfermedades. En una palabra, todas sus obras son excelentes. Deben leerlas los jóvenes, repasándolas de continuo si quieren progresar en la práctica porque con su lectura aprenderán a redactar historias exactas y simples de las enfermedades, las conocerán mediante la observación fiel de lo que sucede en los enfermos y, finalmente, tendrán muy claro que en la práctica médica no pueden dar nada por seguro que no hayan aprendido mediante la observación. Por ello no hay ningún autor que se pueda comparar con él. Sobre cuáles sean sus escritos, hay que saber, como ya hemos dicho, que circulan muchos libros reunidos bajo el nombre de Hipócrates que realmente no son legítimos. Sorano, antiguo autor de una vida de Hipócrates, nos advirtió de ello, también Galeno y, en época más cercana, lo han demostrado Girolamo Mercuriale, Daniel Leclerc, Schulze, Lemos y otros sabios.^a Todos ellos trabajaron duramente para distinguir los libros legítimos; también nosotros, siguiendo su trabajo, nos hemos esforzado en la misma tarea. De su atenta lectura colegimos que entre los libros atribuibles a Hipócrates con seguridad hay que contar los de *Aforismos*, al menos algunas sentencias; el primero y tercero de *Epidemias*, el de *Pronósticos*, y *Aires, aguas y lugares*. Los demás libros que se le atribuyen los consideramos espúreos, aunque haya que decir que entre ellos los hay muy apreciables y dignos de gran estima, tales como *La dieta en las enfermedades agudas*, *Enfermedades*, *Prenociones coicas* y otros que fueron muy alabados por Martiano pues, aunque no sean de Hipócrates, contienen su verdadera doctrina y quizá, como señala Galeno, los escribieran sus hijos u otros médicos posteriores que profesaban según su escuela. Sea como fuere, nos consta fehacientemente que tales libros contienen utilísima doctrina y observaciones sólidamente fundadas. Por ello, aconsejo a los jóvenes que los lean una y otra vez ya que, según Duret, *más provecho se sigue de leer a Hipócrates un día que a todos los pragmáticos un siglo*. También tenemos por cierto que el orden en que conocemos las sentencias de

^a MERCURIALE, Girolamo, *Opera qua extat graece et latine veterum codicum*, Venecia 1588; LECLERC, Daniel, *Histoire de la médecine*, Leipzig 1728; LEMOS, Luis, *Iudicium operum magni Hippocratis*, 1585.

Aforismos no fue elaborado por Hipócrates, sino por algún compilador que, tras su muerte, ordenó la colección según la conocemos ahora; tampoco sería extraño que en estos libros se hubieran interpolado algunas sentencias ajenas a su doctrina.

No sabemos con certeza cuándo vivió ARETEO, natural de Capadocia en el Asia Menor, aunque podemos conjeturar que fue coetáneo o poco posterior a Galeno, porque nada dice de él cuando nombra a todos los autores que le precedieron. Escribió en lengua griega sobre las enfermedades agudas y crónicas, y sus tratamientos. Sabemos que fue imitador de Hipócrates por encontrar íntegras en sus obras las sentencias hipocráticas. Después de Hipócrates, nadie mejor que él ha escrito historias de enfermedades y, por eso, los médicos deben leerlo continuamente y describir las enfermedades con la sencillez, exactitud y fidelísima observación con que lo hizo Areteo.

CELIO AURELIANO de la secta de los metódicos, cuya patria parece ser la ciudad de Sicca en África. Lo contamos entre los griegos porque siguió su medicina y fue exactísimo en sus observaciones. De sus obras se colige que fue antiquísimo, aunque no sabemos con certeza cuándo vivió. Escribió sobre enfermedades agudas y crónicas. Merece que se le lea de continuo porque compuso historias exactísimas de enfermedades a la manera de Hipócrates. Sólo una objeción tengo que ponerle: que usa un estilo bárbaro y oscurísimo en algunos pasajes. No obstante, por ser un autor especialmente útil para la práctica, considero que hay que tenerlo continuamente entre las manos.

CORNELIO CELSO, romano del imperio de Tiberio, escribió *De medicina* en ocho libros con elegantísimo estilo, en los que engrandece y sigue la doctrina hipocrática. Es un autor muy bueno, abundante en sólidas observaciones y expertísimo en cirugía. Hay que leerlo continuamente, en especial su Prefacio que es obra perfectísima y llena de discernimiento.

GALENO DE PÉRGAMO, nacido en Asia Menor en torno al año 130, se dedicó al ejercicio de la medicina en Roma siendo emperadores Antonino y Marco Aurelio. De ingenio agudo, imaginación fecunda y perspicaz inteligencia, instruido en toda la ciencia de los filósofos y médicos antiguos, hombre de incomparable erudición, imitó a Hipócrates y a otros griegos en algunos escritos, especialmente en la observación de algunas enfermedades a las que pasa revista en sus libros: *Sobre la localización de las enfermedades*, *Las crisis*, *Terapéutica a Glaucón*, y en otros. Escribió numerosos volúmenes en los que encontramos dispersos consejos prácticos orientados a la curación de enfermedades, y puede decirse con toda propiedad que no hay libro de Galeno del que no pueda sacarse algo útil para la práctica. También hay que decir que es un autor incómodo por los larguísimos razonamientos y por rendir tributo a su imaginación y a la fecundidad de ésta más de lo que debiera. Deterioró los buenos consejos prácticos al mezclarlos con su hipotética teoría y nada hay que no reduzca a sus elementos, cualidades, facultades y otros principios de la escuela peripatética. Siendo muy inferior en sus observaciones, no puede compararse a Hipócrates, Areteo, Celio Aureliano y a Celso, aunque a todos los supere ampliamente en erudición. Hay que recomendar a los jóvenes que lean a Galeno en sus fuentes, distingan con atención las observaciones que establece y las hipótesis que funda en ellas; de esta manera podrá ser beneficiosa su lectura. Imiten después a Hipócrates y a Areteo en la confección de historias de las enfermedades y no a éste. De él pueden tomar con cuidado algunos preceptos de mucha utilidad en el ejercicio de la medicina que se encuentran dispersos en sus obras. Si les complace, vean los jóvenes nuestra Prefacio a los Pronósticos de Hipócrates, donde se discuten ampliamente estos pormenores.

Entre los autores Latinos después de Celso descolló SCRIBONIO LARGO durante el imperio del Cesar Claudio. Hizo un libro *De compositione medicamentorum*, ilustrado por Rhode con extensos comentarios. Nada especial contienen los medicamentos de que se ocupa fuera de las alabanzas, a veces excesivas, con que los adorna; en ellas podemos ver la gran confianza en sus propiedades por parte de

algunos médicos. Sin embargo, puede sacarse algún beneficio de su lectura porque gracias a él sabemos cómo era la medicina en aquel tiempo, y porque considera los medicamentos simples más eficaces que los compuestos; así, explica a su amigo Calixto a quien dedica la obra: *Empecemos por el principio... ocupándonos de aplicar simples en primer lugar, porque hacen efecto antes que los medicamentos compuestos.*

QUINTO SERENO SAMMONICO brilló durante el imperio de Caracalla. Escribió en verso heroico los medicamentos para cada parte del cuerpo y los adecuados para la curación de sus enfermedades. Por estar el opúsculo,^a que ilustró Robert Keuchenius con notas muy eruditas, lleno de supersticiones cuesta verle alguna utilidad aunque escasa hoy en día, de no ser para conocer cómo era la medicina en aquel tiempo. Sin embargo, no me resisto a citar lo que dice cuando habla sobre la manera de ablandar el vientre, con cuya exposición no cansaré a los jóvenes, donde muy certeramente escribió sobre los médicos de su tiempo en los que regía la costumbre, mantenida entre nuestros compatriotas, de componer medicamentos para que dejaran este oficio únicamente a los farmacéuticos.

*Los médicos se acostumbraron a combinar zumos
en cantidad, pero, si preciosidades fueres a comprar,
errarás e inmensos caudales en vano derrocharás.
Reacciona, y aprende que la salud segura está en lo pequeño.*

Los demás autores Latinos de aquellos tiempos son de última fila; si algún joven desea conocerlos, encontrará lo suficiente para valorarlos en la Biblioteca de Fabricio.^b Ahora volveremos a los griegos. En el siglo cuarto de la Iglesia floreció ORIBASIO durante el imperio de Juliano el Apóstata. Por orden del emperador reunió en un solo volumen escritos de otros médicos, dispersos hasta entonces, y lo llamó *Collectanea*.^c Los escritos conservados nos ofrecen un compendio de los principales temas y de los autores que le precedieron. Harían bien los médicos en leerlo porque contiene muchas cosas que vale la pena conocer y se ocupa extensamente de todas las partes de la medicina. En todo caso, hay que advertir que la medicina, al igual que las demás letras, había caído en gran postración en aquel tiempo. Verdadero compilador, Oribasio, excesivamente crédulo y desmedido apologista de los medicamentos, no fue ni cuidadoso ni exacto al ocuparse de las historias de enfermedades; consagró su obra a recetas inútiles en lo general. Además de sus *Collectanea* escribió nueve libros sinópticos dedicados a su hijo Eustacchio en los que compendió toda la medicina.^d En esta obra, realmente pobre, se describen las enfermedades desde la cabeza hasta los pies y, si no me equivoco, es el primero entre los antiguos médicos que siguió un método para abordar la curación de las enfermedades: primero las que atacan a la cabeza, luego las del tórax y, a continuación, las que suelen aquejar al vientre y a las articulaciones. Comprobamos, además, que este método se ha mantenido en vigor hasta ahora con gran perjuicio del arte porque con un número reducido de enfermedades que infectan las cavidades, como dicen, llenan los tratados de medicina, mientras silencian otras muchas aflicciones cuya información es imprescindible para el médico. Sin embargo, muchos hombres doctos, siguiendo a quienes describen las enfermedades según este método, creen comprender cualquier enfermedad por constatar que gran abundancia de signos son concurrentes entre sí; ahora bien, como sabemos muy bien que son muy distintos por tener distinta naturaleza, hay que preferir la descripción completa de las enfermedades según vemos que hizo Hipócrates. Areteo y Celio Aureliano dejaron las trazas del método propuesto antes; pero Oribasio fue el primero en llevarlo a su

^a [Suele confundirse a Q. Serenus, o Serenius, del s. IV, autor de *De medicina praecepta* en hexámetros, con Serenus Sammonicus del tiempo de Caracalla y su perdida *Res gestae*, ver Macrobio, Saturnalia 3.16.6. Tomado de: Andrew Dalby]

^b [Johann Albert Fabricius, *Bibliotheca Graeca*]

^c [*Collectiones medicae*]

^d [*Synopsis ad Eustathium*]

culmen. Por nuestra parte, tras una reflexión profunda, lo seguimos en la *Praxis*^a resuelto de forma más adecuada para la enseñanza.

Del mismo siglo que Oribasio y, según se colige de sus obras, cristiano aunque supersticioso, AECIO es un autor mediocre en la definición de las enfermedades, y exuberante en la de los medicamentos. Merece mención porque nos ha conservado fragmentos de muchos médicos antiguos de los que estaríamos privados por completo de no mediar su diligencia y cuidado. Aporta algunas observaciones nada desdeñables para tratar enfermedades del pecho y demostrar la propiedad del aire para producir enfermedades.^b

De PAULO se dice que fue originario de Eginta; algunos lo han considerado imitador de Galeno porque lo sigue en todo y su obra puede considerarse como un compendio de la del otro. Sin embargo vale la pena consultarlos pasajes, en particular, que se ocupan del dolor cólico porque cuenta ampliamente cómo arraigó en la Italia de su tiempo una especie de este mal por la que todos los enfermos eran arrastrados a la epilepsia y a movimientos convulsivos, y lo más memorable es que no sanaban con medicamentos anticólico comunes sino con abundancia de un refrigerante.

No muy alejado en el tiempo de los anteriores, y celebradísimo por los griegos coetáneos ya por la riqueza de su doctrina, ya por la novedad de los descubrimientos, ALEXANDER DE TRALLES es un autor parco en las historias de enfermedades, pero muy cuidadoso en la prescripción de los tratamientos. Sigue por lo general a Galeno aunque a veces se aleje de él. Deben leerlo quienes quieran progresar en el arte pues fijó muy bien el tratamiento de algunas enfermedades.

En tiempo de Graciano brilló TEODORO PRISCIANO. Escribió algunos libros referidos a la medicina^c y fue protomédico del mismo emperador. En sus libros se refiere a las enfermedades internas del cuerpo humano y los denomina lógicos; DANIEL TRILLER, hombre sumamente erudito y meritorio sobre asuntos médicos, editó la parte que se ocupa de la pleuresía con utilísimos comentarios.^d Dejo a PALLADIO que escribió unos comentarios dignos de encomio al Libro sexto de Epidemias de Hipócrates; a Theophilus Protospatharius que compendió la doctrina de Hipócrates y de Galeno sobre las orinas, y a ACTUARIO el último de los griegos, que vivió en tiempo de Andrónico Palegogo el anciano, en torno al año de Cristo de 1300 o, como quieren otros, de 1100. Boerhaave es injusto con él cuando escribe: *Aquí acaba la escuela griega, pues la que profesan Actuario y otros no sé si me atreva a recomendarla*. En todo caso, Actuario escribió varias cosas dignas de encomio; en especial dos libros: *De actionibus et affectibus* y *De nutritione spiritus animalis*^e en los que demuestra la existencia del alma racional según determinan los médicos católicos y debe ser reconocido por todos. También describe muy bien enfermedades y afecciones del espíritu animal. FREIND, que es muy parco en alabar a los autores, lo considera superior a muchos otros griegos; en él, dice, se presentan muchas cosas muy dignas de leerse, y encarece mucho el tratamiento de la palpitación cardíaca, enfermedad crudelísima por otra parte.

Llegamos ya a la segunda edad de la medicina: siglos bárbaros sin duda en los que, extinguidas por completo las letras al mismo tiempo que el Imperio romano, vino a dar la medicina en gran mengua pues, con la excepción de los griegos ya citados, se cultivó sólo entre los árabes. El defecto de los médicos árabes

^a [Piquer, *Praxis medica*, Madrid 1766]

^b [*Tetrabiblion*]

^c [*Medicina praesentanea*]

^d [*Succincta Commentatio de Pleuritide etc*, 1740]

^e [*De spiritu animali, De diagnosi, De Urinis*]

fue que, lejos de ocuparse de medicina, se dedicaron a la física y a todas las ciencias naturales, pero no con observaciones y pruebas, sino con falsos principios, imágenes arbitrarias y reiterados sofismas. Tergiversaron tan extraordinariamente al gran filósofo Aristóteles que aunque su filosofía se reclama aristotélica, es absolutamente ajena a Aristóteles como muy bien advirtió Luis Vives, varón de ponderado juicio y gloria de la Escuela valenciana, al tratar de las causas de la corrupción de las artes. Según Vives, los árabes imaginaban axiomas que apoyaban en falsos principios, generados por su credulidad e ignorancia y no en la recta razón; habituados a ellos, el exacto conocimiento de la medicina y de la física no fue deducido del acervo de la naturaleza sino de axiomas falsos. Triller, muy estimado por su ponderación y gran conocedor de la historia médica, escribe refiriéndose a ellos: *El hecho es que fueron tan sumamente adictos a especulaciones vacuas y a supercherías que veían más con los ojos de la imaginación que con los del cuerpo y, así, inventaron en más ocasiones de las que observaron.*^a Ahora bien, no siendo ningún autor tan necio como para no poder encontrar algo bueno en él, vale la pena repasar los más notables; y vean los jóvenes qué pueden recoger de ellos y qué deben rechazar. El primer lugar entre los médicos árabes lo ocupa RHAZES. Entre sus escritos se lleva la palma un tratado *De Peste* y el libro noveno dedicado al Rey Almanzor, porque en ellos procede por observaciones más que por razonamientos. Tampoco hay que rechazar por completo un tratado *De Variolis*: el autor recomienda con mayor liberalidad que los griegos agua fría en abundancia para la peste, las calenturas pútridas y otras enfermedades.

AVICENA recosió una obra desagradable y de grandes proporciones; en ella se encuentran reunidos escritos de Galeno, Orisasio, Aecio y Alexander de Tralles, pero no en su pureza, sino ensuciados con modismos bárbaros e imágenes arábicas. Describe con exactitud, sin embargo, algunas, pocas, enfermedades como las viruelas, los morbillos y la enfermedad de Mirach pues así llama a una enfermedad hipocondríaca, retratándolas tan gráfica y correctamente que no lo supera ninguno de los más modernos, sin exceptuar a Boerhaave.

HALY ABBAS es el escritor de estilo más elegante y libre entre los árabes. Elíjase a Haly Abbas si se busca pulcritud y norma en la escritura y a Rhazes si se buscan indicaciones prácticas.

Entre los árabes españoles contamos a AVERROES y a AVENZOAR. Avenzoar se orienta hacia la práctica con razonamientos despreciables y vacuas teorías. Hace observaciones propias que no pueden considerarse sin importancia y, a mi juicio, es recomendado mercedamente por ello entre todos los autores árabes. Averroes, por el contrario, el libro que tituló *Colliget* abunda tanto en sutilezas filosóficas que es inútil para la observación práctica, y a él se deben en particular los progresos de la filosofía arábica y corrupta en nuestra Hispania.

Tras los más conspicuos autores árabes ya nombrados siguen, en el debido orden, sus seguidores más importantes; los repasamos brevemente para evitar que nuestro discurso crezca demasiado. CONSTANTINO AFRICANO fue monje benedictino. Puede leerse con provecho pues, aunque siguió en mucho a los árabes, escribió algo de acuerdo con la brevedad y método de Hipócrates y Galeno. ARNAU DE VILANOVA es un autor de amplia y prolija obra. Médico muy celebrado en su siglo a pesar de su libertad y apasionamiento en el hablar injurioso para con la religión y la vida monástica. Escribió mucho que nos muestra cómo era la práctica en esos tiempos; quienquiera que lo lea con atención advertirá fácilmente que de ellos no se saca mucho fruto. Los médicos árabes tuvieron innumerables comentaristas que siguieron su método en lo que se refiere a disputar, imaginar y emplear sutilezas. Recordamos entre los principales a FERRARIUS,^b GIOVANI ARCOLANI, JOHANNES DE TORNAMIRA, GENTILE DA

a Triller, *De pleuritide*, cap.5. pág. 41 [Véase más arriba]

b [Matteo, Ferrari da Gradi, Matthaeus de Gradibus]

FULGINO, GIACOMO DE LA TORRE^a y otros muchos. Entre estos últimos se lleva la palma PEDRO MIGUEL DE HEREDIA profesor de la Universidad Complutense. Explicando a Avicena, se perdió en las infinitas cuestiones de escuela y en las vacías especulaciones que llenan su obra. Hay que decir, sin embargo, que mezcló entre sus observaciones preceptos prácticos procedentes de Hipócrates y Galeno, de tanta utilidad que dejó muy atrás a los demás comentaristas de Avicena. En la categoría de los anteriores hay que incluir a todos aquellos que acostumbraron a tratar los asuntos médicos mediante cuestiones especulativas, razonamientos inútiles y ficciones. Lo más admirable es que durante los últimos siglos de la escuela arábiga se fuera imponiendo la costumbre de que muchos autores, y no los peores, tuvieran por guías para curar a Hipócrates y a Galeno y sacaran a colación su doctrina en las disputas y naderías que con tan desmesurada sutileza abundan entre los Árabes.

Llegamos ahora a la tercera edad de la medicina, posterior al renacimiento de las humanidades, en la que aparecieron autores de mayor relieve. A ellos me refiero a continuación sin respetar el orden cronológico, sino considerándolos en orden a su utilidad u otras perfecciones. En primer lugar situamos a LOM que escribió historias de enfermedades con una minuciosidad no alcanzada hasta entonces. Suelo compararlo con Areteo y con los mejores griegos, a la vez que recomiendo a los jóvenes que lo trabajen día y noche. Compuso el tratado *De curandis febribus* en el que, junto a la verdadera doctrina hipocrática, expone sutilísimas instrucciones para la curación de las calenturas. Hizo unos comentarios dignos de leerse al libro primero de *De medicina* de Celso. En resumen: Lom es un autor no inferior a ninguno que vivió en la mitad del siglo decimosexto.

Le sigue NICOLAS LE POIS. Este se ocupó de todas las enfermedades exponiendo su esencia, causas, síntomas y pronósticos con tanta precisión que no puede haber nada más exacto. No son recomendables, sin embargo, los tratamientos de las enfermedades pues se encuentran mejores y más exactos en algunos modernos. A pesar de todo, es un autor de relieve y de gran utilidad.

CHARLES LE POIS, hijo de Nicolás, escribió *Observationes de Morbis a colluvie serosa oriundis*, tan útil para la práctica que, en mi opinión, no pueden faltarle a nadie; no se encuentra nada tan perfecto en orden a la exactitud de las observaciones, al método de razonar, a la perspicuidad para descubrir las causas de las enfermedades, o al esmerado celo en registrar la aparición y desarrollo de estas. Recomiendo a los jóvenes que lean este libro, lo retengan en la memoria y lo manejen continuamente pues podrá serles de increíble utilidad. Los Le Pois vivieron hacia el final del siglo dieciséis y principios del diecisiete.

Coetáneamente PROSPER MARTIANO escribió unas *Annotationes ad Hippocratis opera* y, según pienso explicó mejor que nadie el pensamiento del más antiguo de los griegos; por eso es utilísimo e imprescindible en la práctica.

A comienzos del siglo decimosexto floreció en Francia LOUIS DURET a quien Heurne considera el más sabio entre los médicos que nacieron después de Galeno.^b Por mi parte pienso que no le va a la zaga a nadie en lo que atañe a la profundidad de la doctrina y a la ciencia de curar. Boerhaave habló así de él: *Tenemos aquí -se refiere a los comentarios de Duret a Prenociones coicas- un tesoro inestimable que recoge en un solo lugar lo que Hipócrates dejó en una y otra parte; de su comentario se puede prescindir menos que de los trabajos de Galeno porque aclara de forma egregia el contenido de las citas oscuras de Hipócrates. Conocedor como era de las lenguas latina y griega leyó los manuscritos, y casi se puede decir que otro Hipócrates explica a Hipócrates.*^c

^a [Jacobus Foroviliensis]

^b Heurne, *Commentaria in Hippocratis jusjurandum*, pág 160

^c Boerhaave, *Methodo studiandi medicinam*, part.10, tomo 2, pag.674, edición de Amsterdam de 1751.

HOULLIER y JACOTIUS se esforzaron en las explicaciones de las Prenociones de Cos de manera útil y buena, pero sin tanto éxito como Duret.

JEAN FERNEL, francés de agudo ingenio y excelente criterio, no hizo nada que no fuera egregio. Sus libros *De abditis rerum causis*, orientados a penetrar en las obras de la naturaleza y a descubrir las causas naturales, no son en absoluto inferiores a todas las especulaciones con las que los modernos se glorían en la actualidad de conocer los arcanos de la naturaleza.

GUILLAUME DE BAILLOU profesó la medicina viril, tan útil para el ejercicio de una práctica cuidadosa que puede compararse a los médicos griegos.

MAURICE DE LA CORDE, también francés, explicó ampliamente el libro primero de Hipócrates *Sobre las enfermedades de la mujer*. Nadie hasta el momento ha expuesto mejor y con mayor veracidad lo que se refiere a las evacuaciones de las mujeres.

PROSPERO ALPINO escribió el libro *De praesagienda vita et morte ægrotantium* del que nadie puede prescindir si quiere entender los síntomas, los desenlaces, las crisis, los cambios y todas las corrupciones de la naturaleza en las enfermedades agudas. Escribió también una *medicina methodica* que hay que alabar; y, como vivió mucho tiempo entre los egipcios, publicó una *medicina Aegyptorum* con la que enriqueció el arte con muchas y nuevas formas de curar.

Hacia la mitad del siglo dieciséis vivió en Germania SENNERT, hombre de gran ingenio y variopinta erudición; tan versado en los principios de los antiguos que su obra puede tenerse como compendio de toda la antigüedad. Atacó los dogmas de los químicos que comenzaban y zahirió en sus escritos al fanático y supersticioso Paracelso por representar las costumbres de curanderos y médicos ambulantes. RIVIÈRE fue transcriptor de Sennert aunque no lo siguiera en todo, pues omite muchas enfermedades descritas por éste; además, mientras Sennert aduce dogmas de todos los antiguos en defensa de sus opiniones, él se apoya únicamente en las huellas de Galeno. El hecho es que fundamenta toda la práctica en dos principios generales: la plétora y la cacoquimia; y, así, no hay enfermedad en que no aconseje sangrar y purgar. Es libérrimo en prescribir remedios, acostumbrando a recoser muchas fórmulas al mismo tiempo; por ejemplo, para tratar el frenesí habrá que ver al enfermo tan cubierto con unguentos, epítemas y otros medicamentos de esta laya, que parecerá un monstruo horrible. Si una enfermedad se prolonga cierto tiempo por su propia naturaleza, nada hay que no pruebe; así, en la calentura cuartana lo primero que hace es sangrar y purgar; de persistir la enfermedad, y dura muchísimo pues es larguísima por su naturaleza, purga dos y tres veces; hecho esto, pasa a los diuréticos y diaforéticos tanto en forma de apotema como de píldoras sin dejar de probar casi ningún medicamento. ¿Y después? La cuartana que, abandonada a su suerte, es la menos peligrosa de todas las calenturas, en virtud de un tratamiento inadecuado se transforma en un escirro incurable con fortísimos dolores cólicos o, más fácilmente, en una pleuresía crudelísima. Sólo puede excusarse a Rivière y a otros muchos de su tiempo porque, sin duda, se comprometieron con Galeno hasta el punto de que prefirieron equivocarse con Galeno precedidos por Massaria antes que decir la verdad con otros. Consideren los jóvenes que los autores de aquel tiempo, seguidores de Galeno sin remisión, no consultaron ni por encima a Hipócrates, Areteo, Celso u otros griegos; no les atiendan y, menos aún, los tengan por guías para la práctica.

VALLÉS, profesor complutense, escribió mucho con dignidad y belleza acerca de todo lo referente a la medicina por lo que merece ser muy recomendado. En los Comentarios que escribiera a los libros de Epidemias de Hipócrates, en los que habla como maestro, brilló su ciencia con más esplendor que en cualquier otra parte, y todos cuantos médicos hay en naciones extranjeras han honrado esta obra suya con alabanzas admirables. Así pues, habrá que tenerlo continuamente entre manos y repasarlo día y noche.

En la misma época vivió CRISTOBAL VEGA, profesor en la Academia complutense, cuya eximia obra merecería suma alabanza de no ser acérrimo seguidor de Galeno. No negaremos, sin embargo, que los médicos pueden sacar gran beneficio si saben aprovecharse de sus trabajos.

LUIS MERCADO enseñó medicina en Valladolid y escribió libros que han de recomendarse por la riqueza de doctrina y abundancia de opiniones; por ello hay que incluirlo entre los autores de mayor relieve. Su libro *De mulierum affectionibus* contiene eminentísima doctrina y muy útil para el arte de curar.

En aquella época profesaban la medicina en Valencia dos grandes lumbreras de su Facultad, si bien algo separados en el tiempo pues ESTEVE, que editó unos comentarios al libro segundo de *Epidemias* de Hipócrates llenos de erudición, vivió hacia la mitad del siglo decimosexto, mientras JAIME SEGARRA, que escribió con correctísimo estilo unos Comentarios a los libros de Galeno *De symptomatum differentiis & causis*, floreció en los primeros años del siglo decimoséptimo. Estos dos autores pueden ser muy útiles para los jóvenes; hay que valorar especialmente la gravedad de opinión y sus ejemplos prácticos. Pasaré por alto a muchos autores de esa época, compatriotas o extranjeros, por no estar escribiendo una Biblioteca, sino una selección de los autores más recomendables por su superioridad y eficacia.

En los siglos últimos pasados descollaron dos nuevos sistemas: el de los químicos y el de los mecánicos. Entre los químicos sobresale PARACELSO, hombre muy locuaz y vanidoso, más charlatán que médico. Siguió sus pasos HELMONT, que podría ser de utilidad por algún descubrimiento químico y algunos teoremas que dio a conocer en sus tratados, especialmente en el titulado *Actio regiminis*. Empero, hay que leerlo con cautela por ser autor parlanchín, oscuro, fanático seguidor de la hipótesis química, y no conoce ni imita las obras de la naturaleza. DU CHESNE, MYNSICHT, MUSITANO y otros de su condición, seguidores del sistema químico, pueden ser de utilidad por los preparados o compuestos que se encuentran en ellos, si se apartan sus ampulosas y desmedidas palabras profusamente vertidas para alabar sus virtudes. En lo que se refiere al conocimiento de las enfermedades, a su pronóstico e indicaciones terapéuticas, son inútiles y quizá peligrosos.

ETTMÜLLER, seguidor del sistema químico y célebre compilador, es de escasa utilidad para la verdadera práctica. Su obra puede compararse a un montón en el que hubiera paja, polvo, trigo limpio y estiércol, porque recoge cantidad de cosas de casi infinitos autores y lo entremezcla todo sin seleccionar. Pese a todo, podemos encontrar algunas cosas, pocas, de cierta importancia, en particular su famosa disertación *De parva magnorum morborum initia*.

MANGET editó muchos libros de gran tamaño y escaso provecho. Sin embargo hay que señalar que su amplia biblioteca conserva íntegros algunos autores que en vano se buscan por otras partes. Con todo, hay que reclamar que los compiladores de autores trabajen con crítica severa lo selecto de los escritos y no las bagatelas.

Quien busque inciertas y deformes noticias sobre diversos asuntos, y no guste de otras bien asentadas, imite en sus escritos a los autores citados y a otros de esta naturaleza. Fíjense los jóvenes en cada libro que se publica si se ajusta a la práctica y a la teoría del sistema de los químicos, o a la doctrina de DOLAEU, ETTMÜLLER y otros de esta laya y, si aún así desean leerlo, háganlo con precaución.

Hay que tener por regla cierta e infalible que los autores que no se rigen por observaciones seguras, al modo de Hipócrates y otros griegos, no siguen a la naturaleza sino lo que ellos piensan que puede hacer; repito que hay que despreciar por completo a esos autores y, cual a enemigos del género humano, hay que alejarlos de manos de los médicos; para reconocerlos examínese si se ocupan de las enfermedades a la

manera de Hipócrates, Areteo, Lom, Le Pois y otros como ellos, en cuyo caso serán óptimos; pero si la tratan a la manera de Helmont y de los químicos, serán perversos.

Nos ocupamos ahora de los modernos seguidores del mecanismo. LORENZO BELLINI, describió al modo hipocrático algunas enfermedades según la costumbre del siglo, y explicó mecánicamente la utilidad y efecto de la sangría, así como las diferencias de pulsos, orinas y calenturas. Apoya sus opiniones en los sistemas más que en observaciones.

BERGER describió con estilo elegantísimo, según costumbre de la época, la constitución mecánica del hombre en su tratado *De natura humana*; no se ocupó de ningún asunto práctico.

GIORGIO BAGLIVI escribió mucho y nada despreciable. En su obra destacan los dos libros *De praxi medica* por recomendar a los médicos que sigan la verdadera investigación hipocrática. Su tratado *De usu et abusu vesicantium* es muy bueno y rigurosamente ajustado a la práctica. En el tratado *De fibra motrice et morbosa* encontramos advertencias muy notables, aun sin merecer las alabanzas de su *Praxis medica* por ocuparse del movimiento de las fibras y de sus enfermedades aunque de forma hipotética sin hacer lo que aconseja a los demás. Con no pequeño detrimento del arte médico habla en *De febribus mesentericis*^a pues por la novedad de estas calenturas, tratan los médicos como mesentéricas la mayoría de las calenturas ardientes y malignas, con gran riesgo para los enfermos. En resumen: escribió sin ponderación y, por ello, no pueden admitirse sus opiniones indiscriminadamente.

GIOVANI MARIA LANCISI, médico romano y protomédico del pontífice máximo Clemente XI durante muchos años. Escribió mucho y muy útil con gran precisión. Entre sus obras hay que contar en primer lugar el tratado *De noxis paludum effluviis* por su gran perfección en todos los sentidos. Escribió también un tratado muy bien compuesto sobre las muertes repentinas y muchos opúsculos de merecida lectura. No hay que ocultar, sin embargo, que según la costumbre de su tiempo, escribió más a partir de hipótesis que de la observación.

LUCAS TOZZI no escribió a la manera de los mecánicos sino de los químicos y, por ello, no merece alabanzas. Vale la pena leerlo porque en *De praxi medica* escribió alguna cosa útil y descolló en la selección de remedios. Comentó todos los libros de *Aforismos* de Hipócrates de forma bastante recomendable, y habría que desearlo para los jóvenes de no ser tan fanático de fermentaciones y enemigo de sangrías.

GIOVANI BATTISTA BIANCHI escribió una historia hepática muy útil por explicar a la manera de los griegos las enfermedades que tienen su origen en la bilis y no he visto otro autor que se ocupe tan profusamente de la pleuresía y de sus especies. Se entretiene, sin embargo, en cuestiones puramente teóricas; y, si no se apoyara en principios hipotéticos, sus trabajos perdurarían eternamente.

JOHN FREIND escribió muchas cosas interesantes. En su emmenología o tratado *De fluxu menstruo* explica, mecánicamente, muchas cosas concernientes al flujo menstrual, a su período, y a la comprensión de su naturaleza. Escribió también historia de la medicina abarcando desde el tiempo de Galeno hasta comienzos del siglo decimosexto; en ella resume todo lo establecido por los médicos posteriores a Galeno en orden al tratamiento de las enfermedades, y trae a colación cosas tan útiles y cuidadas que merecen la estima general. Hizo además unos comentarios nada despreciables al primer y tercer libro de *Epidemias* de Hipócrates, aunque su *Historia medicinae* sobrepase ampliamente los demás escritos. No agrada por

^a [De Febribus Malignis et Mesentericis es un capítulo del libro I *De praxi medica*, 1696]

completo porque, sin ahorrar operaciones químicas, pretende sacar a Newton constantemente, y se entretiene demasiado con las teorías de su tiempo. Por ello sus escritos acercan más a la teoría que hacen progresar la práctica.

SYDENHAM escribió unas observaciones médicas comparables a las hipocráticas. Harán bien los jóvenes en imitarlo en sus observaciones y seguirlo en la anotación del curso de las enfermedades. Léanlo día y noche si quieren progresar en la práctica.

PHILIPPE HECQUET, acérrimo secuaz del mecanismo, escribió mucho y no despreciable. Sólo encuentro un defecto en él: que atribuye todo a los sólidos y casi nada a los humores, cuando es bien cierto que los defectos de las partes sólidas dependen de fluidos viciados. Por eso hay que leerlo, pero no imitarlo. Su tratado *De purganda medicina a curarum sordibus* es muy bueno y útil para la práctica, aunque escribiera todo con un ímpetu algo arrebatado.

ARCHIBALD PITCAIRNE abordó brevemente la teoría y la práctica según el mecanismo, y subordinó todos los fenómenos del cuerpo humano a las leyes geométricas. Merece leerse pero no imitarse, porque se apoya en racionios más que en observaciones.

JOSEPH REGA, profesor de Lovaina, publicó unos Aforismos^a nada despreciables en los que explica todo según las leyes del mecanismo pero más aptos para la promoción de la teoría que de la práctica.

FRANCESCO TORTI, médico de Módena, escribió un tratado muy exacto, que todos han de valorar, sobre las calenturas intermitentes perniciosas. Se hace pesado por sus largos racionios y circunloquios inútiles; por eso, quien seleccione de este autor lo que se refiere únicamente a la práctica hará un servicio a la medicina. De las mismas calenturas, pero con mayor provecho por hacerlo a la manera de los griegos, así como de las viruelas y de los morbillos se ha ocupado también WERLHOF.^b

FRIEDRICH HOFFMANN es recomendable por atender a todas las partes de la medicina con abundancia de doctrina. Adicto a la observación, es más útil para las cuestiones prácticas que para las teóricas, y sería más recomendable si no se explayara tanto en largos razonamientos porque acaba cansando con prefacios inútiles y discursos de nunca acabar. Me tomo la libertad de situarlo entre los médicos mediocres porque apenas nos quedaría la tercera parte de su obra si del infinito prurito por filosofar separamos las observaciones seguras y útiles en la práctica. Otro defecto suyo es que nadie puede saber qué pasa por su cabeza cuando alaba o vitupera cualquier cosa; al ocuparse del agua, por ejemplo, la presenta como remedio universal, a continuación se ocupa del vino y también lo valora como el más precioso medicamento; finalmente, condena completamente a los autores antiguos, aunque si algo tiene de consistente a ellos se lo debe. Hay quienes ponen a este autor por las nubes, pero cada uno tiene su sensibilidad. Lo cierto es que no hay nadie que lo lea con buen criterio que no diga que es cierto lo señalado antes.

RICHARD MORTON fue un observador muy preciso. En el tratado *De phthisi*, muy bueno, expuso perfecta y completamente la historia de la enfermedad, sus causas y tratamiento. Son insuperables sus tratados *De febribus* y *De variolis et morbilis*. Tiene un solo defecto: atribuir a la corteza de Perú más propiedades de las que le corresponden y, aunque tampoco hay que seguirle en el uso importuno de

^a [Accurata medendi methodus ... per aphorismos proposita, 1732]

^b [Disquisitio medica ... de Variolis & anthracibus etc, 1735]

medicamentos calientes y sudoríferos en las viruelas y en enfermedades agudas, bien quisiera yo que, para todo lo demás, los médicos lo tuvieran continuamente entre manos.

BERNARDINO RAMAZZINI escribió mucho y no despreciable. Sus *Epidemicæ constitutiones* son especialmente útiles; *De morbis artificum diatribam* es de gran valor para la práctica. Gran erudito, su lectura resulta agradable por la elegancia en la que engasta los razonamientos, aunque, amigo de fermentaciones, mezcle muchas cosas que no pueden probarse.

JEAN ASTRUC en los dos libros *De morbis venereis* describe la historia del mal francés, su tratamiento y causas con tal perfección que no puede encontrarse nada más exacto. No pueden aprobarse fácilmente, sin embargo, algunas indicaciones sobre la teoría de tan gran enfermedad y la historia de su origen.

GEORG ERNST STAHL, enemigo acérrimo del mecanismo, escribió mucho aunque no todo haya llegado a nuestras manos. Por las obras que tenemos, y todavía son muchas, colegimos que fue un químico excelente, un médico mediocre y un pobre anatomista. Hay que leer sus escritos, especialmente los químicos, aunque su oscuridad y morosidad aparten de su lectura a muchos hombres perspicaces.

JUNCKER, discípulo de Stahl, escribió con discernimiento sobre cuestiones prácticas. Sus obras son muy buenas si se deja a un lado la teoría, en la que incluye grandes vaciedades sobre la naturaleza y llega a proponer herejías formales en el tratado *De generatione*. Estimo extraordinariamente en este autor que investigue muy críticamente la Materia Médica y no dé por buena ninguna propiedad de los remedios sin haberla ratificado antes con la experiencia. ¡Ójala todos los médicos lo imitaran en esto!

HALLEN,^a médico inglés, ofrece un prontuario muy apropiado para los jóvenes donde incluye los mejores consejos de autores célebres y remedios muy selectos y resumidos. Me desagrada de este autor que elija las observaciones prácticas de Etmüller y de otros modernos, omitiendo casi por completo a Hipócrates, Galeno y los demás griegos o árabes. Tengo por seguro que su opúsculo sería mucho más útil si pusiera a disposición de la juventud reglas prácticas de los Príncipes de la medicina por delante de muchas futilidades de Etmüller.

HERMANN BOERHAAVE, jefe de fila de los médicos de nuestro siglo, merecedor de la mayor alabanza porque convocó a los Profesores de nuestro tiempo que andaban desviados del recto camino de la curación, avivó la llama casi del todo agotada de la medicina hipocrática y enriqueció el arte médica con observaciones fiables. Hombre de ingenio sutil, mejor juicio y amplísima cultura, hay que recordar que introdujo grandes cambios, útiles en su mayoría, en la medicina de nuestro siglo. Entre otros, son recomendables sus discursos: *De honore medici servitute*, *De acquirendo certo in physicis* y *De commendando studio hippocratico*. Su obra química es perfectísima por la exactitud con que observa las obras de la naturaleza, como por la habilidad en registrar los procesos de las operaciones químicas. En *Aphorismi de cognoscendis et curandis morbis* se ocupa de historias y tratamientos de enfermedades con método claro, fácil y breve; con todo, se aleja mucho de los escritores griegos, pues estos escribieron historias de enfermedades con método sencillo y claro sin oscurecerlo con razonamientos filosóficos, mientras que Boerhaave introduce con frecuencia en los aforismos el mecanismo que, en tanto que sistemático, rara vez guarda relación con las verdaderas observaciones. Sus *Institutiones medicæ* incluyen todo lo que se ha publicado en los últimos años sobre los nuevos descubrimientos anatómicos. Harán bien los jóvenes en leer y respetar a este autor que escribiera tantas cosas de merecido encomio. Conviene, sin embargo, sepan

^a [Allen, John, *Synopsis medicinae practicae*, 1723]

que en sus escritos hay dos tipos de consideraciones: observaciones y razonamientos. En lo referente a las observaciones nada hay más exacto; pero las argumentaciones, según costumbre de la época, tienen mucha pulcritud y poca utilidad, pues no puede negarse que muchas de las proposiciones son inciertas o no se apoyan en bases suficientemente firmes, siendo Haller el discípulo que refutó algunas firmemente arraigadas en él. Tal es el caso de lo que afirma sobre las inflamaciones y los vasos laterales de las arterias. También admite otras proposiciones semejantes en las cuestiones anatómicas, inventadas casi por completo y que el mismo Haller incluye entre los desiderata. Es tan poderoso el genio de cualquier época que atrae hacia sí a los eruditos seducidos por el deseo de gloria; por ello, al haber mucho que confirmar en Boerhaave, es de esperar que la luz del día lo esclarezca con la exactitud que el paso del tiempo proporciona.

GERARD VAN SWIETEN, oyente de Boerhaave durante mucho tiempo, publicó unos Comentarios a sus Aforismos, llenos de conocimiento de la verdadera medicina, dirigidos a reconocer y tratar las enfermedades. En estos comentarios encontrarán los jóvenes lo que de sólido y útil se haya dicho desde la antigüedad sobre la índole y tratamiento de las enfermedades; a ello se añaden observaciones de nuestro siglo ampliamente comprobadas por el uso para explicar a los antiguos y para el uso práctico; su lectura puede ser útil para jóvenes por estar engastado todo ello en un estilo sencillo, digno y diáfano. Lo que hace a este autor menos memorable es que para explicar los pensamientos del otro se vea obligado con frecuencia a hacer unos comentarios muy amplios, debido a la gran adhesión de Boerhaave a muchas cuestiones poco claras propias de su época. En verdad, este sapientísimo varón se ocupa con tal arte de lo que conoce que, en cuanto puede aliaña aquellas teorías con observaciones físicas, químicas o médicas con las que todo lo adorna y explica.

JOHANNES GORTER, discípulo también de Boerhaave, tiene muchos escritos nada despreciables entre los que destacan los titulados *De actione viventium particulari y medicina hippocratica*. Autor eminente y seguidor de la auténtica medicina, una sola cosa estorba en él: su excesiva delectación en las conclusiones teóricas de nuestro tiempo le lleva incluso a rechazar algunos aforismos de Hipócrates por la sola razón de que se oponen o no concuerdan con los modernos. Si se recoge de este autor lo concerniente a la práctica, puede ser de gran provecho para jóvenes.

ALBRECHT HALLER, discípulo de Boerhaave, muy erudito y de amplia cultura, muy versado en todas las partes de la medicina, aunque ocupe lo principal de su obra en explicaciones anatómicas. Escribió mucho, tanto para dar a conocer sus propias ideas como para aclarar las de Boerhaave; el trabajo y la exactitud muestran en todos sus escritos gran ingenio y aplicación al estudio. Se entretiene poco en las cuestiones prácticas por lo que aprovechará a los jóvenes en todo lo que se refiere al decoro de la medicina, que es mucho; sin embargo, en orden a la práctica sacarán mayor beneficio de otros discípulos de Boerhaave que ya hemos recordado. Con todo, hay que decir que dio a conocer escritos de prácticos célebres adornados por lo general con prefacios inadecuados. Así, salió a la luz bajo sus auspicios la historia de las enfermedades de Breslavia,^a utilísima para la práctica.

Hasta aquí hemos atendido a los autores que se ocupan sobre todo de la práctica, ahora hablaremos un poco de los que se orientan a la farmacia y la anatomía. El compendio anatómico para jóvenes de Heister puede bastar en este punto, porque expone breve y claramente las cuestiones anatómicas rechazando cualquier hipótesis. Para el estudio de la farmacia, en cuanto se orienta al tratamiento de las enfermedades, son de gran utilidad Geoffroy y Juncker. Siempre que se lean con

^a [Historia morborum qui annis 1699, 1700, 1701, 1702 Vratislaviae grassati sunt, 1723]

atención pueden bastar para el empleo de los simples. En lo que se refiere a los compuestos pueden bastarles a los jóvenes médicos la *Pharmacopé Universelle* de Lemery, la extemporánea de Fuller y la de Juan Bate,^a porque se ocupan de los medicamentos seleccionados entre los demás por su probada eficacia. De ninguna manera puede ocultarse aquí la *Synopsis universae praxeos medica* publicada muy recientemente,^b elaborada por el insigne LIEUTAUD. Comprende dos partes: en la primera de ellas se enumeran todas las enfermedades, y en la otra todos los remedios. Hay que recomendar esta sinopsis a los jóvenes porque en la primera parte se ocupa histórica y lúcida de las enfermedades, apartando cualquier teoría; en la segunda vuelve a examinar las propiedades de los remedios, tanto simples como compuestos y, tras someterlos nuevamente a juicio, rechaza muchos falsos y no bien probados. Aunque no dudamos que gentes perspicaces encontrarán necesariamente defectos en esta obra, en absoluto nos dolerá que el autor consiga grandes alabanzas por ella y sería deseable que se detuvieran en sus huellas quienes se esfuerzan en los asuntos médicos. Entre los italianos TESSARI, dedicado a adornar esta rama, persigue con rigurosa crítica las propiedades de todos los remedios. Útil esfuerzo si el autor no lo hiciera oscuro con su excesiva brevedad. Desde hace poco tiempo sobresale entre las dignas de recuerdo la obra de SAUVAGES,^c en la que clasifica el casi infinito número de enfermedades y de síntomas a la manera en que los botánicos de ahora proceden con las plantas. Alabamos su gran talento y su ímprobo esfuerzo, pero en absoluto nos agrada el método pues, para completar los grupos a la manera de los botánicos, utiliza con frecuencia no sólo las enfermedades, sino también las causas, los fenómenos, los síntomas como auténticas y primarias enfermedades. ¿Conseguirá este método el efecto deseado en la curación de los enfermos? Los prácticos dictaminarán. Quién desee un amplio estudio sobre los autores recurra a Boerhaave y a Haller, su comentarista, en el libro *Methodus discendi Medicinam*.

^a [Bate, George *Pharmacopoeia Bateana*, 1690]

^b [1765]

^c [*Pathologia methodica seu cognoscendis morbis*, Leyden, 1759]

Tratado primero : ORINAS

capítulo I : qué es la orina y cuántas clases hay

1. Desde el comienzo de la medicina se estableció entre los médicos la costumbre de examinar las orinas de sus enfermos para constatar el diferente alcance de las enfermedades según su diversa naturaleza, puesto que la índole oculta de las enfermedades internas sólo puede captarse fácilmente por señales externas y porque el correspondiente movimiento y disposición de los humores puede conocerse por las partículas que se separan de ellos y, aunque algunos modernos aseguran que es inútil examinar las orinas e, incluso, lo consideran indecoroso para los médicos, quien quiera sanar a los enfermos rectamente mediante observaciones de las enfermedades debe examinar atenta y concienzudamente no sólo las orinas sino también los excrementos del vientre; pues, aunque la orina no sea una señal tan fiable y segura que sea absolutamente infalible, es una señal que hay que anotar con cuidado para pronosticar correctamente en algunas enfermedades.

2. Los antiguos médicos vinculados a la opinión de Galeno y de los árabes definen así la orina: *suero humoral atraído por los riñones, llevado desde allí a la vejiga a través de los uréteres, para que la sangre resulte beneficioso alimento en los animales*. Pero esta definición explica las partes por las que se expele la orina y la finalidad que pretende la naturaleza con su evacuación, más que la orina misma. Así explican la orina los modernos: *líquido linfático y seroso henchido de sales y de azufre, y evacuado en los animales precisamente a través de la vejiga*. Aunque esta explicación sea más exacta que la anterior, está expresada con términos inusuales por lo que exige alguna aclaración. Se llama linfático al líquido de la orina, que es lo mismo que ácueo, porque la mayor parte de la orina es ácuea. Se añade *seroso* porque la orina no es mera agua, sino la porción más fluida de los humores de nuestro cuerpo, compuesta no sólo de agua sino también de las partículas más sutiles de los mismos humores mezcladas con ella, que para diferenciarla del agua pura, se llama *suero*. Los modernos llaman *sal* a todo aquello que pica en la lengua, no en el sentido estricto sino por semejanza con la sal común que pica fuertemente en la lengua. Se dice por ello que la orina es un suero henchido de sales porque en la orina se localizan partículas picantes y que provocan picor en la lengua y la boca. Los más modernos llaman *azufre* a cualquier materia capaz de inflamarse e idónea para adquirir hedor, a causa de la semejanza con el azufre común que es extremadamente hediondo e inflamable. Y, como en la orina se localizan numerosas partículas que adquieren fácilmente hedor y prenden con facilidad, se dice por ello que está constituida por azufre. Finalmente, puesto que la porción ácuea está henchida de sales y de azufre, o, lo que es lo mismo, el suero está repleto de partículas impuras y ajenas a la constitución natural de los humores vitales, es propenso a la putrefacción por el calor de las partes, de donde resulta que la naturaleza lo arroja fuera del cuerpo. Pero no se ha aclarado por completo cuáles son las partes por las que se realiza la expulsión de la orina. Muchos antiguos y no pocos de los más modernos han pensado que la orina es arrastrada por la sangre hasta los riñones, y expulsada desde allí a través de los uréteres y de la vejiga. Afirman, sin embargo, que esto se lleva a cabo de diferente manera; los galénico-árabes creen que resulta de la facultad atractiva de los riñones. Los más modernos, negando esta atracción, se han separado en opiniones diferentes. Los químicos defienden que la secreción de orina se realiza gracias a un fermento arraigado en los riñones. Los seguidores del mecanismo discrepan mucho entre sí, pues algunos de ellos establecen ciertos poros en los riñones dotados de una configuración determinada, exactamente coincidentes con las partículas que componen la orina; de donde resulta que al caer la sangre en los riñones por ley de la circulación a través de las arterias emulgentes, únicamente deposita allí las partículas de la orina porque los poros sólo están adecuados a las partículas que han de recibir; la sangre restante avanza para cumplir su círculo a través del cuerpo por estar menos proporcionada a la configuración de los poros y ser inadecuada para pasar a través de ellos. Otros, muy poco conformes con esta disposición de los poros, pretenden demostrar que la secreción de orina en los riñones se

realiza gracias a la presión de la sangre que se desliza por las arterias, gracias a la proporción de los vasos latericios que salen de las últimas ramificaciones de las arterias y, finalmente, gracias a la estructura particular de los riñones dispuesta para este trabajo, de manera que debe resultar necesariamente la secreción de orina por concurrir todas estas cosas al mismo tiempo. Y ¿quién no ve que todo esto son meras ficciones elaboradas en la mente de los autores y muy ajenas a las obras de la naturaleza? Los hombres excesivamente ávidos de conocimientos pretenden comprender lo que la naturaleza quiso que estuviera oculto bajo densísimas tinieblas y, puesto que renuncian por sí mismos a la única luz que ha nacido apta para aventajar a la naturaleza, suponen arbitrariamente no lo que las cosas son en realidad, sino lo que, si existiera, sería adecuado para satisfacer su pensamiento.

3. Hipócrates entre los médicos más antiguos dejó dicho en más de un lugar que la secreción de la orina se realiza en parte directamente desde el estómago y los hipocondrios hasta la vejiga, y que otra parte fluye hacia los riñones desde el cuerpo entero para que, llevada desde allí hasta la vejiga a través de los uréteres, sea expulsada. Martiano demuestra esta opinión de Hipócrates con numerosos argumentos, y es innegable que se ajusta a la práctica médica. Entre los más modernos muchos pensaron que la orina va directamente desde el estómago a la vejiga, pero, entre ellos, el célebre Morín ha superado ampliamente a los demás tanto por el peso de sus argumentos como por la cantidad de sus pruebas, según nos muestra en la disertación que presentó a la Academia de París el año 1701.^a Por mi parte, considero muy verosímil que la secreción de la orina se realice por una y otra vía, es decir, una parte desde el estómago hasta la vejiga a través de la primera región y por conductos sólo conocidos por la naturaleza, y otra parte a través de los riñones y de los uréteres. Pensamos que aquí sólo hay que proponer a los jóvenes dos de los argumentos que se aducen para demostrar el paso directo de la orina desde el estómago hasta la vejiga, dejando los demás para que los lean en los autores citados. El primero se deduce del uso de algunos alimentos y bebidas, pues rápidamente huele la orina tras la ingestión de espárragos; y no puede ser que los espárragos se viertan en el quilo con tanta rapidez, más tarde a la sangre y, finalmente, el suero resultante atraviese los riñones para integrar la orina. De manera semejante observamos a diario que las aguas de algunas fuentes, especialmente de las minerales, pasan tan rápidamente del estómago a la vejiga, como de ninguna manera puede hacerse en un lapso tan breve a través de los riñones. El segundo argumento se deduce del uso de las cantáridas, pues, una vez tomadas, duele la vejiga inmediatamente; y las emulsiones, la leche, y otros diluyentes semejantes, que se prescriben para calmar el ardor introducido por las cantáridas, hacen efecto inmediatamente, de manera que no pueden atravesar el largo camino de los riñones a cuyo través perderían su fuerza por la tardanza. De esto hay que concluir que una parte de la orina se lleva directamente desde el estómago hasta la vejiga, y otra parte se recoge de la sangre y de todo el cuerpo a través de riñones. De aquí se deduce una observación de gran importancia en la práctica, pues en las enfermedades del estómago, de los hipocondrios y de otras vísceras de la primera región la orina proporciona un indicio seguro de los males que las importunan.

4. Pero, ¿de qué manera llega la orina hasta la vejiga? ¿por atracción?, ¿por presión? ¿acaso, finalmente, por la adecuación de los poros con las partículas? Lo dejaremos a la investigación de los hombres excesivamente curiosos. Bástenos indicar ahora que la secreción de la orina puede realizarse a la vez por presión y por atracción; pues, ¿qué impide que el estómago, por constreñirse en todos los sentidos, presione la porción ácuea de los alimentos en dirección a las partes más próximas? Así mismo, ¿qué impide que la vejiga atraiga hacia sí la porción de agua comprimida por el estómago y sus partes vecinas? Añádase que la evaporación y la filtración ayudan mucho a una sorprendente atracción de las partes del vientre. Lo mismo que decimos acerca del estómago, puede entenderse acerca de las demás partes del cuerpo, puesto que, comprimiendo el suero de los humores, y atrayéndolo los riñones, se sigue luego la expulsión. Acaso diga

^a MORIN, *Projet d'un système touchant les passages de la boisson et des urines. Memoires de l'Academie Royal de Sciences de Paris 1701*. París 1743, pp 198 a 211.

alguien que esas atracciones son el refugio de la ignorancia. Claramente decimos que ignoramos de qué manera suceden éstas y otras operaciones semejantes de la naturaleza, pero, de cualquier manera en que se realicen, lo cierto es que la naturaleza saca la substancia acuosa de los humores a través de la vejiga, y a esta operación perceptible por nuestros sentidos y observable desde la parte de la vejiga, la llamamos atracción, voz con la que significamos un efecto que nos es visible, aunque sea desconocida la manera en que se realiza. Pensamos lo mismo que los newtonianos, entre los filósofos modernos, en absoluto temen enseñar, es decir que la atracción universal es un principio de las cosas por el que la naturaleza hace sus obras de forma admirable. Sea lo que fuere lo relativo a esta atracción, nos consta completamente que cualquier otra hipótesis excogitada por los más modernos para explicar la secreción de la orina está expuesta con palabras brillantes y grandes énfasis, pero también sabemos que está muy lejos de la verdad.

5. A propósito del reconocimiento de las diferentes orinas, consideren los jóvenes que no sólo hay que examinarlas en orden a su naturaleza común, sino también a la particular, para que el conocimiento sea más perfecto. Así, en razón de su textura (los galénicos dicen género de la substancia) es tenue, gruesa o media; de aquí que una orina que es mediana en relación a un solo individuo es delgada o gruesa en relación a otro y al contrario, porque nace de la diversidad de la naturaleza y de los temperamentos de cada individuo por lo que no puede determinarse genéricamente cuál es tenue o gruesa puesto que esto corresponde especialmente a la naturaleza peculiar de cada uno; así pues, será tenue la que parezca transparente como el agua, en más o en menos según sea más o menos tenue; y será gruesa la que sea semejante a un licor turbio, cenagoso, con posos, etc.

6. La orina tenue indica también cosas diferentes según la diversidad de las enfermedades en las que suele presentarse; pues si se presenta en los comienzos de las calenturas agudas, anuncia o que vendrá rápidamente una enfermedad de la cabeza, o que el enfermo va a peor. La razón es porque tal orina indica que las partículas febriles e impuras están tan implicadas con los humores que no pueden separarse de ellos con ninguna fuerza de ninguna manera, de donde procede la constante crudeza de las enfermedades; y así, resulta que estas partículas mezcladas con los humores hacen salir sus desgracias en la cabeza, arrastrando el delirio, el sopor u otro síntoma, como ocurre con mucha frecuencia; o bien, fijadas en otra parte, exasperan los síntomas de las calenturas y hacen progresar la agitación de la sangre y de los humores. Si se presenta en las histéricas es un indicio seguro de un paroxismo inminente, pues acostumbran a expulsar una orina transparente, semejante al agua de grutas desbordantes, unas horas antes de la invasión del paroxismo; de igual manera tal orina muestra en escorbúticos, gálicos e hipocondríacos que están afectados más de lo normal.

7. Si sale una orina tenue y, a continuación, resulta gruesa, blanquecina, turbia y como enfangada, es señal de una digestión depravada de los alimentos en el estómago y, en consecuencia, de muchos flatos que en ello tienen su origen; por eso, tales orinas son habituales durante el invierno en escorbúticos, histéricas, en los de estómago débil y en los estudiosos; a todos ellos suelen aquejar enojosas flatulencias, además de que digieren mal. Y hay que deducir todo esto de la orina tenue que resulta de causas internas y de una disposición peculiar de las vísceras, pues, con mucha frecuencia la tenuidad de la orina procede de causas externas y de su abuso, por lo que no significan lo que se ha indicado; así, suelen presentarse orinas tenues por una ingestión grande y desmesurada de agua común, al igual que de un amplio trago de vino blanco. Además, con las aguas termales, comprobamos que salen orinas tenues e incluso delgadísimas, inmediatamente después de su ingestión.

8. La orina gruesa indica siempre, especialmente en las calenturas, mucha cantidad de sales sobrantes en el cuerpo, o abundancia de las impurezas que existen en él. Por otra parte, si es desmesuradamente gruesa, como las orinas de las acémilas, indica un dolor de cabeza presente o futuro, según aquello de Hipócrates: *Quienes en la fiebre tienen orinas gruesas como de acémilas, tienen o tendrán dolor de cabeza.*^a La orina gruesa, turbia y saturada con diferentes arenillas señala la salud en las terminaciones de las calenturas, pues significa que las partículas impuras de los humores son arrojadas del cuerpo a través de las orinas. Tales orinas son muy frecuentes en las calenturas tercianas y en otras intermitentes, pues suelen resultar de las sales de diverso género que se alojan en el cuerpo y de las impurezas febriles que existen en él. Sobre las orinas gruesas con verdad dijo Galeno: *Unas orinas permanecen turbias durante mucho tiempo, otras alcanzan rápidamente un poso grueso, y significan que la solución de la enfermedad será lenta; otras que no dejan poso anuncian que de mantenerse las fuerzas la enfermedad será larga, pero con las fuerzas abatidas perecerá el enfermo.*^b

9. No hay por qué detenerse en las causas de las orinas tenues y de las gruesas porque suelen ser diferentes según la diversidad de las enfermedades. Sin embargo, las orinas tenues como agua resultan en general por la falta de algunas partículas y sales que flotan naturalmente en ella, ya falten por estar detenidas en otras partes y no lleguen hasta las vías de la orina como sucede en las afecciones convulsivas, ya porque no se separen de su asociación con los humores como ocurre en las calenturas agudas, ya sea que, retenidas mucho tiempo en la linfa y excesivamente diluidas en gran abundancia, no se hagan patentes como ocurre en escorbúticos e histéricas, ya sea, finalmente, porque en la evaporación y filtración lo que es fluidísimo y muy tenue sólo pueda pasar por las vías obstruidas y no suficientemente abiertas. Las orinas gruesas resultan tales por la excesiva abundancia de partículas, de sales o de impurezas de los humores; estas impurezas y partículas suelen ser de diferente naturaleza de acuerdo con la diversidad de enfermedades en que se presentan.

capítulo II : color de las orinas

10. Nada hay que examinar en la orina con mayor atención que el color, pues de su naturaleza y variedad deducen los médicos las indicaciones para sanar a los enfermos, así como las indicios para pronosticar en las enfermedades; sin embargo, hay que señalar ante todo que los colores de las orinas no proceden, como les pareció a algunos antiguos, de cualidades físicas, sino, según lo que hemos dicho antes, del orden y encadenamiento con el que se combinan y unen mutuamente las partes de la orina. De esta conexión resulta que los rayos de luz se reflejen de una u otra manera, y nazcan éstos colores o los otros. Unos colores de las orinas son los que corresponden a los hombres sanos según la naturaleza y otros preternaturales son habituales en ellos mismos cuando enferman. Los colores naturales de la orina son el subpálido, subrojo, subamarillo, es decir, algo pálido, algo rojo o algo amarillo. El color pálido de las orinas es semejante a un vino blanco tenue, o a las pajas secas; el rojo es semejante al oro y el amarillo al azafrán.

11. Cuando se presentan dichos colores, no siempre son naturales respecto a cada individuo, aunque en un sentido absoluto se les llame naturales, porque si, por ejemplo, alguien es bilioso por temperamento y evacua orina casi pálida, con seguridad no le es natural porque no corresponde a su naturaleza, aunque en un sentido absoluto se considere natural; en razón de que las naturalezas poco calientes tienen por natural la orina algo pálida, las medianamente calientes la algo roja y algo amarilla las muy calientes. Creían los

^a HIPÓCRATES, *Aforismos*, libro 4, sent. 70.

^b GALENO, *Comentarios al libro 4 de los Aforismos de Hipócrates*, sentencia 70.

antiguos que estas orinas naturales reciben su color de la bilis y están teñidas por ella porque veían que la bilis conserva en la vejiga un color semejante. Los modernos han establecido que las orinas naturales reciben su color de la abundancia de sales amoniacaes y de algunos glóbulos alojados en la sangre y evacuados a través de la orina; lo que, según ellos, queda demostrado por muchas cosas: en primer lugar el desagradabilísimo y putrefacto olor de la orina; en segundo lugar, la máxima sutilidad y penetración de las partículas de orina, pues de la orina se saca un espíritu tan volátil que provoca la diaforesis, disuelve la coagulación, cura las apoplejías, etc. Sin embargo, esta divergencia de opiniones es de escasa importancia, pues es lo mismo que llamemos bilis o azufre mezclado con una sal a las partículas sutiles, fácilmente inflamables y predispuestas a la putrefacción, y por esta diferencia no se altera nada, tanto si atendemos al conocimiento de las enfermedades como a su pronóstico. Pero es más aconsejable conservar con los antiguos el nombre de *bilis*.

12. Colores preternaturales (exceptuados el pálido, el rojo y el amarillo, puesto que no son conformes con la propia naturaleza) son el color blanco, el rojizo, el verde, el morado y el negro. El color blanco suele salir en la orina con mucha frecuencia por una excesiva suciedad de los humores y por una corrompida conversión del alimento en sangre, como por una digestión invertida de los alimentos en el estómago; porque, cuando las partes de los alimentos mal sometidas en el estómago son arrastradas a la asociación con las partes, no pueden adaptarse allí mismo con facilidad a éstas, por lo que quedan muchas que son alejadas por la naturaleza a través de las orinas; además, tales orinas suelen ser habituales en quienes se entregan con exceso a Venus, a Baco y a la gula, y en los que la cocción y digestión de los alimentos se lleva a cabo depravadamente a causa de la debilidad del estómago o por la ruina de los alimentos. Si estas orinas se presentan al principio de las enfermedades, indican que se ha retenido una mezcla depravada de humores gruesos, y que la primera digestión de los alimentos se está realizando en el cuerpo fuera del plan establecido por la naturaleza. Por el contrario, si estas orinas comienzan a aparecer en el declinar de las calenturas, significan que la naturaleza prepara la crisis por esas partes.

13. Sucede que en ocasiones el pus hace blanca la orina; por ejemplo, cuando precede alguna inflamación en el hígado, los riñones u otras partes y, transformada aquella en supuración, se evacua la podre a través de la orina volviéndola blanca. El pus se reconoce en la orina de una inflamación anterior, de una llaga o de otras causas de las que puede proceder la podre porque, si éstas han aparecido antes y más tarde se expulsa la orina blanca, es señal segura de que el pus ha teñido esta orina; ahora bien, si además de lo dicho se presenta acrimonia en la micción, es una señal muy segura de pus expulsado en las orinas porque siempre se va al fondo del vaso, no así los humores gruesos; pero he aprendido que es una señal insegura por haberlo observado rigurosamente yo mismo en los empiemáticos. Finalmente, las orinas blancas suelen resultar de algunos humores corrompidos mezclados en ella, y que la tiñen, los cuales suelen presentarse muy especialmente en mujeres infectadas por la sífilis y en los afectados de gonorrea, lo que se sabe por el propio relato del enfermo que dice estar afectado por el morbo gálico. Añádase que la orina se vuelve blanca a causa de las enfermedades prolongadas de los riñones y de la vejiga, con mal presagio en general, como hemos explicado en los comentarios a los *Pronósticos* de Hipócrates.

14. Pensaban los antiguos que el color rojizo de la orina procede de la sangre en mayor o menor abundancia, según sea más o menos rojiza. Sin embargo, nosotros decimos que a veces es así, especialmente en las calenturas sinocales y en las que se evacua la sangre a través de la orina por algún vaso roto, pero esto se reconoce claramente en la misma sangre que se destaca de la orina misma; pero, puesto que se presentan orinas rojizas en las calenturas agudas procedentes de una diátesis inflamatoria de la sangre en las mesentéricas que comienzan en el mesenterio por una disposición depravada de los humores así como en las tercianas intermitentes, y esta rubicundez no resulta de la sangre, hay que examinar, por tanto, qué significan, y de dónde proceden tales orinas. Por consiguiente, cuando el médico ve una orina roja, tiene que examinar inmediatamente la lengua, porque si está seca, áspera, negra, y la calentura es de alguna manera ardiente, entonces es señal de que la rubicundez de la orina procede de las sales alcalinas y de las partículas sulfúreas

excesivamente calientes y exaltadas, y que, entre tanto, la sangre está afectada por una disposición inflamatoria. Pero, si con la orina roja la lengua está blanca, sucia y pegajosa, llena de mucosidad, *generalmente* es señal de que la rubicundez de la orina procede de las sales acres y muriáticas en ella existentes; por eso, en las tercianas intermitentes, en las calenturas mesentéricas y en escorbúticos, hipocondríacos e hidrópicos (en quienes aparecen algunas veces tales orinas) si alguno quiere experimentar lo que hemos dicho sobre la orina roja, fíltrela y una vez fría pásela por un paño fino transcurridas más o menos doce horas desde la micción; hecho esto, verá que en el paño han quedado numerosas sales rubicundas, como de polvo de ladrillo de las que procede la rubicundez de la orina. En este punto se equivocan algunos miserablemente cuando ven la orina rojiza y, por pensar que ésta siempre procede de un ardor excesivo de la sangre, dictaminan que hay que hacer una sangría, y con la emisión de sangre no consiguen en tales ocasiones ninguna otra cosa sino convertir calenturas bastante ligeras y enfermedades rápidamente curables en inexpugnables y agudas; calenturas fácilmente solubles en crónicas; las de difícil curación y las héticas en mortales. Esta conexión de la orina con la lengua en las enfermedades de la manera ya explicada, se deduce claramente de aquella opinión de Hipócrates: *La lengua señala el humor*.^a Hemos dicho *generalmente*, porque algunas veces orinas rojas con la lengua blanca y pegajosa indican, sin embargo, inflamación de la sangre, lo que conviene reconocer por las demás señales; pues si la orina es roja y el enfermo proclive al delirio, presa de la convulsión o de algunas otras afecciones inflamatorias, indica, no obstante, inflamación aunque la lengua esté blanca y sucia.

15. Hasta el momento pocos han podido ver en la práctica orinas verdes y moradas, por eso he llegado a pensar que semejantes orinas rarísima vez aparecen; pero si alguna vez se presentan las orinas verdes al comienzo de las enfermedades agudas, significan la exaltación total de un humor ácido, particularmente del melancólico, y el hervor provocado en el cuerpo por el mismo ácido, por lo que suelen ser peligrosas y significan que el enfermo está mal. De forma semejante, la orina morada significa una gran liberación de sangre y, por ello, casi siempre es mortal, pues lo propio del color morado es indicar la muerte en cualquier parte del cuerpo que esté, según aquello del gran Hipócrates en *Pronósticos*, libro 2, sentencia 8, donde dice: *las uñas y los dedos se ponen amarillos, hay que esperar la muerte a corto plazo*; lo que confirma en *Aforismos*, libro 4, sentencia 47, donde dice: *En las calenturas no intermitentes son malas todas las excretas lívidas, cruentas, hediondas y biliosas*. Por tanto, las orinas moradas son tan perniciosas porque indican la extinción del calor innato o una diátesis de los humores ajena a las fuerzas de la vida.

16. Las orinas negras no son tan infrecuentes en la práctica y las tiñen las partes tartáreas y feculentas (comúnmente el humor melancólico), por ello son habituales en las naturalezas en que abundan tales partículas y, a veces, son beneficiosas. Cuando las mujeres padecen supresión de los meses y de las hemorroides los hombres, y luego las orinas se vuelven negras, indican que las partes feculentas de la sangre, que la naturaleza solía evacuar por el útero en las mujeres y por las hemorroides en los hombres, son evacuadas por la orina; por lo que tales orinas suelen ser beneficiosas. La orina negra en los hipocondríacos y en los ictéricos con dureza en el hipocondrio derecho o en el izquierdo generalmente es mortal o, al menos, significa que la enfermedad será larga. Si la orina negra se presenta en los comienzos de las enfermedades agudas significa una gran adustión y, por tanto, demuestra que la enfermedad será excesivamente aguda, o mortal; sin embargo, si hace su aparición en el declive, señala la crisis por aquella parte y, en ocasiones, es buena señal. Finalmente, si se presenta la orina negra y brillante en un enfermo excesivamente dañado, es una señal segurísima de que la muerte va a llegar pronto, porque los esputos negros y brillantes proceden de la atrabilis que llaman exquisita, que es siempre un mal presagio para los enfermos según la opinión del divino anciano: *si en los comienzos de cualquier enfermedad sale la atrabilis por arriba o por abajo, es mortal*.^b

^a HIPÓCRATES, *Epidemias*, libro 6, sección 5, sentencia 14.

^b HIPÓCRATES, *Aforismos*, libro 4, sentencia 22.

capítulo III : poso de las orinas

17. En las orinas, especialmente si son naturales, puede observarse un poso algo blanco o una pequeña nube como vellón de blanquísima lana yacente por lo general en el fondo del vaso, de donde coligen los médicos los signos de cocción. Los antiguos pensaron que este poso es una porción cruda del quilo en los hombres sanos, mientras que en los enfermos que padecen calentura pútrida no sólo es una porción cruda del quilo sino también la porción de humor putrescible al fuego y, por ello, juzgaban que la cocción comienza cuando el poso es blanco, liso e igual en el fondo del vaso. Para que los jóvenes entiendan mejor esto conviene saber que algunas veces este poso de la orina se presenta en la parte superior de las orinas por lo que se llama nube, otras en el medio del licor ácuo y los griegos lo llamaron "aenorema" y los latinos "suspensum", finalmente en otras, las más frecuentes, está en el fondo del vaso y se llama poso.

18. Ahora expondremos brevemente qué materia compone el poso y qué significa. Los médicos árabes enseñan que en los hombres sanos el poso se compone de la parte cruda del quilo que, al no convertirse en sangre mediante la acción del hígado, se separa con la porción ácuo de ésta y se expulsa con la orina; pero en los enfermos, especialmente los castigados por una calentura pútrida, determinan que el poso no procede solamente de la porción cruda del quilo ya citada, sino también de la porción del humor (como ellos dicen) putrescible al fuego, esto es, de la porción de aquel humor cálido que, en particular, alimenta a la calentura pútrida. Esta opinión, si se entiende rectamente y se explica según conviene, no hay que rechazarla en absoluto en la medida en que se adapta a la comprensión de los jóvenes y es congruente con la práctica médica. Conviene, por ello, entender de qué manera en las personas sanas el poso es una porción cruda del quilo. Cuando el licor ácuo acude directamente desde el estómago hasta la vejiga a través de la primera región, arrastra y lleva consigo una porción de alimento que, por lo general, es la más ligera y vaporosa de los alimentos y se le llama porción cruda puesto que le falta una mayor elaboración para que esté perfectamente cocida; de donde resulta que si alguien es movido a la micción cuando ha pasado poco tiempo de la ingesta de varios alimentos e, incluso, de abundante bebida, la primera orina tendrá poco o ningún poso y éste será crudo y grueso, pero las demás orinas, las que se expulsan más avanzada la cocción del estómago, tendrán un poso más cocido y abundante. Cuando la parte acuosa de los humores que existe en toda la superficie del cuerpo y en sus vasos más pequeños avanza hacia los riñones para formar la orina, lleva consigo una porción del alimento no suficientemente apto para la alimentación de las partes. Pero, puesto que todas las calenturas pútridas deben tener su fómite en la primera región o en cualquiera de las restantes partes del cuerpo (ya sea que este fómite esté unido a una verdadera inflamación, ya sea que sólo esté unido a una agitación y a un calor demasiado crecido) y, puesto que tal fómite es de naturaleza ígnea, resulta de ahí que disminuye mucho la fuerza para cocer el alimento, y la excesiva agitación produce un profundo desorden en los humores ya trastornados; de donde resulta que aparece poco o ningún poso al comenzar estas calenturas, no porque no esté en la orina la materia del poso, sino porque las partes de alimento mezcladas con la porción ácuo se confunden con las demás partes de la orina a causa de la excesiva agitación, calentamiento y desorden, y no se separan de aquéllas; pero con el paso del tiempo, por encargarse de nuevo la naturaleza de la cocción del alimento y corregirse hasta cierto punto el desorden de los humores, comienza a aparecer poso; por lo cual se dice que en los enfermos éste está constituido de una porción cruda de alimento y de un humor dispuesto a la putrefacción.

19. Convendrá explicar qué entendemos por cocción y crudeza, puesto que los médicos examinan especialmente las orinas para poder conocer por ellas las señales de la cocción y de la crudeza de los humores. Los humores de nuestro cuerpo o son alibles, esto es, adecuados para la alimentación del cuerpo, o son excrementicios, esto es, aunque inapropiados para la nutrición, destinados a otros usos acordes con la naturaleza; si mantienen su índole, cantidad y las cualidades conformes al orden de la naturaleza, se llaman cocidos; y se les dice crudos cuando se alejan de la naturaleza ya por la cantidad, ya por el orden, ya por la cualidad. Por tanto, se presenta suma crudeza de los humores en los comienzos de las enfermedades agudas

que proceden de la putrefacción o que están unidas a ella, puesto que aquel principio tenue y sutilísimo de naturaleza ígnea que engendra todas las calenturas introduce en los humores la máxima disgregación, agitación y alejamiento del estado natural, por lo que los hace muy crudos; pero con el paso del tiempo y el avance de la enfermedad, puesto que la naturaleza intenta con toda la fuerza volver a llevar los humores a un estado que le sea conveniente, resulta que al crecer la enfermedad aparecerán ya algunos signos de cocción en los excrementos. Ahora bien, si la naturaleza sigue avanzando en el corregir con su fuerza el mal de los humores, observaremos una perfecta cocción en los humores durante el estadio de las enfermedades, es decir, su perfecta devolución a un estado absolutamente conforme con la naturaleza. De aquí se deduce que si aparecen señales de cocción en los excrementos y no aumentan más con el avance de la enfermedad, es un indicio de que el enfermo va a morir o de que padecerá durante mucho tiempo, según aquello del gran Hipócrates: *porque la cocción significa que la crisis de la enfermedad está cercana y da confianzas ciertas de recobrar la salud; pero cuando estas cosas están crudas y sin cocción, y los abscesos que salen son malos, entonces nos muestran, o falta de crisis o dolor o larga enfermedad o la muerte, o, dado que esta no suceda, repeticiones molestas de la dolencia*^a Por eso dijo Galeno correctamente que él nunca había visto morir a nadie con buenas señales de cocción. Se deduce, además, que hay que examinar los síntomas muy simultáneamente con la cocción de los humores, pues si comienza a aparecer ésta como hemos explicado, y los síntomas son absolutamente conformes y propios de la enfermedad, aunque sean graves y violentos, hay que esperar siempre la salud del enfermo; por el contrario, si comienzan a aparecer las señales de la cocción y no siguen avanzando correctamente, y los síntomas son más graves y peores de lo que es conveniente según la razón de la enfermedad y las fuerzas de la naturaleza, indican entonces que el enfermo morirá o padecerá durante mucho tiempo. Hay que entender todo esto de tal manera que sepamos que es cierto en las enfermedades que proceden sólo de putrefacción, pues si prevalece una malignidad particular, muere el enfermo con señales de cocción de los humores, debido a que el mal preternatural de malignidad no muestra su crueldad tanto en los humores como en los espíritus. Por tanto, los posos que aparecen en las orinas indican la cocción o la crudeza de la manera siguiente: si el poso es blanco, de superficie lisa y aparece en el fondo del vaso, indica una buena cocción puesto que en un hombre perfectamente sano, en el que la cocción es muy exacta, el poso reúne las condiciones propuestas; pero si no aparece en el fondo del vaso ni es liso, sino disgregado, ni es de color blanco señala que hay una crudeza mayor o menor según se separen más o menos estas características de las del poso de los sanos. Todo esto se expone con mayor abundamiento en el capítulo siguiente.

20. En ocasiones aparecen unas orinas algo oleosas que son señal de derretimiento de las carnes y de la grasa si son de enfermos aquejados por una calentura aguda y, por consiguiente, de una calentura colicuativa; pero suelen ser indicio del morbo gálico si se presentan en un hombre sano, no aquejado en absoluto de calentura o de otra enfermedad; es señal de gran derretimiento y de gravísima enfermedad cuando en la orina de un hombre agudamente dominado por la calentura aparece en la superficie grasa como de tela de arañas o de sebo derretido; sin embargo, cuando la grasa aparece en hombres sanos, no es mala señal porque en ellos no significa derretimiento, sino que abunda en el cuerpo un azufre fétido y grueso, y, expulsado a través de las orinas, aparece con forma de grasa; por ello, no he visto tales orinas en hipocondríacos y escorbúticos sin algún perjuicio del enfermo. Suelen aparecer también en las orinas trocillos de carne, como cabellos, que indican en hombres enfermos un mal de los riñones, en especial la ulceración de éstos, según la palabra del gran Hipócrates en *Aforismos*, libro 4 sentencia 77, donde dice: *Quienes con la orina gruesa expulsan trocillos de carne, como filamentos, lo hacen a través de los riñones*. Pero si estos filamentos o cabellos son blancos y el hombre no enferma, significan una polución nocturna o gonorrea auténtica; y si estos filamentos son rojos, señalan una concentración de sangre en las partes internas y demuestran que sobrevendrá una micción muy sanguinolenta.

^a HIPÓCRATES, *Epidemias*, libro 1 secc.2, sent.18.

capítulo IV : doctrina hipocrática de las orinas: examen y explicación

21. Hemos pensado que hay que explicar a la juventud la doctrina de Hipócrates sobre las orinas, como la más acertada y conforme con la práctica médica, porque es imprescindible para conocer la naturaleza de las enfermedades. Galeno dejó escritas de forma dispersa muchas cosas nada despreciables sobre las orinas. Más tarde Teófilo, que llaman Protospatrio y que vivió en el siglo quinto de Cristo, recogió en un compendio lo que habían escrito Hipócrates y Galeno acerca de las orinas. Finalmente Actuario, el último de los griegos, nos dejó un discurso muy amplio sobre las orinas ciertamente digno de que lo lean todos los que quieran ejercer debidamente el arte médico. Pero, como Hipócrates, maestro y príncipe de todos los médicos, nos transmitió una doctrina sobre las orinas que por encima de todo hay que recomendar por su concisión, utilidad y verdad, se la proponemos a los jóvenes como norma segura, exhortándoles a que la confíen a la memoria y nunca la olviden.

Conviene evacuar la orina en la cantidad correspondiente a lo bebido, vertida siempre igual y en la mayor cantidad, y que tienda hacia algo un poco más grueso de lo que se ha ingerido al beber.^a

Habla Hipócrates de la orina que expulsa en estado natural un hombre sano, la cual debe tener las condiciones propuestas en el texto, es decir, que corresponda a la cantidad de bebida, sea siempre semejante, se vierta gran cantidad en cada ocasión y sea un poco más gruesa que la bebida ingerida. Si se añade a estas condiciones el olor debido acompañado de un poso proporcionado, tendremos las condiciones óptimas de la orina más perfecta.

Pero si es aguanosa y más abundante que lo que manda el beber, significa que el hombre no obedece, sino que emplea mayor abundancia de bebida, o no puede volver a alimentarse mientras haga tal orina.^b

Dice Hipócrates en este texto que la orina más abundante que la misma bebida y muy disuelta muestra que el hombre no emplea rectamente la facultad del alimento, por lo cual arroja la orina abundante y cruda. Todo esto hay que entenderlo referido al hombre sano desde otros puntos de vista, puesto que si está enfermo, se deduce una significación diferente de la orina de este género. Por ello veremos qué significa la orina aguanosa y abundante en los enfermos.

La orina se devuelve más abundante cuando la cabeza está desmesuradamente caliente. Puesto que la pituita se derrite en ella; cuando se derrite, una parte se separa hacia la nariz, otra parte hacia la boca, y otra a través de las venas que la llevan hasta las vergüenzas.^c

En las afecciones catarrales de las que habla Hipócrates en este texto, sucede con mucha frecuencia que se arroja orina abundante y aguanosa debido a tener la cabeza caliente. El médico podrá entender que se trata de esta afección por el relato del enfermo, pero también por las señales que muestran la presencia del catarro. Algo semejante les ocurre a los hombres que se calientan la cabeza con los estudios, las elucubraciones nocturnas y las vigilias excesivas, para quienes no hay mejor remedio que los baños de pies con agua simple o hervida con lechuga.

^a HIPÓCRATES, *Predicciones*, libro 2, cap. 4; Chartier, tomo 6, pag 613

^b HIPÓCRATES, *loc. cit.*

^c HIPÓCRATES, *Enfermedades*, libro 2 cap.1; Chartier, tomo 7, pag.550

En los epilépticos, las orinas tenues y crudas más de lo acostumbrado, sin haber comido demasiado, advierten de un ataque inminente.^a

Esta sentencia nos advierte que los que son propensos a la epilepsia caen fácilmente en ella si arrojan orina tenue y cruda y esto no procede de comer demasiado. También nos advierte que las mujeres histéricas, si arrojan orina aguanosa y cruda en gran abundancia, deben esperar un paroxismo próximo, lo que suele suceder generalmente de esta manera en todas las demás enfermedades convulsivas.

La orina cruda, vuelta así desde hace tiempo, si las demás señales son saludables, indica un absceso con dolor, y éste en las partes que están por debajo del diafragma.^b

Esta sentencia es segura tal como está y no requiere nada salvo que los jóvenes se fijen en las palabras: *si las demás son saludables*, pues la orina tenue y cruda que persiste mucho tiempo significa que tiene que venir un absceso bajo el diafragma sólo cuando no haya signos mortales, sino más bien dominen en el enfermo las señales saludables.

En las calenturas prolongadas, débiles y erráticas, las orinas tenues evacuadas en la micción son esplénicas.^c

En esta sentencia enseña Hipócrates que hay que reconocer que el fómite de la calentura prolongada, débil y errática está en el bazo y que, además, para curar tales calenturas son convenientes los medicamentos oportunos para el bazo.

Las orinas transparentes y blancas son malas, especialmente si se presentan en los frenéticos.^d

Puesto que no he visto -dice Galeno- a ningún frenético en el que haya aparecido esta orina que se haya salvado, pues sería mejor, por ejemplo, si la enfermedad es tan biliosa como biliosas las orinas que aparecen, como las orinas aguanosas son blancas transparentes, muestran la máxima crudeza y denuncian además que se ha realizado un movimiento de toda la bilis amarilla de abajo arriba hacia la cabeza.^e Todo lo demás que hay que saber sobre la orina blanca transparente de los frenéticos se verá en *Praxis*.^f

Tienen o tendrán dolor de cabeza los que durante las fiebres sacan orinas turbias como de acémilas.^g

Puesto que Hipócrates habla en esta sentencia sobre las orinas gruesas, reuniremos ahora en su explicación todo lo que conviene que comprendan los jóvenes sobre las orinas gruesas. Así, entre las orinas gruesas, unas permanecen turbias durante mucho tiempo, mientras que otras dejan rápidamente un poso grueso aunque se arrojen gruesas, éstas indican una lenta solución de la enfermedad. Otras orinas gruesas son las que no dejan poso ni pronto ni tarde, sino que permanecen perpetuamente turbias en toda su sustancia. Estas indican que la enfermedad será larga si aguantan las fuerzas; sin embargo, si las fuerzas son débiles, anuncian la muerte del enfermo. Esta opinión sacada de Galeno^h es muy cierta en la práctica. Si la orina gruesa sale en las calenturas y es como de acémila, indica con seguridad un dolor de cabeza presente o futuro puesto que tal

^a HIPÓCRATES, *Prenociones coicas*, libro 2, cap. 3, sent. 55; Duret pág. 55

^b HIPÓCRATES, Loc. cit., sent. 24; Duret, pag. 507.

^c HIPÓCRATES, Loc. cit.; DURET, pag. 520.

^d HIPÓCRATES, *Aforismos*, libro 4 sent.72.

^e GALENO, *Commentarios al libro 4 de los Aforismos de Hipócrates*, text.72.

^f Ver [PIQUER] *Praxis Medica*, libro 1, cap.1, pag.18.

^g HIPÓCRATES, *Aforismos*, libro 4, sent.70.

^h GALENO, *Commentarios al libro 4 de los Aforismos de Hipócrates*, sent.70.

orina demuestra que en el cuerpo reina mucho calor y gran cantidad de espíritu flatulento. Si, acompañando esta orina, se presenta algún signo maligno en la calentura, significa no sólo dolor de cabeza sino también convulsión y muerte.

La orina es de la mejor condición cuando su poso está en el fondo, y es blanco, liso e igual durante toda la enfermedad, porque de este modo la dolencia da muestras de ser segura y breve; pero si no guarda un mismo tenor, de suerte que unas veces sale líquida y sin poso, y otras lo tiene blanco y liso, entonces es señal de que la enfermedad será más larga y no tan segura.^a

En esta sentencia tienen los jóvenes las características de un poso óptimo que, en efecto, debe ser blanco, liso, igual y permanecer en el fondo del vaso, y señala una enfermedad más cruda en la medida en que más se separe de estas condiciones.

Si la orina produce un sonido estridente poco a poco, indica que el hombre necesita un medicamento, o que tiene una enfermedad en la vejiga o junto a ella.^b

Llama Hipócrates producir un sonido estridente la orina a realizar la micción poco a poco y con empuje a la manera en que suele vaciarse el vientre en el tenesmo, ya se haga con dolor o sin él. Cuando se arroja así la orina, significa dos cosas, o que el hombre necesita un medicamento purgante o que tiene una enfermedad en la vejiga o en sus partes próximas. Sucede algunas veces que se saca la orina poco a poco al estar el vientre excesivamente lleno; este mal desaparece fácilmente con un medicamento que descargue el vientre. Se reconoce que la poquedad de la orina procede de estar el vientre demasiado lleno en parte por el relato del enfermo y, en parte, por otros síntomas concurrentes; así, si un hombre, por lo demás sano, hubiera ingerido comida y bebida en exceso, y sintiera después alguna dificultad en la micción, sanará con un medicamento que ablande; esto suele ser habitual en niños excesivamente inclinados a la gula. Pero si la evacuación de orina se hace poco a poco y no resulta de que el vientre esté demasiado lleno, es seguro que hay alguna enfermedad en la vejiga o junto a ella. Una enfermedad de la vejiga o de sus partes próximas puede ser propia y peculiar de las mismas partes o puede resultar de la transmutación o metástasis de los humores desde las partes superiores hasta la región de la vejiga; esto deben considerarlo cuidadosamente los jóvenes, pues si sufren principalmente las partes de la orina, hay que determinar la curación, pero si es por metástasis, hay que orientar la curación a corregir en primer lugar las partes afectadas mientras se atiende con pocos o ningún remedio el mal de la orina. Ahora bien, las enfermedades que pasan a las vías de la orina por metástasis son los dolores cólicos e ilíacos, la afección flatulenta que ahora se llama hipocondríaca, la melancolía por concordancia del estómago y de los hipocondrios, las hemorroides, ya sean inflamadas ya fluyentes, y otras de este género a las que puede añadirse la conclusión de algunas calenturas continuas que atacan epidémicamente, que hace pasar el humor de la calentura a la vejiga. En todas éstas hay que observar con atención si el cambio de la enfermedad a las partes de la orina se realiza con beneficio del enfermo o no; si se lleva a cabo de la primera manera, no hay nada que hacer en relación a la enfermedad de la orina; pero si sucede de la segunda manera, hay que determinar la curación con mucha cautela.

Mear sangre, rara vez, sin calentura y sin dolor, nada malo significa sino que se cumple la solución de las molestias. Pero es malo cuando se mea con frecuencia y ataca algo de éstos; si se mea con dolor o con calentura ciertamente conviene predecir que más tarde se meará podre.^c

^a HIPÓCRATES, *Pronósticos*, secc. 2, sent.26.

^b HIPÓCRATES, *Predicciones*, lib.2, cap.4; Chartier, tomo 8, pag. 813.

^c HIPÓCRATES, *Predicciones*, libro 2 cap.4; Chartier, tomo 8, pag. 813.

Esta sentencia es muy cierta en la práctica y hay que entenderla tal como está con esta única precisión, a saber: que no es lo mismo orinar sangre que arrojar orina ensangrentada; pues cuando se orina sangre, si conservamos la orina cierto tiempo, deposita la sangre en el fondo del vaso, pero cuando se orina un líquido ensangrentado, aunque se conserve durante mucho tiempo, la orina no arroja nada al fondo, sino que todo el licor de la orina se mantiene siempre ensangrentado. Hecha esta precisión, el texto de Hipócrates hay que entenderlo referido a la orina en la que de verdad se arroja sangre, no a la simplemente ensangrentada. Así pues, si se arroja sangre y no se hace con frecuencia, sino rara vez, y no hay entonces calentura ni dolor, indica que se purga la plétora a través de los riñones, con la cual evacuación se desvanece la molestia; pero si se expulsa la sangre con calentura o con dolor, conviene saber entonces que después se meará una orina purulenta. Otra cosa hay que pensar de la orina simplemente ensangrentada o que lleva el color de la sangre; pues si se mantiene durante mucho tiempo indica una sanguificación corrompida y procede de los hipocondrios afectados por un mal. Hay que consultar a Martiano que explicó óptimamente el pensamiento de Hipócrates en este punto.^a

^a MARTIANO, *Comentarios a los Aforismos de Hippocrates*, sec.4, sent.75; y al lib.2 de *Pronóstios*, sec.1, vers.138.

Tratado segundo : PULSOS

capítulo I : naturaleza del pulso

1. Correctamente se incluye el pulso entre las señales que muestran tanto el estado sano como el morbo. En *Diferencias de los pulsos*, libro 4, capítulo 2, enumera Galeno todas las definiciones de pulso que enseñaron los médicos anteriores a él mismo, las discute después y las aclara con un amplio comentario; finalmente propone su definición de pulso con estas palabras: *Acción del corazón principalmente, y de las arterias en segundo lugar, que mueve la facultad vital con dilatación y compresión para mantener el justo medio del calor innato, y generar los espíritus animales en el cerebro*. Esta definición de Galeno o, mejor, descripción de los pulsos, es muy exacta porque incluye la naturaleza de la cosa y su causa eficiente, instrumental y final. Por tanto, el pulso es esencialmente una acción del corazón y de las arterias, no una cualquiera sino sólo aquella que está constituida por un movimiento opuesto doble, a saber: dilatación y compresión. La causa eficiente de estos movimientos es la facultad vital, esto es la fuerza de la vida que brilla especialmente en el corazón y las arterias. El mismo corazón y las arterias son las causas instrumentales de los pulsos, esto es, son los instrumentos con los que la facultad vital realiza la acción pulsífica. Por último, la causa final de los pulsos consiste en la conservación del justo medio del calor innato, y en la generación de espíritus animales en el cerebro, porque éstos son los fines que la naturaleza pretende mediante la acción del pulso. Por tanto, si los estudiantes comprenden por los estudios fisiológicos qué es el calor innato según el pensamiento de Galeno y en qué consiste su justo medio, si saben también qué son los espíritus animales y a qué necesidades están destinados y, por último, si por los estudios anatómicos conocen a fondo la disposición del corazón y de las arterias, encontrarán con seguridad que la definición de los pulsos propuesta por Galeno es perfecta en todas las consideraciones.

2. Los más modernos, aunque convengan con Galeno en determinar la naturaleza del pulso, así como en los instrumentos de que se sirven los movimientos de dilatación y constricción, no están de acuerdo, sin embargo, al establecer la causa final; pues determinan que estos movimientos no se realizan para conservar el justo medio del calor innato, sino para realizar y mantener la circulación de la sangre en la que definen que reside la vida, el calor innato y la conservación del hombre. Pero quisiera que los jóvenes adviertan esto: Galeno y sus seguidores disienten entre sí muy poco en lo que se refiere a las causas finales de los pulsos, antes bien con acuerdo unánime determinan que el justo medio del calor innato se conserva gracias a una moderada refrigeración especialmente inducida por el aire, pues un frío excesivo vence al calor, y si no hay ningún frío, se produce un calor excesivo. Los modernos, por el contrario, vacilan en atribuirles hasta el punto de que se manifiesta una enorme disparidad entre ellos mismos. Unos piensan que la circulación de la sangre se cumple más de sesenta veces durante el lapso de una hora, otros que se realiza treinta y cuatro veces en una hora, y otros piensan que el círculo de la sangre se lleva a cabo sólo tres veces en el lapso de una hora, y setenta y dos en el término de las veinticuatro horas. Y no sólo se distancian éstos en este punto, sino que también se alejan extraordinariamente unos de otros al determinar la cantidad de sangre que entra en cada ventrículo con la dilatación del corazón, por no recordar la enorme discrepancia entre los mismos autores al establecer las leyes que se piensa que cumple la sangre en la realización de su círculo. Michelotti estableció sus reglas, las impugnó Robinson, a su vez Morgagni pretendió rebatirle y muy recientemente les persigue Sénac a todos ellos con ahínco excesivo. ¿Qué hacer ante tanta diversidad de opiniones? Confíen los jóvenes y, en medicina, tengamos siempre a la vista la opinión del gran Hipócrates: ni afirmar ni condenar nada temerariamente; por tanto, sigamos ahora la definición de Galeno que nos muestra con sencillez las obras de la naturaleza y mantengamos en suspenso nuestro juicio sobre las opiniones de los modernos en relación con este asunto hasta que el tiempo las traiga mejores. Pero como la respiración guarda una gran afinidad con el

pulso, expondremos aquí algo sobre ella para los jóvenes. En la respiración, el tórax se mueve con un movimiento doble de dilatación y contracción de manera que con la dilatación entra el aire y lo expulsa con la contracción. Además, para llevar a cabo los diferentes movimientos, dispone también de diferentes instrumentos pues ciertos músculos elevan el tórax con el diafragma en la dilatación y otros, opuestos a ellos, actúan en la contracción mediante la acción opuesta. Cualquiera puede comprender fácilmente por los estudios anatómicos todos estos músculos, su ubicación y su manera de actuar. Hasta el momento es completamente desconocido qué lleva consigo el aire tan necesario para mantener la vida que ni siquiera durante un momento puede vivir el hombre sin respiración. Galeno pensaba que el aire era necesario para la frialdad; algunos de los modernos han imaginado que cierto nitrógeno en el aire es necesario para hacer avanzar el círculo de la sangre; otros, por su parte, han pensado que lo necesario para la conservación de la vida del hombre no es el nitrógeno, sino la propiedad elástica que se encuentra en él; pero estas ficciones han quedado ya obsoletas y no requieren refutación. Nosotros consideramos que la naturaleza estableció la respiración por dos necesidades; en primer lugar para mantener el comercio entre el espíritu vivífico del cuerpo humano que tiene su sede especialmente en el corazón y en el cerebro, y el espíritu que hay en el aire que transmite el Cielo y los Astros y es necesario para sustentar la vida de animales y plantas; en segundo lugar para la moderación del calor excesivo encendido en el corazón y la sangre, ya que es manifiesto mediante pruebas segurísimas que el aire más caliente de lo justo no sirve para la respiración, incluso a veces provoca un ahogo súbito y violento. Por tanto, el pulso y la respiración apuntan a uno y el mismo fin, es decir, a la mutua relación del espíritu interno y externo, y a una moderada templanza del calor excesivo de nuestro cuerpo.

capítulo II : diferencias de los pulsos

3. No hay nada más útil en la práctica que conocer las diferencias de los pulsos y sus presagios; la costumbre de palpar atentamente el pulso en las enfermedades se ha extendido tanto entre los médicos de nuestra tierra que no hay ninguna enfermedad por pequeña que sea en la que los enfermos no deseen que los médicos les reconozcan el pulso; y, aunque no fuera costumbre entre los médicos más antiguos, nuestros contemporáneos lo examinan con mucha frecuencia por la gran utilidad que se sigue de ello. Galeno enseñó tantas diferencias que dedicó varios libros para enumerarlos; siguiendo sus huellas, muchos médicos antiguos transmitieron muchas, por no decir innumerables e incomprensibles diferencias de los pulsos. Contra ellos se levanta Giovanni Battista Monte diciendo que son impostores los que reconocen en la práctica más de seis diferencias de los pulsos. Nosotros, siguiendo el orden de la naturaleza, expondremos sólo las diferencias de los pulsos que se observan en la práctica cotidiana y resultan fáciles de reconocer por los jóvenes. Son: pulso grande y pequeño; rápido y lento; vehemente y débil; duro y blando; frecuente y raro; regular e irregular. El pulso grande debe reunir tres características para ser absolutamente grande, a saber: debe ser largo, ancho y alto, de la misma manera que el pulso pequeño debe ser corto, estrecho y bajo. Se reconoce el pulso grande cuando, al poner la mano, la arteria se extiende hasta tres o más dedos de longitud, la anchura cubre toda la pulpa de los dedos y, en cuanto a la altura, la arteria parece gibosa. Por el contrario, se reconoce el pulso pequeño cuando la arteria apenas alcanza la longitud de un solo dedo, la anchura cubre escasamente la pulpa de los dedos, y es tan bajita que casi no puede levantarse. Esto hay que entenderlo en comparación con el pulso mediano o con el pulso del mismo hombre cuando está sano, pues para muchos el pulso normal es pequeño y bajito por su naturaleza en estado de salud, como es habitual en niños y mujeres.

4. Se llama pulso rápido aquél en que la arteria se mueve con rapidez y viveza, y lento cuando la arteria desciende con torpeza y lentitud excesivas. Vehemente es el pulso que hiere al tacto y lo golpea con violencia, débil el que sale al encuentro del tacto de forma distendida, débil y sin violencia; por ello, para reconocer el pulso vehemente es imprescindible apoyar la mano con fuerza, pues, por proceder éste siempre de fuerzas vigorosas, empuja fácilmente la mano del que palpa aunque lo oprima con fuerza. Se llama pulso duro a ese

en el que la arteria se ofrece al tacto rígida y tensa, como badana, y se llama blando a ese en el que la arteria aparece suave y casi carnosa al tacto. Pulso frecuente es aquél en que la arteria se detiene muy poco entre uno y otro movimiento; raro es aquél en que la arteria permanece en reposo mucho tiempo. Regular, el que sus pulsaciones mantienen la proporción una y otra vez; irregular aquél cuyas pulsaciones no mantienen orden ni proporción. Una vez explicadas las diferencias de los pulsos hay que decir ahora algo pertinente para la práctica sacado del propio reconocimiento de los pulsos. Aunque el pulso grande procede casi siempre del vigor de las fuerzas, suele ser engañoso en ocasiones, pues sucede con frecuencia que mueren los enfermos rápidamente con un pulso grande, especialísimamente en las enfermedades del pecho cuando hay una gran dificultad para respirar, por la que los enfermos se ahogan rápidamente con un pulso grande; sucede así algunas veces en la pleuritis, el asma, la perineumonía, etc. De manera semejante, aunque un pulso pequeño supone con frecuencia fuerzas débiles, es tan habitual en algunas enfermedades que aparece con frecuencia en un enfermo bastante vigoroso; así resultan pequeños los pulsos en los grandes y violentísimos dolores de las partes internas por estar impedido el movimiento de la arteria con la tensión excesiva comunicada a todo el sistema membranoso desde la parte que sufre; por ello no se asusten los jóvenes en la práctica cuando los pulsos resulten pequeños al comenzar los dolores. De la misma manera suelen hacerse pequeños los pulsos en quienes tienen debilidad en el estómago, por la gran conexión de éste con el corazón. No hay que confundir pulso rápido con frecuente pues se distinguen fácilmente en que el pulso rápido aparece siempre en presencia de fuerzas vigorosas, mientras que el frecuente en la de las débiles; de ahí que esa rapidez que parece presentarse en el pulso de los moribundos, no es rapidez sino frecuencia.

5. Finalmente nos falta explicar con brevedad algunas diferencias particulares de los pulsos que se presentan cada día en la práctica. Pulso intermitente es aquél en que la arteria se detiene por completo tras dos o tres pulsaciones y, a continuación, vuelve a detenerse tras latir dos o tres veces, y así una y otra vez. Este pulso es fatal en las enfermedades agudas pues afirma Galeno que no vio reponerse a ninguno de los que habían tenido un pulso intermitente, lo que experimentan a diario los médicos en las enfermedades agudas; también aparece algunas veces, aunque sin peligro, en las enfermedades crónicas, especialmente en niños y ancianos en quienes suele presentarse este pulso sin que esté la crisis cerca. Pulso formicante es aquél que late tan débilmente que rivaliza con el movimiento de la hormiga; es el habitual en la proximidad de la muerte porque procede de fuerzas abatidas en exceso. Pulso discontinuo o entrecortado es un pulso frecuente con el que se mezcla entre algunas pulsaciones una que corta o interrumpe la frecuencia; sobreviene de vez en cuando con varias repeticiones después de algunos latidos frecuentes. Es común en los aquejados funestamente de perineumonía, y en algunas calenturas ardientes bastante peligrosas.^a

capítulo III : doctrina de Galeno sobre los pulsos, examen y explicación

6. Hipócrates escribió poco referente a los pulsos. Los médicos que florecieron desde su muerte hasta los días de Galeno enseñaron sobre ellos muchas cosas que se perdieron en el correr de los años, como los escritos de Erasístrato y los de Arquígenes, a quienes Galeno censura con frecuencia, y de cuyas opiniones nada sabríamos si el cuidado de Galeno no hubiera conservado muchos de sus fragmentos. Galeno se ocupó de los pulsos tan ampliamente que llegó a dedicarles dieciséis libros. En sus tratados sobre los pulsos encontramos muchas cosas que merecen señalarse, muchas también que hay que saber y bastantes, en fin, tan sutilmente pergeñadas que parecen corresponder más a la filosofía que a la medicina. Él mismo, por considerar que había expuesto la doctrina sobre los pulsos con una amplitud excesiva y en un estilo difícil, resumió en un compendio para jóvenes todo lo que había puesto de forma dispersa en largos tratados y

^a GALENO, *Diferencias de los pulsos*, libro 1, capítulo 11 y *Pronóstico por los pulsos*, libro 11, capítulos 4 y 5.

podía ser conveniente para la práctica médica. Los más modernos han aportado pocas cosas referentes a los pulsos que merezcan señalarse; Bellini, que en este asunto ha destacado entre los demás, trae más argumentos que convienen a su sistema que observaciones sacadas del acervo de la naturaleza. Por ello, siguiendo las huellas de Galeno, expondremos cuidadosamente como más útil para la práctica lo que dejó escrito en el libro *Sobre los pulsos, para jóvenes*.

Hay que palpar la arteria con mucha frecuencia, en especial del hombre que goza de una salud íntegra y está libre de toda pasión violenta; ciertamente entonces, y en los demás estados.^a

Cualquier variación en el pulso que lo aleje del estado sano hay que conocerla por su separación del justo medio del movimiento que conviene a la naturaleza humana en general. Pero, como en cada hombre se presenta una idiosincrasia particular cuya índole determina el justo medio del movimiento en él, es preciso que el médico conozca cuanto pueda no sólo la naturaleza común, sino también la particular y propia de cada uno y, mediante el tacto de la vena en el estado sano, entienda cuál es el justo medio de cada uno para que pueda captar mejor de este modo el alejamiento de ese justo medio en cualquier individuo.

Los varones casi siempre tienen el pulso ya más grande, ya más vehemente, algo más lento y bastante más raro que las mujeres.^b

La verdad de esta sentencia se comprueba mediante la observación, y quizá son más vehementes los pulsos en los varones que en las mujeres por el mayor vigor de las fuerzas; y más raros porque el uso y la finalidad del pulso se cumple en los varones gracias a la magnitud y a la vehemencia, mientras que en las mujeres con una mayor rapidez.

Los cálidos por naturaleza lo tienen mucho más rápido y frecuente, pero no tan vehemente. Los delgados más grande, mucho más raro, y algo más vehemente.^c

Habla aquí Galeno sobre lo que sucede comúnmente, pues los hombres excesivamente calientes suelen ser delgados y tienen el pulso un poquito rápido, aunque no excesivamente vehemente porque en ellos el vigor de la facultad o la fuerza de las fibras, como gustan decir los modernos, no es excesivamente vigorosa. Conviene señalar aquí que no es lo mismo la fibra tensa que la robusta, pues si predomina la sequedad, la fibra está tensa y, en ocasiones, es débil con esta tensión, por lo que vemos en la práctica a hombres biliosos y delgados con el pulso un poco tenso, pero no vehemente. Esto lo observamos mucho más en quienes languidecen por causa de una dureza del vientre que tienen el pulso tenso y agitado acompañado de una gran debilidad.

Según las edades cambian de esta manera: el pulso del niño es muy rápido, muy raro el del anciano; todos los que median entre éstos mantienen la proporción según estén más cerca del niño o del anciano; además, el pulso del niño es más rápido, más lento el de un anciano.^d

Lo que trae Galeno en este texto es cierto y congruente con las observaciones prácticas, sin embargo, no es fácil dar cuenta de ello. Yo tiendo a pensar que el espíritu sutilísimo por el que se cumplen *instrumentalmente* las operaciones corpóreas en los comienzos de su movimiento es sumamente móvil y vivífico, y muy

^a GALENO, *Diferencias de los pulsos*, libro 1, capítulo 11 y *Pronóstico de los pulsos*, libro 11, capítulos 4 y 5.

^b GALENO, *Sobre los pulsos, para los jóvenes*, cap.9; Chartier, tomo 8, pág. 4.

^c GALENO, loc. cit.

^d GALENO, loc. cit.

adecuado para realizar movimientos rápidos; pero como sufre grandes cambios al avanzar la edad, por los que disminuye su propiedad vivífica ya sea a causa de destrucción ya de consunción y desecación de su humedad innata, resulta que al llegar la senectud se hacen más lentos los movimientos, a la manera en que podemos observarlo en los árboles, que poseen una gran elasticidad mientras son tiernos y próximos a su nacimiento, mientras que, debilitados por la vejez, tienen movimientos débiles y casi nulos.

Los pulsos de las preñadas son mayores, más frecuentes y más rápidos. Por otra parte nada cambia.^a

No dice mal Galeno que los pulsos de las preñadas son mayores y más rápidos, puesto que la mujer embarazada no respira y late para sí sola, sino que también lo cumple para el feto.^b

También son según la naturaleza los sueños que alteran el pulso; cuando comienzan, los vuelven más pequeños, más débiles, más lentos, más raros... Los que despiertan, tienen en seguida los pulsos grandes, vehementes, rápidos, frecuentes y con alguna vibración: porque adquieren rápidamente el justo medio.^c

Asombra ciertamente el ingenio de Galeno para señalar las diferencias de los pulsos, pues éstas que trae sobre el pulso del sueño son muy ciertas. Asombra también cuando expone observaciones sobre los pulsos que corresponden a cada temperamento, como los que se presentan en los ejercicios, en el baño frío o en el caliente, en las diferentes estaciones del año, en los cambios de naturaleza de la obesidad a la delgadez, y en los demás estados del hombre, de los que describe el pulso según conviene a cada uno de forma precisa y cierta. No omita tampoco los cambios del pulso provocados por la alimentación y el vino, así como las alteraciones que tienen relación con las pasiones del alma, es decir, con la ira, la alegría, la tristeza y el temor. Todo esto conviene que lo vean los jóvenes en el mismo Galeno, cuando les sea posible en el tiempo libre.

El dolor, que efectivamente altera el pulso (lo altera el que es muy grande o el que afecta a las partes principales, y también la inflamación), cuando es pequeño y en el comienzo, hace salir más grande el pulso, más vehemente, más rápido, más frecuente. Pero una vez tan crecido y vigoroso que hiera a la tensión vital, más pequeño, más débil, rápido y frecuente.^d

En cualquier dolor la naturaleza se excita para alejar la causa por lo que, al aumentar el esfuerzo de la naturaleza, aumenta también el pulso y adquiere mayor tamaño y vehemencia; pero si sus esfuerzos resultan inútiles y la causa del dolor continúa gravando a la naturaleza, los latidos se hacen pequeños y débiles. De esta opinión de Galeno deducen dos preceptos muy útiles para los jóvenes médicos en la práctica. El primero es que en cualquier dolor si el pulso pasa de la grandeza a la pequeñez las fuerzas del enfermo están extremadamente débiles; pero si los latidos ya eran pequeños desde el comienzo del dolor puede significar dos cosas: o que afecta a una parte sumamente sensible, como suele ser la boca del estómago, o que la causa del dolor es alguna materia maligna. El segundo es que estos cambios del pulso, que suceden en el dolor, se encuentran también en cualquier otra molestia excesivamente apreciable, como en la ansiedad, la inquietud y otras semejantes en las que se verifica en la práctica todo lo dicho antes.

Toda inflamación tiene un pulso común, como aserrado; porque parece que una parte de la arteria se levanta y otra no, de las cuales la primera parece más dura. Este latido tiene también algo de vibración y es rápido y frecuente aunque no sea grande de continuo. Y cada una tiene el suyo propio.^a

^a GALENO, loc. cit.

^b GALENO, *Las causas de los pulsos*, libro 3, cap. 8; Chartier, tomo 8, pag. 211.

^c GALENO, loc. cit.

^d GALENO, loc. cit.

En cualquier inflamación el pulso es duro y como aserrado aunque diverso en cuanto a la magnitud y pequeñez, pues en unas inflamaciones suele ser grande y en otras pequeño pero en todas las inflamaciones tiene rapidez. Algunos se burlan porque creen que no existe en ninguna parte el pulso aserrado, pero se equivocan porque no hay nadie medianamente versado en la práctica o atento a las obras de la naturaleza que no observe con frecuencia este pulso en la pleuritis, la pulmonía y otras inflamaciones de algunas partes internas.

El pulso de los pleuríticos es rápido y frecuente, y, sin llegar a ser grande, parece vehemente... De igual modo una señal propia de la pleuritis es ese tipo de desigualdad que evoca la forma de sierra en los primeros; si es floja, señal de blanda y buena maduración, y si es grande, señal de difícil y cruda pleuritis.^b

En la explicación de esta sentencia propone Galeno hermosos preceptos.^c Y, en verdad, de un pulso muy aserrado se deduce una gran crudeza de la pleuritis pero, si esta pleuritis excesivamente cruda se une con la debilidad de las fuerzas, lleva a la muerte, mientras que si se une a una facultad más fuerte, muestra una enfermedad larga o que se resolverá en supuración. Por el contrario, si al avanzar la pleuritis cambia el pulso a una gran densidad o frecuencia, es señal de síncope o de que se presentará la pulmonía, pero si los latidos tienden a la lentitud, estando la enfermedad cruda y sin el esputo que corresponde según su razón, indican que va a presentarse el delirio o el sopor.

El pulso de los afectados por pulmonía es grande, débil y suave como el pulso de los aletargados, de no ser que prevalezca la irregularidad... El pulso de los aletargados es semejante al de los afectados de pulmonía en tamaño, debilidad, suavidad; pero es más lento que aquél, más raro y menos irregular, intermitente más que entrecortado.^d

Algunas veces la pulmonía tiene mezclado algo de pleuritis y, entonces, no hace en absoluto los pulsos blandos sino menos duros que en la pleuritis. En este texto describe Galeno con precisión el pulso de los aletargados. Sólo conviene anotar en este punto que en cada pulmonía hay siempre algo comatoso; si el coma es pequeño, los pulsos son frecuentes, pero los pulsos resultan lentos si la enfermedad se prolonga en un gran sopor.

El pulso de los frenéticos es pequeño (aunque rara vez parezca que es grande) y moderadamente extenso, duro y vigoroso, muy rápido y frecuente; además, no tiene nada de agitado y, en ocasiones, te parecerá que se estremece, incluso en ocasiones cortado con una convulsión.^e

Los que Galeno llama pulsos duros y vigorosos en el frenesí, Celio Aureliano los llamaba densos. En el frenesí que comienza tienen que acontecer necesariamente estas tres cosas: insomnio pertinaz con dolor de cabeza; pulsos pequeños, rápidos, vigorosos, densos; calentura aguda con poco dolor o, como dice Celio Aureliano, calentura que sube con dificultad hasta la superficie del cuerpo.

La ortopnea aguda tiene el pulso irregular y desordenado pero nada defectuoso; frecuente la moderadamente grave; lento y defectuoso la violentísima; frecuente y débil la que ya mata al hombre.^f

^a GALENO, *Sobre los pulsos, para jóvenes*, cap.12; Chartier, tomo 8, página 8.

^b GALENO, *loc. cit.*

^c GALENO, *Las causas de los pulsos*, libro 4, capítulo 8; Chartier, tomo 8, pag. 224.

^d GALENO, *loc. cit.*

^e GALENO, *loc. cit.*

^f GALENO, *Sobre los pulsos, para jóvenes*, cap.12; Chartier, tomo 8, página 13.

Los griegos llamaban ortopnea a esa enfermedad en la que los pacientes no pueden respirar si no es con el cuello erguido; que cuando es muy vehemente hace lentos los pulsos, por lo que quisiera que lo anoten los jóvenes para que no se equivoquen en las enfermedades del pecho, ni viendo que el pulso es bueno engañen al enfermo cercano a la muerte con una falsa esperanza.

El estómago inflamado cambia el pulso de la manera que hemos dicho que suele el pulso de un cuerpo vigoroso... Si los pinchazos, el vómito, las náuseas, el hipo o la debilidad en él no sólo hacen un pulso pequeño y débil, sin embargo en ocasiones moderadamente rápido, cierta y completamente frecuente.^a

Así pues, la inflamación de estómago hace el pulso semejante al pulso de los frenéticos. Pero lo hacen pequeño la debilidad, el vómito, el hipo y otros síntomas de este género de la boca del estómago.

Sería excesivo seguir exponiendo para los jóvenes otras diferencias de los pulsos que vienen en los libros para médicos, especialmente en los de Galeno. Pero como no están suficientemente confirmadas con la observación y, además, hay autores muy prudentes que rechazan estas diferencias como fútiles y vanas, hemos decidido abstenernos de su explicación; decimos, además, que no puede negarse que muchas cosas que enseñó Galeno sobre las diferencias de los pulsos las sacó del ingenio filosófico más que de la observación médica. No hay que silenciar la doctrina de Francisco Solano de Luque que se ha hecho muy famoso no sólo en España, sino también en los demás países. En beneficio de los jóvenes conviene distinguir tres cosas en la obra de Solano *Lapis lydos Appollinis*: la doctrina práctica, las observaciones sobre los pulsos y los remedios. En la doctrina práctica hay que recomendar muchísimo que con frecuencia inculca que las curaciones de las enfermedades agudas hay que dejarlas a la naturaleza y que son sus mejores consejos sobre esto, si no se apoyaran en algunas teorías casi ineptas. En verdad, hay que alabar las observaciones sobre los pulsos pero sin seguirlas hasta el final, porque hasta ahora no son tan firmes que cumplan reglas comunes y congruentes con las leyes generales de la naturaleza; mayormente porque cuando habla del pulso intermitente, como en la demostración de la crisis por el vientre, temo que confunde el pulso intermitente con el discontinuo, pues en este punto Galeno ya advertía que, a veces, anuncia la crisis. Omito que el pulso dicrótico, esto es, el que pulsa dos veces, ni precede siempre ni acompaña continuamente a las hemorragias de narices, como conoce cualquiera experimentado en el arte, y al que llama *inciduum*, precursor del sudor según Solano, es el mismo que Galeno llama undoso. Deja Solano en secreto algunos remedios, aunque su discípulo Gutiérrez los divulga en la obra *Idioma de la Naturaleza*; entre ellos, algunos no hay que condenarlos ni exaltarlos con alabanzas excesivas. Por lo demás, Solano es un autor digno de alabanza, y ¡ójala tengan los médicos a la vista sus consejos sobre la necesidad de observar a la naturaleza! No dudo que su obra sería inmortal si no mezclara en ella muchas cosas que encierran vulgar e inepta erudición más que verdadera y sólida doctrina.

a GALENO, *loc. cit.*

FARMACIA GALÉNICO-QUÍMICA PARA LOS JÓVENES

capítulo I : método terapéutico

1. El método terapéutico es la vía racional por la que el médico orienta su pensamiento para lograr la curación de las enfermedades. Sólo son dos los principios por los que ha de regirse el médico en la curación de las enfermedades: la experiencia y el razonamiento; con la condición de que la experiencia ocupe el primer y principal lugar, y el razonamiento quede sometido a ésta. Experiencia es el conocimiento racional deducido de pruebas y observaciones; por eso la experiencia es completamente infalible si las observaciones y las pruebas se realizan exactamente como deben hacerse; ahora bien, en un supuesto en que discrepen entre sí los médicos, y alguno afirme que la experiencia está a su favor, hay que pensar que alguno de ellos no fue exacto en la prueba y, puesto que sucede con frecuencia entre los profesores de medicina, hay que cuidar extraordinariamente que los jóvenes hagan pruebas y observaciones con la corrección debida para que adquieran así una experiencia verdadera. En nuestra *Lógica* y en el Prefacio a los *Pronósticos* de Hipócrates, cuya edición hemos hecho en lengua vernácula, expusimos ampliamente lo que hay que atender, lo que hay que evitar y lo que hay que asegurar sobre el uso de los sentidos para conseguir las observaciones adecuadas. El razonamiento, que es el otro fundamento del método terapéutico, no debe ser filosófico ni geométrico; es decir, ni apoyado en los principios comunes de la filosofía ni fundado en demostraciones geométricas, pues todo ello contribuye más al ornato y brillo del pensamiento que a la curación de las enfermedades; necesitamos un raciocinio sacado de la misma experiencia como fundamento propio para ejercer la medicina, de manera que cualesquiera razones, por sutiles que sean, habrán de considerarse completamente inútiles y vanas en la medida en que no concuerden con la experiencia o se alejen de ella.

El método terapéutico suele dividirse en universal y particular. Dícese método universal al que fija las reglas para la curación de todas las enfermedades de forma general; y particular es el que se ocupa de las enfermedades en particular. En el método universal se proponen algunas reglas tenidas como axiomas; y, así, se dice en general que hay que erradicar cualquier enfermedad, que los contrarios se curan con los contrarios y se proponen otras de este género que son de escaso valor en medicina, pues son evidentes a la luz natural hasta para legañosos y barberos, y son axiomas vanos y completamente inútiles. ¿Hay alguien que no sepa que el calor se aleja con el frío, y el frío con el calor? ¿Hay alguien tan bruto como para no opinar que hay que eliminar la enfermedad? A esto se añade que el método terapéutico siempre gira en torno a lo particular pero, además, las nociones generales coherentes con la experiencia y útiles para curar se deducen de los mismos casos particulares registrados con perfección mediante observaciones. A modo de ejemplo, nuestro método terapéutico se ocupa siempre de Pedro, Juan o Francisco en particular, sin embargo hay algunas leyes de la naturaleza humana que les convienen de forma universal como digerir alimentos para la nutrición, expeler excrementos, escupir saliva, derramar lágrimas, y otras cosas de este género, que registradas con precisión en cualquier hombre particular sirven para establecer una regla general; hay otras leyes de la naturaleza particulares en cualquier individuo que le están tan especialmente unidas que no se encuentran en los otros. Estas leyes particulares sólo llevan a un método especial, mientras que el conocimiento de las otras leyes universales de la naturaleza es muy útil para el método terapéutico general.

capítulo II : indicaciones terapéuticas

2. La indicación terapéutica se define en las Escuelas: *Conocimiento comprensivo de lo que ayuda unido a la comprensión de lo que perjudica, sin experiencia ni analogía*. Esta definición no sólo es pésima sino que, además, se opone absolutamente a los progresos en medicina, pues ¿qué conocimiento comprensivo de lo que ayuda y de lo que perjudica puede tener un médico sin experiencia ni analogía, cuando todo lo que un médico en ejercicio conoce sólidamente ha tenido que proceder necesariamente de la experiencia? Más aún, si toda la práctica, en lo que se refiere a la curación de enfermedades, se apoya en indicaciones convenientemente determinadas, ¿qué será lo que diferencia al médico joven del anciano, al experto del inexperto? Evidentemente, si es válida aquella definición, un médico desprovisto de experiencia fijará las indicaciones terapéuticas con la misma justeza que otro dedicado durante muchos años al ejercicio de la práctica; más absurdo que esto no puede pensarse nada. A ello se añade que si la indicación debe excluir a la experiencia, todo lo que dijo Hipócrates y se ha establecido mediante sólidas pruebas será completamente inútil en el arte médica para orientar las indicaciones correctamente. Por tanto, hemos de concluir que la idea de indicación terapéutica incluida en la definición propuesta es falsa, contraria a la auténtica medicina y que se opone al progreso de la misma.

Expondré en pocas palabras lo que pudo empujar a los médicos para que casi de común acuerdo admitieran esta definición en las Escuelas. Los griegos llamaron *Endeixis* a la indicación terapéutica, palabra que no se menciona en toda la obra del gran Hipócrates, como tampoco se habla en absoluto de las indicaciones terapéuticas en los médicos griegos anteriores a Galeno. Pero Galeno, hombre de gran ingenio, cuando llegó a Roma en tiempo de Adriano y concitó la hostilidad de los médicos que vivían entonces en la Ciudad Eterna, se dispuso a combatirlos sin pérdida de tiempo movido por su afán de gloria. Pero en aquel tiempo casi todos los médicos (con la excepción de los pocos metódicos) consideraban la experiencia como fundamento de la medicina y, por no poder negarlo, compuso Galeno algo con que oponerse a los médicos que ejercían entonces, e imaginó la nueva doctrina de las indicaciones terapéuticas, completamente desconocida para ellos. Pretendió Galeno que un médico debe conocer comprensivamente por la sola filosofía lo que resulta beneficioso o nocivo en las enfermedades, independientemente de toda experiencia. Determinó que a la luz de la naturaleza es evidente el axioma de que hay que arrancar cualquier enfermedad o de que la erradicación de ésta exige, por ejemplo, que hay que arrancar los contrarios con los contrarios, que hay que combatir lo caliente con lo frío y lo frío con lo caliente, y otros semejantes que ya hemos expuesto en el capítulo anterior. ¿Puede pensarse algo más banal? Pues todo lo que Galeno pretende alcanzar con la mera filosofía lo reconocen los hombres gracias a la experiencia. ¿Cómo, pues, sabrían los hombres que los contrarios han de arrancarse con los contrarios y lo frío con lo caliente si no lo hubieran aprendido experimentando?, ¿hubieran conocido alguna vez que el fuego quema y que el agua enfría de no haberlo conocido tras varios ensayos experimentales? Por tanto, lo que Galeno llama axiomas filosóficos son reglas experimentales, es decir, sacadas de la experiencia universal, constante, perpetua e inmutable. Y ¿qué beneficio nos aportan estos axiomas, aunque sean filosóficos, puesto que no enseñan nada acerca de lo beneficioso y lo perjudicial en las enfermedades particulares? Así pues, quien lea el libro de Galeno *La mejor secta, para Thrasibulo*, y los libros *El método terapéutico, para Hieron*, y el libelo *El pronóstico, para Posthumo*, reconocerá fácilmente que Galeno no escribió esta doctrina tan ampliamente extendida sobre las indicaciones terapéuticas movido por un deseo del espíritu, ni por amor a la verdad, sino que urdió ese concepto por el deseo de novedad y de gloria.

Según importa para la formación de los jóvenes, hay que definir la indicación terapéutica: *Conocimiento comprensivo de lo que ayuda unido a la comprensión de lo que perjudica, por la experiencia y el raciocinio*. El fundamento de la indicación terapéutica verdadera tiene que ser la experiencia, y el raciocinio unido a la experiencia. Por tanto, para establecer indicaciones correctamente, los jóvenes deben conocer ante todo la enfermedad, investigar sus causas en la medida de lo posible, observar atentamente la naturaleza del

paciente, su temperamento, hábitos y actos, averiguar la constitución del año, la edad del paciente y sus costumbres; y, una vez conocido todo ello por medio de experiencias celosamente comprobadas, determinarán con justeza las indicaciones terapéuticas y, así, descubrirán de la mejor manera lo que puede ayudar o perjudicar al enfermo. De todo ello se deduce que el raciocinio requerido para la indicación terapéutica no debe ser filosófico, sino experimental; es decir, que no hay que apoyarse en principios filosóficos, sino en fundamentos deducidos de la experiencia, según dejamos claramente explicado en el Prefacio a los *Pronósticos* de Hipócrates, sumamente recomendado para lectura de los jóvenes, si pueden, durante su tiempo libre.

3. En lo que se refiere a los tipos de indicaciones, créanme los jóvenes que las deducciones de Galeno son excesivamente vagas en su expresión, puesto que lo que de verdadero comportan es excesivamente general y completamente inútil para el ejercicio de la práctica. Pues ¿qué puede aprovechar el saber que una indicación es genérica, otra específica, otra conservatoria, otra curativa, así como otras cosas de esta índole tan ampliamente examinadas por Sennert y por su traductor Rivière? ¿Qué significa para ellos eso de las indicaciones y sus condiciones, igual que todo lo que estudian sobre los indicados, indicantes y coincidentes, para consumir inútilmente un bien tan estimable como el tiempo? Rechacen los jóvenes tales cosas y ténganlas por palabras de viejos ociosos a jóvenes inexpertos. Pues sólo hay una idea de la indicación terapéutica, a saber: el conocimiento de lo que puede ayudar a conservar o adquirir la salud. Este conocimiento gira siempre en torno a lo particular, porque las pruebas en las que se apoya se deducen siempre de los casos particulares como, por ejemplo, de una enfermedad precisa, de una estación del año, de un sujeto particular, etc. Ahora bien, si el médico tiene en su mente un conocimiento referido a multitud de hombres, con toda seguridad lo ha establecido a partir de observaciones particulares. Pero, si en la práctica se presentan algunas cosas que hay que hacer y que parecen oponerse entre sí, la propia razón natural indicará claramente que hay que atender a lo más urgente sin abandonar lo menos urgente en la medida de lo posible. A modo de ejemplo: sea un enfermo tan agobiado por la dificultad de respirar que parece que casi se ahoga y, a la vez, está sufriendo de tal debilidad del estómago que está abocado al síncope por una evacuación cualquiera. En tal caso, el médico debe sangrarlo de manera que aleje el ahogo inminente, que es lo más urgente, y, a la vez, no desprecie la debilidad del estómago al hacer la sangría, que lo conseguirá sacando poca cantidad de sangre y repitiendo la sangría si fuere preciso en veces alternas, una vez recuperadas las fuerzas. Pero, como es preciso que se actúe en el orden debido para que quede bien dispuesto cualquier asunto, en la curación de las enfermedades hay que determinar qué hay que atender en primer lugar, qué más tarde, y qué operación debe ser antecedente y cuál consecuente. A modo de ejemplo: si se presentan simultáneamente la necesidad de sacar sangre y la de purgar los humores, el médico debe hacer la sangría antes de purgar. Todo ello y otras cosas de este género que suelen presentarse en la práctica se conocerá teniendo por guía la experiencia misma sin que pueda saberse de otro modo, por lo que cualquier doctrina sobre las indicaciones terapéuticas no tiene que separarse nunca de la experiencia racional.

capítulo III : propiedades y objetivos de los remedios

4. Conviene ante todo que los jóvenes tengan en cuenta que el más grande de todos los remedios para erradicar las enfermedades es la *Naturaleza* misma, que, según Hipócrates, es la verdadera sanadora de los enfermos; pues fue conformada por el Sapiéntísimo Creador con tal orden y constitución que contuviera en sí misma los principios necesarios para conseguir su propia conservación; y, puesto que la naturaleza no puede realizar la conservación sin la expulsión de lo que es capaz de destruirla, contiene en sí misma la fuerza precisa para hacer desaparecer las enfermedades y sus causas. De aquí se sigue que la naturaleza tenga sus propios caminos, aunque nos sean desconocidos, para aligerar la evacuación de lo que es nocivo, como tiene también movimientos adecuados y especiales para eliminar cada una de las enfermedades. Por tanto, el

mayor remedio será dejar a la naturaleza que se ocupe de la curación de las enfermedades según sus propias leyes, no turbar de ninguna manera el movimiento que le es propio, promover en la medida de lo posible sus salutíferas acciones y no alejarla nunca de su camino. Todos los Príncipes de la medicina han seguido este método en el tratamiento de los enfermos, de manera que nunca han prescrito medicamento alguno antes de asegurarse de que era apto para favorecer la acción de la naturaleza, sabiendo muy bien que ningún medicamento tiene fuerza por sí mismo si no está guiado por la naturaleza u orientado hacia la tarea adecuada. No sin razón determinaron muchos sabios que éste es el mayor secreto de la medicina, es decir, seguir e imitar en todo a la naturaleza, y éste es el camino que han de seguir siempre los jóvenes de manera que pongan la mayor esperanza de curación en las fuerza de la naturaleza y en sus operaciones rectamente determinadas.

5. En lo que se refiere a las propiedades de los medicamentos conviene saber que la parte de la medicina que se ocupa de ellos, y se denomina Farmacéutica, es sumamente engañosa, además de estar repleta de errores y futilidades debido a que los autores suelen ensalzar sus remedios con tales alabanzas que, si fuera lícito creerles, habría que pensar que nunca iban a morir los hombres; prevénganse por ello los jóvenes para no confiar demasiado en las virtudes de los remedios, y tengan sólo en cuenta aquellos que el uso y la experiencia hayan probado que tienen las propiedades que les atribuyen. De la inseguridad de los medicamentos procede el que algunos muy doctos varones, que se desengañaron ante las supuestas propiedades de los remedios, hayan elegido sólo los que reconocieron que eran beneficiosos gracias al sufragio de la experiencia. En este asunto puede consultarse a Hoffmann, Juncker, Hecquet, Chartier y muy recientemente a Tessari y Lieutaud que en la elección de medicamentos han procedido con rigurosa crítica y grandes cautelas. También les conviene saber a los jóvenes que hay que preferir siempre los medicamentos simples a los compuestos porque la naturaleza opera siempre de la forma más simple, y entre los compuestos deben elegir los que sean menos compuestos. Finalmente hay que saber que los medicamentos no actúan sólo por calor y frialdad u otras cualidades, según pensaron galénicos y árabes, ni tampoco por sales, aceites y otros principios químicos, como pretenden los mismos, sino también por una cualidad especial, propia y connatural a cada uno recibida del Sapientísimo Creador por la que actúan sus efectos en el cuerpo humano, y no podemos reconocer esta propiedad por otro camino que por el de la experiencia y el uso. Por ello, en esta Farmacia resumida dirigida a los jóvenes, proponemos los remedios que se encuentran en los autores para que los jóvenes tengan noticia de ellos, *aunque no aprobamos todos por igual, sino sólo unos pocos*, y los señalamos para que puedan confiar más en ellos.

6. El objetivo de los remedios es el fin que el médico se propone con su administración. Este fin no puede conseguirse de ninguna manera si no se cumplen estas cuatro condiciones, a saber: cantidad, cualidad, ocasión y forma de usarse. 1) La cantidad o dosis de los medicamentos sólo puede fijarse tras largo estudio de los prácticos y tras observación concienzuda y madura puesto que no puede determinarse con seguridad en cualquier hombre; sin embargo, es bien cierto que los medicamentos son inútiles aplicados en una dosis muy pequeña porque su fuerza no supera la de la enfermedad, mientras que prescritos en una dosis excesiva son nocivos porque no sólo rebasan el límite de la enfermedad sino también el de la naturaleza, por lo que hay que prescribirlos en una dosis moderada para que sean beneficiosos. 2) En la prescripción de medicamentos hay que atender a su naturaleza, es decir, si son acres, sutiles, espirituosos, anodinos, cálidos, fríos, etc. 3) Hay que buscar con cuidado la ocasión precisa para administrar los remedios, pues, si no se ofrecen en el momento oportuno, llegan a ser inútiles o nocivos; en consecuencia, busquen los jóvenes la ocasión con todo el ingenio del arte porque es muy rápida y extremadamente fugaz; de otro modo darán un mal paso para su nombre y para la salud de los enfermos; así Hipócrates, *Aforismos*, libro 1, sentencia 1, *La ocasión es fugaz*. 4) Especial atención habrá que prestar a la forma de uso, es decir, a si los medicamentos han de prescribirse en forma sólida, líquida, de apotema o de pócima, etc.; porque, si no se prescriben correctamente los medicamentos en las recetas, además de ser un inconveniente para los enfermos, se reirán los farmacéuticos experimentados. 5) En la medida de lo posible habrá que procurar prescribir medicamentos gratos a los

enfermos pues, como dice Celso, es obligación del médico curar a los enfermos rápida, completa y alegremente. 6) Antes de ofrecer los medicamentos habrá que investigar con suma atención la naturaleza del enfermo, su temperamento, la edad, la época del año, la enfermedad y sus causas tanto ocasionales como eficientes, y cualquier pequeña cosa que proporcione a los enfermos más ayuda para enfermar y pueda presentarse en los mismos ya afectados por una enfermedad, pues, de otro modo, se cometerán mil errores en la administración de los remedios porque lo más pequeño en las enfermedades, por mínimo que sea, es siempre lo más grande en la consideración de los médicos y, a veces, en lo más pequeño se encuentra el punto de apoyo para la curación.

capítulo IV : medicamentos alterantes

7. Medicamentos alterantes son los que curan los vicios morbosos sin evacuación de los humores. Y, como las causas ocasionales de las enfermedades, obstrucción y diátesis en particular, pasan a ser vicios morbosos, es razonable que los medicamentos alterantes deban corregirlos cuando a la vez pretendan alejar la enfermedad adherida necesariamente en las partes sólidas. Y puesto que son muchos los vicios morbosos de la obstrucción y la diátesis, a la vez que los que proceden de estas enfermedades como hemos expuesto en Patología,^a es también necesario que los géneros de los medicamentos alterantes deban ser muchos; pero, en beneficio de los jóvenes, se distribuyen en tres clases según corrijan el vicio pituitoso, el bilioso, el melancólico.

8. El vicio más común en las obstrucciones es la excesiva densidad, lentitud y coagulación; es decir, cuando las pequeñísimas partículas de los humores se unen y forman un todo compacto hasta el punto de que parecen convertirse en grumos, más o menos según sea mayor o menor la coagulación. Medicamentos que disuelven la pituita gruesa que, según se cree, la adelgazan, son: las cinco raíces aperitivas y las de émula campana, brionia, cardo corredor y valeriana. Las hojas de centáurea menor, ajeno, hierbabuena, salvia y camedrio. La goma amoníaco, el palosanto, la raíz de quina, la zarzaparrilla; también son beneficiosas las sales fijas de dichas plantas, tales como sal de centáurea menor, de ajenos, de genciana y de retama. También el alcanfor y los remedios preparados de él; el espíritu de succino, la sal de amoníaco; del reino animal el espíritu de hasta de ciervo, de orina, la sal volátil de víboras, de hasta de ciervo, y, finalmente, todos los diaforéticos que veremos después.

9. Estos medicamentos (con los específicos que se proponen más adelante) son convenientes en la apoplejía por densidad y lentitud de la pituita, en el catarro sofocativo de la misma causa, en el asma, la pleuresía con coagulación y retención de la linfa. También convienen en las calenturas malignas por coagulación, en las calenturas linfáticas y mesentéricas, en la caquexia, la clorosis y en todas las enfermedades en las que la indicación sea adelgazar, disolver, licuar y proporcionar libre movimiento a los humores. Por ello, son apropiados para los usos citados las siguientes fórmulas.

R. En 4 libras de agua de la fuente viértase media onza de raeduras de palosanto, 1 onza de raíz de quina y otra de zarzaparrilla; manténgase en infusión durante 24 horas bajo cenizas calientes y hiérvase después hasta que se consuma la mitad.

R. Con 1 onza de raíz de émula campana, otra de apio y otra de perejil, media de brionia, 1 manojo de hojas de ajeno, media onza de la corteza de cidra y 3 dracmas de canela hágase

^a [*Institutiones medicae*, 1762]

un cocimiento por libra y media para 3 dosis; a cada una de ellas añádasele 1 dracma de sal tártara y 3 granos de sal amoníaco.

R. Mézclase 1 escrúpulo de preparado de polvos de hasta de ciervo y otro de antimonio diaforético, 6 granos de sal volátil de hasta de ciervo; hágase un polvo para tomar en dos dosis.

R. Con 1 dracma de goma amoníaco, medio escrúpulo de antimonio diaforético y 3 granos de sal amoníaco háganse píldoras para dos o tres dosis.

10. En la prescripción de estos medicamentos hay que atender si el enfermo, lleno de humores densos, es de temperamento bilioso y padece una destemplanza cálida de las vísceras como es habitual en nuestra latitud, pues, si es así, la lentitud y la coagulación de los humores no proceden de la frialdad como se cree comúnmente, sino de un calor excesivo de las vísceras y de la sangre ya que nada coagula los fluidos del cuerpo humano más rápidamente que el calor excesivo, en cuyo caso las fórmulas indicadas antes son inútiles y nocivas porque en razón de estos medicamentos excesivamente cálidos, al aumentar la destemplanza cálida de las vísceras, se espesa la pituita cada día más y se hace apta para provocar nuevas enfermedades; por ello, en tal situación hay que recurrir a los diluyentes y atemperantes para impedir la lentitud y la coagulación de la linfa.

11. Tras los medicamentos adelgazantes siguen los medicamentos coagulantes, los adensantes, los diluyentes, los preparantes de la bilis tenue (pues la bilis gruesa conduce a la melancolía o acerca a ella). Raíces de acedera, grama, diente de león, achicoria y llantén. Hojas de endivia, siempreviva mayor, verdolaga, achicoria y acedera. Flores de violeta, rosa, nenúfar y lengua de buey. Cebada, las cuatro semillas frías mayores y las menores. Sal prunela, espíritu de azufre, sal de nitro. Jarabe acidulado de cidra, de rosas, de violetas y de endivias. Jugo de limón, de naranja, de cidra. Almendrados, horchatas y otros muchos ampliamente descritos por los autores a los que se añaden los opiados y narcóticos que fuerzan el hervor de la bilis y la disolución de la sangre, prescritos según costumbre. De estos medicamentos pueden sacarse muchas fórmulas útiles en las calenturas ardientes, en las malignas con disolución, en otras enfermedades provocadas por la bilis ardiente y en las producidas por la disolución de la sangre derivada de ello.

R. Con 1 onza de cada una de las raíces de grama, fresa y achicoria, 1 manojo de hojas de endivia y otro de verdolaga, 1 dracma de cada una de las cuatro semillas frías mayores y 1 puñado de cebada hágase un cocimiento según arte hasta 2 libras para cuatro dosis a las que hay que añadir 1 onza a cada una de jarabe acidulado de cidra.

R. Con 1 onza de cada una de las raíces de fresa, diente de león y acedera, 1 manojo de hojas de siempreviva mayor, 1 puñado de flores cordiales y otro de nenúfar y 1 dracma de cada una de las cuatro semillas frías mayores hágase un cocimiento hasta 2 libras para cuatro dosis a cada una de las cuales hay que añadirle 1 onza de jugo de limón y la cantidad que haga falta de azúcar.

R. Mézclase 1 dracma de preparado de polvos de hasta de ciervo, 6 gs. de espíritu de nitro, 9 gs. de láudano líquido de Sydenham, 2 onzas de jarabe de nenúfar y 3 de agua de cebada. Para dos dosis.

R. En un mortero de mármol macháquense 6 pares de almendras dulces descortezadas tenidas antes en infusión de agua de rosas con 1 dracma de cada una de las cuatro semillas

frías mayores, vertiendo después poco a poco cuanto haga falta de agua de cebada sáquese una emulsión a la que hay que añadir 1 dracma de sal prunela.

12. Aunque óptimamente señala Tencke en el capítulo "De emulsione"^a que no hay que mezclar los ácidos con las emulsiones porque coagulan la substancia lechosa, él mismo prescribe la sal prunela porque con ella no se presenta tal efecto, antes bien, con frecuencia es beneficiosa mezclada con las emulsiones. Hay que señalar aquí que no se encuentra en la naturaleza de las cosas ningún remedio más excelente para atemperar la bilis, diluir los humores, alejar las calenturas, corregir la acrimonia y otros usos de este género que la simple agua, en razón de sus propiedades; pero bebida metódicamente, pues afirmamos por experiencia que tomada generosamente, ya sea refrigerada con nieve, ya sea con la frialdad natural según mana de las fuentes aleja felizmente numerosas enfermedades con increíble eficacia sin la intervención de otros medicamentos.

13. Corrigen y preparan el humor melancólico: las raíces de lengua de buey, cardo corredor, apio y rusco. Las hojas de doradilla, fumaria, toronjil y borraja. La corteza de alcaparra, fresno, tamarisco y saúco, pasas, alcaparras, camuesa, grana kermes. Flores de retama, borraja, lengua de buey, caléndula y manzanilla. Jarabe de camuesa, fumaria, culantrillo y borraja. Sal de tamarisco, fresno, estípite de habas; crémor de tártaro, tierra foliada, tártaro vitriolado, tintura de tártaro, tártaro nitrado de Mynsicht, ojos de cangrejo, preparado de polvo de perlas, de hasta de ciervo quemada y otros absorbentes, tartáreos y oleosos como el aceite esencial de enebro, espliego, canela, etc. Los marciales también son útiles prescritos según costumbre.

R. Viértanse en 2 libras de agua 2 dracmas de sal de marte y hiérvase hasta la consunción de tres partes. Dosis de 2 onzas cada día en las horas de la mañana.

14. En ocasiones hay que observar con cuidado si, como suele suceder, la melancolía quemada se ha unido a la destemplanza cálida de las vísceras, pues en este caso no son adecuados los marciales ni los oleosos indicados más arriba, sino más bien los diluyentes, temperantes y absorbentes por lo que son especialmente útiles suero de leche, y leche de asna, hasta de ciervo calcinada, madreperla, cristal de monte, y otros testáceos y absorbentes. Como en los escorbúticos, hipocondríacos e histéricas abunda este humor y, con frecuencia, se une a la destemplanza cálida de las vísceras, también a ellos les convienen y benefician mucho. Conviene proponer claramente algunas reglas prácticas. PRIMERO: no hay ningún humor frío en el cuerpo humano ya que todos son producidos por las fuerzas vitales que siempre tienen calor como propiedad inherente; de aquí que los humores viscosos y gruesos llamados pituitosos tienen mezclado algo caliente o proceden de una disposición de las vísceras que se une con un calor desmedido. Por esta razón hay que alejar completamente de la práctica médica los aceites que los químicos llaman esenciales, y no hay que prescribirlos sino en casos muy desesperados y en dosis muy pequeñas. De forma semejante no hay que prescribir sino con grandes cautelas el cocimiento de maderas indicado más arriba en el morbo gálico y en las afecciones artríticas, mal llamadas ahora reumáticas, porque es caliente y agita excesivamente los humores por lo que no sólo no adelgaza los gruesos sino que los vuelve más gruesos. Por tanto, sólo hay que prescribirlos una vez calmada la inflamación y moderado el calor con sangrías, ingestión de leche y medicamentos diluyentes. Todo esto hay que entenderlo referido a los remedios llamados diaforéticos y que se cuentan entre los adelgazantes y, por tanto, no hay que prescribirlos nunca de no ser con las precauciones señaladas. SEGUNDO: hay que advertir que los remedios alterantes, que también se llaman preparantes, unos son genéricos, los que hemos expuesto antes por ejemplo, otros específicos o propios que no sólo corrigen un vicio general de los humores sino uno particular. Conviene pues conocer que cuando se calientan e inflaman los humores, no se produce

^a [Instrumenta curationis morborum deprompta ex pharmacia ... 1681]

de uno y el mismo modo, sino de una manera en la erisipela, de otra en el flegmon, de otra en el herpes, de otra muy diferente en el cáncer y así en otras. De manera semejante, la bilis es defectuosa en el íctero de un modo, de otra manera en la calentura ardiente, de forma distinta en el cólera morbo, y así en los demás. También, el humor pituitoso tiene una índole en la leucoflegmasía distinto al humor pituitoso de la clorosis, y así en los demás casos. Tienen una naturaleza particular los humores melancólicos en el escorbuto, impropia de cualquier enfermedad, y es diferente la índole de este humor para producir el delirio que la que lleva a la melancolía. Conviene por ello que los jóvenes no confíen en los alterantes generales sino que los mezclen siempre con los particulares. En el escorbuto, por ejemplo, que es una enfermedad caliente, son útiles los medicamentos que hemos citado para predisponer la bilis, sin embargo, hay que mezclar con ellos los antiescorbúticos, es decir, berro, becabunga, etc. TERCERO: los alterantes precedan siempre a los evacuantes porque conviene ablandar los humores primero y, después, eliminarlos del cuerpo, según la ley de la naturaleza que siempre actúa de esta forma en beneficio de los enfermos. Conviene señalar finalmente que las curaciones de las enfermedades crónicas se resuelven mejor con alterantes que con purgantes, porque la naturaleza sana tales enfermedades con la corrección de los humores más que con su excreción; en la prescripción de estos medicamentos hay que preferir siempre los más ligeros y más suaves a los restantes y, además, suelen prescribirse los marciales y los demás medicamentos sacados de metales y de minerales tras el uso de otros medicamentos que relajen las fibras, ablanden los humores y abran las vías. Pero queremos recordar a los jóvenes que nunca hay que administrar a los enfermos los remedios metálicos excepto en enfermedades extremas, pues, debido a la naturaleza completamente extraña, ninguna fuerza puede superarlos ni pueden ellos adaptarse a la constitución de ésta, más aún, si una vez asumidos no se expulsan, provocan muchos y peligrosos desórdenes como cuerpos nocivos. El hierro, que es el más suave de todos los metales, daña con frecuencia si no se administra con las debidas cautelas. Por tanto, los medicamentos alterantes sacados de metales no hay que separarlos por completo del foro médico, pero, de no ser en casos urgentes y con grandes precauciones, no hay que prescribirlos ni confiar fácilmente en las promesas de químicos y boticarios.

capítulo V : cefálicos

15. Los alterantes específicos que, como hemos dicho antes, no corrigen los vicios morbosos comunes sino los particulares, toman el nombre de las partes del cuerpo cuyas afecciones morbosas se piensa que curan, o de la propiedad especial que ayuda a la naturaleza alterando los humores. Por ello se acostumbra a llamar *cefálicos* los que curan la cabeza, *hepáticos* el hígado, *histéricos* el útero, etc. Los partidarios de los sistemas indagan con excesiva ansiedad la propiedad por la que actúan los medicamentos, y en ninguna cosa se entretienen más los que se ocupan de desencajar violentamente la naturaleza y arrastrarla a sus opiniones. A nosotros nos basta constatar mediante observaciones fieles que tal medicamento tiene cual virtud para arrancar las enfermedades para ayudar a la naturaleza con esa medicina en esas enfermedades. ¿Quién sabe ahora de qué manera, por qué propiedad aleja la quina las calenturas? Nadie sin excepción; puesto que todo lo que se ha escrito sobre ello puede traducirse a delirios fútiles en parte, y en parte a vaciedades. Nos basta con saber que la quina adecuadamente prescrita aleja con seguridad las calenturas tercianas para que socorramos a los enfermos alcanzados por esta enfermedad. No rechazamos los análisis de los medicamentos ni los experimentos que los botánicos y otros investigadores de la naturaleza llevan a cabo para sacar a la luz las propiedades de los medicamentos; alabamos los trabajos, pero deseamos que no trasladen de inmediato fácilmente al cuerpo humano lo que los hombres ven en éstos, pues se han cometido muchos errores; de manera que todo esto, excluidas las observaciones prácticas que son el cardo y fundamento de toda verdadera medicina, conduce más a la pompa o al incremento de la historia natural que a la verdadera curación de los enfermos. Así pues, se piensa que ciertos géneros de medicamentos son beneficiosos para la

cabeza, bien por las sales volátiles o partes sutiles y espirituosas que los conforman, bien por una oculta propiedad especialmente beneficiosa para el cerebro. Tales son:

Polvo de Marchio, de 1 escrúpulo a 1 dracma. Polvo de gutteta sin aromas de 1 escrúpulo a 1 dracma. Polvo de uñas de la gran bestia, de cráneo humano y de raíz de valeriana de 1 escrúpulo a 1 dracma. Espíritu de hollín de 6 gs. a 1 escrúpulo. Agua espirituosa de toronjil de 1 a 2 escrúpulos. Sal volátil de víboras, hasta de ciervo, cráneo humano de 4 a 10 granos. Tintura de succino de 6 gs. a 1 escrúpulo. Elixir específico de Helmont de 6 gs. a medio escrúpulo. Espíritu volátil de sal de amoníaco de 6 gs. a 1 escrúpulo. Espíritu de hasta de ciervo succinado de 6 gs. a 1 escrúpulo. Aceite esencial de clavo, espliego, romero de 4 a 8 gs. Espíritu de mostaza de 6 gs. a 1 escrúpulo. Jarabe de flores de clavel, de media a 1 onza. Jarabe de betónica, de peonia de 1 a 2 onzas. Agua de flores del tilo de 1 a 2 onzas. Agua de lirios del valle de 1 a 2 onzas. Estiércol de pavo de medio a 1 dracma. Cinabrio nativo, espíritu de sangre humana de medio a 1 escrúpulo. Agua de vencentósigo de media a 1 onza. Goma ánglica de 4 a 15 gotas. Goma áurea de la Mothe de 6 a 30 gotas. Agua de triaca de 1 a 2 escrúpulos.

R. Espíritu de hasta de ciervo succinado 1 dracma, agua de triaca 1 dracma, esencia de castóreo 6 gs., jarabe de peonias 1 onza, agua de flores de tilo 2 onzas; mézclese.

R. Espíritu de hollín y de sangre humana medio escrúpulo de cada, tintura de succino 6 gs., sal volátil de cráneo humano 4 granos, jarabe de betónica 1 onza, agua de salvia 2 onzas; mézclese.

R. Polvo de Marchio 1 dracma, espíritu de sal de amoníaco 12 gs., esencia de castóreo 4 gs., jarabe de peonia 1 onza, agua de flores de tilo 2 onzas; mézclese.

Todos estos medicamentos son útiles en el paroxismo de la epilepsia, al igual que en la apoplejía; en ambos casos con precaución.

R. Hágase un electuario con jarabe de corteza de cidra con 2 onzas de conserva de flores de romero, medio dracma de confección de alquermes incompleto, 2 escrúpulos de preparado de succino blanco, medio dracma del polvo de raíz de cedoaria y otro medio de visco de encina, y medio escrúpulo de espíritu de matricaria. Dosis de un dracma; mañana y tarde, especialmente al llegar el plenilunio.

R. Estiércol de pavo 3 dracmas, otros tres de polvos de uñas de la gran bestia, cinabrio nativo 4 granos; hágase un polvo con cuanto haga falta de azúcar blanco y prescribase con agua de salvia o cocimiento de té o de café.

R. Con 6 dracmas de corteza del Perú, 2 dracmas de polvo de raíz de aro; hágase un electuario con la cantidad necesaria de jarabe de peonia.

Thomas Fuller^a considera que hay que anteponer este último electuario a los demás remedios en la prevención de la epilepsia, y propone que se mantenga durante dos o tres meses en la dosis de 1 dracma por la mañana y por la tarde para los adultos y de medio dracma para los niños.

^a [Farmacopoeia extemporanea, p. 80]

16. Los medicamentos indicados más arriba se consideran beneficiosos en todas las enfermedades provocadas por linfa viscosa y espesa, por lo que se dice que son adecuados en los dolores de cabeza por causa fría, como dicen, en el letargo, la catalepsia, el coma y otras afecciones soporosas, también en el vértigo, la epilepsia y otras. Pero no hay que confiar en los remedios sacados del cráneo humano, pues el cráneo de los hombres debe estar en los sarcófagos, no a la luz pública en las boticas. Diré aquí lo que pienso acerca de los medicamentos cefálicos. No dudamos que los medicamentos que hemos expuesto antes aportan una ayuda en ocasiones extemporánea por agitar y mover los espíritus, pero creemos que protegen muy poco la cabeza con alguna propiedad particular y, además, aseguramos que son nocivos tomados con frecuencia porque la cabeza alberga un calor excesivo no sólo por la ígnea propiedad de los espíritus del cerebro, sino, en especial, porque está poco aireada debido a la fuerte coraza de sus huesos. Por tanto, hay que ayudar a la cabeza de acuerdo con los vicios de los espíritus que existen en ella como en ubérrima fuente. Si su cantidad, orgasmo y agitación son excesivos, proporcionan curación: sangría realizada sin demasiada largueza, baños de pies, ayuno, ejercicio, uso de agua fría, y otros de esta naturaleza. Las purgas con catárticos siempre resultan nocivas pues todos los catárticos son funestos para la cabeza; sin embargo, la purga a través de la boca, la nariz, las orejas o el paladar libera magníficamente el cerebro de la abundancia de excrementos, no de forma violenta sino lenta y suavemente. Por el contrario, si hay escasez de espíritus, ataxia y debilidad, están como remedio los caldos restablecientes, la quietud, el sueño. Cuando vicia los espíritus una diátesis, ya sea escorbútica, atrabiliaria, venérea, herpética, etc., hay que prescribir medicamentos que la corrijan, de manera que se le opongán las ayudas apropiadas en cada caso. En general, a todos los enfermos de la cabeza les conviene cambiar de lugar, inspirar aire frío puro, no viciado, rehuir los sufrimientos del alma, vivir en el campo durante un tiempo, recrear el alma cuanto se pueda, tomar alimentos y bebidas con la moderación adecuada a cada naturaleza. Quien sepa dirigir todo esto en beneficio del caso ayudará a los enfermos con verdaderos cefálicos.

capítulo VI : expectorantes

17. Son expectorantes los que hacen arrojar por la laringe la materia morbosa adherida a al pecho. Unos son cálidos, adecuados en el asma, la ortophnea, la tos; otros son fríos, útiles en las enfermedades calientes del pecho. Medicamentos útiles en las enfermedades frías del pecho son:

Aceite esencial de anís hasta 6 gs. Tintura de azufre hasta 8 gs. Leche o magisterio de azufre hasta 10 granos. Flores de benjuí hasta 6 granos. Tintura de vitriolo antimonial hasta 6 gs. Esperma de ballena hasta 1 dracma. Goma amoníaco hasta 1 dracma. Bálsamo de azufre anisado hasta 8 gs. Bálsamo de azufre terebentinado hasta medio escrúpulo. Cocimiento de hojas de tabaco hasta una onza. Preparado en polvo de cochinilla hasta un dracma. Jugo de rábano con azúcar hasta 2 onzas. También convienen: hisopo, tusilago, marrubio, pasas, higos pingües y otros mucilaginosos; jarabe de tusilago, violeta, azufaiifa, culantrillo hasta 2 onzas. Jarabe de malvavisco Fernel hasta 1 onza. Jarabe de petum Querquetanum hasta media onza. La mixtura alcanforada de Tachenius, las píldoras pectorales de Mynsicht y otros medicamentos ampliamente descritos por los autores. Propondré algunas fórmulas para los jóvenes, sacadas de los medicamentos citados:

R. Goma amoníaco y esperma de ballena 1 dracma de cada. Tómese en un caldo.

R. Mézclense 6 granos de magisterio de azufre, medio escrúpulo de espíritu de anís, 2 onzas de jarabe de tusilago y 3 onzas de agua de hisopo.

R. Hágase un cocimiento pectoral de hasta 2 libras con raíces de émula campana por una onza, media de flores de lirio, un manojo de las hojas del marrubio, otro del tusilago y otro

de pulmonaria, medio manojo de hiedra terrestre y otro medio de verónica, 3 dracmas de pasas purgantes; bébase caliente.

R. Se vierten poco a poco 120 cochinillas machacadas en un mortero con 6 onzas de agua de poleo; en el licor muy exprimido disuélvanse 3 dracmas de goma amoníaco, una vez colado añádanse 2 dracmas de tintura de benjuí y mézclase. Dosis de una cucharada prescrita con una bebida hervida.

R. Con goma amoníaco colada por 1 dracma, medio de azafrán y otro medio de la flor del benjuí, 6 gs. de aceite de romero, háganse píldoras con la cantidad precisa de bálsamo de Perú. Dosis: tres, tres veces al día.

R. Con 3 dracmas de preparado de cochinillas, uno de goma amoníaco colada, medio de flores de benjuí, 15 granos de polvo de azafrán y otros 15 de bálsamo de Perú, háganse píldoras con cuanto haga falta de bálsamo de azufre; ofrezcánse tres, tres veces al día.

18. En los autores se añaden otros muchos medicamentos pectorales que no indico aquí para que no sea muy largo. Píldoras balsámicas de Richard Morton, píldoras antiasmáticas de Palacios, de Lohoch, de Lucatelli, cocimiento de los antiguos galos de Rivière, y otros que se proponen en los autores hasta la náusea.

19. Adviértase que entre los médicos de hoy están en uso jarabes tales como de violetas, tusilago y otros para lamer poco a poco, por lo que se llaman lambitivos; a este fin las curanderas^a usan unas tablillas azucaradas con azúcar rosado y otros de este género con los que llenan y engordan a los enfermos, pero no curan; y como veo que los más afamados en medicina tienen una opinión distinta sobre esto, pondré a continuación sus opiniones para que cada quien distinga en la práctica qué es cierto, qué falso, qué nocivo, o qué adecuado.

20. Algunos consideran que los azucarados son beneficiosos en las enfermedades del pecho. Así Du Chesne dice del azúcar que pertenece a una especie de sal adecuada para disolver, y lo recomienda además para romper los cálculos. En esta opinión conviene Heredia en su *tratado de Calculis Renum*.^b También el autor del tratado *De Viribus Medicamentorum*,^c dice en el capítulo "De expectorantibus": *Y el azúcar, al menos en dosis pequeña, pues aunque sea reprobado por algunos, es seguro que es una sal rectificada, y no es tan pernicioso para nuestro bálsamo natural como opinan algunos*. Por el contrario, Johann Dolaeo en la *Encyclopaedia Medicinæ* en el capítulo "De phthisi" al hablar de los azucarados dice: *Son miel en la corteza y hiel en el núcleo*. Sylvio de le Boë reprende con vehemencia a los médicos que cuando los enfermos se quejan de la tos los atiborran con conserva de rosas y azucarados con los que, según dice él mismo, escapa la materia viscosa cada vez más pegajosa por el incremento de la pituita.

21. Dice Fuller: *En la isla de Santo Tomé al sur del Ecuador muelen las cañas de azúcar y arrojan a los cerdos el sobrante una vez exprimido el jugo; en tan singular blandura engordan éstos que compiten en bondad con los capones hispanos y se ofrecen a los estómagos delicados. De ahí se infiere que si el azúcar prevalece con tal fuerza y poder que lleva a tanta ternura la carne del cerdo, que es la más firme de casi todas las carnes, por la misma razón acelerará la corrupción y la gangrena en los pulmones puesto que son blandos, de substancia esponjosa y estípticos, y se protegen con*

^a ["mulierculae" aquí por sanadoras o curanderas. Véase el estudio introductorio a esta edición]

^b [se trata del parágrafo "Curatio calculi Renum", en *Operum medicinalium*, tomo 2, Lyon 1665]

^c [en las dos primeras ediciones lo atribuye a Boerhaave como otros muchos autores y catálogos de la época]

astringentes.^a Por nuestra parte, aconsejamos a los jóvenes lo de nada en exceso y sigan el camino de en medio, pues los jarabes lambitivos y otros azucarados de este género, tomados moderadamente son beneficiosos en las enfermedades del pecho porque ablandan la tos y la expectoración al humedecer las fibras de la laringe con su suave jugo. Cualquiera puede saber que los dulces no son tan nocivos como varios determinan; será suficiente ver la disertación "De sacchari usu" incluida en los suplementos a Hoffmann.^b

22. En la tos y en la invasión de los pulmones por materia acre, como en las destilaciones saladas y en otras, procede el cocimiento siguiente:

R. Cebada pelada 2 dracmas, otros 2 de raíz de malvavisco y otros tantos de la del sínfito, regaliz rayado y machacado media onza, otra media de azufaifa y media más de pasas purgantes, hojas de tusilago, culantrillo y escabiosa por un manojo de cada; hágase un cocimiento con 4 libras de agua común hasta que se consuma la tercera parte.

R. Almendras dulces descortezadas 6 pares, 1 dracma de cada una de las cuatro semillas frías mayores, 1 dracma de semillas de malvavisco y otro de adormidera, dos dracmas de semillas de algodón; extráigase una emulsión con agua de cebada.

23. Una vez vaciado el pecho de la materia crasa, hay que recurrir a los opiados como a áncora sagrada, pues son los únicos que sanan felizmente tales destilaciones.

R. Jugo de regaliz 1 dracma, mirra medio dracma, diez granos de láudano opiado; háganse cuarenta píldoras de las que hay que tomar cuatro cada noche a la hora de acostarse.

R. Hiérvase hasta que aclare 1 libra y media de jugo de lengua de perro y hágase un jarabe con una libra y media de azúcar blanco. Han de tomarse dos cucharadas dos veces al día pues suelen sedar óptimamente los flujos acres.

24. Muchos temen al láudano opiado y a la lengua de perro por su poder soporífero; por mi parte diré con Sylvius: *No quisiera ser médico si no dispusiera de opiados*. Pues si se prescriben en dosis moderada, apenas hay otro remedio en medicina igual a ellos. Sobre esto puede verse Etmüller *Dissertatio de virtute opii diaphoretica*.

En el esputo de sangre convienen: Sal de Saturno de 2 a 4 granos, Crocus de Marte astringente hasta 1 dracma. Preparado de coral hasta 1 dracma. Tintura de piedra hematites hasta 20 gs. Agua arterial hasta 1 escrúpulo. Tintura de coral hasta 1 escrúpulo. Jarabe de coral hasta 1 onza. Agua de ortiga, llantén, rosas hasta 4 onzas. Jarabe de arrayán hasta 2 onzas. Jarabe de sínfito de Fernel hasta 1 onza, jarabe de arándanos hasta dos onzas. Sobrepasa a todos ellos ampliamente la corteza de Perú administrada una y otra vez según el experimento de Richard Morton, así como el cocimiento contra el esputo de sangre de Jungken y el cocimiento de hierbas vulnerarias que es muy beneficioso en cualquier erupción de sangre. Aunque las hierbas vulnerarias aventajan a muchas otras, también son útiles las siguientes: pié de león, sanícula, verónica, pírola, virga áurea, angélica, flores del hipérico. El cocimiento de estas hierbas se hace igual que el de la hierba del te: se hierva poco en 8 o 10 onzas de agua común una pulgarada ligera; se bebe caliente.

^a [*Pharmacopoeia extemporanea, sive etc*, Lausana 1737 pág 168. Donde Piquer "dice Fuller", Fuller "dice Garencieres"]

^b ["*Dissertatio medica sistens sacchari historiam naturalem et medicam*", en HOFFMANN, *Operum omnium physico-medicorum supplementum secundum*, 1760]

25. En la tisis el cocimiento citado mezclado con leche de cabra o de asna llena toda la página, pues aunque los autores prescriben muchos remedios para los tísicos como tintura antitísica de Etmüller, bálsamo de Lucatell, polvo Haly de la *Pharmacopoeia Augustana*,^a bálsamo de azufre terebentinado y otros, sin embargo, es tal el rigor de esta enfermedad que sólo cede a la leche con el cocimiento vulnerario; por ello se equivocan los médicos cuando atiborran a los tísicos con diferentes remedios al principio y, finalmente, les prescriben la leche cuando ya no es útil, mientras que tal vez les beneficiaría si se la dieran a beber desde el principio.

En la pleuritis convienen específicamente: preparado en polvo de sangre de carnero hasta 1 escrúpulo. Polvo de la mandíbula del pez sollo y diente de jabalí hasta 1 escrúpulo. Antimonio diaforético hasta 1 escrúpulo. Aceite de lino extraído sin fuego hasta 2 onzas. Esperma de ballena hasta 1 escrúpulo en el caldo. También el Pomum Querquetanum, cuya descripción se encuentra en Rivière, capítulo "De pleurite".^b Dolaeus, por su parte, alabó mucho el hollín de chimenea. Asimismo el nitro purificado; y entre los vegetales el cardo santo, el cardo de María, y en especial las flores de las amapolas cuyo cocimiento es muy útil como bebida ordinaria a lo largo de toda la enfermedad. Hay que cuidar de no prescribir los disolventes más fuertes al comienzo de la enfermedad, como el preparado de sangre de carnero y otros, ya que al aumentar la calentura gracias a ellos, surgen nuevos síntomas.

26. Al principio basta con administrar polvo de diente de jabalí u otro remedio semejante, y recurrir a otros cuando dé tregua la enfermedad. Lo que aventaja con mucho a todos son dos vesicantes aplicados a las tibias, sobre ello más abajo. Entre los autores antiguos que se han ocupado con probidad de la pleuritis conviene leer a Celio Aureliano y a Teodoro Prisciano; entre los modernos a Triller que prescribe para la pleuritis un método terapéutico realmente excelente. Entre los medicamentos pectorales ya citados no beneficia en nada el hollín de chimenea encomiado por Dolaeus, tampoco es útil la sangre de carnero alabada por Helmont, ni he creído nunca que la mandíbula del pez sollo o el diente de jabalí sirvan de algo en la pleuritis, como tampoco el pomum Querquetanum. Los remedios más selectos en las enfermedades frías del pecho son los vulnerarios y las cochinillas exprimidas; en las enfermedades calientes, si son agudas, el cocimiento de cebada que hemos indicado antes para la tos; si son crónicas, la leche y los vulnerarios moderados llenan toda la página. Sin embargo, conviene retener acerca de los medicamentos apropiados para las enfermedades del pecho que sólo son útiles cuando tales enfermedades son leves, pero cuando son fuertes y arraigadas poco hay que esperar de todos ellos porque hasta el momento no conocemos ningún remedio de segura y eximia virtud para arrancarlas.

27. Hay que añadir que las enfermedades del pecho llamadas frías, como el asma, el catarro, la tos por materia crasa, no vienen acompañadas por sí mismas de frío sino de un gran calor, de manera que los medicamentos cálidos son nocivos (sin exceptuar las píldoras de Morton). Creemos que antes que los demás son útiles para las enfermedades del pecho los demulcentes como malvavisco, sínfite, pasas, almendras y los remedios preparados de ellos; los adelgazantes ligeros como regaliz, tusilago, hiedra terrestre y vulnerarias ligeras, con el añadido de cebada o avena en los cocimientos para las enfermedades cálidas y con polvo de cochinillas o con esperma de ballena en las enfermedades llamadas frías, según las reglas del arte. No hay que omitir que hemoptoicos, tísicos, asmáticos no se alivian con semejante montón de remedios, tanto como que en consecuencia caen a peor, y entiendan los jóvenes con ello que los enfermos a veces curan gracias un buen régimen y el cambio de aires. Con solo estas ayudas, excluida medicación, se mantendrán mucho tiempo.

^a [en el texto *Hali* por *Haly*, véase pág 900: "Haly contra Phthisim" en la ed de Dordrecht, 1672]

^b [*Praxis medica*]

capítulo VII : estomacales

28. Se llama estomacales a los medicamentos que se piensa que ayudan a las funciones del estómago de cocer y digerir los alimentos. Casi todos ellos son cálidos, espirituosos y corroborantes porque desde hace muchos siglos está establecido entre los médicos que el calor favorece esas acciones del estómago. Sin embargo, mantenemos la duda acerca de si hay medicamentos que ayuden a la cocción y digestión de los alimentos con una propiedad propia y especial, pues hemos visto más de una vez que el agua fría ha fortalecido maravillosamente un estómago débil y que éste ha ido a peor con remedios cálidos. Los medicamentos que suelen usarse para ayudar al estómago son los siguientes:

Confección de alquermes hasta 1 dracma; agua de toronjil compuesta hasta 2 dracmas; agua de triaca de Croll hasta 1 dracma; agua de almáciga compuesta hasta 1 dracma; agua lactinada de canela y hierbabuena hasta 3 dracmas; eleosácaro de canela y corteza de cidra hasta medio dracma; esencia de anís, hierbabuena, corteza de cidra y canela hasta 4 gs.; jarabe de corteza de cidra, flores de clavel, hierbabuena sin ácido hasta 2 onzas; agua de hierbabuena, toronjil hasta 3 onzas; polvo estomacal Quercetanus hasta 2 escrúpulos; elixir específico de Paracelso hasta 15 gs.; bálsamo del Perú hasta medio dracma; sal de ajeno hasta 1 dracma. De los vegetales: ajeno, hierbabuena, cálamo aromático, corteza de cidra, de naranja. También son adecuados: elixir de vitriolo de Mynsicht, vino preparado de las cenizas del ajeno. El ámbar sorbible en huevo hasta 1 dracma, y otros de los que pueden sacarse pócimas, píldoras, cocimientos, electuarios y otras fórmulas de medicamentos según el propósito del médico en la manera que se ha dicho más arriba.

29. Dichos medicamentos son adecuados en la debilidad del estómago con crudeza ácida, en la que es específicamente útil la sal amoníaco hasta 1 escrúpulo mezclada con vino de ajeno según la observación de Ettmüller en la lentería, afeción celíaca, cólera morbo y en el vómito, para el que es específicamente útil la corteza de Perú con el láudano líquido de Sydenham. Hay que señalar, sin embargo, que no es raro que las debilidades del estómago y las crudezas ácidas procedan de un calor excesivo de las vísceras, como ocurre en los biliosos e hipocondríacos, en cuyo caso han de evitarse los remedios citados antes porque son excesivamente volátiles y acres y hay que pasar a estomacales más suaves mezclados con atemperantes; a tal fin específico es útil ruibarbo masticado varios días, crémor de tártaro, espíritu de sal dulce, vino de ajeno y los demás diluyentes, temperantes y aperitivos. También llevan a este fin los absorbentes mezclados con temperantes, al igual que las emulsiones preparadas con semillas frías y semilla de anís. Hay que advertir también que entre los medicamentos estomacales no ocupan un lugar inferior los medicamentos externos, como aceite de ajenos, de nuez moscada, de clavo, bálsamo católico, cataplasmas de vino generoso, pan tostado y triturado con el añadido de canela o polvo restrictivo magistral como tienen por costumbre nuestras curanderas. Por mi parte prefiero el emplastro siguiente:

R. Tacamaca colada 7 dracmas, polvo de canela 1 escrúpulo, aceite esencial de clavo 3 gs., bálsamo de Perú medio escrúpulo; hágase un emplastro para el estómago según arte.

R. Almáciga cuanta haga falta, aceite de anís 6 gs.; hágase un emplastro etc.

30. Se consideran hoy entre los medicamentos estomacales más selectos el elixir de Garusi y el específico de Stoughton que se diferencian poco en su ser de los otros elixires de uso frecuente, de manera que las

alabanzas con que son celebrados estos nuevos quién sabe de qué charlatanes^a son y, con seguridad, hemos sabido que son nocivos en numerosos enfermos. Es útil nombrar el cocimiento amargo, así como el vino que es un estomacal inmejorable ya sea sólo, ya con agua, ya mezclado con hierbas amargantes; a la vez, hay que tener siempre en cuenta que nunca son adecuados los estomacales más cálidos, como los espíritus, las tinturas, los aceites esenciales y otros de este género que dañan por calentar en exceso. Me consta por observación que en las crudezas vaporosas recientes nada es más adecuado que el agua simple fría: en amplios tragos y casi como costumbre la misma agua a la que se mezcla un licor compuesto de nitro y marte. Conviene señalar aquí que por más que se quiera no todos los estomacales son tan útiles para fortalecer el estómago como una buena dieta, cuyo régimen pueden ver los jóvenes en Cornelio Celso y en Lom,^b el mejor de sus comentaristas.

capítulo VIII : hepáticos y esplénicos

31. Se llama medicamentos hepáticos a los que se cree que protegen el hígado porque le proporcionan gran ayuda en numerosas enfermedades por fortalecer la víscera o por corregir la bilis. No es completamente cierto que haya medicamentos que fortalecen el hígado con una propiedad especial y que hay muchos que corrigen la bilis; nadie, incluso poco ejercitado en curar, lo defenderá. Y aunque la bilis morbosa puede ser generada en cualquier parte del cuerpo, como sus efectos se descubren especialísimamente en el hígado y en las partes cercanas, cualesquier remedio que se oponga a la bilis se incluye entre la clase de los hepáticos.

32. Por lo general se dividen los hepáticos en cálidos y fríos; los cálidos son útiles en las obstrucciones, el escirro, el íctero y otras enfermedades del hígado; los fríos son útiles en las mismas enfermedades cuando se añade una destemplanza cálida de las vísceras. Además, nosotros consideramos que todos los hepáticos afectan a la bilis, pues si la bilis es demasiado sutil e impregnada de principios activos convienen los hepáticos fríos, como: sal prunela hasta un dracma, espíritu de sal hasta medio escrúpulo, ácido de limón hasta dos onzas, cocimiento de tamarindos hasta 3 onzas, cocimiento de las raíces de la fresa, achicoria, diente de león, fumaria, flores de nenúfar y otros diluyentes como el suero de la leche, emulsiones y semejantes, que son útiles en las calenturas ardientes, en las inflamatorias y en otras en las que hay que someter la bilis excesivamente desenfrenada. Véase lo que hemos dicho sobre adensantes, temperantes y diluyentes.

33. Por el contrario, si la bilis fuese gruesa, inerte, disipada, desprovista de principios activos en una palabra complicada con la pituita y con indigestiones, como en el íctero, caquexia, hidropesía, obstrucción, escirro convienen todos aquellos que están impregnados de sales lixiviales como: ajeno, celidonia, mejorana, centáurea menor, genciana, marrubio y, especialmente, ruibarbo que algunos llaman alma del hígado y el aloe pues por su amargor muy semejante a la bilis le restituye sus principios activos. Pero hay que señalar con cuidado que no rara vez sucede que la bilis gruesa e inerte se une a un calor desmesurado de la sangre o de las vísceras, como se observa en los hipocondríacos, en los de estómago débil y en otros; en ese caso hay que rechazar los medicamentos excesivamente cálidos y hay que usar los citados antes mezclados con diluyentes, a cuyo fin son muy útiles las aguas termales o aciduladas; y sepan los jóvenes que las aguas aciduladas son beneficiosas para quienes tienen un cuerpo seco y escuálido, para quienes la bilis que sobra, disipada e inerte

^a ["circuladores" junto con "agirtas", "circumforanei" y "nebulones" son los términos con que se refiere a médicos vulgares (o no latinos), a curanderos, y a ambulantes que van de feria en feria proclamando las virtudes de algún específico. Véase el Estudio que precede a esta edición]

^b [Lom, Joost, *Commentarii de sanitate tuenda in primum lib. De re medica*]

está unida a una destemplanza cálida de las vísceras y, finalmente, para quienes, sanos, tienen abundancia de humores acres, calientes y biliosos en los pulmones, en el pecho y en los nervios, y las fibras casi secas se crispan por la sequedad. Las aguas termales son más adecuadas para aquellos en los que abundan los humores ácidos, el cuerpo está más laxo, y no padecen de destemplanza cálida de las vísceras; sobre esto puede consultarse Hoffmann, y Manget *Bibliotheca Pharmaceutico-medica*, tomo I, pag. 161,^a donde se trata extensamente de todo esto. Con los medicamentos propuestos pueden hacerse diferentes fórmulas según convenga, como hemos indicado en los adelgazantes; pero nos parecen más útiles el jarabe de jugos de mercuriales, de borraja, de diente de león y de otros semejantes, preparados según arte.

34. Se llama esplénicos a los medicamentos adecuados para las enfermedades del bazo. Hay que advertir que raramente se presentan dichas enfermedades sin una digestión y cocción depravada en el estómago, porque si éste realiza mal su tarea, avanzarán desde él las partículas gruesas y terrestres, y los jugos ácidos; éstos, estancados en el bazo y en el hígado ya sea por la estrechez de sus vasos, ya por la proximidad con el estómago, allanan el camino a las citadas enfermedades; y, en consecuencia, sucede con frecuencia que por estar afectado el bazo se ve afectado el hígado de manera semejante, y al contrario. Medicamentos esplénicos son todos los que se han citado antes para corregir y adelgazar los humores gruesos y cálidos, a saber: los marciales, oleosos, absorbentes y aperitivos que, proporcionados con las cautelas allí enunciadas, llenan la página en las enfermedades del bazo. Además, las aguas termales, minerales o aciduladas, beneficiosas para variedad de enfermos como se dijo antes, suelen ser el único remedio en enfermedades del bazo. Este es el lugar de los medicamentos antiescorbúticos que enervan los jugos austero-ácidos a veces dominantes en el escorbuto con una sal volátil acre; tales son: jugo o espíritu de coclearia, de becabunga, de cada uno de los berros, de cerefolio, de rábano, de trébol fibrino y de otros, en cuya prescripción se señala que no hay que usarlos en exceso ni imprudentemente en el escorbuto unido a un calor excesivo de las vísceras, el más frecuente entre nuestros paisanos, pues hemos observado que por ello sufren más los escorbúticos y, además, en esta especie de escorbuto, una vez probados todos los remedios inútilmente, es admirablemente útil la leche de asna ofrecida con una moderada cantidad de dichos jugos durante meses y años, y sobrepasa a los demás remedios. En el escorbuto no excesivamente cálido, en el que las vísceras no tienen mucho calor, son adecuados jugos o cocimientos de dichas hierbas ofrecidas con algunos absorbentes, también el cocimiento de sumidades de abeto y de pino y otros, accesibles indistintamente en los libros médicos. Pero en las enfermedades crónicas del hígado y del bazo, hay que vigilar continua y atentamente cuando se unen los vicios del estómago si el mal recibe el fómite del estómago o al revés, de manera que los médicos lleven sus ayudas a la parte de la que procede el daño en primer lugar.

capítulo IX : histéricos y nefríticos

35. Histéricos son los medicamentos que corresponden al útero. Entre ellos son genéricos los que se oponen a las enfermedades del útero cuando en éstas se observan vicios generales de los humores, de manera que atacan con la bilis, la melancolía, la pituita y otros vicios de esta naturaleza. Otros son especiales, los que se cree que se ocupan del útero con una propiedad particular. Los primeros se sacarán de los nombrados más arriba. Los segundos son: agua espirituosa de toronjil, espíritu de hasta de ciervo succinado, aceite esencial de enebro, sal volátil de hasta de ciervo, agua lactinosa de canela, elixir específico sin ácido, tintura de mirra, tintura de castóreo, tintura de azafrán, tintura de succino, asafétida, gálbano, jarabe de culantrillos, de artemisa, de hierbabuena sin ácido, sal de Júpiter; agua de nafa, toronjil y otros medicamentos volátiles,

^a [de la edición de Cologny, 1726]

espirituosos y absorbentes, a los que con razón hay que añadir los opiados y la corteza de la quina, que, ofrecida una y otra vez, seda magníficamente los paroxismos histéricos. En el paroxismo fuerte, cuando se presentan los movimientos convulsivos:

R. Háganse 4 píldoras de asafétida, castóreo y láudano opiado por 1 grano de cada; tómense en una dosis. O:

R. Confección de alquermes incompleta medio dracma, otro medio de preparado en polvo de madreperla, medio escrúpulo de tintura de castóreo, láudano líquido de Sydenham 10 gs., jarabe de culantrillo 2 onzas, agua de nafa 3 onzas; tómese en dos dosis.

R. Háganse píldoras para cuatro dosis con 8 granos almizcle, 1 escrúpulo de preparado en polvo de cristal de monte, otro de azúcar blanco y la cantidad precisa de bálsamo de Perú.

36 Solenander, Fuller y otros traen estas píldoras advirtiendo para su prescripción que los aromas inspirados por la nariz conmueven a las mujeres histéricas hasta el punto de que las arrastran a violentos paroxismos; por el contrario, está probado que al aplicar los fétidos a las narices curan los paroxismos histéricos. Los medicamentos aromáticos tomados internamente curan con mucha frecuencia las afecciones histéricas. Y para que los jóvenes actúen con mayor seguridad en su prescripción, señalaremos que algunas mujeres histéricas tienen un cuerpo seco cuyas fibras rígidas y tensas son adecuadas para producir movimientos espasmódicos, y la sangre excesivamente brillante y espirituosa les provoca balanceos espasmódicos y paroxismos histéricos; a éstas les convienen los succinados, el castóreo y medicamentos semejantes mezclados con opiados. Otras mujeres histéricas, sin embargo, son de fibra laxa, sangre disipada y poco provista de humedad; a ellas les son sumamente beneficiosos los aromas mezclados con absorbentes como yo mismo he comprobado.

37. Hay que señalar, además, que en general a todas las histéricas les beneficia más la dieta que la farmacia, lo que también sucede en los hipocondríacos y, así, a ambas enfermedades el vulgo les llama azote y vergüenza de los médicos. Indicaremos también que, de acuerdo con la observación de Sydenham, no hay evacuación más nociva para las histéricas que la purga, y ninguna les es más útil que la hemorragia a través de los hemorroides o del útero, ya sea espontánea o provocada con arte, según el consejo de Hipócrates. Observen finalmente los jóvenes si las histéricas sufren de destemplanza cálida de las vísceras, pues si es así, hay que evitar los medicamentos demasiado cálidos que arrastran al paroxismo y provocan otro más fuerte, y hay que tratarlas con sangrías, cocimientos temperantes y medicamentos absorbentes. Sobre las aguas minerales y sobre los marciales hay que decir lo que ya hemos dicho antes respecto a la afección hipocondríaca; pero si se prescriben limaduras de hierro crudas, hay que observar si tras su aplicación aparecen eructos olorosos y como aliáceos y se sigue espontáneamente un aligeramiento del vientre con deyección de heces negruzcas, pues son las señales de un feliz resultado y dan pié para seguir adelante. En caso contrario es aconsejable abstenerse.

38. En la amenorrea son adecuados todos los aperitivos tartáreos y marciales que ya se han recogido antes; convienen especialmente sabina, azafrán, mirra y los remedios preparados con ellos; también tintura de castóreo, angélica, artemisa y toronjil, con los que pueden hacerse las siguientes fórmulas u otras:

R. Goma amoníaco disuelta en vinagre 1 dracma, tintura de azafrán 6 gs., otros 6 de castóreo, extracto panquimagogo de Croll medio dracma, trociscos de mirra 1 escrúpulo; háganse píldoras con cuanto haga falta de aceite de succino de las que la enferma ha de tomar unas veces cada cuatro días y otras cada cinco. Entre una y otras toma bébase la siguiente infusión:

R. Raíces de angélica y de cedoaria por 1 onza de cada, hojas de matricaria y de sabina 1 manojo de cada, bayas recientes de enebro media onza, 4 dracmas de canela, medio de azafrán y otro medio de sal tártara. Viértanse en una medida de vino blanco viejo. Dosis de 4 onzas cada noche.

R. Bórax medio dracma, mirra 16 granos, canela medio dracma; hágase un polvo para tomar en tres dosis.

Si no obedecen los menstros a los medicamentos citados:

R. Dictamo de Creta, ambas aristoloquias y trociscos de mirra por medio dracma de cada, jarabe de culantrillos y de artemisa por una onza de cada, agua de sabina 3 onzas; mézclense y hágase una poción para beber en tres veces.

R. Sal de artemisa 2 escrúpulos, bórax, trementina de Venecia, tártaro y vitriolo por medio dracma de cada uno de ellos, 1 escrúpulo de azafrán, aceite esencial de sabina y de succino por 3 gs. de cada; mézclense y hágase un polvo para cuatro dosis.

39. Estos medicamentos son adecuados sólo cuando no fluyen los meses por debilidad del útero o por una obstrucción tenaz, en otro caso hay que abstenerse de ellos en especial si la mujer está más caliente, arden las vísceras o la enfermedad viene acompañada con una febrícula oculta como suele suceder. Conviene, entonces, provocar los menstros con restablecientes, diluyentes, baños, prescribir una dieta óptima y encomendar el asunto al tiempo y a la naturaleza. Como los menstros dejan de fluir en las mujeres por muchas y diferentes causas, observen éstas los jóvenes y no prescriban los remedios propuestos sino tras mucha reflexión, más aún, en general se señala que hay que tratar la hemorragia menstrual con pocos o ningún medicamento, pues consta suficientemente que no hay ningún medicamento que tenga directamente la virtud de provocar la menstruación; porque los que hemos prescrito más arriba sólo intervienen indirectamente ya que, por interesar al útero, excitan la sangre en él e irritan sus fibras para la expulsión; entre todos los medicamentos destinados a tal uso son preferibles a los demás mirra, sabina, artemisa, dictamo de Creta y aristoloquia, que conviene proporcionarlos escasamente y con gran cautela pues falta tanto para que promuevan la menstruación que, antes bien, la demoran más y con su acritud provocan inflamaciones y convulsiones. Es preferible dejar este trabajo a la naturaleza y al tiempo, y tratar a las mujeres aquejadas de amenorrea con sangrías y con los medicamentos más suaves.

40. Se llaman medicamentos nefríticos los que son adecuados para las enfermedades de los riñones; no hay que confundirlos con los diuréticos, ya que estos últimos purgan los humores serosos de todo el cuerpo a través de las vías urinarias; los primeros son apropiados sólo para las enfermedades de los riñones y son completamente diferentes según la diversidad de enfermedades de los riñones.

41. En primer lugar los que expulsan y rompen los cálculos: sal de estípites de favaria, de parietaria, de retama, jugo de rábano, de limón, de abedul, semilla de hipérico, corteza de raíz de fresno, piedra de Judea, piedra lince, nefrítica, palo nefrítico, cáscaras de huevo calcinadas, lombrices, cochinillas en infusión de vino blanco y exprimidas, bórax y todos los compuestos de la trementina, jarabe de malvaviscos de Fernel, jarabe de mucílago de Matteo, agua imperial de garbanzos, etc., núcleos de melocotón, polvo de los huesos de níspero, virga áurea, aceite de almendras dulces sacado sin fuego y otros muchos medicamentos que están recomendados para romper los cálculos y hacer desaparecer las arenillas.

42. Cocimiento nefrítico de Forest, útil para los cálculos y también para los ardores de la orina:

R. Semillas de malva y de malvavisco por 2 dracmas de cada, 3 onzas de garbanzos rojos, 2 dracmas de cada una de las cuatro semillas frías mayores, 9 higos pingües, 6 dracmas de raíz de regaliz; cuézanse en 3 libras de agua simple hasta que se consuma la mitad. Dosis de 3 onzas cada dos o tres horas.

R. Raíces de malvavisco y de regaliz por 6 dracmas de cada, hojas de malva 1 manojo, 6 higos pingües y 6 dátiles, 1 onza de semillas de violeta; cuézanse en la cantidad precisa de agua de cebada.

R. Sales de estípite de favaria y parietaria por medio dracma de cada, polvo de raíz de uñas gatas y virgo áurea por 1 escrúpulo de cada, aceite de almendras dulces sacado sin fuego 3 dracmas, espíritu de bayas de enebro 4 gs., jarabe de malvavisco de Fernel 2 onzas y 4 onzas de agua imperial de garbanzos.

R. Raíces de apio y de salsifrás de la tierra 2 dracmas de cada, raíz de virgo áurea 1 dracma, preparado de ojos de cangrejo 1 dracma, tártaro vitriolado y piedra prunela 2 escrúpulos de cada, crémor tártaro 4 escrúpulos, aceite de enebro 4 gs.; hágase un polvo que hay que prescribir con la bebida del cocimiento siguiente:

R. Raíz de malvavisco una onza y media, regaliz media onza, 2 manojos de hierba virga áurea, 1 manojo de cada una de las hierbas de malvavisco y parietaria, 4 higos, bayas de enebro, 1 dracma de cada una de las semilla de perejil, bardana, mijo de sol; hiérvanse en 3 libras de vino blanco hasta que queden dos para cuatro dosis; añádasele una vez colado 1 onza de jarabe de malvavisco de Fernel en cada dosis.

43. Señalaremos que antes de prescribir estos medicamentos no hay que administrar diuréticos acres para disminuir los cálculos, ni tampoco remedios excesivamente fuertes porque, al estar crispadas y contraídas las fibras de los riñones por la aspereza del cálculo, se tensan y perturban más y más con la llegada de medicamentos excesivamente enérgicos, de donde, por aumentar la crispación preternatural de las fibras, provocan crudelísimos dolores y, a causa de la estructura invertida de las partes provocada por la excesiva tensión de las fibras, no sólo no se expulsa el cálculo, sino que se mete con más fuerza. Por ello, al comienzo del dolor nefrítico, no convienen ni purgantes acres ni clisteres acres ni medicamentos fuertes, sino emolientes, laxantes y correctores de las fibras crispadas.

44. Los cocimientos que hemos indicado aquí para los cálculos son especialmente útiles para temperar los ardores de orina a los que puede añadirse la emulsión arábica de Fuller.^a

R. Cuézase una onza de goma arábica en dos libras de agua de cebada hasta su dilución; con esta solución y media onza de cada una de las semillas de malva, adormidera y almendras dulces descortezadas, hágase una emulsión según arte a la que hay que añadir 16 granos de sal de saturno y 3 onzas de jarabe de malvaviscos de Fernel.

45. Conviene señalar que los ardores de orina tan frecuentes en los ancianos no proceden tanto de su desmedido calor, como de la falta de la primera cocción, pues la débil naturaleza y el estómago con ella no pueden empujar convenientemente los alimentos que, a lo sumo, se transforman en mocos y excrementos;

^a [pág 104. Piquer añade al final "de Fernel"]

tras una retención prolongada contraen acrimonia y llevadas a las vías de la orina provocan los ardores de orina, lo que ya reconoció Hipócrates en *Aforismos*, libro 6, sentencia 44, donde comenta la calentura por el ardor de orina. También Galeno en sus *Comentarios* a la misma sentencia lo explica ampliamente. Heredia en *Commentarium historiae Appollinis*, pag.193 escribe esto: *Cuiden el ardor de orina en quienes abunde la acidez en los excrementos porque todos los prácticos reducen los síntomas a la salsedumbre de la orina, de manera que, por ignorar la causa, dejan a los enfermos sin curación.*^a Por ello en tal caso hay que evitar los medicamentos excesivamente temperados o fríos y obtundentes, puesto que, al debilitar el estómago una vez alterada la primera cocción y digestión, no sólo no corrigen el ardor de orina sino que precipitan a los enfermos a mayores daños; son más convenientes a tal fin los estomacales más suaves con los que poco a poco van disminuyendo los ardores de orina por corregir la primera cocción de los alimentos.

46. Hasta aquí hemos traído los medicamentos que se exponen en los libros de los prácticos para reducir y expeler los cálculos, pero hasta ahora no hemos visto que produzcan efecto, y no pienso que alguien lo haya visto nunca. Por tanto, para impedir la generación de los cálculos y la disminución de los agentes que los generan conviene evitar cualquier calentamiento del cuerpo, mojarse con agua fría simple, tomar alimentos ligeros con poca cantidad de jugo y, finalmente, llevar una vida muy moderada y ajena a cualquier exceso. Todos los demás remedios son naderías sin estos. Diremos que al menos hay algunos medicamentos para los riñones que les ayudan fortaleciéndolos y limpiándolos, cuya virtud es útil accidentalmente en el cálculo; entre ellos son preferibles a todos, a mi juicio, aquella especie de boj que los griegos llamaron "agallochus", y la hierba que aquellos llamaron "parthenon" y los latinos "matricaria"; y con las sangrías prescritas en el cálculo, con emulsión arábica y, con otros diluyentes que deben preceder necesariamente a cualquier otro remedio, es beneficioso en esta enfermedad el cocimiento de las hierbas citadas.

capítulo X : purgantes

47. Medicamento purgante es: El que aplicado interna o externamente al cuerpo evacua la materia morbosa por el intestino recto. Purga es: La excreción por el vientre de lo que puede fluir fuera del cuerpo a través de los intestinos. Aunque el nombre de medicamento purgante incluye todo medicamento que de cualquier manera libere al cuerpo de impurezas como los diuréticos, los estornutatorios, los eméticos, etc., el uso ha generalizado que con tal nombre se conozcan los que evacuan por los intestinos, y en tal sentido hemos puesto en la definición las palabras por el vientre. Los purgantes se clasifican: 1) por el resultado: De donde unos son benignos, otros más fuertes; sobre ellos habla con rectitud Galeno en *De simplicibus medicamentis*, libro 3, capítulo 24. 2) por la manera de actuar: De donde unos son los que limpian sólo las primeras vías, llamados lenitivos y otros los que hacen expeler los fluidos de todo el cuerpo y se llaman propiamente catárticos. 3) por el lugar: De donde unos son los que producen su efecto aplicados internamente y otros los que purgan prodigiosamente empleados externamente como el unguento de artanita, incluso numerosos autores recuerdan que muchos se purgan con la visión y el olor de los purgantes, como cita y aduce el autor de *De Virbus Medicamentorum* en la página 254. los purgantes se suelen clasificar en: colagogos, flegmagogos, melanagogos e hidragogos. Colagogos se suele llamar a los que limpian la bilis como ruibarbo, aloe, etc. Flegmagogos a los que limpian la pituita como agárico, turbit, etc. Melanagogos el humor melancólico como hojas de sen. Hidragogos a los que evacuan los humores serosos, como tamarindo, cañafístula, sal catártica, escamonea, etc. Muchos han mantenido esta división en medicina durante muchos siglos; sin embargo algunos de los modernos han considerado en nuestros días que es inútil porque con

^a [*Operum medicinalium*, Tomus primus, pag 183, Lyon 1673]

cualquier medicamento purgante que se aplique se arrojará cualquier humor indiscriminadamente. Otros más modernos, que no se apoyan tanto en vanas hipótesis para la curación de las enfermedades como en la observación, advierten con cuidado que dichos medicamentos no evacuan a un solo humor como dijeron los antiguos, sino que evacuan principalmente uno aunque mezclado con los demás; por ejemplo: aunque los colagogos expulsan la bilis principalmente, a la vez arrastran con ella otros humores, según afirma Frederik Dekkers en *Exercitationes practicae*, pág.122,^a Manget en *Bibliotheca Pharmaceutico-medica*, pág.172, tomo 2, el autor de *De Viribus Medicamentorum*, pág. 248, Fuller, pág. 293. Por tanto, aunque no haya que creerse tan estrictamente como lo creyeron los antiguos que evacuan sólo dichos humores, tampoco hay que confiar en muchos de los modernos que niegan su conveniencia para expeler un humor más que otro; por ello, elijan los jóvenes para purgar en las enfermedades en las que hay exceso de bilis los colagogos, en las que de humores serosos los hidragogos, etc.

48. Algunos dividen los purgantes en *erradicantes* y en *minorativos*. Los primeros son, según ellos, los que evacuan por completo la materia morbosa, y dicen de los otros que son los que sólo disminuyen la materia morbífica pero no la sacan por completo. Esta clasificación es vana y muy perniciosa para la salud de los enfermos porque, pergeñada por escolásticos, de ninguna manera parece conforme con la experiencia; así, los médicos que la siguen son más audaces de lo que conviene en la prescripción de purgas al comienzo de las enfermedades, engañados con la falsa opinión de que podrían disminuir la causa de la enfermedad de esta manera. Al no haber ninguna enfermedad aguda que no lleve consigo algo acre e inflamatorio porque la naturaleza vence sometiendo mediante las leyes de la cocción, resulta que los purgantes, cualesquiera que sean, aplicados al comienzo de la enfermedad no sólo no minoran, sino que tienen que incrementar la enfermedad con su acrimonia e irritación, y, en consecuencia, al perturbar la cocción, abaten la naturaleza. Lo que ha engañado a los médicos hasta ahora, hasta el punto de que hayan creído que los medicamentos purgantes aplicados en los comienzos pueden minorar la fuerza de la enfermedad, ha sido que han visto que una vez administrado el medicamento, el enfermo realizaba algunas deyecciones de humor. Pero, ¿qué puede pensarse más necio? ¿acaso una persona sana no hará lo mismo si toma un medicamento purgante? ¿quién no sabe que los medicamentos purgantes licuan los humores buenos y que se les someten, mientras que deja dentro a los que resisten a su fuerza? Así, habrá que reconocer la utilidad del purgante por la relación y la tolerancia, de ningún modo por el número y la cantidad de las deyecciones. Añádase que con frecuencia los purgantes arrastran *productos* morbosos, como dicen, y no las causas de las enfermedades; adviértanlo los jóvenes para que no se inclinen audazmente a su prescripción, como los bribones y los buhoneros que provocan muchos daños con la prescripción irreflexiva de estos medicamentos tanto a sanos como a enfermos.

49. Son muchas las opiniones de los autores sobre la forma en que los medicamentos propiamente catárticos operan en el cuerpo pues, entre los más antiguos, Asclepiades y sus seguidores consideraron que los medicamentos purgantes no arrastran los humores preexistentes, sino que los empujan más a la putrefacción y los vuelven enojosos para la naturaleza. Además de que Galeno refutara esta opinión en *Facultades de los purgantes*, capítulo 1, casi todos los autores la han impugnado suficientemente por el hecho de que es increíble una conversión tan rápida de los humores a la putrefacción tras la administración de un purgante ligero. Más tarde Laurent Joubert pensó que los catárticos operan por antipatía, ya que al presentarse el catártico en el cuerpo los humores salen despedidos como fugitivos. El error de esta opinión es manifiesto hasta para los jóvenes, por ello dejo tal opinión como indigna incluso de refutación. Galeno y sus seguidores afirmaron que operan por magnetismo, ya que los medicamentos, sometidos por el calor del estómago y reducidos en el acto, al ejercer la propiedad de atraer los humores que les es connatural, atraen a

^a [en la edición de Nápoles 1726]

éstos incluso desde los lugares más apartados a la manera del imán y, lanzados a los intestinos y al estómago por la facultad expulsora, son arrastrados fuera con facilidad. Entre los modernos algunos han pensado que los medicamentos purgantes operan al comienzo de la fermentación en los jugos de la primera región o en la sangre, donde se separan las partes inútiles de las útiles, y son excluidos gracias al estímulo inducido por los mismos catárticos. Así lo han afirmado casi todos los químicos con Etmüller, Willis y otros. Pero una vez que Archibald Pitcairne en *Instituta Physico-Mathematica*,^a Hecquet, y otros médicos de nuestro tiempo han dejado a la vista, como dicen, que en el cuerpo humano no hay los principios requeridos para la fermentación y que, por tanto, ésta no puede encontrarse, han alejado totalmente aquella opinión y han propuesto otra directamente sacada de la fuentes de la naturaleza y más acomodada a las obras de ésta.

50. Consideran los autores citados que los medicamentos propiamente purgantes, llamados catárticos (pues hasta legañosos y barberos saben que lenitivos y laxantes, que sólo limpian la primera región, actúan lubricando, laxando y estimulando ligeramente) operan actuando en los sólidos y en los líquidos; en los sólidos en la medida en que irritando, pinchando y estimulando, acrecientan los movimientos de oscilación y vibración, y excitan y remueven para expulsar lo que está dispuesto. En los líquidos, porque agitando, moviendo y adelgazando, casi obligan a llevar a cabo más rápidamente la separación de las partículas inútiles; con ello se conturba y conmueve el cuerpo entero al aumentar el movimiento de todo el sistema de sólidos y líquidos en razón del catártico, y, desde que es aplicado el purgante, se presentan dolores en la cabeza y vientre, aumento de calor, rapidez del pulso y otros. Pero si se pregunta: ¿por qué todos los purgantes convocan los humores a los intestinos y no a otras partes? Responden que esto puede deducirse fácilmente del mecanismo con el que está construido el cuerpo, ya que al invadir los catárticos el estómago y los intestinos más que otras partes, también los irritan más y, por estimular su movimiento peristáltico, los conmueven más; por ello, al correr los líquidos más velozmente en él según explica Baglivi en *De fibra motrice*, capítulo 8, a causa de esto, por correr los líquidos en mayor cantidad hacia los intestinos una vez administrado el purgante, abandonan allí las partículas impuras que los movimientos peristálticos arrojan fuera con fuerza. Si se pregunta además, ¿de dónde procede el que los colagogos evacuen más la bilis que los demás humores, etc.? contestan que resulta de la diferente constitución del medicamento purgante y de la docilidad o resistencia del humor a separarse. Así, los humores biliosos por ser fácilmente movibles, los purgan aquellos medicamentos que constan especialmente de sales alcalino-volátiles; por el contrario, los humores pituitosos necesitan medicamentos que chocan más contra los sólidos con sus partes viscoso-tenaces y resinosas y los mueven a la excreción etc.; por ello, no hay que negar temerariamente que colagogos, melanagogos, hidragogos y otros no llevan a la expulsión de un humor más que a la de otro. Quién quiera saber más sobre este punto lea a Zwinger, *Institutiones Medicinæ*,^b tomo 1, página 278. De ninguna manera puede afirmarse que todo lo dicho más arriba es demasiado general y que concierne sólo a las leyes comunes del cuerpo humano, no a las propias y especiales que se observan con el empleo de los medicamentos purgantes. Pues, ¿quién no ve que hay numerosos remedios que extienden la irritación en los intestinos y que agitan los líquidos según las leyes del mecanismo? ¿por qué, sin embargo, no son purgantes? En los dolores cólicos hay algo acre que irrita a los intestinos y provoca un flujo de humores a esta parte más de lo que es proporcionado, sin embargo, de esta irritación se siguen cursos en muy pequeña medida: por tanto, alguna otra cosa se precisa en el remedio purgante además de la irritación para sacar los humores. Añádase que los razonamientos citados son aducidos a partir de hipótesis y no contienen otra cosa que ficciones de los hombres que oscilan de manera cambiante. Pues está oculto y completamente desconocido hasta ahora de qué manera ejercen sus efectos los catárticos. Y no es necesario saberlo para prescribirlos, pues basta conocer mediante observaciones a quiénes, con qué y cuándo es necesario purgar.

^a [Elementa medicinae physico-mathematica]

^b [Compendium medicinae universae... institutiones, chymiam, pharmaciam et praxin medicam succincte tradens, Basilea 1724]

51. Pero, como en la praxis conviene disponer a veces de medicamentos lenitivos para limpiar las primeras vías, los ponemos en primer lugar y luego examinaremos los verdaderos catárticos. Los medicamentos que se ofrecen en las boticas para este uso son:

Maná de 2 a 3 onzas, ruibarbo de medio a 1 dracma, pulpa de tamarindos de 1 a 3 onzas, cañafístula de 1 a 3 onzas, hojas de sen de 2 a 6 dracmas, jarabe áureo sacado del rocío de mayo hasta 3 onzas, jarabe de achicoria con ruibarbo hasta 2 onzas, con ellos pueden hacerse diversas fórmulas.

R. Tamarindos media onza, hojas de sen 2 dracmas, ruibarbo 1 dracma; cuézanse en la cantidad precisa con agua hasta 3 onzas; una vez colado, disuélvase maná y jarabe de rosas solutivo por media onza de cada.

Aquí corresponde la tisana llamada laxante Regia, cuya descripción es ésta:

R. Suero de leche purificado 6 libras, hojas de sen 2 onzas, canela y sal tártara 2 dracmas de cada; manténganse en infusión durante 4 horas, tras una ebullición lenta, cuélese y sírvase para beber.

52. Se prescribirá la tisana en una dosis de hasta 5 o 6 onzas hasta dos veces en el día si fuere preciso, de manera que la falta de fuerza sea suplida por la cantidad; suele proporcionarse en caso de que sea necesario purgar y, por debilidad de las fuerzas, no pueda hacerse con medicamentos más eficaces. Puede hacerse la pócima sin ruibarbo ni sen para quienes no gusten de los medicamentos amargos y desagradables, como es normal entre las mujeres.

R. Cocimiento de tamarindos y jarabe de rocío de mayo por 2 onzas de cada, crémor de tártaro 1 dracma, agua lactinosa de canela cuanta sea precisa para un sabor agradable.

53. Para el mismo fin es apropiada la poción angélica de maná disuelto en agua, como puede verse en Palacios, pág. 467.^a Con la misma pretensión están en uso en las boticas las píldoras de aloe, canela y diagridio, llamadas comúnmente *estomacales* o usuales que, a veces, purgan extraordinariamente tomadas en la cantidad de un solo dracma.

54. Estos medicamentos son convenientes en todos los casos en que haya que librar de basura los vasos de la primera región; por ello no precisan de una preparación tan estricta como los verdaderos catárticos.

55. Los purgantes propios que suele haber en las boticas para uso de los médicos están en forma sólida o líquida; en forma sólida hay píldoras, polvos, bolos, electuarios, etc.; en forma líquida pociones, apotemas y otros. Las píldoras que con más frecuencia hay en los despachos son: píldoras de tres, píldoras de dos, píldoras angélicas de succino Cratón, cefálicas de Carlo Musitano, familiares de Carlo Musitano, píldoras de fumaria, artríticas, ópticas o de luz mayores, píldoras de hermodáctil, agregativas, de ruibarbo, áureas, píldoras de Nicolás sin las que no quiero estar, píldoras fétidas, cochias menores, de agárico, de lapislázuli, alefanginas, católicas, arábigas; la dosis de todas ellas es de 2 escrúpulos hasta 1 dracma, o hasta 4 escrúpulos, salvo las píldoras católicas y las de lapislázuli que se prescriben de medio a 1 escrúpulo hasta medio dracma.

^a [de la edición de Madrid 1753]

56. Aunque muchos dicen que todas estas píldoras, con excepción de sólo algunas, son superfluas porque los purgantes de todas son los mismos, es cierto en ocasiones que cada una es útil en la ocasión precisa cuando deseamos no sólo el efecto de la purga, sino también otros que no se consiguen con cualquier píldora. Así, en las enfermedades de la cabeza son específicamente útiles las píldoras de succino Cratón y las cefálicas de Carlo Musitano. En las enfermedades del bajo vientre, especialmente en las obstrucciones del bazo, del hígado, etc. convienen las píldoras familiares de Musitano, tartáreas de Bontius o las caquéticas de Du Chesne, y así las demás. Suelen dorarse las píldoras a criterio del médico para que sean agradables a la vista o para que de alguna manera se oculte su amargor.

R. Masa de píldoras angélicas 1 dracma, tártaro soluble medio escrúpulo, diagridio 6 granos; háganse píldoras con un licor idóneo y dórense.

R. Masa de píldoras cochias menores y de píldoras angélicas por 2 escrúpulos de cada, escamonea azufrada 4 granos; háganse píldoras y dórense.

R. Masa de píldoras católicas 1 escrúpulo; háganse píldoras y dórense.

Las píldoras panquimagogas para expulsar a la vez todos los humores se preparan así:

R. Electuario de agárico blanquísimo y de ruibarbo medio dracma de cada, extracto de heléboro medio escrúpulo, resina de jalapa y escamonea azufrada 6 granos de cada, crémor de tártaro 1 escrúpulo; háganse píldoras con un licor idóneo para dos dosis.

Para sacar con fuerza los humores serosos:

R. Gutagamba 10 granos,^a aceite de enebro y confección de mitridato en la cantidad precisa para que se hagan píldoras.

57. Dice Fuller que estas píldoras suelen provocar dos o tres vómitos inusuales, pero una vez que se rompe la fuerza vomitiva sacan con vehemencia los humores serosos, y con frecuencia han fluido 12 o 15 emesis meramente acuosas por su uso; por eso las encarece mucho en los hidrópicos y, además, las enumera entre los purgantes hidragogos.

R. Masa de píldoras tartáreas de Du Chesne 1 dracma, crémor tártaro 1 escrúpulo, diagridio 6 granos; háganse píldoras y dórense.

Para purgar los humores melancólicos son utilísimas y se cuentan entre los melanagogos:

R. Goma amoníaco disuelta en vinagre medio dracma, aloe socotrino medio dracma, turbit gomoso 1 escrúpulo, agárico 2 escrúpulos, resina escamonea 4 granos; háganse píldoras con un licor idóneo para dos dosis.

Son flegmagogos para sacar los humores pituitosos.

^a [Fuller "de 12 a 16" en pág 292]

R. Masa de píldoras caquéticas de Du Chesne 1 dracma, mercurio dulce 16 granos, resina de jalapa 4 granos; háganse píldoras para dos dosis.

58 Son óptimas para purgar los humores crasos en la lues venérea. En forma de polvo es común el polvo de Cornacchini o de tres; se prescribe así:

R. Polvos de Cornacchini por 2 escrúpulos.

Este polvo se compone a partes iguales de antimonio diaforético, crémor de tártaro y escamonea azufrada, y la máxima dosis es de hasta 2 escrúpulos; lo encomia tanto su autor Marco Cornacchini (que escribió un libro íntegramente de sus propiedades)^a que no habría otro remedio semejante en medicina. Sin embargo, es fama que el uso del polvo de Cornacchini estuvo castigado en Roma con la condena a galeras. Por el contrario, según la opinión de Giorgio Baglivi, es muy útil en las enfermedades de la cabeza por consenso del vientre. Tiene crédito entre los autores.

59. Hay que tomar las píldoras por la noche a la hora de acostarse, dos o tres horas después de la cena y, una vez tomadas, suelen despertar aún durmiendo mucho por estimular sin duda en el tiempo acostumbrado. Hay que cuidar en los enfermos del estómago que se tomen nuevas, ya que si están excesivamente secas suelen arrojarse enteras por el vientre y ejercen un efecto más pequeño. Los antiguos advertían además sobre el uso de las píldoras, que eran más útiles que las pócimas para purgar los humores de la parte alejada, porque creyeron que al estar retenidas más tiempo en el estómago, pueden hacer mayor obra.

60 Las pócimas purgantes entre nuestros paisanos médicos suelen hacerse de ruibarbo, hojas de sen, maná, sal catártica y otros a los que se añade jarabe rosado solutivo, del Rey Felipe, áureo compuesto, de flores de melocotón, de espino cerval, del Príncipe.

Pócima colagoga:

R. Ruibarbo 1 dracma, tártaro soluble medio escrúpulo; viértanse en 4 onzas de suero de leche depurado; una vez colado, añádanse 2 onzas de jarabe solutivo rosado.

R. Ruibarbo 1 dracma, cristal tártaro medio dracma; viértase en 4 onzas de agua de endivias; una vez colado disuélvase 1 onza de electuario de maná, diluyendo en la expresión 2 onzas de jarabe del Rey Felipe.

Pócima flegmagoga:

R. Electuario de agárico 1 dracma, turbit gomoso medio dracma, tártaro vitriolado 1 escrúpulo; viértanse en 4 onzas de agua de toronjil; una vez colado añádanse 2 onzas de jarabe de flores de melocotón y agua lactinosa de canela en la cantidad necesaria para darle un sabor agradable.

Pócima melanagoga:

^a [Methodus, qua omnes humani corporis affectiones ... chymice ... curantur, Francfurt 1628]

R. Flores de sen 3 dracmas, sal tártara 1 dracma; viértanse en 4 onzas de agua de borrajas y cuézase ligeramente; una vez colado añádase medio escrúpulo de extracto de heléboro y 2 onzas de jarabe del Príncipe.

Pócima hidragoga:

R. Ruibarbo 1 dracma vertido en 5 onzas de agua de hierbabuena; una vez colado añádase media onza de sal de Inglaterra y otra onza de jarabe solutivo de rosas.

61. Para purgar todos los humores a la vez convienen especialmente el electuario panquimagogo de Zwelfer, el extracto panquimagogo de Croll y otros. Aunque dichas pócimas basten para uso de los jóvenes, quien desee más medicamentos busque los siguientes en sus autores; aquí los relaciono para que los jóvenes puedan acceder a su uso más fácilmente y con menos esfuerzo; no añado más porque no recojo una farmacia completa sino una ligera con noticia de los medicamentos usados con mayor frecuencia. Entre los colagogos sobresalen: jarabe de coloquintida de Sylvius, compuesto de pulpa de coloquintida en agua tartarizada con jugo de regaliz y azúcar. Jarabe diacartámico de Zwelfer, en su *Pharmacopoeia Augustana*. Espíritu de vida áureo de Rulando, muy alabado por su autor en las curaciones, compuesto con pulpa de coloquintida, alquitira, goma arábica, ruibarbo y canela, espíritu de vino y vino dalmático; puede consultarse su composición en Dekkers. Entre los melanagogos sobresalen electuario melanagogo de Zwelfer, en "animadversiones" en la *Pharmacopoeia Augustana*; el jarabe de sen del mismo autor en la *Pharmacopoeia Regia*. Extracto melanagogo de Du Chesne, cuya descripción se encuentra en Manget, *Bibliotheca Pharmaceutico-medica*, tomo 1, pág 894; Píldoras tartáreas de Du Chesne en Schroeder.^a

62. Entre los flegmagogos son útiles: el extracto flegmagogo de du Chesne, las píldoras católicas y familiares de Adrian Mynsicht, etc. Entre los hidragogos: electuario hidragogo de Sylvius, hidragogo de Zwelfer en *Pharmacopoeia Regia*, p. 839, y otros hidragogos del mismo autor; también las píldoras hidragogas de Adrian Mynsicht, etc. La tintura catártica de Carlo Musitano que se prepara en las boticas es un óptimo purgante prescrito hasta 1 dracma. Además de los jarabes prescritos con el agua adecuada, nuestros médicos suelen prescribir pócimas catárticas que producen resultados bastante buenos. Entre los simples, la raíz y la resina de jalapa, escamonea y gutagamba purgan con fuerza los humores acuosos. Pero hay que administrarlos en dosis muy moderadas porque son drásticos. Así, suele prescribirse hasta 8 granos de raíz de jalapa reducida a polvo, 4 granos de resina de jalapa, 8 granos de escamonea, hasta 12 granos de la misma convertida en diagridio y hasta 4 granos de gutagamba.

63. Los antiguos acostumbraban a mezclar aromatizantes u otros correctivos con los medicamentos purgantes. Los modernos añaden a los purgantes cosas diversas que los mejoran; así, mezclan con ellos sal tártara, de cardo santo, de ajeno, de tártaro vitriolado, de tártaro soluble, que hacen solubles las partes resinosas y viscoso tenaces de los purgantes, y más adecuadas en su opinión para producir sus efectos con mayor éxito y facilidad para que no se adhieran tenazmente al estómago ni a los intestinos y provoquen superpurgaciones; por ello, se suelen mezclar las citadas sales con las píldoras o pócimas purgantes.

64. Todos estos medicamentos, si no se prescriben en la medida correcta, no sólo son ineficaces, sino que son muy nocivos; y nada honra más a un médico entre el pueblo que la correcta medida en la administración de catárticos. Por el contrario, como señala Hipócrates en *Sobre los purgantes: Es una torpe desdicha causar la muerte de un hombre por haberle administrado un purgante*. Por ello, indicaré brevemente a quiénes y de qué

^a [*Pharmacopoeia medico-chymica sive thesaurus...* 1649]

manera se ha de prescribir. En primer lugar conviene advertir que el mayor error está en creer que la cacoquimia es objeto de purga hasta el punto de poder administrar un remedio purgante por estar presente ésta. No hay exageración posible en el gran daño que acarrea a los enfermos esta perniciosa doctrina de las Escuelas, porque hace a los jóvenes más proclives de lo que conviene a la administración de purgantes. Expondremos brevemente lo que hay que pensar sobre ella. Cacoquimia, según suena la voz griega, es el exceso de un humor pervertido o, como se dice ahora, el vicio de un humor con cualidad pecante. La veneranda antigüedad afirmaba que no había que prescribir nunca los medicamentos purgantes de no haber cacoquimia; sin embargo, no recomendaba que hubiera que prescribirlos siempre y precisamente por estar presente la cacoquimia. Ellos consideraban esta ley como muy general, de manera que en la cacoquimia sólo se administraban purgantes cuando la naturaleza lo exigía y señalaba el momento conveniente para prescribirlas. Decían además que la naturaleza, según una ley muy constante e inmutable, separa ventajosamente los humores en toda suerte de enfermedades, ya agudas, ya crónicas, una vez que se ha realizado antes la cocción y, también, que sólo hay que administrar purgantes con ésta por delante; considero que hay que observar estrictamente este precepto no sólo en las enfermedades agudas, sino también en las crónicas de acuerdo con el pensamiento de la antigüedad. Por ello yerran y errarán con el mayor riesgo para los enfermos, los médicos que, so pretexto de suprimir las obstrucciones, purgan de continuo sin estar los humores dispuestos ni cocidos y vuelven las enfermedades absolutamente incurables. Si los humores pervertidos proceden de las partes internas y de la destemplanza, no consiguen otra cosa con el purgar frecuentemente que perder el tiempo y herir más las partes castigadas por la enfermedad; pues es sabido que la cacoquimia es con mucha frecuencia efecto y no causa de enfermedades; y los catárticos por necesaria irritación de la naturaleza y la virtud que en sí contienen, una vez sacados los llamados *productos* morbosos, pasan a ser causa productora del deterioro de la situación.

En las enfermedades crónicas conviene rectificar y corregir el defecto generador de los humores pervertidos mediante alterantes genéricos o específicos, más que fatigar inoportunamente a la naturaleza con purgas. Lean los jóvenes el libro áureo de Hipócrates *Medicamentos purgantes* y aprendan a abstenerse reflexivamente de este género de remedios. En segundo lugar conviene saber que la cantidad de los medicamentos purgantes debe ser diferente según la edad, el sexo, el temperamento, etc. y, además, que a los niños, a los ancianos, a las mujeres, y a las naturalezas delicadas hay que prescribirles siempre los purgantes más ligeros y con parca mano. En tercer lugar es oportuno señalar en qué enfermedades conviene la purga: lean para ello los jóvenes a Hipócrates, el autor más fiable, y sigan siempre a la naturaleza, maestra de lo verdadero. Baste indicar tan sólo que en los comienzos de las inflamaciones internas y en las enfermedades agudas no es conveniente según se deduce de aquella opinión común de Hipócrates en *Enfermedades agudas*, 4, text. 22: *Cualquiera que pretenda resolver lo que está inflamado con un medicamento en los comienzos, no sólo no quitará nada de la parte tensa e inflamada, pues no cede ni se somete lo que es aún una afección cruda, etc.*, que extensamente exponemos más abajo en el discurso de Calenturas. En cuarto lugar que hay que enviar los alterantes por delante de los purgantes, de manera que por estar presentes los primeros se alejen las impurezas de la sangre y obedezcan al purgante, como si se rectificaran; esto lo indica el divino anciano en *Aforismos*, libro 1, sentencia 22, con las palabras: *Conviene dar purga a lo cocido, no a lo crudo, etc.* porque entonces se vuelven más abiertas y más aptas las vías por las que han de purgarse los humores, por lo que en las obstrucciones grandes y arraigadas del vientre han de proporcionarse aperitivos y preparantes con los que las vías quedan más resbaladizas, y darse además los purgantes si es preciso. De forma semejante en los dolores grandes y enérgicos de las partes internas, especialmente los convulsivos, como el cólico histérico convulsivo, en el padecimiento ilíaco y en otros no hay que administrar purgantes, ni aunque les precedan emolientes y laxantes, puesto que por la excesiva tensión y crispación de las fibras están casi ocluidas las vías y las cavidades de los intestinos, hasta el punto de que ni los flatos pueden salir si no se laxan primero con oleosos,

emolientes y semejantes, y no sólo no se evacuan los humores sino que los dolores aumentan excesivamente; esto señalaba Hipócrates sobre ello: *Cuando uno quiere purgar los cuerpos, conviene hacerlos fluidos.*^a Quinto: hay que buscar el momento oportuno para administrar el catártico, y la primavera y el otoño son preferibles a las demás estaciones, aunque haya que administrarlo en cualquier estación del año por necesidad urgente y exigiéndolo la enfermedad; según el de Cos: *A quienes les convienen la flebotomía o el fármaco, conviene sangrarlos o darles el fármaco en primavera,*^b y también enseña que las purgas son menos oportunas en el can y en el verano: *durante la canícula y antes de la canícula son difíciles las medicaciones.*^c A los hombres sanos no hay que administrarles purgantes pues: *Los cuerpos sanos soportan con dificultad las purgas,* según Hipócrates.^d Sin embargo hay que excluir a aquellos hombres sanos que no alcanzan la salud íntegra pero que parecen estar constituidos en el estado que llaman neutro, como los gálicos, hipocondríacos, histéricas y otros, a los que se añaden los que, libres de enfermedad, no se restablecen íntegramente a causa quizá de algún resto de la enfermedad que hay que sacar con medicamentos, de otro modo *Lo que queda en las enfermedades tras la crisis, acostumbra a provocar recaídas.*^e Por tanto, hay que purgar a estos especialmente en primavera para que no vuelvan a caer en la enfermedad, pues es mejor prevenir las enfermedades que curarlas. Por tanto, como en el uso de los purgantes hay que cuidar tantas cosas y hacer tanta discriminación, será suficiente abstenerse y no administrarlos sino en los casos urgentes, y hacerlo siempre con las cautelas citadas.

capítulo XI : eméticos

65 Medicamentos eméticos o vomitivos son los que hacen arrojar el contenido del estómago de abajo arriba hacia la boca a través del esófago. Vómito es un movimiento del estómago para expulsar los líquidos contenidos en él por la boca. Es asombroso que los eméticos hayan caído tan en desuso entre los médicos de nuestro país que si el trabajo y el estudio de algunos varones esclarecidos en asuntos médicos no los hubieran sacado de nuevo otra vez ya casi nadie se ocuparía de ellos. Asombroso digo, porque en tiempo de Hipócrates era habitual tomar por precaución dos vomitorios al mes, y tan riguroso que el divino los recomienda en diversos pasajes como en *Sobre el régimen*, libro I, en *Enfermedades de las Mujeres*, libro I, y otros más. Además, no sé si cayeron fuera del orden de la medicina en la práctica por la petulancia del vulgo ignorante o por servilismo excesivo de los médicos puesto que numerosas enfermedades incurables con otros remedios, una vez probados todos inútilmente, curan felizmente a veces con la administración de un sólo emético. Describiré a continuación los eméticos más selectos y seguros, explicaré a quiénes convienen o a quiénes no para que los jóvenes tengan tan claro que administrados correctamente cumplen la curación de algunas enfermedades con mucha frecuencia, como que administrados inoportunamente provocan innumerables males.

66. Los medicamentos eméticos son suaves y benignos o fuertes y violentos. Los primeros son cualesquiera que tomado en gran cantidad provoca la expulsión por arriba por gravar desmesuradamente el estómago, así ocurre al tomar gran cantidad de agua caliente, hidrileo, cerveza y otros, o aquellos que por laxar y lubricar excesivamente el estómago consiguen que su contenido sea fácilmente arrastrado hacia arriba a la menor oportunidad que se presenta, y surge el vómito. Por esa razón provocan el vómito los oleosos y los grasos como el aceite de almendras dulces sacado sin fuego que induce suavemente al vómito cuando se

^a Hipócrates, *Aforismos*, libro 2, sentencia 9.

^b Hipócrates, *Aforismos*, libro 6, sentencia 47.

^c Hipócrates, *Aforismos*, libro 4, sentencia 5.

^d Hipócrates, *Aforismos*, libro 2, sentencia 37.

^e Hipócrates, *Aforismos*, libro 2, sentencia 12.

ingieren dos onzas. También conviene aquí cualquier medicamento externo que suele provocar el vómito como un pincel untado en aceite aplicado a la garganta, los dedos metidos en la gola y otros que obligan al estómago a vomitar por irritar las fibras nerviosas del esófago y de la garganta. Se incluyen en esta clase los eméticos suaves, los movimientos desordenados del cuerpo y los movimientos desacostumbrados, tales como la navegación, el viaje en carro y otros, igual que los actos de la imaginación que a veces conmueven tanto el estómago que lo obligan a los movimientos extraordinarios del vómito.

67. Los segundos son los que provocan el vómito porque pellizcan, irritan o conmueven las fibras nerviosas del estómago más de lo que es conveniente; tales son del reino vegetal: tintura de nicotiana preparada con hojas de nicotiana común y con ayuda de espíritu de vino rectificado en dosis de 1 a 2 dracmas; jugo de rábano de 1 a 2 onzas, recién exprimido porque pierde sus propiedades si no se toma en el término de una hora; semillas de rábano hasta media onza; semillas de eneldo hasta media onza; suelen dejar tras sí una prolongada náusea. El heléboro blanco hasta 6 granos es un fortísimo vomitivo, no tanto el heléboro negro hasta medio dracma; raíz del ásaro hasta 1 dracma en esencia y hasta 3 onzas en cocimiento; hojas de graciola hasta 2 escrúpulos, de racimillo hasta medio dracma, y goma ginandra (goma gotta para otros) de 6 a 12 granos. Sin embargo no están en uso entre los médicos los remedios citados bien por ser demasiado fuertes, bien por ineficaces, y rara vez son prescritos por los médicos más sensatos. El emético más excelente de la clase de los vegetales que descuella incluso sobre los sacados del reino mineral es la raíz de la ipecacuana, *Vejuquillo* para los españoles, *raíz disentérica* por otro nombre porque se usa en las disenterías; y no sólo en la disentería, sino también se piensa que es oportuna en cualquier flujo de sangre con almáciga, opobálsamo y bálsamo de copaiba. Quien desee conocer el origen y el análisis de esta raíz lea a Pierre Pomet en su *Histoire générale des drogues*, a Nicolás Lemery en su *Dictionnaire universel des drogues simples* y a Jacques Manget en su *Bibliotheca Pharmaceutico-medica* tomo 2, pág. 1143. Esta raíz se prescribe hasta 1 dracma en caldo u otro licor idóneo. Algunos, como Zwinger, tomo 1, pág. 527, creen que del reino animal provocan el vómito las uñas humanas y su raedura. Por mi parte, con Manget, tomo 1, pág. 811, pienso que lo garantiza más por la náusea que por alguna virtud especial. Del reino animal se sacan numerosos vomitivos ampliamente recogidos por los autores químicos.

Agua benedicta Rulandi o vino emético de media a 2 onzas. Oxisaccharum de Ángel Salas de 2 a 6 dracmas. Mercurio de vida (o de muerte) en substancia de 2 a 4 granos, en infusión hasta 6 granos. Gilla de Teofrasto o sal vomitiva de vitriolo de medio escrúpulo a medio dracma. Tártaro emético de 4 a 6 granos. Vidrio de antimonio de 1 a 3 granos. Cardenillo de medio a 2 granos. Vitriolo blanco de medio a 2 escrúpulos. Turbit mineral de 2 a 6 granos. De ellos pueden sacarse las siguientes fórmulas:

- R. Mézclense 2 libras de agua templada con 2 onzas de aceite de almendras dulces sacado sin fuego; tómese como bebida.
- R. Tómese 1 dracma de polvo de ipecacuana en un caldo.
- R. Tómense 4 granos de tártaro emético en un trago de agua común.
- R. Aqua Benedicta Rulandi, 2 onzas.
- R. Disuélvase medio escrúpulo de sal de vitriolo en 3 onzas de agua.
- R. Hágase un bolo con 4 granos de mercurio de vida y cuanto haga falta de conserva de rosas.

R. Con 8 onzas de agua de cebada hágase un cocimiento de 3 dracmas de raíz de ásaro, 1 dracma de agárico blanco, 2 dracmas de semillas de ortiga y 1 puñado de flores de retama; dése una vez filtrado, etc.

68. Hay que advertir a los jóvenes que se abstengan cuanto sea posible de los eméticos minerales más fuertes, especialmente en este país, ya que purgan con suma violencia, los antimoniales en particular (con la excepción del tártaro emético que provoca un vómito suficiente sin peligro). Fuller, p. 90, Tencke, capítulo "De emeticis" y Frederick Dekkers pág. 92 ruegan con toda su fuerza abstenerse de éstos. Para cumplir todas las prescripciones de vomitar son suficientes la ipecacuana, el aceite de almendras dulces en caldo o el agua benedicta Rulandi y el tártaro emético.

69. Sobre la manera en que actúan los remedios de este género es bastante común la opinión de los galénicos quienes aseguran que actúan por provocar la facultad expelente, mediante la cual el estómago expulsa lo que le es nocivo; de manera que la irritación necesaria para el vómito debe realizarse por el orificio superior del estómago, así como para provocar los cursos conviene que la irritación se realice en el fondo del estómago o en los intestinos. Los modernos, sobre la actuación de los eméticos, sólo aducen sistemas excesivamente generales y no aportan nada digno de mención más que lo que se apoya en observaciones prácticas; por ello, hemos propuesto prescindir de exponer sus observaciones. En consecuencia, la doctrina de Galeno sobre la actuación de los eméticos es cierta y sólo falta añadirle que en los eméticos hay una diátesis especial, desconocida a priori por nosotros, que es capaz de irritar por sí el orificio superior del estómago y de obligarle a movimientos inversos.

70. Una vez indicada la actuación de los eméticos sólo nos queda explicar a quiénes y en qué enfermedad convienen. Casi todos los autores modernos afirman con Hipócrates y Galeno que son adecuados en todas las calenturas intermitentes; consta con variada prueba que, en ocasiones, la administración de un sólo emético la ha curado por completo una vez probados inútilmente todos los remedios; lo que exponemos ampliamente más delante en el tratado de Calenturas. Sydenham considera el emético tan necesario en las calenturas agudas cuando sobreabundan los humores especialmente corrompidos en las primeras vías, que si no se aplica oportunamente se transformarán en sentina de los más numerosos males, con sus palabras de la página 57.^a Hay que señalar al paso que alguna vez se provoca el vómito en numerosas calenturas agudas originadas en el orgasmo de la sangre y en sus partículas acres retenidas en el estómago; por ello, numerosos médicos al considerar que hay que seguir adonde tienda la naturaleza según la doctrina del divino anciano, proporcionan eméticos con esta opinión defectuosamente tomada, con lo que los desventurados enfermos no dejan de vomitar hasta que vomitan el alma; por ello hay que advertir que en estas calenturas los vómitos son provocados por la sangre excesivamente agitada y que es más recomendable la sangría que cualquier otra cosa. Lo mismo hay que decir de la pleuritis que, aunque con frecuencia empieza con vómito, no es recomendable el vomitivo sino las sangrías moderadamente realizadas, lo que quisiera que se comprendiera acerca de todas las inflamaciones.

71. En la apoplejía, especialmente la pituitosa, no sólo hay que prescribir los catárticos más fuertes, sino también los eméticos más violentos, puesto que hay que procurar con todas las fuerzas que despierten enérgicamente las fibras adormecidas en aquel profundo sueño y mantengan una y otra vez su movimiento casi perdido; así, los médicos de nuestro país son felices cuando administran con éxito los eméticos y los catárticos mezclados a la vez como bebida, de manera que con el vómito o con los cursos sacan de sueño tan molesto. Los jóvenes pueden leer también en los autores prácticos a qué enfermedades convienen los

a [*Observationes medicae* ... Londres 1676]

eméticos; baste señalar tan sólo que no es el remedio más sobresaliente en todas las enfermedades provocadas por la plétora del estómago o por una cocción y digestión depravada, como mejor que otros expone Galeno en *Terapéutica a Glaucón*; por el contrario, hay que evitarlos como a perro rabioso y a culebra, en la tisis, la hética esencial, la hidropesía, la angina; aunque Rivière, en el capítulo propio "De angina" y otros, encareca el *agua benedicta Rulandi* para la curación de aquéllas. Tampoco convienen los eméticos a las preñadas, a las recién paridas, a los afectados de hernia, ni a los hombres muy gordos ni a los que tienen el pecho estrecho pues en todos éstos suele seguir al vómito un gran detrimento, por lo que muchos se lamentan infelizmente de las hipótesis inútiles de algunos médicos, por no decir que lamentan su atrevimiento. Más aptos para vomitar son los delgados, los de naturaleza biliosa, los dotados de un estómago robusto, los acostumbrados a vomitar, los que tienen el pecho amplio y extenso, y otros de este tipo a quienes molesta poco el comienzo del vómito; todo esto, sacado de la solidísima doctrina del gran Hipócrates ha sido reconsiderado con frecuencia por muchos autores a los que no citaré aquí para no extenderme. Queda por decir, a modo de corónide, que tanto eméticos como purgantes hay que prescribirlos por la mañana salvo en la apoplejía y en alguna otra situación urgente en la que sea preciso administrarlos a cualquier hora. Una vez tomado el purgante, el enfermo tiene que quedar tranquilo hasta pasadas dos o tres horas en que tomará un caldo. En cuanto al emético hay que señalar que, una vez tomado, cuando el enfermo empiece a vomitar hay que prescribirle agua templada o caldo cada vez que vomite, y se enjuague una y otra vez con agua templada o con caldo; y hay que repetirlo todas las veces hasta que acaben los actos del vómito.

capítulo XII : diuréticos

72. Se llama medicamentos diuréticos a los que purgan los humores acuosos, a través de las orinas. Unos son propios, a saber: los que hacen correr la orina por fundir, licuar y disolver los humores, y estimular las fibras de los riñones. Otros son impropios: los que provocan las orinas por aumentar, diluir y laxar las partes, o por algún otro medio. Entre los diuréticos propios se vienen citando impropriamente las emulsiones, los medicamentos aperitivos, los laxantes y los nefríticos de los que ya hemos hablado antes. Diuréticos propios son: raíces de apio, erísimo, brionia, uñas gatas, perejil, rábano, virga áurea, salsifrás de la tierra. Hojas de verónica, hiedra terrestre, cerefolio, ortiga, berro y matricaria, que supera a todas en las enfermedades de los riñones. Flores de margarita del prado, violeta, retama. Semillas de hipérico, violetas, mijo del sol, bayas de enebro, alquequenjes, almendras amargas. Núcleos de melocotón, goma amoníaco, succino, trementina y los remedios preparados con ella. Ojos de pez perca, ojos de cangrejo, preparado de lombrices terrestres y de cochinillas o de milpiés. Se considera a las cantáridas específico para la vejiga irritada, pero no hay que usarlas sino con suma cautela y sólo en situación desesperada, una vez probado todo inútilmente, pueden prescribirse pero mezcladas con aquellos remedios que pueden corregir su acrimonia.

R. Viértase polvo de cantáridas por 1 escrúpulo en 3 onzas de vino Renano (o, si se prefiere, en vino blanco o espíritu de vino); manténganse en infusión durante algunos días y fíltrese después con una lámina secante. Una vez filtrado, adminístrese una cucharada mezclada con otras siete de vino.

73. También hay que contar entre los diuréticos el espíritu de sal del nitro, del vitriolo y del azufre, crémor tártaro, tintura de tártaro, espíritu de vitriolo dulce, espíritu de trementina, sal de estípites de habas, de succino, polvos de escorpión, de sapo y otros que se han indicado antes para preparar los humores pituitosos, de los que pueden hacerse multitud de fórmulas de remedios. Entre los reseñados por los autores destacan el agua antinefrítica de Mynsicht, en *Armamentarium Medico-Chymicum*, pág. 328, el agua o esencia nefrítica de Johann Zwelfer, en *Pharmacopoeia Regia*, pág.897. El cocimiento nefrítico de Foreest, descrito antes.

El cocimiento diurético de Fuller, en la *Pharmacopoeia Extemporanea*, pág. 40. Es muy bueno el polvo diurético de Rolfincio:

R. Hágase un polvo mezclando 1 dracma y medio del preparado de ojos de cangrejos y otro tanto de sangre de carnero, 1 dracma de piedra de Judea y otro de piedra nefrítica, dos escrúpulos de ojos del pez sollo, otros dos de semillas de mijo del sol, medio dracma de vidrios de tártaro y un escrúpulo de sal.

74. Dichos remedios convienen en numerosas enfermedades crónicas en las que hay que debilitar la materia crasa, abrir las vías y expulsar las serosidades del cuerpo, con la salvedad de que si el enfermo es de temperamento bilioso, sufre destemplanza cálida de las vísceras o la calentura viene acompañada de atrofia, hay que huir de los que sean excesivamente calientes y habrá que recurrir a aperitivos moderadamente cálidos mezclados con diluyentes. Finalmente, se usan en la hidropesía, para la que está recomendado específicamente por encima de otros el Vecentósigo según la observación de Nenter en la página 264 y de la de Manget en *Bibliotheca Pharmaceutico-medica*, tomo 1, pag. 732; también las flores de azucena recogidas en el mes de mayo en forma de conserva con miel que no sólo arrastra con fuerza las aguas a través de las orinas, sino incluso a través del vientre, en la dosis de 1 o 2 cucharadas sorbiendo un trago de agua de grama u otra semejante. En el íctero también son adecuados, para éste conviene específicamente, además de los citados, el "aqua ex albo albi", preparada de la clara de huevo con agua de flores de manzanilla, cuya descripción se encuentra en el ilustre Lucas Tozzi, en el capítulo "De ictero".^a

75. También los recomienda Rivière en las calenturas intermitentes difíciles de erradicar, como en las calenturas que no pueden curar los demás remedios; en su opinión un cocimiento diurético las cura con frecuencia. Pero este autor no atribuye nada a la naturaleza, sino todo al fárrago de remedios. De igual modo, Galeno en *Terapéutica*, libro 13, capítulo 15, enseña que a través de las orinas se curan las úlceras y las obstrucciones de la parte gibosa del hígado. Hipócrates indica que para los empiemáticos y en otras enfermedades del pecho son adecuados los diuréticos y parece confirmar la experiencia, ya que es útil cuando sobreviene la disuria del asma y todos los prácticos lo celebran. Pero no todos los diuréticos son adecuados para las enfermedades del pecho, los ácidos en particular, porque son enemigos del tórax. Además, no sólo para las enfermedades del pecho, sino también para otras varias se prescriben los vegetales con más seguridad que los demás, en especial en nuestro país; de donde podemos decir lo que Baglivi de sus romanos al ocuparse de la bilis en pág. 274,^b que en la curación de las enfermedades son más adecuados los remedios escogidos entre los vegetales que cualquier otro descubrimiento sacado de los hornos de la química, lo que comprueban constantemente quienes arrojan arcanos para cualquier enfermedad por pequeña que sea y vociferan con la boca llena. No hay que explicar aquí los caminos a cuyo través son arrastrados los humores desde el pecho hasta las orinas porque, salvo que huyen al bisturí anatómico (por más que lo pretendan algunos), los conoce óptimamente la naturaleza y expulsa dichos humores por caminos sólo de ella conocidos. En la administración de diuréticos hay que recordar lo que hemos dicho en el capítulo de nefríticos e histéricos, que hay que prescribirlos con las cautelas allí indicadas; añadiendo únicamente que no hay que administrarlos en modo alguno en la úlcera de riñones y de vejiga ya que, como óptimamente advierte Galeno, el humor no saldrá por la parte afectada.

76. Quienes se vanaglorian de comprender las obras de la naturaleza deducen fácilmente de lo dicho la manera de actuar de los diuréticos, que no actúan de uno y el mismo modo, sino diferente. Unos provocan la

^a [Medicina, Lyon 1681]

^b ["Dissertatio de experimentis circa Bilem ...", *Opera omnia medico-practica, et anatomica: Editio tertia veneta...* 1727]

diuresis con el aporte de humores acuosos y diluyendo las sales acres de los líquidos, tales como las emulsiones, los aperitivos fríos y otros semejantes; otros son diuréticos por precipitar el suero de la sangre, como el ácido de los limones, el espíritu de vitriolo, etc.; algunos por fundir y disolver la sangre, como las cantáridas, las cochinillas y otros; algunos distendiendo las fibras crispadas, como el aceite de almendras dulces sacado sin fuego y otros emolientes; algunos, finalmente, debilitando los humores crasos y proporcionando el vigor natural a las fibras, como la raíz de perejil y otros aperitivos; y así los restantes. Si esto pudieran probarlo cuidadosamente con la misma facilidad con que lo dicen, lo abrazaríamos de corazón; pero como están sacados del arbitrio de los hombres y no de la prescripción de la naturaleza, no sin razón dudamos y proponemos la división de los diuréticos en propios e improprios que hemos anotado antes, no de nuestra opinión sino del pensamiento común de los autores. No creemos que haya ningún remedio verdadera y propiamente diurético, esto es, que tenga de por sí la propiedad de provocar las orinas, ya que no consta por experiencia, y no vemos que una vez administrados los remedios diuréticos se siga con certeza el efecto, como por ejemplo en los purgantes que ejercen su acción como "per accidens", según se dice, y además sólo son diuréticos impropriamente.

capítulo XIII : sudoríferos y diaforéticos

77. No hay que confundir los sudoríferos con los diaforéticos ya que éstos son los que aumentan la transpiración insensible, mientras que aquéllos hacen exhalar el mador sensible a través de la piel. Los diaforéticos son todos los que aumentan el calor corporal a condición de que no cierren ni constriñan el cutis ni la superficie del cuerpo, como los ejercicios, la equitación, los baños, y otros de este género. Sin embargo, los medicamentos excesivamente cálidos y espirituosos están tan lejos de aumentar la transpiración que, por el contrario, la impiden más, pues al calentar el cuerpo y las vísceras secan la piel, queman las partes sólidas y las vuelven inadecuadas para dejar salir libremente los hálitos. En la medicina estática hay que consultar a Sanctorio, quien mejor que todos investiga las leyes de la transpiración, aunque no haya que recoger indiscriminadamente todo lo que él expone, puesto que atribuye excesivas cosas a la transpiración y muchas teorías se apoyan en hipótesis, no en auténticas observaciones.

78. Los remedios que se piensa que provocan los sudores son especialmente: Raíces de angélica, contrayerba, quina, imperatoria, viborera, valeriana, cedoaria y émula campana. Hojas de cardo santo, escabiosa, escordio, coclearia y centáurea menor. Flores de caléndula, amapola, borraja y lengua de buey. Palosanto, sasafrás, enebro y zarzaparrilla. Raspaduras de marfil, hasta de ciervo, polvo de la mandíbula del pez sollo, polvo de unicornio, preparado de la sangre de carnero, piedra bezoar oriental y occidental. Bezoárdico animal, antimonio diaforético, bezoar mineral, alcanfor, agua teriacal Croll. Sal volátil de víboras, de hasta de ciervo, de orina, sal amoníaco. Espíritu de hollín, hasta de ciervo, sal amoníaco, sangre humana, orina. Y otros volátiles, espirituosos, sutiles y adelgazantes ya repetidos antes. Un diaforético óptimo es el cocimiento sagrado de Fuller, pág. 55.^a

R. Cuézanse 6 dracmas de raíces machacadas de aro en 1 libra de agua de la fuente hasta que quede media libra. Filtrese. Al magma que quede añádasele otra libra de agua y cuézase por segunda vez hasta que quede media libra (mediada la cocción añádase medio escrúpulo de coccinélidos). Mézclense ambos filtrados y disuélvase en caliente con una onza de miel. Filtrese de nuevo y sírvase.

^a ["... et clause Theriaca Ven. Mellis Col". Pero Piquer suprime la tríaca veneciana]

79. Este cocimiento es superior a cualquier otro en las calenturas malignas con coagulación, especialmente con diarrea sintomática.

R. Antimonio diaforético 1 escrúpulo, espíritu de hasta de ciervo 8 gs., alcanfor 2 granos, jarabe de amapolas 1 onza, agua de cardo santo 3 onzas.

80. Pueden sacarse muchas otras fórmulas de los citados medicamentos ya señalados antes y que más abajo se recomendarán en el tratado de Calenturas, beneficiosos según pensamos en todas las enfermedades que tienen su origen en la condensación excesiva de los humores en las que la naturaleza acostumbra a purgar a través del sudor. Pero hay que evitarlos como a perro rabioso o a serpiente en los comienzos de las enfermedades agudas, es decir, en la diátesis inflamatoria de la sangre, como ampliamente mostraremos en el tratado de Calenturas. Conviene anotar sin embargo, que con frecuencia todos estos sudoríferos indicados más arriba no provocan sudores aunque se administren en una dosis generosa; al contrario, cierran las vías para la evacuación del sudor por su calor y por la sangre más coagulada, como hemos mostrado antes, por estar las fibras más tensas y endurecidas, lo que ocurre a menudo en nuestro país. A nuestros paisanos les convienen más los sudoríferos ligeros que provocan los sudores por laxar las partes y abrir los poros de la piel o por golpear y diluir las partículas acres de los líquidos o alejar los líquidos hacia el círculo, como son los baños, las fricciones, el cocimiento de té o de amapolas bebido caliente; gracias a un generoso trago de agua fría hemos observado abundantísimos sudores con alivio de los pacientes, los que no pudimos conseguir acaso con todos los citados medicamentos volátiles.

81. Hay que saber que el bezoárdico animal se prescribe en la dosis de 1 escrúpulo, el mineral en la de medio y las dos piedras bezoar en la de 6 granos; la dosis de los restantes sudoríferos es ya suficientemente conocida desde los antiguos. Sobre la actuación de los medicamentos sudoríferos hay que decir lo mismo que sobre la de los diuréticos, ya que no hay ningún medicamento que provoque el sudor por una virtud propia y especial, y todos los que se proponen en este capítulo son sudoríferos sólo impropriamente y se llaman así «per accidens».

capítulo XIV : clisteres

82 Clister es: Medicamento inyectado por la sede dispuesto especialmente para descargar las impurezas de los intestinos y para otras necesidades. El licor inyectado con el sifón es arrastrado hacia arriba hasta que, al irritar, aumenta el movimiento natural de los intestinos y los mueve para que lo arrojen mezclado con los excrementos. Y no sólo purgan los intestinos sino todo el cuerpo, como ampliamente demuestra Galeno y confirma la experiencia; así, suelen ser de gran ayuda en la apoplejía, la nefritis, la angina y en otras enfermedades. No sólo ayudan a descargar los excrementos de la primera región, sino que muchas veces también ayudan a alterar e incluso a alimentar, pues pensamos que las pequeñísimas partículas alibles comunicadas por la fuerza del clister a los intestinos se comunican en forma de vapores a la sangre y a las partes sólidas y las alimentan; de la misma manera en que cuando alguien excesivamente delgado y débil con tomar un solo jugo adquiere muchísimo vigor antes de que éste pueda ser convertido en quilo, gracias a las pequeñísimas partículas transmitidas desde el estómago a la sangre y llevadas a las partes del cuerpo para una rápida alimentación.

Enema nutritivo:

R. Hágase un enema mezclando 4 onzas de jugo de carne de carnero y otras 4 de capón, 2 onzas de vino muy bueno, media onza de pan de trigo seco y pulverizado, y dos yemas de huevo.

83. En la angina, cuando los enfermos no pueden tragar nada si no es con gran peligro de ahogo, en la apoplejía, en la parálisis de la lengua o en otras enfermedades de este género hay que inyectar este enema en caliente y retenerlo cuanto sea posible en el intestino, por lo que hay que prescribirlo en pequeña cantidad de modo que se mantenga largo tiempo, y administrarlo repetidas veces según exija la necesidad.

Enema común:

R. Mézclase un cocimiento de hierbas emolientes por 1 libra con 1 onza de aceite común y otra de miel, y 2 dracmas de sal.

84. Las curanderas aplican con frecuencia este clister en cualquier ocasión en que haya que limpiar de heces los intestinos. Si es preciso un estímulo mayor, puede añadirse benedicta laxativa, confección de bayas de laurel hasta 2 onzas, aceite de ajonjos y de ruda 2 onzas y media de cada uno.

R. Cocimiento de cabeza e intestinos de carnero por 1 libra, aceite de almendras dulces 2 onzas, pulpa de cañafistula 1 onza; mézclense para el enema. Adminístrese caliente. O

R. Hágase un cocimiento para un enema con hierbas de malva, parietaria y mercuriales por un manojo de cada y 1 pulgarada de flores de manzanilla hasta que quede una libra, a la que hay que añadir 2 onzas de aceite de lino y un poco de azúcar rubio.

85. Estos enemas son recomendables en el dolor íleo, cólico, nefrítico y en otras enfermedades en las que hay que apaciguar la materia acre, ablandar las fibras y expulsar los flatos. Si el dolor aumenta excesivamente, pueden añadirse 16 granos de láudano líquido. Si se pretende ablandar, relajar y sacar los humores al mismo tiempo, pueden añadirse pulpa de cañafistula, benedicta laxativa, miel de mercuriales y otros por el estilo.

Clister carminativo:

R. Cuézanse en vino hasta que quede una libra, flores de manzanilla y bayas de laurel por media onza de cada, semillas de hinojo y de anís por 1 dracma de cada, hierba de ajonjo por 1 manojo; añádase 1 dracma de aceite de ajonjos y mézclase.

86. Este enema está recomendado en la afección hipocondríaca e histérica para expulsar los flatos, en los cólicos flatulentos y en otras. Hay que advertir que si los cólicos son convulsivos con excesiva tensión de los intestinos y concordante con la del mesenterio, hay que administrar laxantes, emolientes y anodinos que convienen específicamente para dicha enfermedad, puesto que en tal tipo de cólicos los carminativos y purgantes llevan a la muerte a los enfermos en razón de que aumenta más en ellos la crispación preternatural de las fibras. Cuando en las calenturas y en otras enfermedades observen los médicos tensiones de los hipocondrios y del vientre, no recurran a los carminativos por considerar que procede de los flatos, ya que a veces resulta de la materia acre que empuja las fibras y las crispa fuera de lo normal; de donde se sigue una gran tensión por todo el vientre.

Enema apoplético:

R. Hágase un cocimiento hasta que quede 1 libra con media onza de raíz de pelitre, 2 manojos de hierba ruda, medio dracma de pulpa de coloquintida (en nódulo); una vez filtrado, añádanse 2 onzas de vino emético y mézclense.

87 Es óptimo para todas la afecciones soporosas. Si se retiene poco a causa de la parálisis del músculo esfintérico y la pérdida de movimiento, como sucede con frecuencia, hay que repetirlo una y otra vez.

Enema de los cuatro aceites, de Fuller:^a

R. Mézclense 6 onzas de aceite de lino y otras seis del de manzanilla con 2 onzas de aceite de escorpiones y 2 dracmas del de trementina.

88 Es el mejor para expulsar el cálculo y las arenillas en el paroxismo del dolor nefrítico, y no inferior a ningún medicamento.

Enema dulce:

R. Mézclense 6 onzas de leche fresca de vaca con 2 onzas de la mejor miel.

Enema amargo:

R. Hágase un cocimiento hasta que queden 8 onzas con 1 dracma de raíces machacadas de aro, 1 escrúpulo de pulpa de coloquintida (en nódulo), medio manojos de hierba de tanacetos y otro medio de sumidades de sabina; una vez colado, añádase 1 onza de aceite de ajonjos y mézclense.

89. Estos enemas suelen prescribirse para las lombrices de manera que se inyecte primero el enema dulce para atraerlas y luego el amargo para matarlas. Pero son inútiles porque según observaciones verdaderas e indudables realizadas por Francesco Redi consta que los medicamentos amargos dañan muy poco a las lombrices del cuerpo humano y los dulces las hieren muchísimo, por lo que para lombrices vigorosas será suficiente prescribir un enema dulce y volver a administrarlo cuanto fuere preciso, excepto que haya la indicación de fortalecer los intestinos y corregir la putrefacción; en tal caso deben ser diferentes enemas según la situación.

Enema febrífugo:

R. Hágase un cocimiento en 3 libras de agua de manzanilla con 1 onza de polvos de corteza de Perú y 1 dracma de sal de tártaro hasta que quede 1 libra; a lo que queda tras filtrarlo sin exprimirlo, añádase un poco de azúcar y mézclense.

90. Este clister es el mejor remedio para eliminar cualquier calentura intermitente. Comienza a aplicarse una vez acabado el paroxismo y, con frecuencia, hay que administrarlo de nuevo hasta que acaba o disminuye la calentura. Este género de remedio lo señala por encima de otros el médico parisino Helvecio que escribió un libro entero sobre la manera de administrar esta corteza. Instruido por múltiples experiencias,

^a [pág 128]

recomiendo este medicamento como utilísimo y segurísimo no sólo en las calenturas intermitentes, sino también en las continuas que, de alguna manera, se acercan a la naturaleza de las tercianas.

Clistero Anodino:

R. Mézclase 1 libra de cocimiento de intestinos de carnero con 2 yemas de huevo, media onza de bálsamo de Lucatell y 2 onzas de sebo de carnero. Úsese caliente antes que consolide el sebo de carnero.

Está especialmente indicado para sedar los retortijones y tormentos en la disentería, etc.

91. Pueden hacerse diferentes fórmulas de clisteres según las diferentes intenciones del médico, como el clister somnífero de opio disuelto en agua de amapolas, si bien en dosis moderada. El momento oportuno para la aplicación del enema es también diferente según las distintas enfermedades y la intención del médico. Sin embargo, han de saber los jóvenes que no hay que administrarlos al comienzo de los accesos de las calenturas ya que, por turbar a la naturaleza, suelen prolongarlas desmesuradamente.

92. Corresponde hablar aquí de los supositorios que son medicamentos sólidos ligados con un hilo, como redondeados, y confeccionados para diferentes finalidades con algunos medicamentos.

Supositorio común:

R. Hágase un supositorio con polvo de aloe y jirapliega por medio dracma de cada, y con miel y sal en la cantidad precisa.

Supositorio irritante, en las afecciones soporosas:

R. Háganse dos supositorios con polvos de agárico y trociscos de alhandal por 1 dracma de cada, heléboro negro por medio dracma, sal gema y de nitro por un escrúpulo de cada, y cuanta miel sea precisa.

93. Pueden hacerse de igual manera con otros medicamentos según la distinta intención del médico. Los supositorios y los clisteres no han de aplicarse a quienes sufren de hemorroides, especialmente secos, ni a quienes padecen hernia; menos aún a las preñadas y a las recién paridas; en escasa cantidad a los niños y a los ancianos, a los que convienen más los supositorios que los clisteres. Y no hay que olvidar que a nadie le conviene el uso excesivamente frecuente de los clisteres porque debilitan el intestino recto y todo el cuerpo al mismo tiempo; por ello, no resulta raro que se formen abscesos en ese intestino y en las partes próximas y se provoquen flujos peligrosísimos de los humores.

capítulo XV : anodinos y vesicantes

94. Puesto que el *dolor* castiga aquí y allá con independencia de los demás síntomas al cuerpo humano ya sometido a innumerables fatigas y que soporta la crueldad de todos los demás síntomas, para que no faltara algo de nuestra divina arte en ayuda del género humano se recurre a medicamentos como anodinos, narcóticos e hipnóticos, muy eficaces para aplacar los dolores, que, aunque todos ellos contribuyen a aliviarlos por alguna razón difieren según cómo alivian el dolor y según sus propiedades: y así, unos mitigan los dolores por laxar los sólidos y debilitar las partículas acres de los líquidos como emolientes y laxantes, a

saber: baños, fomentos de hierbas emolientes, leche, azafrán y otros a los que los médicos llaman con propiedad *anodinos*; otros alivian los dolores induciendo al sueño como opio, adormidera, etc. y a éstos llaman hipnóticos; otros, paralizando la sensibilidad de una parte, como beleño, mandrágora, yerba mora, cicuta y otros de este género que aplicados externamente embotan los sentidos y tomados internamente proporcionan un sueño profundo a los que llaman *narcóticos*. Pero a todos los medicamentos apropiados para conciliar el sueño y alejar los dolores sobrepasa con mucho el opio y los medicamentos compuestos con él, a saber: el láudano opiado de Helmont o el de Du Chesne y el láudano líquido de Sydenham, con cuya recta administración cualquier médico puede combatir con fuerza innumerables enfermedades. No hay que examinar en este momento la naturaleza del opio y su manera de actuar ya que eso comportaría extender este tratado casi hasta el infinito y derrochar el esfuerzo en asuntos todavía inciertos y no bien resueltos; pero si durante el descanso pueden examinar la inconstancia del pensamiento humano adicto a hipótesis pueden consultar a Etmüller en su célebre *Dissertatio VII: Virtus Opii Diaphoretica*, a Manget en su *Opiologia*,^a a Hoffmann en la exposición de este tema y a otros. Baste señalar que el opio no es frío ni actúa por la frialdad como creen muchos, sino cálido y constituido por azufre grueso y fétido como muestra su amargor, inflamabilidad, acrimonia y otras en él existentes, que demuestran más su calidez que su frialdad, lo que prueba Heredia ampliamente en su tratado *De morbis acutis*, capítulo "De apoplexia", y muy recientemente confirma Geoffroy. El láudano opiado o extracto de opio actúa con mucha mayor fuerza que el líquido, éste puede administrarse hasta un máximo de 20 gs.^b y en caso de gran urgencia hasta 2 granos y, si no, hasta medio grano, aunque Rivière prescriba con excesiva temeridad hasta 4 granos en su capítulo "De cholera morbo". Los opiados son útiles para mitigar cualquier dolor, para impedir los flujos, para contener cualquier flujo, para estrangular el movimiento desenfrenado de la sangre y los líquidos, para acabar con los paroxismos histéricos, para eliminar las exacerbaciones febriles y, finalmente, para curar innumerables y gravísimas enfermedades y síntomas.

95. Adviertan los jóvenes que en el caso de sedar el dolor e inducir al sueño hay que empezar siempre con los anodinos más ligeros como pediluvios, baños y otros por el estilo; de no obtener progresos con ellos y, con todo, seguir importunando el dolor, habrá que acudir a opiados mezclándolos con píldoras o pócimas indicadas para la enfermedad comenzando por la dosis más pequeña y aumentándola poco a poco hasta que se alivie el dolor o se concilie el sueño, aunque nunca hay que sobrepasar la dosis más alta indicada. Además, si fuere posible, esto es, si no apremia el dolor en exceso, hay que adelantar las evacuaciones de humores según la índole y la exigencia de la enfermedad antes que prescribir los opiados pues de otro modo, al arrastrar el dolor, producen otro mal quizá más peligroso. Pero si el dolor agobia de manera que el enfermo padece con gran inquietud con las fuerzas excesivamente débiles, habrá que prescribirlos sin temor socorriendo el mal más urgente. Por otra parte, en las destilaciones acres, saladas y tenues suelen ser el único remedio tras los evacuantes previos; pero adviertan los jóvenes que, si se ha metido en los pulmones mucha materia y produce una ligera dificultad para respirar, hay que administrar los medicamentos oportunos señalados antes para sacar la materia existente en el pecho y prescribir opiados a continuación, pues de otro modo éstos adensarán más y más aquella materia en los pulmones y, una vez detenido su movimiento, provocará una mayor dificultad para respirar por estancarse allí más tiempo, lo que yo mismo he observado con frecuencia. Además, a niños y ancianos hay que administrarles una dosis más pequeña ya que el escaso

^a [Bibliotheca pharmaceutico-medica... tomo 2, pág 490]

^b [gs. no consta como abreviatura en ninguno de los tratados nombrados por Piquer como referentes para la materia médica. La he encontrado sólo y una sola vez en José Arnau *Opus neotricum medicum etc* Valencia 1737, pág 64, última línea. Sin embargo, Piquer la utiliza más de 30 veces en esta obra desde su primera redacción en 1735, y la mantiene a pesar de los profundos cambios y revisiones de 1758 y de 1768. No fue un error de imprenta. Tampoco puede ser una abreviatura inusual para granos (el plural latino de "granum" es "grana"). Nadie le criticó por ello, ... Él mismo dice que hay que cuidar las fórmulas para que no se les rían los boticarios experimentados, (ver: Materia médica de esta obra, capítulo III, § 6, apartado 4). Participó en dictámenes y tribunales de farmacia del Protomedicato con José Cervi.]

vigor de la fuerza de la vida en ellos no permite su uso en exceso. De igual manera, nunca hay que administrarlos cuando las fuerzas sean débiles porque decaen más y arrastran al enfermo la ruina. Por todo ello aconsejo a los jóvenes que en presencia de grandes dolores o flujo desmesurado de líquidos (ambas afecciones remedian los opiados como arcano) dirijan su atención con todo cuidado a las fuerzas y seden después los dolores cuanto sea posible con opiados, a cuyo fin suelen mezclarse con bebedizos, píldoras u otras fórmulas por el estilo, compuestos con medicamentos que proporcionan nuevas fuerzas de modo que, realizando así ambas indicaciones, atiendan cualquier mal diligentemente. Para que hagan con mayor facilidad algo de tanta importancia, tienen que conocer perfectamente todos los oficiales que están compuestos con opio, yerba mora, beleño, cicuta y adormidera, tales como triaca, nitridato, filonio, diascordio de Fracastor, píldoras de Storkius, trociscos de kárabe, jarabes de adormidera, de opio, de succino, etc.; de ello resultará que proporcionarán a los enfermos los medicamentos con las precauciones necesarias, excluyendo totalmente cualquier peligro procedente de la ignorancia. No omitiremos que recientemente Storkius, médico vienés, ha traído al orbe médico como inofensivos no sólo la cicuta, sino también el acónito, el hiusquiamo y la yerba mora, incluidos hasta ahora entre los venenos. Asombra la fantasía del hombre ocupado en asuntos tan resbaladizos. Pero como los médicos de ahora en gran parte tienen propensión hacia cualquier cosa nueva, resulta que muchos de ellos proporcionan a manos llenas medicinas a los enfermos, aún las más perniciosas, como caídas del cielo. Los más sensatos no sólo de nosotros sino también de los extranjeros, de los germanos en particular, se abstienen de aplicarlos puesto que la autoridad de un solo hombre apoyada en pocos o casi ningún fundamento y, además, dudoso no basta para prescribir veneno a los enfermos.

96. En lo que respecta a los vesicantes, éstos son medicamentos que aplicados a la piel levantan ampollas con su acrimonia y sacan fuera la substancia linfática. Hipócrates y Galeno, que yo sepa, nunca aplicaron medicamentos vesicantes. Médicos griegos posteriores los aplicaron para curar diferentes enfermedades por pensar que su manera de actuar consistía en una fuerte atracción del humor seroso, el rechazo y la posterior expulsión. Los más modernos, que los condenan todos, determinan que las partículas de los vesicantes introducidas en la sangre la agitan y la disuelven y, de este modo, producen su efecto; pero, por hablar francamente, estamos obligados a decir que es patente a nuestros sentidos el efecto de atracción, rechazo y evacuación, pero que a nuestra observación no consta que disuelvan los humores coagulados y, además, que lo que han dicho los modernos sobre esto hay que incluirlo en lo sistemático, incierto y poco fiable. Es cierto que, aplicados oportunamente, los medicamentos vesicantes producen efectos extraordinarios en algunas enfermedades especialmente en la dificultad de respirar, en los flujos de la cabeza y en otras afecciones de este género. Y no sólo conviene aplicarlos en las piernas sino también en la misma región del tórax, según costumbre de algunos griegos, en el asma y la ortopnea pues en estas enfermedades los vesicantes aplicados en la parte posterior del tórax, entre las escápulas, suelen ayudar a la naturaleza óptimamente. Son útiles en la apoplejía, la epilepsia, la migraña, la oftalmia inveterada, en el coma y en todas las demás afecciones soporosas, en la pleuritis, en las calenturas malignas con coagulación y otras enfermedades de este género en las que hay que sacar los humores, moverlos, adelgazarlos; por el contrario, son perjudiciales en las calenturas ardientes, en las malignas con disolución, en el delirio y en otras enfermedades en que la sangre se calienta y agita demasiado.

R. Háganse dos vesicantes en el hueco de la mano con 2 dracmas de masa de emplastro vesicante y medio escrúpulo de preparado de cantáridas con vinagre fuerte.

R. Háganse dos vesicantes mezclando 3 dracmas de pez de Borgoña, otros tres de trementina de Venecia y 1 dracma de preparado de cantáridas.

R. Háganse dos vesicantes con forma de media luna con 1 escrúpulo de cantáridas maceradas en vinagre, medio escrúpulo de jengibre, otro medio de pimienta blanca, 1

escrúpulo de polvos de mejorana y cuanto haga falta de fermento fortísimo. Se aplican por detrás de las orejas.

97. En la pleuritis es difícil que haya un remedio más eficaz que dos vesicantes aplicados a las tibias. En la oftalmia y en otras enfermedades inveteradas de los ojos ayuda mucho un vesicante aplicado a la nuca y permanentemente durante varios días. He observado que en la apoplejía fortísima es mala señal cuando los vejigatorios aplicados no levantan ampollas. Hay enfermedades en las que hay que aplicarlas en los comienzos rápidamente, como en la apoplejía, en otras enfermedades soporosas y en todas las demás que suele resolver la naturaleza mediante exantemas o afecciones cutáneas; hay otras en las que conviene aplicarlos precedidos de evacuaciones y una vez calmado el orgasmo, como la pulmonía, la pleuritis, y cualquier enfermedad en la que se unan la plétora y el calor excesivo. Entre los medicamentos cáusticos se cuenta la cal que levanta ampollas aplicada externamente. Suele prescribirse no sólo externamente sino también para uso interno hasta que desaparece el agua, hasta el punto de que el agua de cal se considera específico para limpiar las llagas internas y para muchas afecciones en las que es oportuno secar, limpiar y atenuar. Hipócrates usaba el agua de cal para algunas enfermedades externas; internamente no la prescribió nunca, ni él mismo, ni Galeno, ni Celso, ni, que yo sepa, ninguno de los más antiguos. Hoy día con lo audaces que son los médicos para aplicar algunos remedios, viene el agua de cal como *específico*. Pero, sepan los jóvenes que esa agua lleva consigo algo ígneo y acre que puede herir mucho y que es medicina del género de las que traen consigo un beneficio dudoso, ninguno a mi juicio, y mucho riesgo.

capítulo XVI : sangría

98. Sangría es: *La evacuación de la sangre de las venas hecha con industria para diferentes usos convenientes a la naturaleza*. Se cree comúnmente que el uso de la sangría se introdujo en la antigüedad cuando los hombres vieron al hipopótamo, un animal robusto, que se deja caer entre las espinas cuando se hincha con la sangre y libra el cuerpo de su plétora desgarrándolo. Por mi parte pensaría que se reconoció la utilidad de la sangría por alguna analogía deducida de la observación de la naturaleza misma, pues como por ley de la naturaleza resultan algunas evacuaciones de sangre con las que ella misma no sólo se libra de enfermedades, sino que también evita padecimientos mayores; de ahí que los hombres, comenzando a imitar a la naturaleza, establecieron la misma evacuación abriendo las venas con industria. Sea como fuere, es indudable que la sangría es el mayor remedio y el más eminente para prevenir y curar las enfermedades. La sangría está indicada para muchos usos: En primer lugar para disminuir la cantidad de sangre. Segundo, para atemperar la propia sangre excesivamente caliente y acre. Tercero, para arrancar, esto es, alejar este mismo licor de las partes hacia las que suele fluir con excesiva fuerza. De aquí se comprende que es completamente falsa la opinión de algunos modernos que aseguran que la sola plétora es indicación para la sangría, puesto que también ésta se suele practicar con gran provecho por revulsión, con exceso de hervor y acrimonia. No se conoce igual de qué parte haya que sacar la sangre. Galeno fue excesivamente prolijo en la explicación de las leyes de las revulsiones; mientras que algunos de los más modernos han destruido todas las leyes de la revulsión en tanto que ficticias. De aquí han surgido casi infinitas controversias que oscurecen por completo la mente de los médicos y, ciertamente, se oponen a los progresos de la práctica. Por nuestra parte, sobre todas estas cosas que omitimos por considerar que atañen muy poco al uso de los médicos, prescribimos como regla firmísima a los jóvenes que deduzcan las leyes de la revulsión y de la derivación no de los libros ni de los autores que discrepan entre sí, sino de la misma naturaleza que muestra los caminos. Revulsión es: evacuación de sangre por la parte más alejada de la que está afectada por la enfermedad. Derivación es: extracción de sangre por la parte cercana a la parte afecta. Conviene fijar la atención en la manera en que la naturaleza se comporta en la curación de enfermedades por evacuación espontánea de la sangre y, al imitar sus leyes, conoceremos cómo hay que actuar en la revulsión y en la derivación. Por ejemplo, si el frenesí tiene

su causa en el cerebro, y la naturaleza la cura mediante una hemorragia de nariz, aprendemos de ello que poco o nada beneficia la sangría del pié, mientras que será más conveniente la apertura de las venas yugulares y de la frente. Si el frenesí tiene su asiento en el hígado o en el septo transversal, la naturaleza lo saca mediante hemorragias de la nariz o por los hemorroides. De esta ley de la naturaleza el médico aprende a abrir las venas del brazo en primer lugar y luego las hemorroidales. A veces, la naturaleza sana la pleuritis y la pulmonía mediante una hemorragia de la nariz o mediante un esputo rubio mezclado con la sangre. De ahí comprende el médico que en la pleuritis y en la pulmonía hay que abrir las venas de las partes superiores. Quisiera yo por ello que los jóvenes actuaran siempre teniendo por guía a la naturaleza, aplicaran el mayor esfuerzo a conocer sus leyes con exactitud, y aprendieran qué haya de hacerse en las enfermedades mediante la observación, bien avisados de que los libros de nuestra época traen muchas frivolidades acerca de este asunto porque de hipótesis imaginadas quieren sacar preceptos prácticos. De ellas, es falso que en las enfermedades agudas de la cabeza haya que sangrar del pié porque es muy pequeño el empuje de sangre hacia la cabeza, cuya sangre se mantiene con su conversión hacia los pies, porque todo esto se apoya en una hipótesis y no está confirmado por la experiencia ya que los delirios de las calenturas ardientes no cesan tras muchas e inoportunas sangrías del pié. También es falso lo que se dice que no hay que emprender una derivación si no precede antes una revulsión, ya que esta regla no se apoya en observaciones sino que emana de las sucísimas fuentes de los árabes, mientras que Hipócrates convence de lo contrario y, lo que es más, también la misma naturaleza. Si les place, lean los jóvenes a Martiano, que se explaya aguda y sólidamente sobre esta cuestión. Hipócrates, Galeno y otros Príncipes de la medicina determinaron las reglas de la revulsión y de la derivación que hay que observar en la práctica. En nuestros días, desde que los médicos han tenido por cierto que la sangre circula por el cuerpo, han considerado vanas y fútiles las leyes de la derivación y de la revulsión establecidas por los antiguos, ya que, si, como dicen, por la ley de la circulación la sangre que está en la cabeza, rapidísimamente baja a los pies ¿no podrá ser igualmente eficaz sacarla del pié o del brazo si toda la que existe en el cuerpo ora está en los pies, ora en los brazos, ora en la cabeza? Sin embargo, puesto que pruebas prácticas tan frecuentemente reiteradas han destruido este raciocinio, porque el tiempo destruye las falsedades de las opiniones, confirma las obras de la naturaleza; de aquí que los modernos más prudentes establecieron como axioma: hay que observar las leyes de la revulsión y de la derivación, supuesta la circulación de la sangre. En nuestro siglo ha surgido una gran controversia sobre si conviene sangrar de los brazos o de los pies en las calenturas agudas cuando los humores son arrastrados con fuerza hacia la cabeza. Acremente han disputado sobre ello Philippe Hecquet y Silva,^a defendiendo aquel que hay que abrir las venas superiores y éste que las inferiores. Mucho antes, en el siglo dieciséis vivió entre los parisinos René Moreau quien escribió una disertación ciertamente erudita y provechosa *De missione sanguinis in pleuitide*,^b en la que demuestra que casi todos los autores desde Hipócrates hasta los de su época han enseñado que en la pleuritis hay que sacar la sangre del brazo correspondiente al costado afectado. Por mi parte, estoy convencido con Hipócrates que en cualquier enfermedad aguda afectada por una fluxión inflamatoria es más conveniente la derivación que la revulsión. Para que los jóvenes conozcan en qué enfermedades hay que cortar las venas y con qué precauciones hay que hacerlo, pondré la opinión de Cornelio Celso que es el que más cuidadosamente ha hablado sobre este asunto entre los Príncipes de la medicina.

No es nuevo que se saque sangre por una vena cortada; pero es nuevo que no haya casi ninguna enfermedad en la que no se saque.^c

99. ¿Qué diría Celso en nuestros días si viera a nuestros paisanos médicos sangrar siempre y por todas partes en cualquier enfermedad? Si en realidad la naturaleza no quiere sanar todas las enfermedades

^a [Véase : Silva, Jean-Baptiste, *Traité de l'usage des différentes sortes de saignées, principalement de celle du pied*, edición de 1726]

^b [1622]

^c Celso, *De Medicina*, libro 2, cap.10, 1.

mediante la expulsión de sangre, ¿por qué el arte, que debe tener como guía para todo a la naturaleza, propugna sangrar continuamente y de todas partes? Y si no conviene hacer otra cosa que sacar y purgar la sangre, es inútil adornar el arte con preceptos sacados del acervo de la naturaleza.

Sangrar a los jóvenes y a las mujeres no gestantes es viejo, pero no es viejo hacerlo a los niños, a los ancianos e incluso a las mujeres embarazadas. Los antiguos consideraban que ni la primera ni la última edad podían soportar tal género de ayuda y estaban convencidos de que abortaría la mujer embarazada que fuera curada así. Pero más tarde el uso demostró que nada en estas cosas es permanente.^a

100. Galeno enseñó en más de un lugar que no hay que sangrar a los niños ni a los ancianos, puesto que en estas edades no hay la robustez requerida en las fuerzas para sangrar. De mi propia observación he aprendido que poco puede favorecer la sangría en los niños, antes bien estorbará al máximo, aun en el caso de que estén atacados por enfermedades agudas, ya porque su organismo sea flojo, ya porque tengan excesiva abundancia de humor gelatinoso y poca sangre o porque ello resulte de cualquier otra causa; y así, tengo por verdadero en la práctica el precepto de que rara vez hay que sangrar a los niños y a los ancianos. He dicho *rara vez* puesto que en ocasiones curan por completo a un niño fuerte y a un anciano robusto (como dice Celso^b), pues no hay que considerar niños y ancianos por el número de años sino por la fortaleza de las fuerzas; sin embargo, puede equivocarse mucho un médico inexperto en relación a estas edades porque la escasez de fuerzas está en ellas casi oculta. Conviene conocer ahora que hay mucha diferencia entre un cuerpo sano y uno obeso, o entre uno delgado y otro enfermo, puesto que en el sangrar hay que atender a las fuerzas. Los cuerpos obesos tienen poca sangre, y por ello se les aflige aun con una extracción moderada, porque la sangre es excesivamente pingüe; por el contrario, los delgados si no están enfermos aguantan con facilidad una extracción de sangre. Por tanto, más que el aspecto, hay que valorar las fuerzas del cuerpo por las venas y la pulsación de las arterias, como decía Cicerón.^c

Y no sólo hay que considerar esto, sino también cuál sea el tipo de la enfermedad, si una materia deficiente ataca a un cuerpo achacoso o a uno íntegro; y si tiene gran cantidad de mal o está corrompido, de ningún modo será socorrido mejor.^d

101. Las observaciones ponen de manifiesto que es falso que la sola plétora haga conveniente la sangría, ya que la corrupción de la sangre no se cura mejor por otro medio que por la sangría. Dice Actuario: *Conviene, por tanto, abrir una vena en la plétora y putrefacción de los humores cálidos, especialísimamente en la primavera, luego en el otoño; desde la adolescencia hasta el final de la madurez. Pues si la sangre se vacía sin superar la plétora ni la calidez del humor, se presentará el frescor, la crudeza y un mal estadio^e* Por tanto, se equivocan por completo quienes sangran en cualquier enfermedad, en cualquier edad, y en cualquier época del año; al igual que aquellos a quienes la sola abundancia mueve a sacarla.

Una calentura vehemente exige extracción de sangre cuando enrojece el cuerpo y tumescen las venas llenas; también las enfermedades de las vísceras y la resolución, relajación y rigidez de los nervios, algo ahoga la garganta por la falta de aire, algo elimina súbitamente la voz, algún dolor es insoportable y algo se rompe y golpea en el interior por cualquier causa.^f

^a Celso, *De Medicina*, libro 2, cap. 10, 1 y 2.

^b Celso, *De Medicina*, libro 2, cap.10, 3.

^c Cicero, *Orator*, cap.2.

^d Celso, loc.cit.

^e Actuario, *De methodo Medendi*, libro 3, cap. 1.

^f Celso, loc. cit.

102 En esta enumeración de enfermedades están incluidas casi todas aquellas que curan con la extracción de sangre, pues si examinamos atentamente las que propone Celso, descubrimos que en los casos indicados está la plétora universal o particular o la corrupción de sangre que exige una sangría. Por tanto, no veo por qué razón hay que sangrar en los flujos y destilaciones de humor seroso de la cabeza, así como en el flujo excesivo de sangre y en las enfermedades que dependen de la bilis o de la pituita.

Puede ocurrir, sin embargo, que alguna enfermedad lo requiera aunque parezca que el cuerpo apenas podrá soportarlo: pero si no se ofrece otro socorro y habrá de morir quien sufre si no es ayudado por un camino temerario; en tal situación es propio de un buen médico manifestar que no hay ninguna esperanza sin sangría y decir cuánto riesgo haya en ella, y, entonces, sangrar si procede. En situación semejante no conviene dudar sobre ello, pues es mejor un socorro incierto que ninguno; y debe de hacerse especialmente cuando los nervios están sueltos, cuando alguien enmudece súbitamente, cuando la garganta está ahogada, cuando apenas se ha cumplido el primer acceso de la calentura, es verosímil que siga igual, y parece que las fuerzas del enfermo no pueden soportarla.^a

103. Es inmejorable lo que Celso aduce aquí, y muy congruente con la práctica. Una sola cosa exceptuó que Celso no pudo conocer en su tiempo; cuando apenas se ha cumplido el acceso de la calentura en el enfermo y es previsible que le suceda otro, con lo que las fuerzas para soportarlo serán desiguales, no hay que acudir a la sangría, sino a la corteza de Perú, de lo único que cabe esperar auxilio seguro.

Cuando haya que sangrar con exceso de ingesta, pero esto no es algo permanente, etc.^b

104. Celso anota aquí dos preceptos cuyo conocimiento es necesario a los jóvenes. El primero es que no hay que sangrar mientras haya ingesta en las primeras vías. El segundo es que en caso de gran urgencia, de ahogo, de contusión violenta, o de gran inflamación, hay que sangrar aunque haya ingesta; mejor dicho, si concurren dos indicaciones a la vez, por ejemplo, una la de purgar los humores crudos, otra, la de sangrar con urgencia, es mejor sangrar en primer lugar y, luego, atender la indigestión. Pero si, como sucede comúnmente, no hay urgencia para la sangría el camino más seguro es abstenerse de sacar sangre hasta que la ingesta se corrija por completo. Dice Galeno que conviene posponer la emisión de sangre cuando haya ingesta en el estómago, tanto tiempo cuanto sea preciso para que desaparezca la indigestión. Aquí conviene que adviertan los jóvenes que antes de la sangría no hay que evacuar la ingesta en las enfermedades agudas por medio de medicamentos purgantes, sino mediante clisteres o con el uso de aceite de almendras dulces administrado con un caldo. De esto se deduce que en el cólera morbo, en la cardialgia y en afecciones semejantes de la boca del estómago, es peligroso sangrar, pues en estos casos la fuerza escapa muy fácilmente; lo que establecieron en diversos pasajes Hipócrates y Galeno.

Así como alguna vez es preciso sangrar en el primer día, nunca es beneficioso tras el cuarto, cuando ya en ese lapso la materia está agotada o el cuerpo la ha destruido.^c

105. Aquí señala Celso un consejo óptimo y confirmado por la experiencia, cuya ejecución ojala establecieran los profesores de hoy pues observamos que sangran sin medida en cualquier día y en cualquier tiempo de la enfermedad, e intentan este remedio indiscriminadamente sin atención a los tiempos de la enfermedad.

Incluso cuando es necesaria, esta medicina hay que dividirla en dos días.^a

^a Celso, loc. cit.

^b Celso, Loc cit.

^c Celso, Loc cit.

106. Se gloriaba Galeno de que él con una sola sangría acababa en ocasiones con las calenturas, y la costumbre entre los médicos antiguos era sangrar hasta el desfallecimiento. Hay que advertir a los jóvenes, para que nunca lo pretendan, cómo es peligrosísimo sacar mucha sangre de una vez, puesto que el enfermo puede perecer agotado por el síncope. Es mejor sacarla en la cantidad adecuada a la enfermedad en veces sucesivas, pues si, como óptimamente aconseja el mismo Celso, conviene así en la extracción de agua a los hidrópicos, ¿cuánto más necesario no ha de ser en la extracción de sangre?

Si sucede por causa de todo el cuerpo, debe sacarse del brazo; si de alguna parte, de esa misma parte o de la más cercana. No ignoro que algunos dicen que hay que sacar la sangre lo más lejos de donde hiere pues así se aleja la trayectoria de la materia; pero de aquella forma se convoca hacia lo mismo que agobia. Sin embargo, esto es falso: pues se vacía primero el lugar más cercano, mientras que la sangre sigue desde los más alejados hasta que se vacía.^b

107. Aquí tienen los jóvenes las reglas de la revulsión y de la derivación, observando siempre la ley de sangrar desde el lugar más cercano a la parte afectada. Finalmente, para que comprendamos todo esto con breve método, conviene saber que nunca hay que sangrar según reglas deducidas de hipótesis, sino según preceptos prácticos extraídos de la observación cierta e indudable, y, además, hay que tener en poco que la plétora sea lo único que indique la emisión de sangre, porque ello procede de hipótesis, mientras consta por observaciones prácticas que en los sanos la plétora es completamente inofensiva, la cual no requiere emisión de sangre ni exige una curación especial; y no son suficientemente seguros los indicios de plétora como suponen en general del pulso, del rubor de la cara, del volumen del cuerpo, todos los cuales son falsos en lo que atañe a este asunto.

108. Tampoco es cierto el axioma de las Escuelas de que una gran enfermedad exija sangría o purga, pues aunque sea cierto que una gran enfermedad exige grandes remedios, si acaso existen éstos, no es igualmente cierto, que sólo la sangría y la purga sean grandes remedios, como creyeron muchos entre los seguidores de los árabes, pues la corteza de Perú, el agua fría prescrita según las reglas del arte y otros medicamentos de este género no sólo son grandes, sino incluso los mayores; por el contrario, en algunas grandes enfermedades tanto la sangría como la purga suelen ser pésimos remedios. Y, en verdad, se reconoce lo que indica la sangría sólo por la observación, y gracias a ella nos consta que la extracción de sangre está indicada en esos casos en que, según la pauta de la naturaleza, las enfermedades curan o se suavizan mediante el flujo espontáneo de la sangre. De acuerdo con esta ley, es beneficiosa la sangría en la supresión de las hemorroides y de otras excreciones de sangre, que suelen realizarse en ciertos y señalados momentos. También es conveniente en todas las inflamaciones internas, puesto que si en ellas se arroja sangre por la nariz o por cualquier otro lugar relacionado por la fuerza de la naturaleza, la enfermedad pasa a ser más soportable. Lo mismo sucede en las calenturas sinocales y en otras calenturas ardientes, cuyo origen está en la sangre más que en la bilis. También consta por observación que algunas enfermedades son morigeradas o suprimidas por una sangría rapidísima; así, la extracción de sangre modera el ahogo violento en el asma, la apoplejía fuerte, las convulsiones vehementes, las contusiones de las partes, y otras afecciones de este género. Y esto no lo sabemos por esos razonamientos que por lo común están admitidos como que con la sangría se impulsa el movimiento de la sangre, se relajan las fibras y otros por el estilo, en los que sobradamente abundan nuestras gentes, que si no son completamente falsos son al menos inseguros, sino porque imitando a la naturaleza seguimos su obra, pues vemos que aquellos que por una caída de lo alto devienen apopléjicos, de ninguna manera se recuperan mejor que si se vierte ampliamente sangre de la parte herida. Vemos también que en los grandes ahogos es muy apropiado verter copiosamente la sangre a través de las hemorroides o del útero en las mujeres. Y no sólo conviene saber cuáles requieren la sangría, sino que es preciso conocer también qué es

^a Celso, *Loc cit.*

^b Celso, *Loc cit.*

lo que permite o impide su ejecución. Así, permiten la extracción de sangre la plétora verdadera, no la ficticia, las fuerzas vigorosas, la edad juvenil, el temperamento sanguíneo, y la primavera y el otoño entre las estaciones del año. Por el contrario, la escasez de sangre, la debilidad, la edad infantil y senil y el invierno, desaconsejan la sangría. Sólo queda advertir como corónide que Galeno escribió mucho sobre la sangría, y aunque no puede negarse que propuso óptimos preceptos sobre el asunto en su libro *Terapéutica de la sangría*, tampoco puede negarse que fue excesivamente audaz en la extracción de sangre, aunque no tanto como los médicos de nuestro tiempo, y lo hizo llevado por el sistema de la plétora que únicamente atendía extrayendo sangre. Sin embargo, el mismo autor dice que hay que sangrar a los niños y a los ancianos, a los débiles, a los fríos por naturaleza, y a aquellos en quienes esté afectada la boca del estómago por cualquier causa.

Tratado cuarto : CALENTURAS

capítulo I : explicamos qué es la calentura

1. Cuando por cualquier causa alguien concibe un calor preternatural, ya le aflija tan sólo en los más íntimo o se perciba también externamente, y al mismo tiempo tenga el pulso agitado, lejano al orden natural por la rapidez o por la falta de regularidad, decimos que tiene calentura. Por tanto, calentura es: *un calor preternatural del cuerpo humano unido a un pulso rápido, desigual o en desorden*. Esto es lo que demuestra con seguridad la presencia de la calentura según las observaciones. Omitimos aquí los casi innumerables dogmas acerca de la esencia de la calentura, como dicen, sacados de las hipótesis galénicas, químicas y mecánicas, para no cargar a los jóvenes con comentarios a opiniones que pugnan entre sí, puesto que cualquiera para explicar la calentura ofrece por gusto la fermentación, la irritación de los sólidos, la despumación de la sangre o cualquier invención por el estilo. Sólo Ramazzini nos ofrece más de cincuenta opiniones bien diferentes y pugnaces entre sí, recogidas de numerosos escritores. En verdad, puesto que ni el calor puede crecer, ni el pulso moverse fuera del orden de la naturaleza durante mucho tiempo, es preciso que al presentarse la calentura cambien las acciones, los excrementos y las afecciones, y despunten todo tipo de síntomas. Una vez reconocida la calentura por las características explicadas, no será difícil descubrir también el fómite de la calentura a través de los síntomas, pues con una observación diligente se descubren las acciones lesivas y las fatigas correspondientes con mayor vehemencia, encono y duración en la parte que da origen a la calentura, aunque la molestia aflija a todo el cuerpo. Puesto que cualquier calentura (sin exceptuar la diaria y la hética) tiene unida una inflamación simple que llaman *flogosis*, esto es, un calor preternatural vinculado a una acritud particular y algunas, no todas al menos, vienen acompañadas de un *flegmon*, es decir, de inflamación con tumor, hemos decidido abordar en este tratado las calenturas unidas a una inflamación simple sólo a disgusto, ya que las demás, las que proceden de un *flegmon* provocan enfermedades de un tipo que le es propio a cada una, como frenesí, pleuritis, pulmonía, etc. y nos hemos ocupado de ellas en *Praxis*.^a Algunos debaten si el corazón se inflama y calienta necesariamente en cualquier calentura y persiguen sobre ello muchas cuestiones en verdad inútiles y farragosas. Por nuestra parte, consideramos que podremos librarnos fácilmente de estas dudas si determinamos que las calenturas universales, es decir, las que invaden el cuerpo todo, de las que hablaremos aquí, suponen el corazón afectado por un calor preternatural, de donde resulta que el pulso adquiere una alteración desordenada; mientras que las calenturas particulares, es decir, las que invaden sólo una parte, no exigen una afección cálida del corazón, si bien, en caso de durar mucho, pasan con frecuencia a universales por arrastrar al corazón. Así, si un calor preternatural ataca durante mucho tiempo la cabeza, los pulmones, el estómago, el hígado u otra víscera, estas partes tienen una *calentura* especial o particular que, según la opinión común de los médicos, no toma este nombre hasta que aflige a todo el cuerpo por haberse comunicado el mal al corazón. Retengan los jóvenes la clasificación de las calenturas en particulares y universales en orden a la práctica, ya que así recordarán que doquiera que observen un calor preternatural no han de emprender la curación con remedios cálidos, ni han de resolver el asunto con catárticos, espirituosos y excitantes, sino que habrán de atender a los enfermos con una dieta ligera humectante, agua como bebida y abstinencia hasta que desaparezca el calor preternatural de la parte dañada, y sus funciones vuelvan por completo al estado natural.

^a [*Praxis medica*, 1764-66]

capítulo II : diferencias de las calenturas

2. Los galénicos dividen las calenturas en diarias, pútridas y héticas. Llamen diarias a las que tienen asiento en los hálitos, con cuyo calentamiento calientan todo el cuerpo; y afirman que las calenturas diarias acaban en el lapso de un día debido a que los hálitos se disipan fácilmente por su sutileza. Llamen calenturas héticas a las que proceden de la putrefacción de los humores. Suponen para ello que un solo humor o varios se pudre al detenerse en alguna parte del cuerpo y emite vapores cálidos hacia el corazón, con los que, por calentar el corazón, se calienta todo el cuerpo. Así, aseguran que en la calentura terciana se pudre la bilis, en la cuartana la melancolía, en la cotidiana la pituita, etc. Piensan que las calenturas héticas radican en las partes sólidas, pues cuando por algún motivo éstas se calientan tanto que en ellas mismas prende el calor casi en su propio fómite, pasan a ser héticas. Esta clasificación incluye por sí misma todas las calenturas si se entiende bien. Hay calenturas que duran uno, dos o tres días porque su fómite sutil, tenue y no excesivamente contrario a la naturaleza se consume rápida y saludablemente, y a éstas las llamaban diarias los antiguos. Otras son dañinas por naturaleza, se diferencian por caracteres diversos según los diversos modos de afectar y se resuelven sólo mediante una crisis; y las llamaban *pútridas* no porque creyeran que había una verdadera putrefacción como aseguran falsamente quienes no leen a los clásicos, sino porque se alteran e inficionan los humores por una diátesis alejada del estado natural, de manera que se dispone una vía fácil para la putrefacción. A otras que consumen el cuerpo con lento y prolongado movimiento, convertidas en estado natural, llamaron héticas.

3. La división principal de las calenturas, y la más adecuada para que los jóvenes las reconozcan con claridad es: calenturas de la primera, segunda o tercera región. Justificaremos esta división: cuando se llama al médico ante un enfermo de calentura, aquél ha de preguntarse en primer lugar si la calentura tiene su fómite principal en la primera región, en la segunda o en la tercera, o si en dos o tres al mismo tiempo, pues de este reconocimiento se deducen indicaciones utilísimas para curar a los enfermos. Por primera región entendemos el estómago, los intestinos, la parte cóncava del hígado, el mesenterio, el páncreas, la vejiga, el bazo, etc. Por segunda región entendemos la parte gibosa del hígado con los vasos mayores como la arteria magna, la vena cava, etc. Por tercera región entendemos toda la superficie del cuerpo.

4. Los médicos reconocen las calenturas diarias procedentes de la primera región en los niños por la corrupción de leche en el estómago y por una ligera obstrucción de las primeras vías, lo que ya señaló Galeno. Vemos calenturas diarias procedentes de la segunda región en las que se calienta la sangre por insolación, vigilia, sufrimiento del ánimo, etc. Cada día pueden verse calenturas diarias procedentes de la tercera región en los constipados de la piel. También reconocemos por doquier calenturas pútridas procedentes de la primera región en las mesentéricas; pútridas procedentes de la segunda región en las malignas, ardientes, agudas, inflamatorias, etc. También con mucha frecuencia observan los médicos calenturas pútridas procedentes de la tercera región en tumores, llagas y otras enfermedades por el estilo que se dan en la superficie del cuerpo. Con frecuencia ven los prácticos calenturas héticas procedentes de la primera región en el tumor y en el escirro del hígado, en las obstrucciones persistentes del mesenterio, en histéricas, escorbúticas e hipocondriacos. Los observadores advierten calenturas héticas procedentes de la segunda región en tísicos, empiemáticos y en aquellos que tienen una disposición natural de la sangre para las calenturas héticas. Finalmente, se ven calenturas héticas procedentes de la tercera región en la leucoflegmasia, la atrofia, etc. O bien, la calentura puede ser diaria, pútrida o hética ya sea de la primera, de la segunda o de la tercera región, pues las regiones indican el lugar que padece, mientras que estas otras indican la naturaleza y condición de las calenturas. Además, la calentura pútrida puede ser continua o intermitente: se llama continua a aquella en la que los enfermos tienen calentura siempre y continuadamente, aunque padezcan más en el tiempo del acceso; en la intermitente no tienen calentura durante el tiempo que media entre uno y otro acceso. La continua, que no es acompañada por una inflamación, es la *mesentérica* de los más modernos (*cotidiana* para los antiguos): *ardiente, sinocal, maligna, semiterciana, diaria*; todas las calenturas pútridas con cualquier nombre

que sean designadas se reducen a éstas. Intermitentes son las tercianas y las cuartanas, así llamadas porque comienza de nuevo la primera al tercer día y la otra en el cuarto. Aun en el caso de que la terciana acometa cada día, los accesos corresponden al tercer día por su periodo y carácter.

capítulo III : calentura mesentérica

5. Entre las calenturas continuas que tienen su fómite principal en la primera región reclaman el primer lugar las calenturas mesentéricas, que se llaman así porque en su mayor parte su fómite está contenido en el mesenterio únicamente y, sobre todo, en sus glándulas (aunque también haya en otros escondrijos de la primera región). Son muy comunes en personas agotadas por los estudios, los trabajos y las pasiones del alma, así como en hipocondríacos, escorbúticos, histéricas y en los entregados a venus y a la gula; por ello son frecuentes en nuestros paisanos debido a lasitudes del estómago, a la abundancia de alimentos y a la debilidad del estómago. Los antiguos llamaban cotidianas a estas fiebres y pensaban que las favorecían los humores densos y crudos. Se reconocen por las siguientes señales: la calentura no es excesivamente ardiente al tacto, antes bien se desarrolla con un calor casi persistente y suave; y si es continua, tiene accesos cada día y, a la manera de las tercianas, corresponden también a veces el tercer día. El pulso es a lo sumo pequeño, puesto que en todas las enfermedades del estómago es solemne y un poquito rápido. La orina se aleja un poco de la natural, a no ser que aparezca rubicunda por sobreabundancia de sales muriáticas y casi teñida de color ladrillo; a veces es también muy gruesa, casi llena de salvado en el fondo de la bacinilla. La boca está amarga o insípida con una ligera náusea o inapetencia; la lengua víscida, pegajosa o sucia con una capita rugosa y blanca; es frecuente un hedor en torno a los dientes al terminar la digestión del estómago. El vientre seco con frecuencia, a veces fluido. Los accesos se suelen presentar hacia la noche, a veces dos el mismo día y, puesto que en ocasiones no mantienen orden ni fase, algunos las llaman *calenturas erráticas*. Los accesos no se presentan con rigor sino con un ligero horror o con frío en los pies y, cuando están fríos los pies, suelen arder las palmas de las manos, que es señal segurísima de que está afectado el mesenterio y las partes contiguas. Finalmente, la cabeza siempre sufre, ya sea por el dolor, ya por la pesadez o el latido alrededor de las sienas; y si el paciente se yergue en el lecho, la cabeza cae oscilando y sufre movimientos casi vertiginosos. Todo esto no se encuentra en cada uno de los enfermos pues en cada ocasión aparecen más o menos, muchas o pocas, según la diversidad de temperamentos y de las demás causas que dieron ocasión al mal; aunque en las calenturas mesentéricas suelen concurrir la mayor parte.

6. Las causas ocasionales de las calenturas mesentéricas son los humores crudos acumulados en el mesenterio y en las primeras vías, los cuales, allí detenidos largo tiempo, adquieren una corrupción cercana a la putrefacción y una diátesis perversa. La ocasión no próxima es una defectuosa primera digestión de los alimentos. La primera digestión es defectuosa ya por una excesiva cantidad de alimentos que, al superar la fuerza del estómago, resulta absolutamente desproporcionada para cocerlos; ya por un defecto del licor gástrico pues, corrompido por alguna diátesis y acidez, comunica estos defectos a los alimentos. De ello resulta que, con los alimentos no suficientemente elaborados, aumentan poco a poco las crudezas en la primera región hasta que adquiriendo una naturaleza heterogénea, provocan las calenturas. Causas externas eficientes según la condición del aire y de las estaciones, son la dieta a la que pertenecen los afanes, la venus, los esfuerzos desacostumbrados, las vigiliass u otras cosas nocivas para el estómago y, finalmente, los sufrimientos del espíritu.

7. Estas calenturas son crónicas casi siempre, y, de no ser tratadas correctamente, pasan fácilmente a hélicas mesentéricas. En los hipocondríacos, escorbúticos e histéricas son de difícil curación si proceden de una predisposición cancerosa de los hipocondrios, como es normal en los temperamentos excesivamente adustos y en los entregados al vino y a los licores ardientes.

8. La curación de esta calentura se realiza mediante tres indicaciones: evacuar los humores corrompidos e impuros de las primeras vías, fortalecer el estómago y su propiedad de digerir, y aliviar la calentura. En los comienzos ha de esforzarse el médico por cumplir la primera indicación, pues de otro modo los humores retenidos en exceso allí suelen originar una calentura perniciosa como observan con frecuencia los prácticos. Para cumplir esta primera prescripción hay que administrar en los primeros días la siguiente pócima:

R. Viértase un dracma de ruibarbo en tres onzas de agua de grama, una vez colado se añada jarabe áureo de rocío por una onza y medio escrúpulo de sal de ajeno. Ha de tomarse en la hora de la mañana.

9. La pócima ha de administrarse una y otra vez en días alternos entre una y otra purga, hasta que se reconozca que el mesenterio ha sido purgado suficientemente de la acumulación de los humores; en los días libres de purga, a fin de restablecer las fuerzas y fortalecer el estómago, puede darse a beber la siguiente pócima por la tarde, con un trago moderado de agua enfriada con nieve o con hielo.

R. Mézclase medio escrúpulo de una confección de alquermes incompleto, medio escrúpulo de sal de ajeno, medio escrúpulo de preparado en polvo de perlas, dos onzas de jarabe de rosas verdes y tres de agua de grama.

10. Aunque Baglivi, al tratar de las calenturas mesentéricas en diferentes escritos, haya condenado los medicamentos absorbentes para éstas, hemos tenido que reconocer que son muy útiles para nuestros paisanos. Cuando las hemos prescrito en estas calenturas, según el consejo del Dr. Fuller en su *Pharmacopoeia Extemporanea*, hemos observado siempre que sobrevienen felices resultados, si no se prescriben en cantidad excesiva; pues en exceso no beneficiarán sino que, por obstruir, dañarán. Como bebida ordinaria en estas calenturas, beban los enfermos una tisana con raíces de grama y de fresas, pues estas raíces dan satisfacción a ambas indicaciones. Si, para atender estas calenturas, convinieran otras pócimas purgantes o de las que fortalecen el estómago, consulten los jóvenes la farmacia en el capítulo "Estomacales" y hallarán allí los purgantes con las precauciones suficientemente repetidas. Si con este procedimiento no cede la calentura, pertinaz hasta entonces, habrá que acudir a los amargos y a los aperitivos, entre los que destaca el cocimiento amargo de la *Pharmacopoeia Bateana* cuya descripción es la siguiente:

R. Con medio manojo de sumidades de centáurea menor, otro de flores de manzanilla, otro de hojas de agrimonia, dos dracmas de semillas de cardo santo y otros dos de cidra, dos pulgaradas de flores de caléndula, dos dracmas de raíz de genciana, seis de sen,^a y uno de ruibarbo, se hace un cocimiento con vino blanco y agua de la fuente por una libra hasta que se consume la mitad.

11. Si se le quitan los purgantes, resulta un simple alterante y será adecuado en el caso de que por el daño de las fuerzas vitales no se pretenda purgar, sino tan solo quitar la calentura. No es adecuado este cocimiento para quienes tengan una destemplanza cálida de las vísceras o una calentura demasiado intensa, ya que los medicamentos son demasiado cálidos y amargos. Si para erradicar la calentura hiciere falta un cocimiento, puede componerse de esta manera:

^a [hojas de sena, en *Pharmacopoeia Bateana*, Londres 1691, pág 36]

R. Una onza de raíz de grama, otra de fresas, medio manojo de sumidades de centáurea menor, otro medio de flores de manzanilla y lo mismo de hojas de agrimonia, un dracma de las cuatro semillas frías y otro de cardo santo; se cuecen en tres libras de agua de la fuente hasta que se consume la mitad y se cuela para tres dosis.

12. Si a pesar de los remedios citados la calentura se mantiene firme, conviene entonces un cocimiento aperitivo, desobstructivo y diluyente, hecho con suero de leche; también conviene la sal febrífuga de Sylvio, la sal de ajeno, la centáurea menor, el cardo santo y otros, con cautela para que no aumente en exceso el calor de las vísceras. Para erradicar estas calenturas encomia mucho Fuller el cocimiento siguiente, que él llama cocimiento febrífugo salado:^a

R. Con dos dracmas de sal de ajeno y dos libras de agua de la fuente se hace un cocimiento hasta que se consuma la tercera parte.

También es útil el febrífugo siguiente:

R. Un escrúpulo de sal de centáurea menor y otro de sal de ajeno, dos dracmas de crémor de tártaro, uno y medio de hasta de ciervo filosófico calcinado, media onza de espíritu de vitriolo rectificado y un dracma de sándalo rojo en polvo; se vierte el espíritu de vitriolo gota a gota, mezclando el polvo con una espátula de madera en un recipiente de vidrio, luego se deseca la mezcla a fuego lento. Ha de administrarse hasta un dracma tres horas antes del paroxismo.

13. Si con los medicamentos citados no cede la calentura, habrá que acudir como a sagrada ánora a la corteza de quina, pues aunque Baglivi condena el uso de la salubérrima corteza en estas calenturas, puede deberse, como él mismo dice, al aire romano, mientras que en nuestra latitud observamos que las calenturas mesentéricas desaparecen rápida y completamente con la adecuada prescripción de aquel polvo, habiendo purgado antes el mesenterio; por lo que, tras repetidas purgas, una vez fortalecido el estómago, será beneficioso prescribirlo así:

R. En seis onzas de agua de achicorias se vierten tres dracmas de corteza de Perú y medio escrúpulo de sal tártara. Una dosis de dos onzas cada día en las horas libres de acceso.

Si es más conveniente en forma de píldoras:

R. Se hace una masa con un licor adecuado, un dracma de la sal febrífuga de Sylvio, medio dracma de sal de centáurea menor, otro medio de polvo de flores de manzanilla, media onza de corteza de Perú y medio escrúpulo de antimonio diaforético; ha de darse en píldoras de hasta dos escrúpulos para cualquier dosis en intervalos diferentes.

Si conviene mezclar la corteza de Perú con purgantes:

R. Se hace una confección con tres escrúpulos de sal de ajeno y cuatro dracmas de corteza del Perú, un escrúpulo de extracto de genciana, dos dracmas de aloe soccotrino y cuanto

^a [al que Fuller (1734) añade 4 onzas de azúcar blanco]

haga falta de jarabe de achicoria con ruibarbo. Dosis de dos cucharadas al beber un trago de la tisana descrita o de agua fría.

14. Faltan dos indicaciones para una curación íntegra de las calenturas mesentéricas. En primer lugar que al principio de la enfermedad hay que laxar el vientre con clisteres emolientes, refrigerantes y ligeramente irritantes hechos con hojas de malvas, de ajonjos, de ruda, a las que se añade aceite camomelino, aceite de ajonjo o aceite común con benedicta laxativa o, si fuere preciso, con una confección de bayas de laurel, etc. con tal ley que si los clisteres purgan bastante el vientre, se eliminen por completo los catárticos indicados antes. En segundo lugar hay que advertir que la sangría es más nociva que útil en estas calenturas, por lo que procedan los jóvenes con cautela al realizarla pues no hay que comenzar cualquier curación de calenturas indiscriminadamente con la sangría; en particular cuando en la primera región abunda la zahorra de los humores puesto que en tal caso es más nociva que beneficiosa según advierte Galeno y confirma la experiencia; por ello está fuera de uso en las calenturas mesentéricas y ha de rechazarse por completo. Tengan en cuenta que, aunque rara vez, las calenturas mesentéricas se han curado en ocasiones con una sola emisión de sangre, pero con grandes cautelas tras haber intentado inútilmente los demás remedios. Hay que tomar grandes precauciones para llevarla a cabo con prudencia y, si en algún caso ha de hacerse, hágase tras haber purgado bien el mesenterio y seguido todas las indicaciones citadas.

15. Hay que señalar finalmente que los infantes sufren más estas calenturas que los adultos, ya que les alcanza con mucha frecuencia debido a la corrupción de la leche en las primeras vías. Los niños y los infantes empiezan a tener calentura vomitando leche como coagulada, en ocasiones les ataca una diarrea serosa y cruda; si en los niños se presentan los dos síntomas a la vez, es una señal certísima de que el estómago y el mesenterio están llenos de humores corrompidos; por ello, yerran de medio a medio los médicos que, aterrorizados por la diarrea en estas calenturas, acuden de inmediato a los astringentes y, una vez metido el enemigo dentro, dan ocasión a la muerte. A pesar de la diarrea, es más seguro emprender la curación con desobstruyentes y laxantes ligeros y, así, son beneficiosos el aceite de almendras dulces sacado sin fuego, el azúcar rosado o rododiel alejandrina y otros por el estilo, ya que los medicamentos más fuertes son incompatibles con la tierna edad de los niños. He comprobado con observaciones seguras que las calenturas mesentéricas de los niños disminuyen mucho o desaparecen por completo con una cataplasma de hierbas refrigerantes colocada en el ombligo: verdolaga, acedera, lapato agudo, mezcladas con tónicos: hierbabuena, toronjil, ajonjo, y unidas con grasa de cerdo líquida para formar el emplastro. También aprovechan los clisteres de quina pura pulverizada bien mezclada con agua tibia; pues hemos observado con frecuencia cómo han desaparecido las calenturas de los niños con este remedio.

16. En este punto conviene aconsejar a los jóvenes, y les advierto con todo el empeño de mi ánimo, que se fijen cuidadosamente en que el frenesí, enfermedad crudelísima y muy común, ataca con frecuencia bajo la apariencia de calentura mesentérica y engaña muchas a veces a los médicos, aún experimentados. El frenesí ofrece al principio una calentura como lenta, el pulso pequeño, rápido y frecuente, las orinas rojas y la lengua blanca, mucilaginosa; todo ello se confunde con las calenturas mesentéricas. Se diferencia, sin embargo, porque en el frenesí incipiente se presentan dolores de cabeza, y en las calenturas mesentéricas hay pesadez más que dolor de cabeza. En el frenesí hay un insomnio pertinaz, y en la calentura mesentérica un sueño moderado. En el frenesí los pulsos tienen dureza o densidad con parquedad, y son pequeños y blandos en la calentura mesentérica. Finalmente, la orina de estas calenturas es algunas veces rojiza y gruesa al mismo tiempo, con un sedimento como de ladrillo; también la orina de los frenéticos es roja y delgada al comienzo. Hay otros muchos signos de frenesí incipiente que conviene que los jóvenes observen y examinen atentamente. Todo ello lo encontrarán recogido y claramente explicado en Celio Aureliano mejor que en ningún otro.

capítulo IV : calenturas intermitentes

17. Tras las calenturas mesentéricas, entre las de la primera región se cuentan todos los tipos de las intermitentes. Sobre ellas se plantea la cuestión entre autores antiguos y modernos, acerca de si tienen su fómite en la primera o en la segunda región. Los antiguos (incluido Jean Fernel) consideran que tienen su fómite, como lugar propio, en la segunda región; llevados no por otra razón sino porque si estuviera en la primera, sería inadecuada para provocar el rigor en los accesos. Los más modernos están convencidos de la opinión contraria con pruebas y razonamientos; esta última seguiremos nosotros por el momento, afirmando que las calenturas intermitentes dependen de la primera región en su mayor parte. El feliz suceso de su curación demuestra con suficiente claridad la verdad de esta afirmación, pues es un indicio seguro de que se originan especialmente en la primera región por no ceder las calenturas intermitentes, como decimos más abajo, sino a los eméticos, y agravarse con la sangría; y no me detengo en traer otras razones, porque no soporto meterme en debates vanos e inútiles.

18 Las calenturas intermitentes son simples o dobles. Son simples cuando no se repiten en el mismo día, sino que remiten en el lapso de un día. Se llaman dobles cuando vuelven cada día aunque medie algún tiempo sin calentura entre uno y otro acceso. Entre las intermitentes están especialmente la terciana y la cuartana (resumimos en las cuartanas, la quintana, la sextana, la semanal y la novenaria que rara vez se observan). Los antiguos dividían la terciana intermitente en exquisita y espuria. Creían que la exquisita era aquella que procedía de la bilis pura y sin mezcla, mientras que la espuria era la que procedía de la bilis mezclada con los demás humores. Por mi parte, creo que las exquisitas no se dan, al menos entre nuestros paisanos, en los pocos en que se han podido observar. Tengo por cierto que las tercianas ya intermitentes, ya continuas, como llaman exactamente a las exquisitas, son rara avis en la práctica, mientras que con frecuencia se presentan las tercianas espurias u otras que, aunque no son cumplidamente exquisitas, llegan a ser casi exquisitas y, por ello, sólo hablaremos aquí de las tercianas intermitentes espurias muy habituales entre nuestros paisanos y comunes en esta latitud.

19. Las tercianas intermitentes espurias comienzan por el rigor o por el horror, a los que sigue un calor ingente; en cada acceso acomete un rigor tan fuerte en ocasiones que el enfermo puede con aquel movimiento levantar cualquier peso de las ropas. Los accesos acaban en un lapso de doce, dieciséis o veinte horas. Durante la acometida de la calentura la lengua seca y rugosa, luego blanca y húmeda. La orina rubicunda que se arroja al final del ataque es como el signo patognomónico de las calenturas intermitentes, pues hay que pensar que semejantes orinas no dependen de la diátesis inflamatoria de la sangre sino de sales como acres, muriáticas y de diverso género. En estos casos conviene observar también que tales orinas dejan, seis o siete horas después de la micción, un sedimento como de ladrillo en el fondo de la vasija, como si estuvieran llenas de raeduras de ladrillo. Esta doctrina la suponía ya en la antigüedad Sennert y, tras él, Pedro Miguel de Heredia en su comentario a la historia de Cleanactides.^a En el acceso, la cabeza sufre dolor o pesadez, y todo el cuerpo está laso como si hubiera sido golpeado con fustas. El signo infalible de la terciana intermitente es que los accesos sobrevienen al tercer día, y entre uno y otro acceso se ausenta la calentura.

Como hemos dicho que entre los principales síntomas de las intermitentes hay que contar el rigor, que por él comienzan tales calenturas y se corresponde también al tercer día, quiero proponer dos dudas de difícil o ninguna solución, a saber: ¿de qué manera y de qué causas viene el rigor? y ¿cuál puede ser la causa de tan seguro regreso de la calentura al tercer día? Es un problema de tan difícil solución que supongo a mi debilísimo ingenio completamente incapacitado para ello. Hablen cuanto quieran los amantes de

^a ["Commentaria in Hippocratem. De morbis popularibus", en *Opera medicinalia*, 2º volumen]

especulaciones, quienes pretenden penetrar las causas íntimas y congénitas de las cosas con su arrogancia y fatuidad; puesto que la naturaleza, perseverante y cauta en sus obras, sabe eludir óptimamente los conceptos de estos y a los mismos que no pretenden explicar las causas de las cosas como a la propia naturaleza, sino con sus vanas hipótesis. Así los galénicos, que sacan en todas partes la cuadriga de los humores, afirman que el trémulo movimiento del rigor procede de un humor bilioso acre expulsado por las venas fuera de ellas, y que irrita la superficie del cuerpo. Pero cuando ellos mismos dicen que el rigor es: *Una fricción que causa dolor con una agitación desigual de todo el cuerpo*, y que además de la agitación de los miembros se requiere un frescor, amontonan mil circunloquios y razonamientos vacuos para explicar este último, y cuando se han enrollado con ellos, olvidados ya del mismo rigor, se esfuerzan en vano por explicarlo. Los químicos, recurriendo a no sé qué ácido, defienden que la causa del rigor es la misma que la de la calentura. De estas hipótesis procedentes de prejuicios resulta que, al afanarse éstos en corregir el ácido por medio de álcalis y volátiles para erradicar el rigor y la calentura, y esforzarse aquellos por refrigerar la bilis excesivamente cálida para erradicar el rigor, pierden todos de consuno el tiempo y el aceite mientras en ello trabajan. Por mi parte, me abstendré con gusto de explicarlo, pues, con Sydenham, no ambiciono el título de filósofo; y, al acercarme a lo más íntimo de la naturaleza, *confieso que lo desconozco plenamente*. Básteles saber a los jóvenes que en cualquier rigor ha de haber irritación en el mismo centro de los nervios o de las membranas, por lo que éstas se ven agitadas y sacudidas violentamente. Así sobrevienen los rigores cuando se produce la podre; y cuando algún licor cáustico penetra en las partes más íntimas de las fibras, se provocan rigores en las llagas. Y lo mismo sucede en todas las partes del cuerpo con tal que estén constituidas por nervios y membranas. Por tanto, en el rigor de las calenturas intermitentes hay irritación en las partes membranosas y nerviosas, bien del mesenterio, bien del estómago, bien de la médula espinal, bien de cualquier parte en la que tenga su fómite. Pero, puesto que junto al rigor no se presenta sólo la agitación de los miembros provocada por la irritación, sino también el frío, conviene suponer por ello que esa irritación procede de un humor grueso y frío puesto que se enfrían los espíritus animales al ser agitado en las partes nerviosas, por lo que al comienzo de los accesos se observan parálisis, frío, retirada de los pulsos, y lividez en las extremidades.

20 Sobre la reaparición de paroxismos en las tercianas al tercer día, en las cuartanas al cuarto, etc., con los que sufren mucho los enfermos en estas calenturas, no sólo en esos días sino incluso en horas fijas, ha de darse menos crédito a los antiguos que lo atribuían a la naturaleza del humor que genera la calentura; pues dicen que el humor bilioso que produce las tercianas es de una naturaleza que por su calor y sutileza puede aumentar en sólo tres días para producir un nuevo acceso, mientras que el humor melancólico es de una índole que necesita cuatro para producir un nuevo acceso debido a su peso y térrea condición; de esta manera se repite el paroxismo cada cuarto día en la cuartana, cada tercer día en la terciana, etc. Esta opinión, además de suponer numerosas cosas improbables, imaginadas a base de mil presunciones, se ajusta poco a los actos de la práctica, por lo que es menos conforme a la verdad. Finalmente, porque es incomprendible que la sola bilis provoque la terciana, y la sola melancolía la cuartana, y por ser cierto que todos los humores concurren en cualquier calentura, apenas puede entenderse de qué manera la sola bilis acometa de nuevo en la terciana, y el solo humor melancólico en la cuartana. Si se me insta con obstinación a contestar qué haya en la materia febril que obliga a repetir el paroxismo en los días terceros o cuartos, reconoceré que lo ignoro y que habrá que atribuirlo a la índole oculta de las enfermedades o a su desconocida causa. El repetir cada tres días no es habitual sólo en las tercianas, pues en la observación de numerosas enfermedades con períodos, he conjeturado que se agravan a la manera de las tercianas, lo que en la práctica observarán frecuentemente los jóvenes. Cuando he pensado sobre esto en el trabajo práctico, he reconocido que todos los periodos en las enfermedades proceden de un oculto influjo del aire como causa eficiente, ya sea que éste recibe sus cambios de los astros en tiempos establecidos, ya sea que se mueve según leyes fijadas para siempre por el Autor de la Naturaleza. Y, puesto que el espíritu del aire (que es parte celestial y se mantiene tan sutil como él mismo) se dirige y mueve según un orden determinado y según leyes establecidas, es preciso que el espíritu del cuerpo humano siga sus movimientos y se adapte a sus mutaciones; y si los médicos observan atentamente descubrirán que esto no es cierto sólo en los periodos sino también en las crisis.

21. Sobre las causas ocasionales de la calentura terciana intermitente algunos, con Sylvius, (omitiendo otras opiniones) sospechan que tiene su fómite en la bilis y en el jugo pancreático, ya que cuando quedan ocluidas las glándulas y los conductos del páncreas por los humores gruesos, hasta el punto de no haber para él un camino libre hacia el intestino duodeno a través del conducto Virsungiano, resulta que produce una acidez desmesurada excitado por la prolongada detención, goteando luego hacia el intestino donde hierve junto con la bilis corrompida, privada en gran manera de las partes activas, y corrompe el quilo que pasa por el mismo intestino hasta que, al alcanzar con el quilo el ventrículo izquierdo del corazón y la misma sangre, provoca en ella movimientos preternaturales y produce el acceso. Esta es a su juicio la causa de todas las calenturas intermitentes y sólo discriminan que en la terciana abunda la bilis ya corrompida, ya excesiva, mientras que en la cuartana abunda el licor pancreático. Pero todo esto fue imaginado sistemática y gratuitamente, por lo que ya ha quedado fuera del pensamiento de todos los instruidos. En una palabra, la causa ocasional de las tercianas suele ser la obstrucción de las partes del vientre cumplida de humores pituitosos y biliosos, y corrompida por una diátesis especial. Por eso resulta que las calenturas tercianas atacan fácilmente a los moradores de lugares pantanosos húmedos, y a quienes abusan de las aguas corrompidas para beber. No querría, sin embargo, que se entendiera tan estrictamente como que todas las tercianas y cuartanas proceden siempre de los humores corrompidos en estas partes, ya que es de todo punto indudable que la corrupción está unas veces en el bazo, otras en los intestinos y en el mesenterio, mientras que alguna vez ha de tenerse por seguro que el fómite de las tercianas se halla en el tórax y los pulmones, y ni una sola vez en el cerebro u otras partes. Conviene anotar esto con atención no sea que pensando acaso que la causa de estas calenturas se alberga *siempre* en la primera región, hagamos que la curación apunte adonde quizá no convenga.

22. Aunque es normal que las calenturas intermitentes estén exentas de peligro según la máxima del divino anciano: *Son peligrosas todas las fiebres continuas que al tercer día se hacen más intensas, mientras que si son de alguna manera intermitentes, indican que no hay peligro.*^a Sin embargo, son numerosas las calenturas intermitentes que, son muy peligrosas con la caída de materia febril en la cabeza o en otras partes. Cuando la calentura es continua periódica y se transforma en intermitente cerca de la crisis, es señal de que el enfermo está libre de peligro; y este es el pensamiento y la auténtica doctrina de Hipócrates en el aforismo citado. Es peor que la terciana sea doble que simple, y que los accesos duren mucho tiempo, pues denuncian que hay mucha abundancia de materia febril. Si los accesos se presentan no sólo en los mismos días, sino incluso en las mismas horas, indican que la enfermedad será larga, según las palabras del gran Hipócrates: *En la calentura intermitente los accesos ocupan las mismas horas del día, indican una crisis difícil.*^b Si los accesos son tan prolongados que uno alcanza a otro, o al acabar uno comienza otro de inmediato, se llaman calenturas subintrantes y son peligrosísimas.

23. Comienzan muchos la curación de la terciana intermitente con la sangría, y gracias a la sangría pretenden acabarla por completo, pues casi no saben otra cosa sino sacar y purgar la sangre; de ellos se burla Helmont, porque al Infante de las Españas le dejaron casi sin gota de sangre por curarle una terciana, y le sacaron de esta vida antes de sacar la calentura. Por su parte los químicos (en particular van-Helmont que, vana y fútilmente, pretendía sanar regularmente cualquier calentura en cuatro días) se esfuerzan en la curación de estas calenturas con medicamentos volátiles y espirituosos a fin de corregir el ácido, con los que nada hacen por cierto sino convertir las calenturas menos peligrosas en agudas y mortales. Aconsejo a los jóvenes que no empiecen la curación de estas calenturas con la sangría porque según la observación de los prácticos más célebres, la terciana se hace doble tras la sangría, y la calentura antes intermitente pasa a continua; y no lo hagan salvo cuando las especiales circunstancias del enfermo aconsejan su ejecución de

^a Hipócrates, *Aforismos*, libro 4, sentencia 43.

^b Hipócrates, *Aforismos*, libro 4, sentencia 30.

forma perentoria. Por tanto, lo más seguro es empezar la curación con un emético, pues más de una vez en el Hospital Real, con el Profesor de Prima de la Universidad de Valencia, celeberrimo práctico y persona muy entrañable para mí, he comprobado que las calenturas intermitentes han cesado por completo con la administración de un solo emético; esto afirman otros muy doctos y famosos haberlo observado con mucha frecuencia en el Hospital. No hay que aducir aquí las opiniones de los autores sobre la prescripción de eméticos en estas calenturas, pues sé de muchos modernos que anteponen ampliamente este remedio a los demás porque han comprobado con experimentos que actúa a satisfacción. También Galeno e Hipócrates tenían la costumbre de administrar un emético en los comienzos de las calenturas intermitentes para erradicarlas rápidamente, y no sé por qué no están en uso ahora, si por la condescendencia de los médicos o por la petulancia del vulgo ignorante. Puede prescribirse así:

R. Dos onzas de vino emético. O bien,

R. Un dracma de polvos de ipecacuana; se toma con un caldo.

24. Uno y otro se pueden prescribir con las cautelas señaladas en nuestra Farmacia, en el capítulo "eméticos". De paso hay que anotar, como dice Sydenham, que los eméticos antimoniales superan a todos los demás en la curación de estas calenturas, según la segura observación de los autores; pero aconsejo a los jóvenes que recurran a otros más blandos porque obligan a muchas cautelas para prescribirlos. Si el enfermo, como es normal entre nuestros paisanos, rechazara el emético, no habrá que purgarle rápidamente, sino una vez pasada la digestión. Señalemos que en la curación de estas calenturas no hay que insistir excesivamente en los purgantes, pues ceden más a los alterantes que a los purgantes; de ahí que una vez administrado el medicamento emético es seguro prescribir hepáticos vegetales, y, si con ellos no cediera la calentura, habrá que pasar a febrífugos más poderosos, ya sea unidos a la corteza de Perú o sin ella.

R. Cuatro onzas de corteza de Perú en polvo, dos onzas de centáurea menor, y otras dos de raíz de genciana, una onza de aro y la cantidad precisa de espíritu de vino; se saca una tintura según arte. Dosis: hasta un dracma.

También está en uso el febrífugo específico de Manget:

R. Seis libras de corteza de Perú, libra y media de aro, una libra de diaforético marcial; se hace gotear desde arriba en la cantidad precisa espíritu de vino aguado con sal de amoníaco. Tras la infusión, en treinta días se decanta un licor y se sirve. Dosis de hasta tres dracmas.

R. Una onza de corteza de Perú, dos dracmas de sal tártara, cinco escrúpulos de polvos de víbora, otros cinco de antimonio diaforético; se hace un electuario con jarabe de granadas; de éste tome el enfermo dos dracmas lejos del paroxismo.

25. Conviene conocer en este punto que son tantos los remedios indicados en nuestros días por los distintos autores para erradicar las calenturas, que parece que vayan a superar plenamente la fuerza de éstas; sin embargo, a pesar de su número, no acometen menos los ardores de las calenturas, de manera que fácilmente persisten una vez administrados todos estos incluso los más eficaces. Únicamente se someten a la *corteza de Perú* como a divino antídoto y son erradicadas por completo gracias a la fuerza de tan salutífero remedio. Autores de no ínfima notoriedad ponderan otros muchos arcanos para eliminar las calenturas, tales como: sal de achicoria, de centáurea menor y su extracto, raíces de llantén, cedoaria, celidonia, mejorana, imperatoria, genciana, angélica, valeriana, ásaro y tormentila; así como mirra, alumbre, azufre, vitriolo o ese polvo "militaris pyrius"; así como agua febrífuga de Poterius, agua doble templada y caliente del Dr. Mayerne, emplastos de ajo, sabina, sardonía, triaca, trementina mezclada con mercurio, alcanfor, arañas,

membrana de huevo y muchos otros febrífugos indicados por Schroeder y otros autores. Todos estos remedios han sido más alabados por curanderas y buhoneros que por los médicos, ya que los incendios provocados por estas calenturas no se apagan ni se vencen con ellos; antes al contrario, arde la calentura y ardería más si no hubiera llegado por especial gracia de Dios a manos de los médicos el beneficio de la *corteza de Perú*. No quiero entretenerme ahora en alabanzas a tan salutífero medicamento pues lo han hecho hasta la saciedad Morton, Sydenham, Thench y otros. Aunque es poco valorado entre el pueblo ignorante de nuestros días, hay que achacar esto a culpa de los médicos y al abuso de los charlatanes porque lo administran fuera de ocasión y sin las debidas precauciones. Sepan los jóvenes que el método de la prescripción de la quina es doble, según sea la curación forzada o libre. Por consejo de Sydenham nunca ha de administrarse en la curación libre de no ser que la calentura hubiera alcanzado antes una gran exaltación y, con sus palabras decimos: *Antes de que la enfermedad con su poder haya machacado en exceso*, en tal caso, la prescripción de la corteza de Perú puede extinguir la calentura sin miedo a una futura recaída. Mientras que en la curación forzada (cuando el médico considera ya desde los comienzos que las fuerzas no alcanzarán para superar la calentura y sus síntomas), hay que administrarla al principio sin que le preceda sangría ni purga, de manera que, por dar tregua a la enfermedad, pueda el médico hacerle frente con su arte antes de que se agrave de nuevo. Y, puesto que ha de prescribirse la quina, los mejores y más saludables efectos los produce por sí sola, sin mezcla con remedio alguno, que elaborada con cualquier arte. Con seguridad somete la calentura y la hace desaparecer una sola onza de la excelente corteza reducida a polvo y repartida en seis dosis para administrar cada cuatro horas, de manera que se agote en el lapso de un día o poco más. Hay quienes, una vez sometida la calentura, prescriben un dracma de la corteza cada día en las horas de la mañana para que no vuelva, y acostumbran a hacerlo durante tres semanas. Aunque no me atrevo a reprobar el método por completo, no lo aconsejo porque he comprobado que los enfermos experimentan poco o ningún provecho de ello. Para evitar la recaída es suficiente cambiar de lugar, mantener la dieta y proteger el cuerpo de las inclemencias exteriores. Sobre la manera de actuar este medicamento tan salutífero disienten los autores, de manera que me inclino a pensar que habrá de reconocerse más por su naturaleza que por las opiniones de aquéllos. Unos afirman que ahuyenta las calenturas por fijar una sal acre, otros por precipitarla. Por mi parte, diría con Richard Morton que esta corteza es un antídoto especial del fermento febril cuya manera de actuar nos es desconocida a priori, si bien nos consta a posteriori que produce resultados felices por múltiples experiencias. Puede decirse con gran probabilidad que la corteza de Perú es beneficiosa en las calenturas intermitentes por corregir en parte la primera cocción de los alimentos, ya que con su amargor y sal fija puede corregir no sólo la primera digestión, sino también devolver las causas de las calenturas intermitentes a su estado natural. Sin embargo, no me atrevo a determinar de qué manera acaba con la calentura.

26. Antes de concluir el discurso sobre las Calenturas tercianas conviene señalar que hasta aquí hemos hablado de estas calenturas en la medida en que son regulares y mantienen su debida y normal naturaleza, pero ahora interesa recordar algo sobre las tercianas llamadas *perniciosas*. A veces, las calenturas tercianas, revestidas de una naturaleza maligna, se alejan tanto de su índole natural que ponen en gran peligro la vida de los enfermos. Esta naturaleza maligna de las tercianas la explicó Hipócrates antes que otros. Más cerca de nuestros días el sabio profesor pinciano Luis Mercado publicó un discurso muy exacto sobre las tercianas malignas.^a Siguiendo sus pasos, el médico de Módena Francesco Torti ilustró el discurso de aquél con elegante paráfrasis e interpretación.^b Acudan los jóvenes, si pueden, a estos autores. Por nuestra parte propondremos aquí la doctrina particular sobre este asunto resumiendo los extremos principales. Según los efectos observables en la práctica, la calentura terciana intermitente suele llegar a ser maligna de dos formas: En primer lugar cuando al comenzar el paroxismo se produce caída de humores hacia una parte principal,

^a [De februm essentia, differe[n]tiis, causis, dignotione et curatione libri sex ...: quibus accessit de febre pestilenti ac de maligna & contagiosa liber septimus]

^b [Therapeutice specialis ad febres periodicas perniciosas, etc. 1712]

como el estómago, el corazón o el cerebro; así, la terciana será perniciosa y peligrosísima si al comenzar el acceso, el enfermo cae en delirio, en sopor, se inclina hacia el síncope o se ve afectado por una cardialgia maligna, pues puede suceder que una vez superado un acceso perezca el enfermo al sobrevenirle otro. En segundo lugar, la terciana puede llegar a ser maligna si induce un ataque a los humores adecuado para invertirlos y corromperlos en gran medida. Aunque no provoque ninguna lesión sensible en las partes principales del cuerpo, es, sin embargo, muy peligrosa porque, al estar excesivamente agitados los humores, habrá de provocar con el paso del tiempo una gran caída de éstos en las demás partes. Es bien cierto que de estas dos especies de tercianas la primera es mucho más peligrosa que la segunda y, si aquélla se conoce por los síntomas de las partes principales, ésta se manifiesta mediante sudores colicuativos, pestilencia pútrida, vómitos desmedidos, diarrea profusa y otros indicios de humores corruptos. Así pues, si se somete a juicio toda la doctrina de Mercado, puede reducirse a lo que hemos propuesto hasta aquí, de lo que se puede deducir de interés en la praxis: que, por ejemplo, en tales calenturas intermitentes malignas hay que acudir, *sin dilación alguna*, a la corteza de quina, según la curación forzada, y conviene prescribirla en grandes y repetidas dosis hasta que se calme la calentura y no vuelva a presentarse de nuevo. Antes de ello no hay que hacer ni purgas, ni eméticos, ni sangría, ni ninguna otra cosa, sino que conviene prescribir la corteza *muy rápidamente* en la forma antedicha. Hecho esto, debe emprenderse una curación regular para que no regrese la calentura, mediante amargos, digestivos y purgantes ligeros a la manera en que se ha dicho sobre las tercianas regulares. Como corónide hay que advertir que en ocasiones la corteza de Perú produce efectos extraordinarios en dosis dobles, aplicada mediante clisteres repetidos de agua común.

27. De la calentura cuartana poco queda por decir. Se reconoce fácilmente y se diferencia de otras calenturas en que los accesos atacan al cuarto día o, al menos, a él corresponden. Comienza con horror que se diferencia del rigor en poco de más o de menos, pues actúa de la misma manera y procede de las mismas causas, aunque no tan intensas. Los accesos no molestan excesivamente y en los días libres de acceso los enfermos suelen desarrollar sus ocupaciones acostumbradas. Es una enfermedad que a veces se alarga hasta un año o más, pero es saludable; y si sobreviene en otras enfermedades, anuncia la salud, según aquel precepto del divino anciano: *Epidemias*, libro 6, sección 6: *Los aquejados de fiebre cuartana, no se ven aquejados por la gran enfermedad; en caso de que se vean aquejados antes y sobrevenga la fiebre cuartana, se curan*. Dice además en *Aforismos*, libro 5, sentencia 70: *Los que padecen cuartanas no padecen mucho de convulsión. Pero si las padecían antes y sobreviene una cuartana, dejan de padecer la convulsión*. De igual manera explica la confianza y la seguridad que proporciona la cuartana con estas palabras de *Epidemias*, libro 1 sección 3: *La cuartana es la más segura de todas, la más llevadera y la más larga*. Hay que señalar aquí que las calenturas cuartanas pueden pasar a otras más graves o héticas si fueran excesivamente rebeldes, como indica el de Cos, *Prenociones coicas*, libro 1, num.166: *A veces las fiebres cuartanas de invierno derivan a enfermedades agudas*. Así mismo, es mejor que ataquen en el verano que en el otoño, según lo siguiente: *Las cuartanas de verano resultan cortas por lo general, en cambio las de otoño, largas*.^a Y no hay que olvidar que no ha de confiarse excesivamente en la cuartana si se prolonga muchísimo y se trata imprudentemente; pues hemos visto que induce a la hidropesía, al íctero y a otros crudelísimos males, y también hemos comprobado que pasa a pleuritis y a frenesí por el uso importuno y acumulativo de remedios.

28. En lo que se refiere a su curación, los galénico-árabes empiezan por la sangría igual que hemos dicho de la terciana, pero con las mismas razones por las que allí se impugna, se ha de rechazar aquí. Por mi parte aconsejo a los cuartanarios que aguanten la enfermedad y sigan la mejor dieta. En el caso de que se impacienten, como suele suceder, dispongo la curación, que siempre considero que ha de confiarse al tiempo, de la manera siguiente: pasados tres accesos prescribo la corteza de Perú que aleja la calentura en tres

^a Hipócrates, *Aforismos*, libro 2, sentencia 25.

semanas. En el intervalo ordeno que el enfermo beba cada día leche de asna en la hora de la mañana hasta que la quartana se presente de nuevo. En presencia de la quartana no ha de acudir el enfermo a la leche sino que debe resistir tres accesos al menos; cumplidos éstos vuelvo a prescribir la corteza de Perú, y con este método pueden pasar los enfermos el largo tiempo de esta calentura con la molestia más pequeña. Si el enfermo no puede beber leche, le beneficiará en su lugar el suero de leche con tártaro vitriolado, de manera que no sea preciso completar el intervalo de las quartanas con todo esto sino que hay que seguirlo algunas veces según el propósito del médico.

29. No sólo médicos sino también ignorantes alardean de muchos arcanos para alejar las quartanas y ninguna curandera, aun despreciable, deja de gruñir contra los médicos con la pretensión de atribuirse un arcano infalible para estas calenturas. Aun así, me asombra que Rivière proponga su anticuartanario, tan oscuro e incomprensible que no sé si él mismo podría explicarlo. Dice que se compone de una triple fuerza, a saber, de oro, mercurio y antimonio. Muchos químicos, entre los que a mi entender destaca Johann Hartmann, han aprovechado la ocasión para intentar la preparación de tal febrífugo y deducir la fórmula del autor, debido a que este la dejó en total confusión. Proclama Rivière su arcano tan infalible que, según dice, con él han sanado muchos afectados por la terciana y por la quartana; por ello proclama su utilidad tanto en las quartanas como en las tercianas. No tengo la certeza de que sea un febrífugo seguro, tal como Rivière lo encomia, debido a que no lo he usado hasta ahora; pero desearía que algunos lo confirmaran mediante experimentos médicos porque si fuera como propone el autor, no dudo que se seguiría un gran beneficio para todo el género humano. Y, si alguien ha experimentado las propiedades de este remedio y sabe también que tiene gran utilidad, le ruego que lo presente públicamente para que aumente de día en día la honra del arte médico y resplandezca la salud del género humano. Es cierto que la calentura quartana rara vez o nunca cede a los medicamentos, sino al tiempo; de tal manera que, por prolongada que sea, no se aleja hasta que se cumple el tiempo señalado por la naturaleza. No se afanen los médicos por tanto en el uso de purgantes, píldoras ni diuréticos, pues no conseguirán sino transformar una calentura benigna y salutífera de por sí, en penosa y maligna, como hemos visto con frecuencia. Baste pues aconsejar a los enfermos que se aseguren el mejor género de vida, se dejen al tiempo y a la naturaleza, y, confiando poco en los medicamentos, esperen verse restablecidos una vez cumplido el tiempo debido a la quartana.

capítulo V : calenturas ardientes

30. Decimos que alguien sufre *una calentura ardiente* cuando, atacado por la calentura, experimenta un calor ardiente, seco, en ocasiones abrasador externa o internamente, acompañado de una sed vehemente y casi insaciable. Suele venir acompañada de un flegmon de las partes internas y, en ocasiones, también de las externas; a veces se presenta sin flegmon, pero nunca sin inflamación simple. Aquí nos referiremos a la calentura ardiente sin flegmon, que atormenta de continuo al enfermo con un calor enorme y una sed molestísima: pero puesto que, además de los signos indicados de la calentura ardiente, pueden acompañarle otros que en ocasiones exigen toda la atención del médico, proponemos a los jóvenes todos los síntomas según los muestra la misma naturaleza. La calentura ardiente suele atacar preferentemente en verano, con el Sirio ardiente en particular, y cuando todo el orbe de las tierras arde con el sol. Comienza con frecuencia bajo el falso título de constipado, como es normal en todas las calenturas agudas, y no sin razón, ya que nunca la negligencia de los hombres estorba la transpiración con mayor rapidez que durante el verano cuando reina un gran calor; y ello debido a que tras algún ejercicio, cuando todo el cuerpo transpira bien, al quitarse de repente la vestimenta como imprudentemente hacen algunos, las auras frías preparan el camino a las fiebres por estorbar la transpiración y, si no completamente, sí les proporcionan la ocasión en gran parte. Una vez iniciada, la calentura no tiene síntomas graves al principio, pero con el paso de los días aumentan éstos al aumentar las calenturas, según aquello: *En los principios y en los finales todo es más débil, pero en su estado más*

fuerte.^a Es una calentura continua aunque los accesos invadan cada día, y se correspondan recíprocamente al tercer día como mucho, de forma que con este motivo algunos aprovechan la ocasión para llamar a algunas calenturas ardientes con el nombre de calentura terciana continua. Los accesos no comienzan con rigor ni horror, duran sólo diez o doce horas y acaban con un ligero mador o con un sudor completo. El pulso es desigual y rápido, la orina se diferencia poco de la natural al principio, pero después es del color de la llama o amarillo intenso; la lengua está seca, rugosa y negra especialmente en el acceso, en el que se agravan todos los síntomas; por ello ruego a los jóvenes que mientras se ocupen de la curación de un enfermo observen el momento del acceso febricitante, pues en éste se deduce perfectamente todo el orden de la indicación; algunas veces la lengua tiene una línea negra y sucia en el medio, a la que rodea una franja blanca por ambas partes. Los síntomas señalados rara vez dejan de acompañar a las calenturas ardientes, aunque se suelen añadir otros más graves que reclaman una gran diligencia del médico en los distintos enfermos por la diversidad de las causas o la variedad de los temperamentos y, a veces, suscitan un mal trance para los enfermos. Son frecuentes los temblores o, por mejor decir, movimientos convulsivos; también se presenta con frecuencia el delirio, y no pocas veces, tras el delirio, la calentura da lugar al coma o a otras afecciones soporíferas; he visto con frecuencia a los afectados por una calentura ardiente arrebatados por un sopor no demasiado profundo y a los que hablan poco, hacerlo en el delirio; la cardialgia o el dolor de la parte superior del estómago se apodera de algunos, a la que con frecuencia sigue la tensión de todo el abdomen y de los hipocondrios. También suele presentarse una diarrea que a veces es biliosa, otras serosa, y no rara vez cruda. Desde el principio duele la cabeza y sufre una molestia vehemente a lo largo de todo el curso de la calentura. Con frecuencia se presenta una respiración difícil que sobrepasa ampliamente la crueldad de todos los demás síntomas. Hay que señalar también que la calentura ardiente es doble: exquisita y espuria. Ambas se reconocen por las señales indicadas más arriba, aunque se diferencian en que son mucho más vehementes los síntomas en la legítima que en la espuria. Conviene advertir que en nuestra latitud rara vez se presenta la ardiente exquisita, mientras que la espuria es muy frecuente y tiene de particular que pasa muy fácilmente a pulmonía, por lo que en el estado de esta calentura se presenta a veces una dificultad para respirar que lleva a los enfermos a gran crisis. También suelen pasar a calenturas intermitentes, pero con este cambio casi sana el enfermo, pues así como cuando se transforma en pulmonía es mayor el peligro, no así cuando pasa a terciana.

31. La plétora es causa ocasional de las calenturas ardientes en ocasiones, aunque pocas, como sucede en las que se suprime la evacuación acostumbrada de sangre. Causas ocasionales comunes de estas calenturas son la obstrucción con diátesis. Pues cuando los humores biliosos detenidos adquieren calor, acrimonia y corrupción de una determinada condición, son proclives a provocar calenturas ardientes. El lugar de los humores biliosos puede ser todo el cuerpo, de manera que a veces es todo el cutis, otras la cabeza, en ocasiones el pecho y, con frecuencia, los hipocondrios pueden encerrar el fómite de estas calenturas. La principal entre las causas eficientes es el aire cálido estival, abrasador, que inficiona por oculta propiedad los humores biliosos con segura corrupción. La dieta es especialmente útil para provocar las calenturas ardientes, como alimentos cálidos, ejercicios violentos bajo el sol ardiente, bebidas espirituosas y otras cosas de este género. Nos consta con pruebas cotidianas que las pasiones del alma, en particular la ira, generan estas calenturas.

32. La calentura ardiente es una enfermedad agudísima, peligrosa y enormemente letal, especialmente si viene acompañada por las señales corrompidas o los síntomas señalados antes, y cuanto más graves e intensos sean éstos, más aguda y perniciosa será la calentura. Se prolonga durante catorce días, aunque a veces alcance los veintiuno, que suele ser el límite de las enfermedades agudas, según aquello: *Las enfermedades agudas hacen crisis en catorce días.*^b Es bueno para el enfermo si en el día undécimo o en cualquier

^a Hipócrates, *Aforismos*, libro 2, sentencia 30.

^b Hipócrates, *Aforismos*, libro 2, sentencia 23.

otro en torno al decimocuarto le acomete un rigor y, tras el rigor, sigue alguna evacuación notable ya sea vómito, ya a través del vientre, la orina, los sudores, etc., según aquello: *Si, al acometer el rigor, aqueja la calentura ardiente, llega la solución.*^a Esta calentura suele desaparecer también sin rigor, con cursos, vómito, sudores y efusiones de sangre por la nariz, ya sean repentinas o graduales. Sin embargo, si le acomete el rigor a un enfermo ya débil y, tras él, no se presenta ninguna evacuación de humor según se ha dicho, es mala señal, según aquello: *Actuando la calentura continua, el acometer el rigor es letal para un enfermo ya débil.*^b La tensión de los hipocondrios es mala si se presenta inmediatamente al comienzo y no en cualquier otro momento, según Hipócrates en *Pronósticos*, pues con frecuencia suele preceder al delirio. Por ello no han de alejarse los jóvenes de los enfermos sin haber observado los hipocondrios de su atenta inspección deducirán muchas cosas, y utilísimas, para prevenir y curar. Si la orina, antes azafranada, se torna de repente límpida como agua, indica que va a presentarse el delirio de inmediato, según señala Hipócrates en *Aforismos*, libro 4, sentencia 72. Quien pretenda saber más sobre esto, lea nuestro Hipócrates en *Pronósticos*, *Aforismos* y *Epidemias*, donde se expone ampliamente lo que puede presentarse en estos casos; por ello, ruego a los jóvenes que lo tengan entre manos ya que, como dice Duret: *Más provecho se sigue de la lectura de Hipócrates un sólo día que de la de todos los pragmáticos un siglo.*

33. Numerosos galénicos suelen comenzar la curación de esta calentura con una purga llamada comúnmente *minorativa*. ¡Fatal ignorancia! No sé si hasta el presente se ha visto un error más craso en el arte médico que castigar más aún con purgas a los enfermos aquejados de calenturas agudas, y reducir su vida más que la causa de la calentura, pues los vulgares minorativos no hacen otra cosa en las calenturas agudas que añadir un fómite nuevo a la calentura excesivamente desenfrenada, de manera que producen nuevos y más graves síntomas, según Hipócrates en *Aforismos*, libro 1, sentencia 22: *Conviene administrar hervidos no crudos, de no ser que esté hinchado el humor*; y, en otra parte: *En las enfermedades agudas úsense rara vez, y en los comienzos, las medicinas purgantes, y esto ha de hacerse con reflexión.*^c No son obstáculo algunas fútiles razones y vacuas pruebas de los autores para prescribir un medicamento purgante en los comienzos de las enfermedades agudas, pues son consecuencia de sutil invención o de la inteligencia pervertida de los autores, y no obsta tampoco aquella salida común en las curanderas de que, por ejemplo, hay que prescribir un medicamento ligeramente purgante en los comienzos para que una vez libre de basuras la primera región, se ocupe el médico en sangrar con mayor seguridad; estos son torpes delirios del vulgo insensato, puesto que por estar entonces la sangre profundamente penetrada con la materia morbosa nada puede sacarse de ello con seguridad, más aún, el catártico daña con su ponzoñosa fuerza y engaña con la falaz apariencia de alivio y, aunque haya algunas impurezas en la primera región y estas se evacuen con un purgante ligero, apenas puede decirse cuánto mayor es el daño aportado al que febricitaba por el medicamento purgante, que el beneficio que se sigue del vientre limpio como dice el vulgo. Más seguro es, por tanto, al comienzo mismo, cuando el riesgo está en la preparación corrompida de humores en el mesenterio, administrar un clister refrigerante y emoliente y, si el vientre no responde, prescribirlo de nuevo y repetirlo a lo largo de todo el curso de la enfermedad. En la calentura ardiente es beneficiosa la sangría sólo cuando la plétora proporciona ocasión a la enfermedad, de otra manera es nociva, aunque griten lo contrario los médicos vulgares que no saben otra cosa que sangrar en cualquier calentura sin discriminación. Hay que excluir las calenturas que están predispuestas a introducir un flegmon en el curso de la enfermedad en alguna parte, pues en tal caso conviene la sangría practicada con moderación. También se excluye la calentura ardiente espuria en la que es perjudicial sacar sangre en los principios para evitar la inflamación de los pulmones. Este género de mal reclama pocos medicamentos, aunque atemperan las calenturas todos los ácidos vegetales prescritos sobriamente, como de limones, granada, cidra, o los minerales como el nitro, el espíritu de sal, de azufre, de

^a Hipócrates, *Aforismos*, libro 4, sentencia 58.

^b Hipócrates, *Aforismos*, libro 4, sentencia 46.

^c Hipócrates, *Aforismos*, libro 1, sentencia 24.

vitriolo, y similares. También son adecuadas las emulsiones de semillas frías a las que, si agobia el insomnio, pueden añadirse semillas de adormidera blanca. Estos medicamentos son adecuados en los comienzos y en el aumento de la calentura ardiente, pero en el estado conviene el nitro estibiado en cantidad de hasta cuatro granos, el bezoárdico animal hasta ocho, la confección de jacintos y la de gentil cordial, y, moderadamente, el agua teriacal y otros, según convenga, con los que pueden realizarse fórmulas adecuadamente.

34. Sobre la bebida de agua fría en las calenturas hay que saber que es completamente inútil el agua congelada como hielo que la moda tiene ahora dispuesta por todas partes para uso común en las tabernas de las grandes ciudades y, además, es muy perniciosa para las personas sanas, ya que hemos visto con frecuencia cómo su uso y no diré su abuso engendra diversas enfermedades. Por el contrario el agua enfriada con nieve según el uso entre nuestros paisanos, es muy beneficiosa en todas las calenturas. Bébese, pues, en las calenturas el agua natural según mana de las mismas fuentes o bien medicada, hervida con algunos medicamentos adecuados a la enfermedad. Como advierte Fuller, no son capaces los médicos de nuestro siglo de prescribir el agua a los enfermos si no la mezclan con viborera, azúcar o cualquier otra cosa. Por mi parte, considero que el agua es muy útil especialmente si se la mezcla con nitro. Sin embargo, si favorece más el agua hervida con algunas hierbas en las calenturas ardientes, hay que prescribir una tisana de jugo de limones y azúcar, o el hervido de raíces de fresa y achicoria.

35. Con este método el médico ha de mantenerse tranquilo en estas calenturas hasta que haya transcurrido el día decimocuarto; pasado este día, si la calentura con los síntomas vuelve a ser más suave y la naturaleza ha emprendido la evacuación de la materia mediante el vómito, los cursos, los sudores, etc., a ella misma hay que dejar todo el trabajo y abstenerse de remedios, pues esta calentura sana mejor con pocos medicamentos que con muchos; antes bien se exagera cada día más con la mezcolanza de remedios, como hacen los charlatanes.

36. Este es el método hipocrático de curar las calenturas ardientes, sacado de la atenta observación de la Naturaleza; y debe ejecutarse así, salvo que un gravísimo síntoma exija actuar de otro modo, pues la medicina proclama que hay que atender a lo más urgente, de donde resulta que en razón de síntomas sobremanera urgentes no rara vez hay que orientar la curación a éstos más que a la calentura. Entre los síntomas que trastornan la curación regular de esta calentura se encuentra un dolor en la cavidad del pecho semejante al dolor pleurítico; en cuyo caso puede prescribirse el siguiente medicamento:

R. Mézclase 1 escrúpulo de confección de alquermes incompleta y otro de polvos de hasta de ciervo, 2 onzas de jarabe de amapolas y 3 onzas de agua de cardo santo. Repítase.

37. Hay que cuidar, sin embargo, de no prescribir en estas calenturas los polvos de sangre de carnero para la pleuritis espuria pues, además de ser inútil cualquier cosa que proceda de sus propiedades, está comprobado por la experiencia que es perjudicial. Si se presenta también el coma, el delirio u otra enfermedad grave de la cabeza,

R. Mézclase medio escrúpulo de confección de alquermes incompleta y otro medio de polvos de Marchio, 6 gs. de espíritu succinado de hasta de ciervo, 2 onzas de jarabe de endivias y 3 onzas de agua de cardo santo.

38. Si desde el principio se presentan los cursos, han de examinarse éstos cuidadosamente, porque si son biliosos o serosos se han de permitir, aunque tengan su origen más en la fuerza de la enfermedad que en la de la Naturaleza; pues sucede que se expulsan los humores disgregados, perjudiciales de otro modo. Si son crudos, atenderemos a si aparecen con debilidad o con irritación, pues habrá que prescindir del uso excesivo de los refrigerantes y mezclar tonificantes con ellos si proceden de la flacidez del estómago o de los intestinos,

lo que hemos visto suceder más de una vez; pero si se arrojan los alimentos cocidos y los humores viciosos y corrompidos debido a un ardor excesivo, conviene entonces el cocimiento blanco de Sydenham explicado en la *Farmacopea Matritense*, y también los clisteres de un hervido de pollo de gallina mezclado con vinagre rosado, evitando los astringentes, ayudan a la naturaleza con fuerzas externas para que no desfallezca excesivamente cuando acomete lo dañado. En estos casos hay que beber agua con moderación y no añadirle nitro porque está dispuesto para laxar el vientre. Por el contrario, el echar un trocito de pan tostado en el agua común y dejarla sin cocción alguna, hace el agua conveniente para estos enfermos. Como corónide hay que señalar que las sanguijuelas aplicadas detrás de las orejas en el estado de la calentura es un óptimo remedio cuando el delirio o el sopor afligen al enfermo; a este fin también contribuye el *baño de pies* de Fuller, y la aplicación externa en la cabeza de algún refrigerante como leche, jugo de sínfito y otros de este género. Si se pregunta: ¿de qué manera puede reconocerse que la diarrea cruda depende de la irritación y no de indolencia y de debilidad? Responderemos que se reconoce fácilmente según el propio relato de los enfermos, pues si manifiestan que precede a los cursos un dolor aunque ligero en la región del estómago, y en el momento de la deyección perciben una sensación de calor y de acidez al final del intestino recto, si además en la materia evacuada aparecen algunas rayas como negras o amarillas, siendo el resto blanco, significan con seguridad que tales cursos proceden de la irritación más que de la debilidad del vientre.

capítulo VI : calentura sinocal

39. Tras Galeno y los médicos posteriores se colocó la calentura sinocal en una clase particular aunque pertenezca a las calenturas ardientes continuas, porque presenta unos caracteres constantes y reclama una curación distinta de las demás calenturas. Es una calentura ardiente continua no tan biliosa como sanguínea, cuya índole se descubrirá fácilmente a través de su historia, aunque apenas pueda ser comprendida en una definición única. Comienza sin rigor u horror y, a veces, le precede un simple frescor. Acomete a hombres pletóricos, jóvenes, habituados al ejercicio, bien alimentados, en primavera y en verano: desde el comienzo es una calentura vehemente, pero el calor no es ardiente ni agudo, antes es vaporoso y blando; la sed es molesta pero se calma con la bebida, del modo en que sucede en la calentura ardiente biliosa; en los comienzos la lengua está húmeda y blanca, luego seca; el rostro brillante, hinchado, rubescente; los pulsos grandes, vehementes, sin dureza de no ser cuando esta calentura precede a la erisipela, a las viruelas, a otra inflamación del cutis o a un flegmon de las partes interiores, pues en ese caso comunica alguna dureza con tensión; los ojos lacrimosos con ligero rubor; duele la cabeza y saltan a la vista los latidos de las arterias del cuello y de las sienas; la orina del color de la llama; ocluido el vientre unas veces, y otras fluido puesto que los excrementos se arrojan con humores biliosos. En el estado de las calenturas los enfermos deliran; se elevan los hipocondrios; algunas veces molesta el insomnio, y no rara vez el sueño con torpor. La calentura sinocal se disipa en siete, nueve, once o catorce días. Los síntomas, más vehementes en los comienzos, acaban cuando la dolencia: si la enfermedad cobra auge el séptimo día, se prolonga hasta el undécimo o el decimocuarto. Esta calentura es peligrosa por sí misma, pero muchísimo más cuando cambia en pulmonía, lo que acostumbra a suceder bien adelantada la enfermedad; pero si pasa a calentura intermitente no hay transición. Suele terminar con sudor, hemorragia, disentería, flujo de los hemorroides y, a veces, con vómito: aunque de manera que, con frecuencia, se unen éstas excreciones. Conviene advertir que la calentura sinocal alcanza su fin creciendo sin interrupción; otras, tras la primera invasión disminuye su empuje y marcha hacia su fin en continua disminución; de cuando en cuando se mantiene en el estadio en el que comienza hasta el final; los griegos examinaron esto detalladamente y lo designaron con nombres propios.

40. La causa ocasional de la calentura sinocal es la plétora, que siempre está presente, y la obstrucción de las vísceras suele venir acompañada por una diétasis inflamatoria. La causa eficiente que más provoca todo esto es el aire que daña con fuerzas manifiestas u ocultas, como se muestra claramente por los caracteres

epidémicos. También una dieta inadecuada provoca esta calentura. Así, ocasionan la calentura sinocal la insolación que los griegos llaman *Syriasis*, los ejercicios violentos con plétora, la abundancia del buen jugo de los alimentos mayor de lo necesario para las fuerzas y otros de este género. En los pletóricos, los sufrimientos del ánimo más intensos generan la calentura sinocal con más frecuencia que ninguna otra enfermedad.

41. La curación de esta calentura hay que establecerla de manera que se lleve a cabo rápidamente la sangría; nunca la purga, porque es nociva en cualquier momento. El nitro mezclado con agua proporciona una bebida óptima para la calentura sinocal. Si se vierten cuatro dracmas de nitro *purificado* en seis libras de agua de la fuente, constituyen un salubérrimo remedio para cualquier calentura ardiente. Por lo demás, hay que trabajar con estos pocos remedios, pues en esta calentura es mejor que el médico se constituya en espectador más que en imprudente artífice, en particular si se presenta hemorragia de narices o un beneficioso sudor, pues entonces hay que dejar el trabajo a la naturaleza que actúa bien. Si los síntomas afectan excesivamente a la cabeza, a los nervios o a otras vísceras, hay que combatirlos con los socorros que hemos propuesto para las calenturas ardientes en el capítulo anterior.

capítulo VII : calentura maligna

42. No hay nada más habitual entre el vulgo que el que los enfermos que mueren hayan perecido por una calentura maligna, por lo que es común en la ciudad este dicho: *La calentura era maligna, el médico no la reconoció, y el enfermo murió*. Dieron pie a este error los médicos vulgares que ponen en la clase de las malignas a las calenturas ardientes y a cualesquiera otras que vengan acompañadas de síntomas crueles; y añaden nuevo fómite a la persona febril con la administración de alexifármacos y medicamentos cálidos para someter la supuesta malignidad; y ellos mismos vuelven maligna la calentura antes quizá leve. Por ello estoy dispuesto a creer con Sydenham que el falso y supuesto nombre de malignidad ha entregado a la funesta crueldad de la muerte más hombres que el descubrimiento del polvo pyrius, y que numerosas calenturas a las que el pueblo llama malignas lo son más por el método imprudente e inadecuado que por su naturaleza. Y no niego que se den algunas calenturas malignas, pero no tan frecuentes como dice el vulgo; por ello, hay que indicar a la juventud el camino que hay que recorrer para su reconocimiento; brevísimamente expondré cómo las han tratado los más destacados en medicina y expertísimos médicos. La calentura maligna tiene una gran semejanza con la peste y sólo se diferencia de ella en más y en menos, por lo que para algunos pasa por calentura pestilente. Sin embargo, se diferencian en que en la peste mueren más que se salvan, ataca por lo general a todos y depende especialmente del aire inficionado; no así la calentura pestilente y maligna que sólo ataca a algunos, y se salvan de ella más de los que perecen.

43. La calentura maligna propia, de la que hablaremos aquí (pues en general llaman impropia los médicos a cualquier calentura acompañada de síntomas crueles), es la que promueve grandes desgracias bajo benigna apariencia, pues sucede que los enfermos a pesar de las buenas señales mueren de improviso en manos del médico y de los desprevenidos asistentes. Examinaremos sus causas en primer lugar puesto que suele atacar de diferente modo según la diversidad de causas que la producen.

44. Dicen los antiguos que la causa de la calentura maligna es un humor emponzoñado, es decir, la sangre emulando la naturaleza de un veneno al que llaman humor maligno. Discrepan mucho, sin embargo, en la explicación de tal malignidad. Unos dicen que la malignidad consiste en una sucia y total putrefacción de los humores, otros que en la corrupción total de la sangre y de los humores, otros aún que en una cualidad maligna, y, finalmente, hay quienes, por resolver en una sola palabra las cuestiones precedentes, consideran que consiste en una cualidad oculta. Los modernos por su parte, al preguntarse más profundamente por las causas de las enfermedades, aseguran que todas las calenturas malignas proceden de una doble causa, a

saber, de la coagulación o de la disolución. Unos suponen un ácido fijo que en las calenturas malignas hace circular con menor libertad a los líquidos por coagularlos e impedir su continuo movimiento y que da pie a la aparición de los síntomas. A esta opinión se oponen con vehemencia algunos que pretenden convencer con razones y pruebas que en la sangre no se alberga ningún ácido; lo que es cierto en el estado natural, no en el morbo. De forma semejante otros colocan la causa de las calenturas malignas en una sal volátil acre que provoca una excesiva disolución de la sangre y de la linfa. A esta opinión es arrastrado el ilustre Zwinger cuando escribe: *Parece más probable que las demás la opinión de que la malignidad reside en un fermento espitoso muy acre, que altera los fluidos del cuerpo e irrita los sólidos.*^a A pesar de todo esto no quiero que se entienda que opinamos que las calenturas malignas dependen de la disolución o de la coagulación de los humores, puesto que la coagulación y disolución son efecto, no causa de la calentura maligna. Así, conviene establecer como causa de la malignidad algún principio sutilísimo, muy acre, muy activo, de una naturaleza e índole particulares que, mezclado a nuestros humores, los conturba y los corrompe extraordinariamente, y, entre otros efectos que provoca, unas veces los coagula y otras los disuelve. Ahora bien, puesto que los efectos más perceptibles en los humores en la calentura maligna son su coagulación y disolución, por seguir con la forma común de hablar, hablaremos de ella en tanto en cuanto viene acompañada de disolución o de coagulación. Hemos de advertir que no rara vez las calenturas malignas inducen la disolución al principio, mientras una vez alcanzado su estado una gran coagulación; observamos que estas mutaciones suceden en la práctica de acuerdo con las diferentes disposiciones de los humores y los jóvenes los podrán reconocer por sus señales. Entre las causas ocasionales se encuentra alguna vez, aunque rara, la plétora; con frecuencia la obstrucción; con muchísima frecuencia la diátesis. El hecho es que la disposición de los humores a la putrefacción, la corrupción y la acrimonia, que se manifiesta con violencia a través de la obstrucción y la diátesis, es muy adecuada para engendrar la calentura maligna.

45. Las causas eficientes que pueden introducir las calenturas malignas son numerosas; entre ellas exige un primer lugar el aire excesivamente corrompido por vapores repugnantes y emanaciones, ya sea por el hacinamiento de cadáveres, como sucede en tiempo de guerra, ya sea por criptas o lugares subterráneos sacadas de la tierra por la fuerza de algún terremoto, ya sea por una influencia particular de los astros. Imbuido el aire de tal peste puede provocar calenturas malignas. A ello lleva también en gran medida la penuria de alimentos y su carestía, pues de ahí resulta que las gentes de cualquier condición, al atracarse de alimentos corrompidos para llenar el estómago, predisponen el cuerpo a la cacoquimia y fácilmente caen en gravísimas enfermedades; de donde procede ese dicho popular: *Tras el hambre, la peste*. Además del aire inficionado y de la dieta inadecuada, los sufrimientos del espíritu muestran aquí su fuerza de tal manera que casi lo propio de ellos es engendrar este género de enfermedad.

46. La calentura maligna ofrece síntomas perversos rápidamente desde el principio, hasta el punto de que no hay nada en la naturaleza humana que no acompañe alguna vez a la calentura maligna; pero entre otras muchas cosas, lo que provoca de inmediato es la *debilidad de las fuerzas* que le es habitual, ya que es común en las calenturas de este tipo el debilitar las fuerzas en los comienzos. Esta debilidad de las fuerzas no siempre es esencial sino que, a veces, se debe a un empeoramiento; lo que contribuye eficazísimamente a la prognosis puesto que rara vez o nunca se restablece un enfermo desde el principio por debilidad esencial de las fuerzas; antes bien, si la debilidad es por empeoramiento y se trata con buen método, suele alcanzar salutífera curación. No pretendan los jóvenes reconocer estas diferencias en las fuerzas solamente a través del pulso, pues por necesidad hay que atender también a las demás señales. Si el enfermo tiene bien la respiración, el sueño y otras cosas que se presentan en su curación mientras está acostado y, a la vez, los pulsos son pequeños y débiles con alguna pulsación más fuerte entremezclada, hay que pensar que las

^a [Epitome totius medicinae , etc. Lyon 1712, pág 521]

fuerzas son débiles por empeoramiento; pero si los pulsos son pequeños y el delirio y las convulsiones vienen unidas a la dificultad para respirar, a la ansiedad, al estar acostado y al debilitamiento de los miembros, con seguridad las fuerzas son débiles esencialmente. Este síntoma, es decir, la debilidad de las fuerzas, es común a cualquier calentura maligna, ya venga acompañada de coagulación como de disolución; pero puesto que los demás síntomas cambian según la diversidad de estas cosas, expondré uno por uno por claridad los síntomas propios de cada una.

47. La calentura maligna con coagulación, además del decaimiento de las fuerzas, suele comenzar con un ligero horror o rigor que con mucha frecuencia acomete una y otra vez desordenadamente. Tras el rigor sigue un ligero calor al tacto, y a este ligero calor acompañan la lengua seca y una sed intensa, la orina se diferencia poco de la natural; grandes congojas en torno a las entrañas; enorme desgana; un pesado dolor de cabeza al que sigue el coma, el delirio obscuro o cathoche al avanzar la enfermedad; las extremidades frías; frecuentes lipotimias; inflamación de las parótidas y, finalmente, unas manchas purpúreas, amoratadas o negras que, con seguridad, suelen ser indicio del inmediato momento de la muerte; todo esto atormenta miserablemente a los enfermos, con el poco calor que hay entre tanto. La calentura maligna con disolución comienza con el rigor, al que sigue inmediatamente un calor no excesivamente intenso con sed, sequedad de la lengua y orina casi natural; el pulso es rápido, frecuente y pequeño; se añade el dolor de cabeza al que sigue el delirio con convulsiones y temblores, hemorragias, sudores sintomáticos, agitación excesiva, insomnios y cursos serosos o de muchos tipos, y otros muchos síntomas anómalos y que guardan una mínima conexión entre sí, a los que se añade la señal de la sangre sacada mediante sangría ya que sale muy disuelta en la calentura maligna con disolución, del mismo modo que en la calentura con coagulación se presenta muy coagulada. Aunque no hay que poner toda la confianza en esta señal.

48. De cualquier causa que proceda esta calentura, su pronóstico es muy incierto pues han muerto muchos con buenas señales, mientras que otros se libraron de las fauces del orco con signos letales. Muchos han perecido con señales de cocción en las orinas, otros se repusieron sin señales de cocción. Si la inflamación de las parótidas aparece en los comienzos significa que el enfermo se encuentra mal. Pero si se presentan con signos de cocción y no son más grandes de lo que puede soportar la parte afectada, ni más pequeñas de lo que puede purgar o arrastrar la enfermedad, si son más difusas que concentradas, sin dolor ni rubor excesivos, son buenas, al contrario: malas. Si, una vez presente la inflamación de las parótidas, fluye libremente el vientre y con humores biliosos, ahí está según Hipócrates la esperanza de salvación. Las manchas amoratadas y negras en la calentura maligna, que suelen surgir por cualquier motivo, son señal certísima de muerte. En particular si se presentan antes que las señales de cocción y con síntomas de empeoramiento; si son rojas no son tan peligrosas. Si la inflamación de parótidas se presenta al mismo tiempo que las manchas y se esconden y retroceden después, es mala señal, pues todos los síntomas se agravan rápidamente y la muerte es inminente. Por lo demás, tendremos que reconocer la crisis mayor o menor según la vehemencia de los síntomas y la debilidad de las fuerzas.

49. En lo que atañe a la curación dudan los autores si hay que sangrar; unos no quieren que se sangre de ninguna manera y otros ponen en la sangría toda esperanza de salvación; unos recurren a diaforéticos, otros a alexifármacos o a contravenenos; por nuestra parte proponemos que se acuda a diferentes remedios según la diversidad de las causas, de la enfermedad y del enfermo pues si la calentura está unida a coagulación, son apropiados todos los disolventes mezclados con contravenenos, por ejemplo, antimonio diaforético, bezoárdico animal, coral, unicornio, espíritu de hollín, de hasta de ciervo, de sal amoníaco, de orina, sal volátil de víboras, hasta de ciervo, alcanfor, y los medicamentos preparados con él, entre los que destacan la tintura de Tachenius, el agua semejante a la teriacal de Croll o la simple según describe Palacios en su *Farmacopea*, también el polvo de raíz de contrayerba, de aro, el electuario de diascordio de Fracastor y la triaca.

R. Mézclese 1 escrúpulo de confección de alquermes incompleto y otro de polvo de contrayerba, medio de espíritu succinado de hasta de ciervo, con 2 onzas de jarabe de amapola y 2 de agua de cardo santo. O bien:

R. Mézclese medio escrúpulo de una confección de alquermes incompleta, otro medio de agua teriacal de Croll y 1 escrúpulo de antimonio diaforético con 2 onzas de jarabe de viborera y 2 de agua de lengua de buey.

R. Mézclese 1 escrúpulo de preparado de jacintos sin aromas y otro de antimonio diaforético, 2 granos de alcanfor y 6 gs. de espíritu de hasta de ciervo con 2 onzas de jarabe de viperina y otras 2 de agua de viperina.

R. Háganse unas bolitas con la cantidad que se quiera del electuario de diascordio de Fracastor y triaca magna; han de tomarse dos en el día.

50. Esta bola está especialmente indicada para estas calenturas cuando vienen acompañadas de diarrea sintomática. Hay que advertir al paso que no hay que recurrir a los alcanforados ni demás medicamentos cálidos de no ser en un caso de coagulación *extrema*, en especial si el enfermo padece una destemplanza cálida de las vísceras, pues entonces es suficiente con la poción descrita en primer lugar, administrada con frecuencia, para llevar a cabo la curación de la enfermedad.

51. Si la calentura se une con la disolución, convienen ácidos atemperados y los medicamentos que se indicaron para las calenturas ardientes. De manera que se mezclen algunos medicamentos espirituosos ligeros porque en estas calenturas, aunque nunca conviene calentar demasiado, los refrigerantes introducen una debilidad desmedida. Sobre la purga hay que decir lo mismo que al hablar de la calentura ardiente. Sobre la sangría considero que será muy beneficiosa repetida dos veces en ambos tipos de calentura maligna (de no ser que la edad del enfermo o su temperamento aconsejen otra cosa), en particular si se realiza en los comienzos cuando todavía están bastante firmes las fuerzas. Si apareciese la inflamación de parótidas o las manchas, habrá que abstenerse de la sangría para que la Naturaleza no se vuelva impotente y desproporcionada para arrastrar la enfermedad, de no ser que un carácter epidémico particular aconseje lo contrario. Finalmente, conviene advertir que en la curación de la calentura maligna no hay que confiar excesivamente en los alexifármacos, en particular en los más cálidos; pues, además de ser incierta su proclamada virtud, tienen de particular que mientras se cree que robustecen la naturaleza con sus partes espirituosas, agitan y disuelven al mismo tiempo la causa acre y ardiente de la enfermedad por lo que provocan gravísimos males. He observado, sin embargo, que la gelatina de hasta de ciervo preparada con jugo de limones y prescrita en reiteradas dosis puede más que cualquiera de los restantes alexifármacos, de manera que es más preciosa que el oro.

capítulo VIII : calentura semiterciana

52. La Hemitreteos de los griegos y la Semiterciana de los latinos es una calentura muy frecuente y peligrosa, ataca particularmente en el otoño a los ancianos, a los escorbóticos, a los que tienen los hipocondrios cálidos y débiles, llenos de alimentos gruesos, crudos y abundantes. Por ser continua, tiene paroxismos todos los días de suerte que suelen ser más fuertes cada tres días y correspondientes; al comienzo de los paroxismos se presenta un horror o frío en las extremidades; en ocasiones, suelen presentarse durante todo el acceso tras los intervalos. El calor moderado en la remisión es violento con frecuencia. Aunque los pulsos parezcan grandes tienden más a la inanición con desigualdad que a una verdadera grandeza. Al

comienzo de la enfermedad la lengua gruesa, espesa y blanca, más tarde seca y negra, con poca sed. La orina gruesa, rojiza, con mucho poso. Todo el cuerpo yace pesado y muy inmóvil. Al crecer el mal, ataca el delirio con coma, respiración difícil, flaqueza de las fuerzas, hinchazón del rostro, gran fatiga, muerte que llega entre los catorce y los veinte días. Si en lo más álgido de la calentura se prolongan las remisiones más allá de los paroxismos de modo que pase a calentura intermitente, ha de esperarse la salud.

53. La curación de esta calentura se cumple con pocos remedios. La sangría suele ser un socorro para estos enfermos en los comienzos. La purga es nociva, pero no el emético que, prescrito con habilidad, es muy eficaz. Conviene advertir en este punto que, en ocasiones, las semitercianas tienen su origen en un flegmon, en abscesos, en llagas de las vísceras; con frecuencia comprobaremos que una tisis incipiente acompaña a esta calentura. Pero no trataremos aquí sobre éstas puesto que exigen la curación de la enfermedad principal, sino que trataremos sobre las semitercianas simples, es decir, de las que tienen su origen en las causas ocasionales descritas antes, sin vicio orgánico de las vísceras. Es beneficioso en este mal el aceite de almendras dulces sacado sin fuego para ablandar el vientre; son útiles también las pócimas ligeras de temperantes y tonificantes, como hemos indicado en la calentura maligna. En ninguna otra parte le conviene al médico poner esta expectativa, ya que el atiborrar al enfermo con muchos medicamentos exaspera la enfermedad. En caso de que parezca cambiarse en una calentura intermitente, acaba el asunto felizmente con un cocimiento amargo con corteza de Perú.

capítulo IX : viruelas

54. No sin razón hay que contar las viruelas entre las enfermedades epidémicas; tan frecuentes en estos tiempos que no dejan intacto a casi ningún género de hombres, aunque yo mismo he visto y conocido a quienes nunca las padecieron, alcanzaron la última vejez, y sin ellas han muerto. Las viruelas son exantemas de una naturaleza particular, que invaden todo el cutis y lo corrompen con seguridad y sin fallo con muchas pequeñas inflamaciones. Las viruelas son *confluentes* o *discretas*. *Confluentes* cuando aparecen en la cara pústulas pequeñas, numerosas y casi planas, que dejan poco espacio entre una y otra aunque se tengan de manera diferente en el tronco y en los miembros. *Discretas* son aquéllas cuyas pústulas, teniendo un tamaño mediano, no son excesivamente numerosas y dejan algo de sitio en la cara en ocasiones, si bien se presentan de manera diferente en el resto del cuerpo. Para reconocer las viruelas conviene conocer la condición epidémica, ya que si con su avance epidémico ataca a los niños una calentura intensa, acompañada de sed, náusea, enrojecimiento de los ojos, dolor de espalda, inquietud y otros síntomas de este género, puede sospecharse la inminencia de las viruelas, pues aunque en las lombrices de los niños se presenta calentura no es menos cierto que los síntomas progresan de forma diferente. En las viruelas hay una calentura intensa que se presenta con un ligero horror, permanece durante todo el tiempo de la ebullición, es decir, tres o cuatro días, y se mantiene tan igual a sí misma desde el principio que no parece tener incremento, sino que permanece siempre en el mismo estadio; de forma distinta que en la calentura verminosa que, independientemente de su fuerza, suele presentarse tres y más veces en el día, los niños parecen encontrarse bien en alguna ocasión y al punto vuelve de nuevo la calentura con los síntomas. La calentura de las viruelas comienza con rubor en la cara, ardor bastante impetuoso, sed enorme, dolor de cabeza con pesadez, pulso rápido e impetuoso, orina no distinta a la de los sanos, tos seca, enrojecimiento de los ojos y lágrimas involuntarias, romadizo, respiración penosa, sueño profundo y movimientos epilépticos en algunos, que son una señal segura de la inminente erupción de las viruelas. Si las viruelas atacan a los adultos, son fácilmente reconocibles todos estos signos, pero si se apoderan de los lactantes, no se distinguen si no es con gran esfuerzo e ingenio del médico. En esta situación se mantienen los síntomas nombrados hasta el día tercero o cuarto en que comienzan a mostrarse numerosas pústulas en la superficie del cuerpo, rojizas al principio, pequeñas puntas que van creciendo después hasta el séptimo día y, una vez cumplido éste, tan blancas que en ellas se ha producido auténtica podre. Una nueva calentura supuratoria acomete poco más o menos tras ese día hasta el undécimo, violenta, peligrosa y llena de crisis, y que prolonga el último fin hasta el día

decimocuarto; con todo esto resulta patente que las viruelas es una enfermedad inflamatoria y no dudamos de que depende de una diátesis inflamatoria y acre de la sangre, puesto que las convulsiones, los delirios, los dolores, la sed y los demás signos de este género proceden de una materia acre. Conviene señalar aquí que la sangre y los demás humores de nuestro cuerpo se inflaman de manera diferente, de tal manera que, aunque en cualquier inflamación tienen cualidades propias de las inflamaciones, tales como calor, acrimonia, calentura y otras por el estilo, sin embargo, en cualquiera de ellas se presentan características particulares que no se encuentran semejantes en las demás. La sangre se inflama de una forma particular en el flegmon, de otra en la erisipela, diferente en el herpes, muy distinta de todas las demás en la calentura punticular, y así en el resto de las enfermedades inflamatorias. Por ello, para una perfecta curación, el médico debe conocer no sólo las señales generales de la inflamación, sino también las características especiales de cualquiera de ellas en particular ya que convendrá proporcionar los remedios adecuados a cualquier inflamación, tales como sangría, nitro, agua fría, suero de leche y otros; pero también habrá que dar otros propios para cada inflamación, como agua de flores de saúco y de melitoto en la erisipela, cocimiento de fumaria, de agrimonia y de pimpinela, flores de azufre en el herpes y el impétigo, y así en las demás. Las viruelas son una verdadera inflamación del cutis o un variado cúmulo de inflamaciones en el cutis, pero esta inflamación es de naturaleza especial y tiene caracteres propios que, excepto algunos, hay que encontrarlos en ellas mismas. Discuten algunos si las viruelas proceden de la sangre materna; otros, si las conocieron los antiguos griegos. Poco han de recordar los jóvenes sobre estas pesquisas pues son vacuas e inútiles para curar, y no se pueden entender sin gran pérdida de tiempo. Lo cierto es que la plétora común, acompañada también de cierta e inefable diátesis, es la causa ocasional de esta enfermedad, y el aire inficionado la causa eficiente. Vician el aire, unas veces, los mismos enfermos, por lo que el mal pasa de uno a otro por contagio; en otras ocasiones, lo vicia la constitución del cielo, que es causa principalísima de las viruelas tanto de las benignas como de las malignas, pues tiene de particular este mal que suele ser de buen carácter en alguna situación de las estaciones y de pésima e indomable condición en otras.

55. Las viruelas son casi siempre una enfermedad tan peligrosa que la mayoría de los niños sucumben con mucha frecuencia a cruel muerte. Si la calentura cesa al tercer o cuarto día de la invasión, con las pústulas ya en erupción, es bueno, puesto que significa que la naturaleza ha espumado la materia de las viruelas que produce la calentura y los síntomas descritos, y la ha arrojado hacia la superficie del cuerpo. Por el contrario, es malo si tras la erupción de las viruelas, persiste o se intensifica la calentura, porque indica que la materia febril y variolosa no ha sido completamente purgada y permanece aún en la sangre para provocar más tarde mayores tragedias. Las viruelas confluentes son siempre peligrosísimas ya que tienen síntomas gravísimos mezclados con ellas; es un signo letal cuando las pústulas son completamente planas al salir y no se hinchan de ningún modo de un día para otro, sino que van declinando. Anuncian la muerte cuando, todavía con calentura, tras la erupción de las viruelas aparecen unas manchas purpúreas entre las pústulas; y si las pústulas tienen una prominencia negra en el centro, proclaman que la muerte está en puertas. Cuando las viruelas se esconden tras la erupción, sobreviniendo una dificultosa respiración, los enfermos mueren en veinticuatro horas. Cuando las pústulas no supuran por completo, y se ponen como amoratadas, está muy próxima la gangrena y luego la muerte. Una micción ensangrentada o cursos sanguinolentos, anuncian que la muerte va a llegar con toda certeza. Es malo cuando, tras la erupción, se mantiene el delirio, los cursos y otros síntomas de este género. La dificultad de respirar añadida a estos otros síntomas anuncia que la muerte se acerca con rapidez, especialmente cuando viene acompañada de ronquera e inflamación de la garganta. Son buenas y salutíferas las viruelas cuando tras su erupción desaparece o se mitiga mucho la calentura y los demás síntomas. También son buenas las viruelas que tras su erupción supuran por completo y dejan al final unas escamas como de salvado. Sin embargo, es una enfermedad de tan incierto pronóstico que en más de una ocasión burla a los más expertos y aventajados médicos por suceder en ella lo que en la calentura pestilente, que muchos mueren con buenas señales y otros, ya casi desahuciados, se libran con las peores señales. Por ello aconsejo a los jóvenes médicos que procedan cautelosos a pronosticar, y en esta enfermedad,

como ya hemos dicho en otras, tengan presente el célebre dicho de Hipócrates: *En las enfermedades agudas los pronósticos de salud o de muerte no son nada seguros.*^a

56. Lo primero que hay que señalar en la curación es que en las viruelas hay que contemplar dos etapas: el tiempo que llaman del hervor, que dura desde el primer ataque de la enfermedad hasta el tercer o cuarto día en que comienzan a aparecer pústulas, y el tiempo de la despumación o expulsión, es decir, desde la erupción de las pústulas hasta su completa maduración y supuración, que suele cumplirse en unos 14 días. Si se llama al médico desde el principio, esto es, en el tiempo del hervor, tendrá que cuidar de inmediato que no sofoquen a los niños con braseros en la habitación, según es costumbre entre los españoles, pues así no ayudan a la erupción, como pretenden, sino que, al calentar al enfermo más de lo conveniente, lo trastornan cada vez más y provocan en los desventurados niños la calentura, la sed, la lengua seca y áspera, y, en ocasiones, la muerte.

57. Dispongan que se les asista con una dieta moderada, es decir, que no se les atormente con los braseros ni se les importune con frío excesivo, sino que se proceda en todo esto con moderación. Hecho esto, hay que ordenar inmediatamente una sangría, que puede repetirse en la medida en que lo exija la calentura, la plétora y los demás síntomas. Hay que entender el consejo de manera que no se trate a todos indiscriminadamente con la sangría, sino que se use este remedio con las cautelas indicadas antes, donde hemos tratado de este remedio en particular. En las viruelas no piensen los médicos en la purga para limpiar las heces de la primera región, como hacen los charlatanes, pues conseguirán que la naturaleza, ocupada en la despumación, se aleje de su tarea y si, como es normal en los niños, el estómago está lleno de ingesta corrompida, hay que poner todo el esfuerzo en sacar aquella carga con clisteres refrigerantes y emolientes para que la naturaleza pueda seguir su obra con más perfección. Si el médico acude cuando ya están las pústulas en erupción y, tras la erupción, desaparece la calentura y remiten los síntomas una vez realizada la evacuación bien, no hay que sangrar y no hay nada que hacer sino confiar el trabajo a la naturaleza; y basta entonces completar la evacuación con diaforéticos ligeros. Sin embargo, si tras la erupción de las pústulas, la calentura es más intensa y los síntomas más graves, hay que sangrar moderadamente, a pesar de la expulsión, porque la naturaleza aligerada de peso arrojará más fácilmente lo que acaso antes no pudo expulsar por estar demasiado oprimida. Si entre tanto se presenta la diarrea y esta es biliosa, hay que sangrar con seguridad, pues una vez extraída la sangre suele cesar la diarrea que en las viruelas rara vez no es peligrosa. Antes de la erupción de las viruelas, los niños o los adultos tienen que beber agua alterada con cebada, raeduras de marfil y flores de amapola, y beber hasta saciarse. En ese tiempo son adecuados todos los ácidos y temperantes, como jugo de granadas, de cidra, jarabe acidulado de cidra, de acedera, de granadas y de violetas, sal prunela y otros así.

R. Mézclese 1 escrúpulo de confección de jacintos incompleta, otro de sal prunela y medio de polvo de cristal de roca con 1 onza de jarabe de granadas y 2 onzas de agua de verdolaga.

R. Mézclese medio escrúpulo de confección de jacintos incompleta, otro medio de espíritu de nitro dulce y 1 escrúpulo de polvos de hasta de ciervo con 1 onza de jugo de cidra y cuanto haga falta de azúcar blanquísimo y agua de verdolaga.

Si la diarrea apremia:

^a Hipócrates, *Aforismos*, libro 2, sentencia 19.

R. Mézclese 1 escrúpulo de confección de jacintos incompleta y otro de polvos de coral con 1 onza de jarabe acidulado de cidra y otra de amaglosa.

Si la calentura con los demás síntomas apremia una vez que han irrumpido las viruelas:

R. Mézclese medio escrúpulo de confección de jacintos incompleta y otro medio de bezoárdico animal con 1 onza de jarabe simple de endivias y otra de agua de verdolaga.

R. Mézclese 1 escrúpulo de confección incompleta de jacintos, otro de polvos de hasta de ciervo y 4 granos de piedra bezoar con 1 onza de jarabe de violetas y otra de agua de cebada.

R. Mézclese medio escrúpulo de confección de alquermes sin aromas y otro medio de antimonio diaforético con 2 onzas de jarabe de endivias y otras dos de agua de cebada.

58. Hay que actuar así hasta que maduren las viruelas y remita la calentura, cuidando de no calentar excesivamente la sangre con diaforéticos fuertes, pues así no se favorece la expulsión sino que se perturba; hay que mezclar los diaforéticos más ligeros con refrigerantes y diluyentes; para ello conviene la tisana ya descrita durante todo el curso de la enfermedad. Si, una vez que han reventado las pústulas, remite o declina la calentura y, a la vez, la supuración y la maduración corren la misma suerte, actúe el médico como espectador dejando a la Naturaleza todo el trabajo; y, si la supuración y la maduración reclaman alguna ayuda, no se ha de ofrecer nada mejor que 1 o 2 granos de piedra bezoar en cada caldo.

59. Muchos proponen y ofrecen por todas partes muchos arcanos para curar las viruelas, pero nunca prestaré oídos a impostores y medicastros; incluso autores célebres alaban algunos que son ciertamente dudosos; así, Dolaeo ofrece la salud para todos con su *licor antivariólico*, y no sé si lo defiende porque *cada quien alaba lo suyo*. Muchos ordenan cubrir al enfermo con telas rojas y mantener un cordero en la habitación, pues creen que con tales preparativos hacen salir los humores a la piel; sin embargo, desconozco qué haya de verdad en esto; el hecho es que magnates y príncipes que fueron envueltos en damascos de seda y púrpuras preciosas sufrieron la muerte a manos de esta enfermedad. Si los enfermos abren los ojos con dificultad, hay que lavarlos con agua de malvas. Para proteger la garganta un cocimiento de agua de cebada o jarabe de moras y granadas tomado a cucharadas. Es conveniente aplicar unguento de aceite de Mathiolo y triaca en la región del corazón. Los médicos árabes, y con ellos Sennert y su traductor Rivière, tenían como específico en las viruelas el cocimiento *lento*; Juncker, sin embargo, experto y sagaz observador de la Naturaleza, duda certeramente de su virtud, y no sabemos con pruebas bien establecidas si los lentos proporcionan algún bien en las viruelas. Conviene repetir finalmente que en todas las viruelas la calentura aumenta o ataca de nuevo en torno al séptimo día de la enfermedad, y que ello sucede porque en ese lapso comienza o aumenta la supuración. Algunos entre los modernos la llaman *segunda calentura de las viruelas* para distinguirla de la calentura que se mantiene desde los comienzos hasta su total expulsión, a la manera que se ha dicho. Esta segunda calentura se mantiene hasta el final de las viruelas y es grave; especialmente en su transcurso hay que esperar el mayor peligro de la enfermedad. John Freind, celeberrimo médico inglés, pretende purgar los variolosos retenidos en esta segunda calentura y, sobre este asunto, diserta prolijamente en la *Epistola ad Ricardum Meadium* que es lo más excelente de su obra realizada en París. La doctrina sobre la purga en la segunda calentura de las viruelas es incierta y peligrosa, y nunca han de recomendarla los jóvenes por ser nueva y escasamente fundamentada con observaciones de la correcta práctica. Decimos que las viruelas son una enfermedad crudelísima, decimos también que no se ha descubierto hasta el momento ningún remedio específico para someterlas. Sabemos con seguridad que nunca se han de prescribir medicamentos que más que ayudar a los enfermos les produzcan fastidio. Y nos consta suficientemente que la purga perturba a la naturaleza en la maduración de las viruelas, interrumpe la supuración que ha de seguirse y mata cruelmente a los enfermos por llevarlos a gran ruina.

capítulo X : calentura hética

60. Tras las calenturas pútridas simples y las que no tienen su origen en un flegmon hay que explicar la calentura hética. La calentura hética es la que hace languidecer toda la superficie del cuerpo con un calor lento pero acre y sin síntomas graves. Esta calentura sigue a otras enfermedades como a las calenturas mesentéricas, a las inflamaciones internas, a la tisis, a la afección hipocondríaca, a la escorbútica o a la histérica, pues las calenturas que acompañan a estas enfermedades suelen avanzar lentamente y van consumiendo el cuerpo. Por ello, la fuente inicial de la calentura hética es siempre alguna enfermedad profundamente arraigada en las vísceras; pues cuando la materia gruesa, cruda y acre retenida en las vísceras en las calenturas ardientes, malignas e inflamatorias no se expulsa por la evacuación ni el absceso, arraiga cada día más y, dotada poco a poco de mayor cohesión y acrimonia, induce continuamente a la naturaleza a movimientos febriles. Así, tras las calenturas mesentéricas, y tras las afecciones hipocondríacas se hacen héticas las calenturas, ya que los humores metidos en las vísceras se tornan acres y, de allí, se comunica la peste a todo el cuerpo. Son muchos los que por tenerla de nacimiento o porque les sobrevenga más tarde, tienen la naturaleza especialmente dispuesta de modo que caen en calenturas héticas por cualquier causa leve. Además, cuando tales enfermos caen en calentura ardiente, maligna o inflamatoria, es muy importante que el médico esté atento a su crisis, ya que cuando ésta es perfecta y saludable hay que dejar todo el asunto a la naturaleza, pero cuando es imperfecta y ve avanzar la febrícula más allá del final de las enfermedades agudas, tiene que prescribir de inmediato y sin demora alguna la leche de asna, y ayudar a la naturaleza cuanto sea posible para sacar los accesos a las piernas, según la áurea sentencia del gran Hipócrates: *En la calentura prolongada, de la que puede librarse el enfermo, conviene esperar un absceso o un tumor doloroso en las articulaciones especialmente en las partes inferiores si ataca el dolor sin que haya inflamación u otra causa manifiesta.*^a

61 En general se distinguen tres grados de calentura hética y, aunque el segundo y el tercero se conocen fácilmente, no ocurre lo mismo con el primero. Desde el comienzo, la calentura hética tiene estas características: el calor es ligero al tacto, los enfermos parecen encontrarse bien y casi no febricitan, la calentura es continua con desigualdad y rapidez en el pulso, el cuerpo languidece poco a poco y no se presenta ningún síntoma grave. Otra señal se suma a estas: el aumento de calor con el alimento, pues tales enfermos se calientan más de lo acostumbrado a las dos o tres horas de la ingesta. Galeno y su secta llaman a esta señal propia e inseparable de las calenturas héticas, porque piensa que está presente siempre y necesariamente en ellas, y en ninguna otra se encuentra salvo en las héticas. Pero se equivoca, porque con seguridad aumenta notablemente el calor tras el alimento cuando se desarrolla la cocción en los hipocondríacos, escorbúticos, histéricas y en los demás enfermos que sufren la destemplanza cálida de las vísceras, y no sólo cuando tienen salud sino, incluso, cuando sufren cualquier calentura, en particular los mesentéricos, sin exceptuar a los que son héticos. Por el contrario, no siempre aumenta el calor con el alimento en los empiemáticos y tísicos, sino que se agrava continuamente durante la noche, como consta por la experiencia y confirma la sentencia del gran Hipócrates: *Quienes son empiemáticos de los pulmones, dice, tienen calenturas ligeras durante el día, por la noche más fuertes, etc.*^b En las calenturas débiles el aumento del calor debido al alimento en general y especialmente, indica que la calentura es hética o que puede pasar a serlo fácilmente. Si alguna vez falta esto y las demás señales prueban suficientemente que la calentura es hética, hay que considerarla tal. Por el contrario, aunque el enfermo se caliente tras la comida y febricite, no hay que considerar que la calentura es hética. Conviene, por tanto, que los jóvenes examinen atentamente todas las señales de esta calentura, por ejemplo su lentitud, igualdad, debilidad del cuerpo y la enfermedad cierta de la que procede todo esto, a lo que si se une el aumento del calor tras el alimento serán calenturas héticas, mientras que con semejantes señales, aunque el

^a Hipócrates, *Pronósticos*, sección 3, sentencia 23.

^b Hipócrates, *Prenociones coicas*, libro 2.

enfermo no se caliente tras la comida sino más durante la noche, habrá que considerar que le castiga la calentura hética. En el segundo y tercer grado está el cuerpo tan extenuado que la piel apenas está pegada a los huesos, el rostro arrugado, triste, los ojos cóncavos, la nariz afilada, las sienas hundidas, las orejas vueltas del revés y frías, lo que llaman facies hipocrática porque la describe Hipócrates en el libro 1 de *Pronósticos*; en este estado los miserables enfermos son imagen de la gélida muerte. Ataca una diarrea irrefrenable, colicuyente, sudores nocturnos, caída de los cabellos, la muerte.

62. El pronóstico de esta calentura es funesto, pues además de que es larguísima, desprecia todos los remedios, aun los más eficaces, y con mucha frecuencia abate a los enfermos. Todavía admite curación cuando está en la primera fase; en la segunda o en la tercera no puede curarse de ninguna manera, y estas fases se miden por la consunción. Cuando se presentan los cursos suelen ser colicuativos y anuncian que la muerte vendrá rápido. En los jóvenes se cura con dificultad, en los ancianos de ninguna manera. Si al presentarse los cursos se entumescen las rodillas, la muerte llama a la puerta.

63. En la curación hay que atender a qué enfermedades sigue, pues una vez sabida la causa de las enfermedades hay que atender éstas y la calentura simultáneamente. Cuando, como es común, procede de que el estómago digiere mal hay que cuidar que se restablezca el estómago y la calentura. Por lo general en cualquier calentura hética convienen los restablecientes, humectantes, diluyentes y los atemperantes de los humores acres. Entre los restablecientes tienen su sitio los caldos de víboras, como este:

R. Se cuecen trozos de carne de carnero y de pollo de gallina, 1 manojo de hojas de borraja, 1 de hojas de lechuga y otro de hojas de endivia hasta que hagan caldo al que al final se le añade un trocito de carne de víbora y se cuece ligeramente.

64. Este caldo ha de tomarse por la mañana repetido muchos días. Cuando la calentura hética se da en hipocondríacos, etc. pueden mezclarse con dicho caldo polvos de ojo de cangrejo, hasta de ciervo y otros apropiados para tales enfermedades. También está en uso para restablecer y humectar, hacer caldo de ranas, de ostras o de tortugas así como de gelatina de hasta de ciervo, que describe el Dr. Fuller de la manera siguiente:^a

R. Mézclense 4 patas de oveja, 2 patas de ternera, 1 onza de raeduras de marfil y otra de hasta de ciervo, media onza de cola de pescado, 2 dracmas de goma arábiga y otras 2 de alquirita con 12 libras de agua de cebada depurada. Se hierve hasta que queden 4 libras. Una vez colado, se añaden 3 onzas de azúcar. Hay que beberlo recién hecho, pues de otro modo se pudre rápidamente.

Con frecuencia es más beneficiosa la gelatina común de hasta de ciervo.

Entre los restablecientes, se suele prescribir el agua que comúnmente llaman *Palata*; se describe así:

R. Una tortuga sin vísceras, 2 pollos de gallina sin vísceras, 2 ranas igualmente preparadas, 1 libra de pan blanquísimo recién hecho, 4 onzas de hojas de borraja y otras 4 de lechuga. Se corta el pan en rodajas y se humedece con agua de rosas; los animales sin vísceras se muelen y con todo esto se hace capa sobre capa en un alambique de vidrio, ahí se destila según arte.

^a ["Gelatina Analeptica" en Fuller, *Pharmacopoeia extemporanea* editio novissima Venecia 1722 pág 137]

Las emulsiones tienen su lugar entre los humectantes, diluyentes y atemperantes.

R. Con cuatro pares de almendras dulces preparadas, 1 dracma de cada una de las cuatro semillas frías, medio dracma de semillas de lechuga y otro medio de adormidera blanca, se saca una emulsión con agua de cebada a la que se añade 1 onza de agua de violetas. Se mezcla y se toma muchos días por las mañanas.

65. Son adecuados los baños de agua dulce que, mientras el enfermo esté fuerte, pueden tomarse en días alternos de manera que no provoquen sudores excesivos; el agua no debe estar excesivamente caliente, sino templada. La hora de entrar en el baño es las nueve de la mañana, una vez tomado el caldo, o a las cinco de la tarde una vez cumplida la digestión de la comida. Tras el baño, incluso en el baño mismo, cuando lo pidan las fuerzas del enfermo, ha de alimentarse de nuevo con el caldo a la manera indicada. Si la calentura no responde a estos remedios, habrá que prescribir leche de cabra o de asna pues alimenta, diluye, atempera e impide la consunción. Comienza a prescribirse por la mañana con el estómago en ayunas y en los primeros días han de darse a beber hasta ocho onzas más o menos según la mayor o menor fortaleza del estómago; una vez acostumbrada la naturaleza a la leche, hay que aumentar la dosis de manera que puede prescribirse por la mañana y por la tarde y, si es preciso y el enfermo puede soportarlo, habrá que restablecer con una dieta láctea. Si una vez tomada, se agria la leche o se corrompe en el estómago, o lo conmueve mucho el regüeldo o el flato, hay que prescindir de ella y abordar la curación con otros remedios. Conviene advertir finalmente que no rara vez sucede en los casados que por un excesivo uso del coito se presentan calenturas con atrofia, e Hipócrates las explica bajo la denominación de *tabes dorsal*; en ellas no convienen los medicamentos refrigerantes y diluyentes; son beneficiosos los restablecientes, los nutrientes y aquellos que pueden reponer la naturaleza sin fuerzas, como caldo de víboras, gelatina de hasta de ciervo, según la fórmula antes indicada, etc.

capítulo XI : calentura diaria

66. Son calenturas continuas muy vehementes y libres de cuidado que llaman *diarias* los médicos por resolverse en uno, dos o, a lo sumo, tres días. Aunque hay calenturas diarias procedentes de causas distintas como la ira, la insolación, el insomnio, el abatimiento del ánimo, etc., se llaman así porque no avanzan más allá del término de un día como mucho; sin embargo, puesto que todas se curan de la misma forma, expondremos el diagnóstico y curación de la provocada por el constipado y, una vez conocida, fácilmente se reconocerán las restantes.

67. Cuando estando demasiado abiertos los poros por cualquier causa y, manteniéndose una buena transpiración, se expone alguien a un aura fría imprudentemente, aparece en ocasiones una calentura catarral del género de la diaria, llamada comúnmente *constipado*. Comienza con un rigor al que sigue en algunos un calor tan vehemente que con frecuencia parece emular en el ardor a las grandes calenturas. Enrojece el rostro, duele la cabeza, primero con pesadez y más tarde con un dolor casi desgarrador, a la vez que molestan dolores vagos por una y otra parte. La lengua, la orina y el pulso son casi según la naturaleza. La calentura avanza sin accesos durante el día completo, y algunas veces más tiempo, hasta que termina con un ligero mador. El principal signo para reconocer estas calenturas se saca del relato del enfermo, pues él mismo explica la sospecha de tener un constipado por causa de un frío peligroso. Sobre el diagnóstico de las calenturas diarias escribió amplia y certeramente Galeno en diferentes obras, especialmente en el comienzo de su *Terapéutica a Glaucón* y es bien cierto que conviene extraordinariamente reconocer las calenturas diarias lo antes posible para que bajo la apariencia de éstas no se oculten las pútridas o malignas. Conviene observar el calor del enfermo, que en las calenturas diarias es blando y halitoso, aunque vehemente, mientras que en las pútridas sucede de manera diferente. Las orinas son también naturales y no aflige al enfermo ningún síntoma violento. En alguna ocasión sucede que la calentura diaria aparece por la hinchazón del estómago, en cuyo

caso se presentan unas veces vómitos y otras evacuaciones de alimentos crudos, pero las reconocerá el médico sin dificultad por el relato del enfermo y por las señales indicadas hasta aquí. Las causas ocasionales: plétora, obstrucción y diátesis ocupan el mayor lugar; con tal ley sin embargo que no son excesivamente molestas. Pueden verse todos los días calenturas diarias derivadas de crudezas y obstrucciones del estómago. Observamos sin dificultad las procedentes de la diátesis en algunos muy propensos a estas calenturas. A veces proceden de la plétora, pero no con tanta frecuencia. Las causas eficientes externas: el aire, la dieta, los sufrimientos del espíritu provocan las calenturas diarias con tanta evidencia que en la práctica habitual se presenta a diario la ocasión de observarlas, por lo que conviene especialísimamente preguntar a los enfermos sobre la causa de haber enfermado pues con toda seguridad se entenderá rectamente de dónde procede la calentura.

68. La propia naturaleza resuelve bastante la curación de estas calenturas. En verdad, suele hacerlas entrar en crisis perfectamente promoviendo un ligero sudor y, en ese momento, las curanderas suelen tener sus remedios por lo que no llaman a los médicos para curar estas calenturas. Toda la curación de estas calenturas está en promover un ligero sudor y en aumentar la transpiración. Esto lo hace el médico, si lo considera necesario, con diaforéticos ligeros de manera que cumplen la curación completa la sal de cardo santo con jarabe de amapola y agua de lengua de buey, el cocimiento de hojas de té o de flores cordiales bebido caliente. Conviene dejar la curación a la naturaleza, más que irritar a los enfermos con una medicación inoportuna. Entre tanto no hay que cubrir el cuerpo con tantas mantas que le obliguen a violentos sudores, porque hay muchos enfermos que, aunque suden muy poco con los cuidados empleados, basta para la completa curación de estas calenturas dejar libre la transpiración, lo que sólo se cumple con un ligero mador.

F I N

PUNTOS PARA RECORDAR

sacados de la medicina antigua y moderna y dispuestos en forma de aforismos para los jóvenes

1. En las enfermedades del estómago, de los hipocondrios y de otras vísceras de la primera región, la orina proporciona un indicio seguro de estas enfermedades que importunan con esta misma. Orinas, cap. I, 3.
2. Si la orina tenue aparece al comienzo de las calenturas agudas, demuestra que pronto sobrevendrá una enfermedad de la cabeza o que el enfermo va a peor. Orinas, cap. I, 6.
3. Si en las histéricas aparece la orina tenue, es indicio seguro de un paroxismo inminente, *ibíd.*
4. Esta orina en los escorbúticos, gálicos e hipocondríacos demuestra que están aquejados más de lo que es normal. *Ibíd.*
5. Las orinas gruesas son muy frecuentes en las calenturas tercianas y en otras intermitentes; pues suelen resultar de las sales de diverso género que se alojan en el cuerpo¹ y en las impurezas febriles que existen en él. Orinas, cap. I, 8.
6. La orina roja acompañada de la lengua seca, áspera y negra cuando la calentura es de alguna manera ardiente, indica una disposición inflamatoria de la sangre. Orinas, cap. II, 14.
7. La orina roja acompañada de la lengua blanca, sucia y viscosa procede de las sales muriáticas en las calenturas tercianas, en los escorbúticos y en los hipocondríacos, y no es aconsejable la sangría. *Ibíd.*
8. La orina roja acompañada de la lengua blanca y viscosa indica una afección inflamatoria cuando la calentura es aguda y el enfermo proclive al delirio o a la convulsión. *Ibíd.*
9. La orina negra en los hipocondríacos y en los icterícos con dureza en el hipocondrio derecho o izquierdo generalmente es mortal o, al menos, significa que la enfermedad será larga. *Ibíd.* 16
10. Si aparecen señales de cocción en la orina y no aumentan con el posterior avance de la enfermedad, significa que el enfermo va a morir o va a padecer largo tiempo. Orinas, cap. III, 19.
11. Si en las orinas de una persona agudamente dominada por la calentura aparece en la superficie gordura, como tela de arañas o sebo derretido, es señal de gran colicuación y gravísima enfermedad; por el contrario, cuando esta gordura se presenta en personas sanas o en los hipocondríacos y escorbúticos no es mala señal. *Ibíd.* 20.
12. Si con la orina gruesa como de asno aparece algún signo maligno en la calentura, significa no sólo dolor de cabeza, sino también convulsión y muerte. Orinas, cap. IV, 21.
13. Cuando la orina sale con ruido significa dos cosas: o que el hombre necesita un medicamento purgante, o que tiene alguna enfermedad en la vejiga o en las partes próximas. Orinas, cap. IV, 21
14. No es lo mismo mear sangre que arrojar orina ensangrentada. *Ibíd.*
15. Si se mea sangre y no se hace con frecuencia sino rara vez, y no hay entonces calentura ni dolor, indica que se purga la plétora a través de los riñones, con la cual evacuación desaparece la fatiga; pero si se expulsa sangre con calentura o con dolor, conviene saber entonces que después se meará una orina purulenta. *Ibíd.*
16. La orina meramente ensangrentada o que lleva exactamente el color de la sangre, indica una mala señal y procede de los hipocondrios afectados mal. *Ibíd.*
17. Aunque el pulso grande procede casi siempre del vigor de las fuerzas, suele ser engañoso en ocasiones pues sucede con frecuencia que mueren los enfermos rápidamente con un pulso grande, especialísimamente en las enfermedades del pecho cuando hay una gran dificultad para respirar, por la que los enfermos se ahogan rápidamente con un pulso grande. Pulsos, cap. II, 4.

18.Los pulsos resultan pequeños en los grandes y violentísimos dolores de las partes internas por ello, no se asusten los jóvenes en la práctica, cuando los pulsos resulten pequeños al comenzar los dolores. *Ibíd.*

19.El pulso intermitente es fatal en las enfermedades agudas; pero en las enfermedades crónicas aparece alguna vez sin ningún peligro, especialmente en niños y en ancianos. *Pulsos, cap. II, 5.*

20.Conviene señalar que no es lo mismo la fibra tensa que la robusta, pues si predomina la sequedad la fibra está tensa y, en ocasiones es débil con esta tensión. *Ibíd. 6.*

21.Quienes languidecen por causa de una dureza del vientre tienen el pulso tenso y agitado, acompañado de gran debilidad. *Ibíd.*

22.En cualquier dolor, si el pulso pasa de la grandeza a la pequeñez, las fuerzas del enfermo están extremadamente débiles; pero si los latidos ya eran pequeños desde el comienzo del dolor, puede significar dos cosas: o que afecta a una parte sumamente sensible como suele ser la boca del estómago, o que la causa del dolor es una materia maligna. *Ibíd.*

23.Así, en cualquier inflamación el pulso es duro y como aserrado, aunque diverso en cuanto a magnitud y pequeñez, pues en unas inflamaciones suele ser grande, mientras que en otras pequeño; pero en todas las inflamaciones tiene rigidez. *Ibíd.*

24.De un pulso muy aserrado se deduce una gran crudeza de la pleuritis, pero si esta pleuritis excesivamente cruda se une con una debilidad de las fuerzas, lleva a la muerte; mientras que si se une a una facultad más fuerte, muestra una enfermedad larga o que se resolverá en supuración. *Ibíd.*

25.Si el pulso cambia a una gran densidad o frecuencia al avanzar la pleuritis, es señal de síncope o de que se presenta la pulmonía; pero si, estando la enfermedad cruda y sin el esputo que corresponde según su razón, los latidos tienden a la lentitud, indican que va a presentarse el delirio o el sopor. *Ibíd.*

26. En cada pulmonía hay siempre algo comatoso; si el coma es pequeño, los pulsos son frecuentes, pero los pulsos resultan lentos si la enfermedad se prolonga en un gran sopor, los pulsos se hacen lentos. *Ibíd.*

27.En el frenesí incipiente tienen que acontecer necesariamente estas tres cosas: insomnio pertinaz con dolor de cabeza, pulsos pequeños, rápidos, vigorosos y densos, y calentura aguda con poco dolor o, como dice Celio Aureliano, calentura que sube con dificultad hasta la superficie del cuerpo. *Ibíd.*

28.Cuando la ortopnea es muy vehemente hace lentos los pulsos por lo que quisiera que los anoten los jóvenes médicos para que no se equivoquen en las enfermedades del pecho, cuando, viendo que el pulso es bueno, piensan que el moribundo no está tan grave. *Ibíd.*

29.La inflamación del estómago hace el pulso semejante al pulso de los frenéticos. Pero la debilidad, el vómito, el hipo y otros síntomas de este género de la boca del estómago lo hacen pequeño. *Ibíd.*

30.Tengan en cuenta los jóvenes que el más grande de todos los remedios para erradicar las enfermedades es la naturaleza misma, que, según Hipócrates, es la verdadera sanadora de los enfermos. *Materia Médica, cap.III,4.*

31.El mayor remedio es dejar a la naturaleza que se ocupe de la curación de las enfermedades según sus propias leyes, no turbar de ninguna manera el movimiento que le es propio, promover sus salutíferas acciones en la medida de lo posible y no alejarla nunca de su camino. *Ibíd.*

32.En lo que se refiere a las propiedades de los medicamentos conviene saber que la parte de la medicina que se ocupa de ellos, y que se denomina Farmacéutica, es sumamente engañosa, además de estar repleta de errores y futilidades. *Materia Médica, cap.III, 5.*

33. También les conviene saber a los jóvenes que entre otros semejantes hay que preferir siempre los medicamentos simples a los compuestos, puesto que la naturaleza opera siempre de la manera más simple, y entre los compuestos deben elegir los que sean menos compuestos. *Ibíd.*
34. Lo más pequeño en las enfermedades, por mínimo que sea, es siempre lo más grande en la consideración de los médicos y, a veces, en lo más pequeño se encuentra el punto de apoyo para la curación. *Ibíd.*, 6.
35. La lentitud y la coagulación de los humores no proceden de la frialdad como se piensa comúnmente, sino de un calor excesivo de las vísceras y de la sangre, ya que nada coagula los fluidos del cuerpo humano más rápidamente que el calor excesivo. *Materia Médica*, cap.IV,10.
36. No hay ningún humor en el cuerpo humano absolutamente frío. *Materia Médica*, cap.IV,14.
37. Además, cuanto más gruesos y densos resulten los humores, indican más calor. *Ibíd.*
38. Conviene conocer que cuando se calientan e inflaman los humores, no se produce de uno y el mismo modo, sino de una manera en la erisipela, de otra en el flegmon, de otra en el herpes, de otra muy diferente en el cancro y así en otras. *Ibíd.*
39. Conviene por ello que los jóvenes no confíen en los alterantes generales, sino que los mezclen siempre con los particulares. *Ibíd.*
40. Precedan siempre los alterantes a los evacuantes, porque conviene ablandar los humores primero y eliminarlos después siguiendo la ley de la naturaleza, que siempre actúa de esta forma en beneficio de los enfermos. *Ibíd.*
41. Conviene señalar que las curaciones de las enfermedades crónicas se resuelven mejor con alterantes que con purgantes, porque la naturaleza sana tales enfermedades con la corrección de los humores más que con su excreción. *Ibíd.*
42. Hay que señalar que no es raro que las debilidades del estómago y las indigestiones ácidas procedan de un calor excesivo de las vísceras, como ocurre en los biliosos e hipocondríacos. *Materia Médica*, cap.VII, 29.
43. Hay que tener siempre en cuenta que nunca son adecuados los estomacales cálidos, como los espíritus, las tinturas, los aceites esenciales y otros de este género que, por calentar en exceso, dañan. *Ibid.*30.
44. En las indigestiones vaporosas nada es más adecuado que el agua simple a la que se mezcla un licor compuesto de nitro y marte. *Ibid.* 2
45. En los comienzos del dolor nefrítico no convienen ni los purgantes acres ni los clisteres acres, ni medicamentos fuertes, sino emolientes, laxantes y los que reducen la crispación de las fibras. *Materia Médica*, cap.IX,43.
46. Los ardores de la orina muy frecuentes en los ancianos no proceden tanto de su desmedido calor como de la falta de la primera cocción. Por ello, hay que evitar en tal caso los medicamentos excesivamente temperados o fríos y obtundentes. *Ibid.*45.
47. Conviene señalar que no hay ningún medicamento que tenga directamente la virtud de provocar la menstruación. *Ibíd.* 39.
48. Conviene también advertir que no hay ningún medicamento que tenga como propia y específica la virtud de disminuir los cálculos. *Ibíd.* 46
49. La clasificación de los purgantes en erradicantes y minorativos es vana y muy perniciosa para la salud de los enfermos. *Materia Médica*, cap.X,48.
50. La utilidad del purgante habrá que reconocerla por la relación y la tolerancia, de ningún modo por el número y la cantidad de las deyecciones. *Ibíd.*
51. Conviene señalar que el mayor error está en creer que la cacoquimia es objeto de purga hasta el punto de poder administrar un remedio purgante por estar presente esta. *Ibíd.* 64.

52. Por ello yerran y errarán con el mayor riesgo de los enfermos, los médicos que, so pretexto de suprimir las obstrucciones, purgan de continuo sin estar los humores dispuestos ni cocidos, y vuelven las enfermedades absolutamente incurables. *Ibíd.*

53. Si los humores pervertidos proceden de las partes internas y de la destemplanza, con el purgar frecuentemente no consiguen otra cosa que perder el tiempo y herir más las partes castigadas por la enfermedad. *Ibíd.*

54. En los dolores grandes y enérgicos de las partes internas, especialmente los convulsivos, como los cólicos histéricos, convulsiones, en el padecimiento ilíaco y en otros, no hay que administrar purgantes ni aunque les precedan emolientes y laxantes. *Ibíd.*

55. Consta con varias pruebas que, en ocasiones, la administración de un sólo emético ha curado por completo las calenturas intermitentes, una vez probados inútilmente todos los remedios. *Materia Médica*, cap. XI, 70.

56. Aunque la pleuritis empieza con frecuencia con el vómito, no es recomendable el vomitivo, sino las sangrías moderadamente presentadas, lo que quisiera que se comprendiera acerca de todas las inflamaciones. *Ibíd.*

57. El medicamento emético no es el remedio más sobresaliente en todas las enfermedades provocadas por la plenitud del estómago o por una cocción y digestión depravada. *Ibid.* 71.

58. Enseña Hipócrates que en los empiemáticos y en otras enfermedades del pecho son adecuados los diuréticos; además, son más beneficiosos los remedios escogidos de entre los vegetales que cualesquiera otros descubrimientos sacados de los hornos de la química. *Ibíd.* cap. XII, 75.

59. En la úlcera de los riñones y de la vejiga no hay que administrar diuréticos de ninguna manera. *Ibid.* 75.

60. En los comienzos de las enfermedades agudas, es decir, en la diátesis inflamatoria de la sangre hay que evitar los diaforéticos como a perro rabioso o a serpiente. *Materia Médica*, cap. XIII, 80.

61. En los cólicos convulsivos, carminativos y purgantes llevan a la muerte a los enfermos; en tal caso hay que administrar laxantes, emolientes y anodinos que convienen específicamente a esta enfermedad. *Materia Médica*, cap. XIV, 86.

62. Cuando en las calenturas y en otras enfermedades observen los médicos tensiones de los hipocondrios y del vientre, no recurran a los carminativos por considerar que proceden de los flatos, ya que a veces resultan de la materia acre que empuja las fibras. *Ibíd.*

63. No hay que aplicar supositorios ni clisteres a quienes sufren de hemorroides, especialmente secos, ni a quienes sufren hernias; menos aún a las preñadas y a las recién paridas. *Ibid.* 93.

64. Si se ha metido en los pulmones mucha materia y produce una ligera dificultad para respirar, hay que administrar los medicamentos oportunos señalados antes para sacar la materia existente en el pecho, y prescribir los opiados a continuación, pues de otro modo éstos adensarán más y más aquella materia en los pulmones y, una vez detenido su movimiento, provocará una mayor dificultad para respirar. *Materia Médica*, cap. XV, 95.

65. No sólo conviene aplicar los vesicantes en las piernas, sino también, según la costumbre de algunos griegos, en la misma región del tórax, en el asma y en la ortopnea, pues en estas enfermedades, aplicados en la parte posterior del tórax entre las escápulas, suelen ayudar óptimamente a la naturaleza. *Materia Médica*, cap. XV, 96.

66. En la apoplejía es mala señal cuando los vesicantes aplicados no levantan ampollas. *Ibid.* 97.

67. Es completamente falsa la opinión de algunos modernos que aseguran que la sola plétora es indicación para la sangría. *Materia Médica*, cap. XVI, 98.

68. Prescribimos a los jóvenes como regla firmísima que deduzcan las leyes de la revulsión y de la derivación no de los libros ni de los autores que discrepan entre sí, sino de la misma naturaleza que muestra los caminos. *Materia Médica*, cap. XVI, 98.

69. Es falso que en las enfermedades agudas de la cabeza haya que sangrar el pié porque es muy pequeño el empuje de sangre hacia la cabeza, cuya sangre se mantiene con su conversión hacia los pies; porque todo esto se apoya en una hipótesis y no está confirmado por la experiencia. *Ibíd.*
70. También es falso lo que se dice que no hay que emprender una derivación si no precede antes una revulsión, ya que esta regla no se apoya en observaciones. *Ibíd.*
71. Estoy convencido con Hipócrates que en cualquier enfermedad aguda afectada por una fluxión inflamatoria es más conveniente la derivación que la revulsión. *Ibíd.*
72. Tengo por verdadero en la práctica el precepto de que rara vez hay que sangrar a los niños y a los ancianos. *Ibid.*100.
73. Puesto que en el sangrar hay que atender a las fuerzas, conviene conocer aquí que hay mucha diferencia entre un cuerpo sano y uno obeso, o entre uno delgado y otro enfermo. *Ibíd.*
74. Si la sangre se vacía sin superar la abundancia ni la calidez del humor, se presentará la frescura, la crudeza y un mal estadio. *Materia Médica, cap.XVI,101.*
75. No hay que sangrar en los flujos y destilaciones de humor seroso de la cabeza, así como en el flujo excesivo de sangre y en las enfermedades que dependen de la bilis o de la pituita. *Ibid.*102.
76. Si concurren dos indicaciones a la vez, v.gr., la de purgar los humores crudos y la de sangrar con urgencia, es mejor sangrar en primer lugar y, luego, atender la indigestión. *Ibid.*104.
77. En el cólera morbo, en la cardialgia y en las afecciones de la boca del estómago es peligroso sangrar, pues en estos casos la fuerza escapa muy fácilmente. *Ibíd.*
78. Es muy peligroso sangrar mucho de una vez, puesto que el enfermo puede perecer agotado por el síncope. *Materia Médica, cap.XVI,106.*
79. No es cierto que sólo la sangría y la purga sean grandes remedios. *Ibid.*108.
80. Conviene aconsejar a los jóvenes que se fijen cuidadosamente en que el frenesí, enfermedad crudelísima y muy común, ataca con frecuencia bajo la apariencia de calentura mesentérica, y engaña muchas veces a los médicos, incluso experimentados. *Calenturas, cap.III,16.*
81. No hay que iniciar la curación de las calenturas intermitentes con la sangría porque, según la observación de los prácticos más célebres, la terciana simple se hace doble tras la sangría y la calentura antes intermitente pasa a continua; y no hay que hacerlo de no ser que las especiales circunstancias del enfermo aconsejen su ejecución de forma perentoria. *Calenturas, cap.IV,23.*
82. En la curación de la terciana no hay que insistir excesivamente en los purgantes, pues ceden más a los alterantes. *Ibid.*24.
83. El método de la prescripción de la quina es doble en la curación, es decir, forzada o libre. *Ibid.*25.
84. Según los efectos observables en la práctica, la calentura terciana intermitente suele llegar a ser maligna de dos formas. *Ibid.*26.
85. En las calenturas intermitentes malignas hay que acudir sin dilación a la corteza de quina según la curación obligada, y conviene prescribirla en grandes y repetidas dosis hasta que se calme la calentura y no vuelva a presentarse de nuevo. *Calenturas, cap.IV,26.*
86. No se afanen los médicos en el uso de purgantes, píldoras ni diuréticos para curar la cuartana, pues no conseguirán sino transformar una calentura benigna y salutífera de por sí, en penosa y maligna. *Ibid.*29.
87. En lo absoluto hay que usar el purgante llamado *Minorativo* en los comienzos de las calenturas ardientes. *Ibíd. Cap.V,33.*
88. Hay que observar si la diarrea que llaman cruda procede de debilidad o de un calor excesivo. *Calenturas, cap.V,38.*
89. La coagulación y disolución de los humores no son causa, sino síntomas de la calentura maligna. *Calenturas, cap.VII,44.*

90.Son inciertas las propiedades y actuación de los medicamentos alexifármacos para las calenturas malignas. Ibid,51.

91.Conviene indicar que la sangre y los demás humores de nuestro cuerpo se inflaman de maneras diferentes de manera que, aunque en cualquier inflamación tienen cualidades propias de las inflamaciones, como calor, acrimonia, crispación de los sólidos y otras por el estilo, en cualquiera de ellas se presentan características particulares que no se encuentran semejantes en las demás. Cap.IX,54.

92.Las viruelas son una verdadera inflamación del cutis o un variado cúmulo de inflamaciones en el cutis, pero esta inflamación es de naturaleza especial y tiene caracteres propios que, excepto en algunos, hay que encontrarlos en ellas mismas. Ibid.

93.La segunda calentura de las viruelas es muy grave y, en ella, es peligroso pretender establecer la purga. Ibid,59.

94.Toda calentura hética depende necesariamente de otra enfermedad. Calenturas, cap.X,60.

95.El aumento de calor por el alimento no es una señal constante e inseparable de la calentura hética. Ibid. 61.

F I N

ÍNDICE

de los autores citados en los cuatro tratados.

NOTA: Los números de página remiten a los de la paginación original latina

Actuario	s. XIII	16, 110 .
Asklepiades, Marcus	s. I ac	73.
Baglivi, Giorgio	1668-1707	75, 79, 92, 122, 124.
Bellini, Lorenzo	1643-1704	29.
Celio Aureliano de Sicca	s. V	34, 58, 127, 175.
Celso A. Cornelio	25 ac-50	44, 62, 105, 109, 110, 111, 112, 113 .
Chartier, Renè	1572-1654	43.
Cicerón, Marco Tulio	106-46 ac	110 .
Croll, Oswald	1563-1609	60
Cornacchini, Marco	1600-1650	79.
Dekkers, Frederik	1644-1720	72, 81, 87.
Dolaeo Johann	1651-1707	55, 58, 163.
Du Chesne, Joseph	1546-1609	55.
Duret, Louis	1527-1586	143 .
Erasítrato de Yúlide	304-250 ac	28.
Ettmüller, Michael	1644-1683	57, 74, 102.
Farmacopea matritense	1762	146.
Fernel Ambiano, Jean	1497-1558	127.
Franciscus Sylvius	1614-1672	56, 57, 131. (Franz de le Boë)
Fuller, Thomas	1654-1734	52, 56 , 65, 72, 78, 87, 123, 124, 145, 167.
Galeno de Pérgamo	129-200	1, 7, 14, 16, 19, 23, 24, 25, 26, 28-36 , 39, 40, 70, 71, 73, 74, 88, 89, 92, 104, 105, 106, 108, 109, 112, 113, 115, 119, 125, 133, 147, 165, 169.
Geoffroy, Etienn-François	1672-1731	102.
Gutiérrez de los Ríos	s. XVIII	36.
Hartmann, Johann	1568-1631	139.
Hecquet, Philippe	1661-1727	43, 74, 108.
Helmont, Jean Baptiste	1577-1644	59, 132.
Helvetius (Helvecio)	1661-1727	99.
Heredia, Pedro Miguel de	1580-1655	55, 70, 102, 128.
Hipócrates	s. V ac	3, 5, 6 , 10, 11, 12, 14, 16-22 , 24, 28, 37, 38, 39, 40, 42, 44, 66, 70, 81, 83, 84, 85, 89, 92, 104, 108, 112, 132, 133, 136, 138, 143, 144, 153, 160, 165, 166, 168, 178, 179.
Hoffmann, Friedrich	1660-1741	43, 56, 63, 102.
Joubert, Laurent	1529-1582	73.
Juncker Johannes	1679-1759	43, 57, 163.
Lemery, Nicolas	1645-1715	86.
Lieutaud, Joseph	1703-1780	43.
Lom, Joost	1500-1564	62.
Manget, Jean-Jacques	1652-1742	63, 72, 81, 86, 91, 102.
Martiano, Prosper	1577-1622	3, 22, 108.
Mead, Richard	1673-1754	164.

Mercado, Luis	1520-1606	136, 137.
Michelotti, Pietro Antonio	1673-1740	24.
Monte, Giovanni Battista	1498-1551	26.
Moreau, Renè	s. XVII	108.
Morgagni, Giovanni	1682-1771	24.
Morin, Louis	1635-1715	3.
Morton, Richard	1637-1698	135, 136.
Nenter, Georg Philipp	s. XVIII	91.
Palacios, Félix	XVIII	77, 154.
Pitcairne, Archibald	1652-1713	74.
Pomet, Pierre	1658-1699	86.
Prisciano, Teodoro	s. IV-V	58.
Ramazzini, Bernardino	1633-1714	116.
Redi, Francesco	1626-1697	99.
Rivière, Lazare	1589-1655	40, 55, 58, 89, 91, 102, 139, 163.
Robinson, Bryan	1680-1754	24.
Schroeder, Johan	1600-1664	81, 135.
Sénac, Jean Baptist	1693-1770	24.
Sennert, Daniel	1572-1628	40, 128, 163.
Silva, Jean Baptist	1682-1742	108.
Solano Luque, Francisco	1684-1738	35.
Solenander, Reiner	1525-1601	65.
Storkius Vindobonensis	s. XVIII	103.
Sydenham, Thomas	1624-1689	66, 88, 129, 133, 135, 149.
Tencke, Hieronymus	s. XVII	47, 87.
Tessari, Ludovico	s. XVIII	43.
Teófilo Protospatario	s. VII	16.
Torti, Francesco	1658-1741	136.
Tozzi, Lucas	1638-1717	91.
Triller, Daniel W.	1695-1782	58.
Willis, Thomas	1621-1675	74.
Zwelfer, Johann	1618-1668	91.
Zwinger, Theodor	1533-1588	75, 86, 151.

ÍNDICE DE LOS SIMPLES FARMACÉUTICOS DE ORIGEN ANIMAL

alquermes	alchermes	confección 52, 60, 65, 122, 146, 154, 162
almizcle	moschum	65.
araña	aracnea	135.
asna	asina, asinus	leche 48, 58, 64, 139, 165, 168.
ballena	cetus	esperma o cetina 54, 58, 59.
cabra	caprinum	leche 58, 168.
cangrejo	cancer	ojos, 48, 69, 90, 91, 167.
cantáridas	cantharides	90, 92, 105.
capón	capo	96.
carnero, aries,	vervex	cabeza e intestinos 97, 100, carne 96, 167, polvos de sangre 58, 59, 91, 94, 146, sebo100, 147.
castoreo	castorerum	52, 65, 66, 67.
cerdo	porcus	grasa 126.
ciervo	cervus	polvo de hasta 45, 46, 47, 48, 51, 52, 65, 94, 124, 146, 154, 155, 162, 167, 169.
coccinélidos	coccinel.	94.
cochinilla	millepedes	polvo, machacadas 54, 55, 59, 68, 90,92..
cola de pescado	ichthyocola	167.
escorpión	scorpio	polvo 91, aceite 98.
gran bestia	alces	polvo de uñas 51, 52.
huevo	ovum	entero 60, yema 96, 100, clara 91, cáscara 68, membrana 135.
humano	humanus	polvo de cráneo 51, sal de cráneo 52.
jabalí	aper	diente 58, 59.
leche	lac	48, 49, 58, 59, 62, 76, 79, 98, 101, 124, 139, 147, 159, 168.
lombriz de tierra	lumbricus	aceite 68, 90.
marfil	ebur	raedura 94, 162, 167.
miel	mel	94, 97, 98, 100.
ostra	ostreum	167.
oveja	ovis patas	167
pavo	pavon	estiércol 52.
perca	perca	ojos 90.
pollo	pullus	146, 167
rana	rana	167.
sanguijuela	hirudo	147
sapo	bufo	polvo 91.
sollo	lucius	polvo de mandíbula 58, 59, 68, 90, 92.
ternera	vitulus	patas 167.
tortuga	testudo	167.
unicornio	unicornu	polvo,94, 154.
víbora	vipera	polvo 134, sal 45, 51, 94, 154, carne 167, 169.

ÍNDICE DE SIMPLES FARMACÉUTICOS DE ORIGEN MINERAL

agua de la fuente	aqua fontis	46, 94, 123, 124, 149.
agua termal	aqua thermal	63, 64.
alumbre	alumen	134.
ámbar	ambra	60.
antimonium	antimonio	139; diaforético 46, 58, 79, 94, 94, 125, 134, 154, 162; Vidrio 87.
azufre	sulphur	134; bálsamo 54, 55, 58; espíritu 47, 146; flores de 159; magisterio 54; sal 90; tintura 54.
bezoár mineral	bezoardicum minerale	94.
bórax	bórax	67, 67, 68.
cal	calx	105; agua 105.
cardenillo	viride aeris	87.
cinabrio	cinabaris	52.
crystal de monte	crystal montis	48, 65, 162.
hierro marte	ferrum mars	48, 57, 62, 66, 178.
hollín	fuligo caminis	51, 52, 58, 59, 94, 154.
jacinto	hiacintus	confección 145, 154, 162.
júpiter	jovis	65.
lapis bezoardicus	pedra bezoar	94, 162, 163.
mater perlarum	madreperla	48, 65.
mercurio	mercurius	135, 139, dulce 79, de vida 86, 87.
nitro	nitrum	47, 58, 62, 90, 100, 145, 147, 149, 159, 162, 178; estibiado, 145.
oro	aurum	139.
perla	margarita	polvo 48, 122
pedra de Judea	lapis Judaicus	68, 91.
pedra hematites	lapis hematites	57.
pedra lince	lapis lincis	68.
pedra nefrítica	lapis nephriticus	68, 91.
rocío de mayo	ros majalis	76, 122.
sal gema	sal sal gemmae	100; espíritu 61, 62, 145.
saturno plomo	saturnum	57, 70.
succino karabe	succinum	45, 51, 52, 65, 67, 77, 90, 91, 103, 103.
vitriolo	vitriolum	54, 60, 67, 87, 87, 90, 92, 124, 134, 145.

ÍNDICE DE SIMPLES FARMACÉUTICOS DE ORIGEN VEGETAL

abedul	betula	68
abeto	abies	sumidades 64
acedera	acetosa	hojas 47, 126, raíz 47, 162
aceite común	oleum commune	97, 125
achicoria	cichorium, intybus	hoja 47, raíz 47, 62, 76, 124, 125, 134, 145
acónito	aconitus	103
adormidera	papaver album	semilla 56, 70, 101, 103, 145, 168
agárico	agaricus	72, 77, 78, 80, 87, 100
agrimonia	agrimonia	hojas 123, 159
ajenjo	absinthium	hojas 45, 46, 97, aceite 61, 97, 99, 125, 126, vino 60, 61, 63, 81, 122, 124, 125
ajo	allium	135
alcanfor	camphora	45, 94, 135, 154
alcaparra	capparis	corteza 48.
algodón	bombax	56
almáciga	mastiches	60, 61, 86
almendra	amigdala	59
almendra amarga	amigdala amara	90
almendra dulce	amigdala dulcis	47, 56, 68, 70, 85, 87, 168 Aceite 92, 97, 112, 126, 157
aloe	aloes	63, 72, 77, polvo 100, soccotrino 78, 125
alquequenjes	alkekengis	bayas 90
quermes	grana kermes	48,
alquitira	gumma tragacanthi	80, 167
amapola	papaver rheas	58, 94, 162, papaver rubra 94, 95, 146, 154, 170
angélica	angelica	papaver 100
anís	anisum	hierba 57, raíz 67, 94, 134
apio	apium	semillas 61, 97, aceite 54, 61, esencia 60, espíritu 54
arándano	mirtillum	raíz 46, 48, 69, 90
aristoloquia	aristolochia	57
aro	serpentaria virginiana	67, 68
artanita	arthanitha	52, 94, 99, 134, 154
artemisa	artemisia	72
asafétida	assa foetida	65, 67, 68
ásaro	asarum	65
avena	avena	raíz 86, 87, 134
azafrán	crocus	59
azúcar	saccharum	55, 65, 67, 101
azúcar blanco	saccharum album	47, 54, 80, 90, 99, 145, 167,
azúcar rosado	saccharum rosatum	52, 57, 65, 162;
azúcar rubio	saccharum rubrum	55, Rhodosacharum 126
azucena	lilium pallidum	97
azufaifa	jujuba	flor 91
		54, 56

bardana	bardana	semillas 69
becabunga	becabunga	50, 54
benjuí	benzoinum, benjoinum flor	54, 55
berro	nasturtium aquaticum	50, 64, hojas 90
betónica	betonica	51, 52
borraja	borrago	63, 80, Flor 48, 94, hojas 48, 167
brionia nueza	brionia	raíz 45, 46, 90
brusco	bruscus	raíz 48
cafe	caphe	52
cálamo	calamus aromaticus	60
caléndula	calendula	flor 48, 94, 123
camedrio	camaedris	hojas 45
camuesa	pomum redolens	corteza 48, jarabe 48
canela	cinamomum	46 48, 60, 61, 65, 67, 76, 77, 80, corteza 60
cañafistula	cassia	pulpa 72, 76, 97
cardo corredor	eringium	raíz 45, 48
cardo de maria	cardus mariae	58
cardo santo	cardus benedictus	58, 94, 146, 154, hojas 94, semillas 123, Sal 81, 124, 170
cebada	hordeum	47, 56, 59, 69, 70, 87, 162, 163, 167, 168
cedoaria	zedoaria	raíz 52, 67, 94, 134
celidonia	chelidonia major	63, raíz 134
centáurea menor	centaurea minus	63, 134, hoja 45, 94, sumidades 123, sal 45, 124, 134
cerefolio	cherefolium	hojas 90, espíritu 64
cicuta	cicuta	101, 103
cidra	citrus	47, 145, 162, corteza 46, 52, 60, semilla 123
clavel	tunica	flor 51, 60
clavo de especia	cariophyllus	aceite 51, 61
coclearia	cochlearia	64, hojas 94
coloquintida, alhandal	colochinthis, alhandal	80, 98, 99, 100
contrayerba	contrayerva	raíz 94, 154
copaiba	compaibae	bálsamo 86
coral	corallus	57, 154, 162
cordiales flores	cordialium flores	47, 170.
corteza de Perú	cortex peruvianus	52, 57, 61, 99, 112, 114, 124, 125, 134, 135, 136, 137, 139, 157
corteza de quina	cortex china, kina	45, 46, 51, 65, 94, 124, 126, 135, 137, 180
culantrillo	capillus veneris	48, 54, 65, 67, hojas 56
dátil	dactilus	69
diagridio	diagridium	77,78, 81
dictamno de Creta	dictamnus creticus	67, 68
diente de león	taraxacum	raíz 47, 62, 63
doradilla	cetherac	hojas 48
encina	lignum querquinum	visco 52.
endivia	endivia hojas	47, 80, 146, 162, 167
enebro	juniperus	baya 67, 90, 94, aceite esencial 48, 65, 69, 78, espíritu 69
eneldo	anethum	semilla 86

énula campana	enula campana	raíz 45, 46, 54, 94
erísimo	erisimum	raíz 90
escabiosa	scabiosa	hojas 56, 94
escamonea	scamonea	72, 78, 81 azufrada 78, 79
escordio	scordium	hojas 94
espino cervino	rhamnus cathartica	flor 79
espliego	lavendula	aceite 48, 51
fermento fuerte	fermentum acerrimum	105
flores cordiales	flores cordiales	47
fresa	fragaria	raíz 47, 62, 123, 145
fresno	fraxinus	corteza 48, raíz 68, sal 48
fumaria	fumaria	hojas 48 159, raíz 62, 77
gálbano	galbanum	65
garbanzo	cicer	68,69
genciana	gentiana	63, 125, 134, raíz 123, 134, sal 45
gengibre	zinziber	105
goma amoniaco	gummi ammoniacum	45, 46, 54, 55, 67, 78, 90
goma arábica	gummi arabicum	70, 80, 167.
goma gamandra	guttae gamandrae	86
graciola	gratiola	hojas 86
grama	gramen	91, 122, raíz 47, 123
granado	granatum	134, 144, 162, 163
gutagamba	gutta gamba	78, 81
haba	fava	estípites 48 91
heléboro	veratrus, helleborus	78, 80, 86, negro 100
hiedra terrestre	hedera terrestris	hojas 54, 59, 90
hierbabuena	mentha	60, 65, 80, 126, hojas 45, flores 60
hierbas vulnerarias	herbae vulnerariae	57, 59
higo	carica pinguis	69
higo	ficus	54, 69
hinojo	feniculum	semilla 97
hipérico	hiperico	57, 68, 90
hipérico	hipericon	flor 57, Semilla 68, 90
hisopo	hyssopus	54
hiusciamo	hyosciamus	101, 103
imperatoria	imperatoria	raíz 94, 134
ipecacuana	hipecachuana	86, 87,133.
jalapa	jalapa	raíz 81, resina 78, 79, 81
lapato agudo	oxylapatus	hierba 126
laurel	laurus	bayas 97,125
lechuga	lactuca	hojas 18, 167, semilla 168
lengua de buey	buglossa	154,170, flor 47, 48, 94
lengua de perro	cinoglossum	57
limón	limon, citrum	47, 62, 68, 92, 144, 145, 155
lino	linum	aceite 58, 97, 98
lirio	iris	flor 54
lirio del valle	lilium convalium	52
llantén	plantago	raíz 47, 57, 134
malva	malva	semillas 69, 70, hojas 97, 163

malvavisco	althea, altaea	69, 70
maná	manna	76, 79, 80
mandrágora	mandragora	101
manzanilla	camomila	flores 48, 91, 97, 99, 123, 124, camomelinum12, 98
margarita del prado	bellis	flor 90
marrubio	marrubium	hojas 54, 63
matricaria	matricaria	hojas 52, 67, 71, 90
mejorana	majorana	63, 105, 134
meliloto	melilotus	159
melocotón	persicus	flor 79, 80, m60, núcleo 68, 90
mercurialis	mercurialis	hierba 63, 97
mijo de Sol	milium solis	semillas 90, 91
mirra	mirrha	57, 65, 67, 68, m25, 134
mora	morus	163
mostaza	sinapus	51
naranja	aurantium	47, corteza 60, agua de nafa 65
nenúfar	nimpea flores	47, 62
nicociana	nicotiana	hojas 86
níspero	mespilus	huesos 68
nuez moscada	nux moschata	aceite 61
opio	opium	100, 101, 102, 103
opobálsamo	opobalsamum	86
ortiga	urtica	hojas 57, 90, semillas 87
palo nefrítico	lignum nephriticum	68
palosanto	lignum sanctum, guajacum	45, 46, 94
parietaria	parietaria	hierba69, estípites68, 69, 97
pasa	passula	48, 54, 56, 59
pelitre	pirethrum	raíz 98
peonia	peonia	51, 52
perejil	petroselinum	raíz 46, 90, 93, semillas 69
pez de Borgoña	pix burgund	105
pié de león	alchimilla	57
pimienta blanca	piper album	105
pimpinela	pimpinela	159
pino	pinus sumidades	64
pirola	pirola hierba	57
poleo	pulegium	55
pulmonaria	pulmonaria	hojas 54
quina	china	45, 46, 51, 65, 94, 124, 126, 135, 137
rábano	raphanus	54, 64, 68, raíz 86, 90, semilla 86
racimillo	siempreviva menor	hojas 86
raíces aperitivas	radices aperitivae	45
regaliz	glyzirrhis, liquirita	raíz 56, 57, 59, 69, 80
retama	genista	flores 48, 87, 90, estípites 45, 68
romero	ros marinus, anthos	aceite 51, 55, flores 52
rosa	rosa	flor 47, 56, 57, 76, 87, 168, rosas verdes 122
ruda	ruta	hierba 98, 125, aceite 97
ruibarbo	rhabarbarum	61, 63, 72, 76, 77, 78, 79, 80, 122, 123, 125
sabina	sabina	67, 68, 135, m38, m39, hoja 67 sumidades 99

salsafrás	sassafras	94
salvia	salvia	hojas 45, 52
sándalo rubio	sandalus rubrus	124
sanícula	sanicula	hierba 57
sardonia	ranunculus	135
saúco	sambucus	flores 159, corteza 48
saxífraga	saxifraga	raíz 69,90
semillas frías mayores	semina frigida maiora	47, 56, 61, 69, 123, 145, 168
semillas frías menores	semina frigida minora	47
sen	sena	hojas 72, 76, 79, flores 80, 81, raíz 123
siempreviva mayor	sempervivum maius	hojas m11, m11
simaruba	simarouba	corteza p2:104
sínfito	simphitum	57, 59, 147, raíz 56
sínfito	symphitum, simphitum	56, 57, 59, 147
tacamaca	gummi tacamaca	61
tamarindo	tamarindus	62, 72, 76
tamarisco	tamariscus	corteza 48
tanaceto	tenacetum	hierba 99
tártaro	tartarus	48, 61, 67, 69, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 87, 90, 91, 99, 124, 139.
té	the	hojas 52, 57, 95, 170
tilo	tilia	flores 51, 52
tormentila	tormentilla	raíz 134
toronjil	melissa, melyssa	hojas 48, 51, 60, 65, 67, 80, 126
trébol fibrino	trifolius fibrinus	64
trementina	therebentina,	68, 90, 91, 98, 135, de Venecia 67, 105
turbit	turbith gumosum	72, 78, 80
tusilago	tusilago	hojas 54, 55, 56, 59
uñas gatas	ononis	raíz 69, 90
valeriana	valeriana	raíz 45, 51, 94, 134
verdolaga	portulaca	hojas 47, 126, 162
verónica	veronica	hojas 54, 57, 90
viborera	viperina	raíz 94, 145, 154
vencetósigo	hirundinaria, vicentoxicum	52, 91
vinagre	acetum	67, 78, 105, 146
vino	vinum	61, 67, 68, 69, 80, 86, 90, 96, 97, 123, 134
vino emético	vinum emeticum	86, 98, 133
vino malvático	vinum malveaticum	80
vino renano	vinum rhenanum	90
violeta	viola	flor 47, 54, 55, 69, 90, 162, 168, semilla 90
virga áurea	virga aurea	68, hierba 57, 69, raíz 90
yerba mora	solanum	101, 103
zarparrilla	salsaparilla	raíz 45, 94

ÍNDICE DE ESPECÍFICOS Y PREPARADOS FARMACÉUTICOS

aceite de Mathiolo	oleum Mathioli	163
aguas	aquae	
angélica	potio angelica	76
antinefrítica de Minsich	aqua antinephritica Minsich	91
arterial	aqua arterialis	57
bendita de Rulando	aqua benedicta Rulandi	86, 87, 89
de clara	aqua <i>ex albo albi</i>	91
de triaca de Croll	aqua theriacalis Crollii	52, 60, 94, 154
doble del Dr. Mayerne	duplex aqua D. Mayerne	135
febrífuga de Poterius	aqua febrifuga Poterii	134
imperial de garbanzos	aqua ciceris imperialis	68, 69
Palata	aqua Palata	167
bálsamos		
católico	balsamum catholicum	61
de Lucatell	balsamum Lucatell	58, 100
benedicta laxativa	benedicta laxativa	97, 125
cerveza	cerevisia	85
cocimientos	decocta	
amargo de Bateo	amarum pharm. Bateanae	123
de Junker	JunKen	57
diurético de Fuller	diureticum Fulleris	91
febrífugo salado	febrifugum salsum Fulleris	124
Gall. veter. de Riviere	gallorum veterum ex Riverio	55
nefrítico de Forest	nephriticum Foresti	68, 91
sagrado de Fuller	sacrum Fulleris	55
confección de jacintos	confectio hiacintorum	145, 162
confección Gentil	confectio Gentilis cordialis	145
diascordio de Fracastor	diascordium Fracastorii	103
electuarios	electuaria	
de diascordio de Fracastor	diascordi Fracastorii	154, 155
hidragogo de Silvio	hydragogum Silvii Deleboe	81
hidragogo Zwelfer	hydragogum Zuelferii	81
melanagogo de Zwelfer	melanagogum Zuelferii	81
panquimagogo de Zwelferel	panchimagogum Zuelferii	80

elixires	elixiria	
de Garusi	Garusi	61
específico de Helmont	proprietatis Helmonti	51
específico de Paracelso	proprietatis Paracelsi	60
específico sin ácido	proprietatis sine acido	65
de vitriolo de Mynsicht	vitrioli Mensich	60
específico de Stoughton	proprietatis Stoughton	61
emulsión arábica de Fuller	emulsio arabica Fuller	70
enemas	enemata	
alimenticio	nutriens	96
amargo	enema amarum	99
apopléctico	enema apoplecticum	98
común	enema commune	97
clister carminativo	clyster carminativus	97
de los cuatro aceites de Fuller	è 4 oleis Fuller	98
dulce	enema dulce	98
febrífugo	enema febrifugum	99
esencia nefrítica de Zwelfer	essentia nephritica Joann. Zuvelferii	91
espíritu de vida áureo de Rulando	spiritus vitae aureus Rulandi	80
láudano opiado de Helmont	laudanum opiatum Helmontii	91
láudano opiado de Du Chesne	laudanum opiatum Quercetani	91
extractos	extracta	
flegmagogo de Du Chesne	phlegmagogum Quercetani	81
melanagogo de Du Chesne	melanagogum Quercetani	81
panquimagogo de Croll	panchimagogum Crollii	67, 80
febrífugo de Manget	febrifugum Mangeti	134
filonio	philonium	103
gelatina de hasta de ciervo Fuller	gelatina c.c. à D. Fuller	167
Gilla de Theopraastro	Gilla Theophrastri	86
goma ánglica	guttae anglicae	52
goma áurea de la Mothe	guttae aureae la Mothe	52
hidraleo	hydraelaeum	85
jarabes	sirupi	
áureo de rocío de mayo	aureus ex rore mayale	76, 122
de coloquintida de Sylvio	de colocinthide Silvii Deleboe	80
de malvavisco Fernel	de althaea Fernel	54, 68, 69, 70
de mucílago de Matteo	de mucilagibus de Gradi	68
de petum Querquetani	de peto Quercetani	54
de sen de Zwelfer	de sena Zuvelferii	81
de sínfito de Fernel	de simphito Fernelis	57
del Príncipe	Principis	80
del rey Felipe	regis Philippi	80
diacartam de Zwelfer	diacarthami Zuvelferii	80

jirapliega	hiera picra	100
láudano líquido de Sydenham	laudanum liquidum Sydenham	47, 61, 65, 101
láudano líquido	laudanum liquidum	97
láudano opiado	laudanum opiatum	57, 65, 102
láudano opiado de Du Chesne	laudanum opiatum Quercetani	101
láudano opiado de Helmont	laudanum opiatum Helmontii	101
marciales	martialia	48, 50, 64, 66
rodomiel alexandrina	rodhomei Alexandrinum	126
mitridato	mitridatum	78, 103
mixtura alcalforada de Taquenio	mistura camphorata Tachenii	54
oximiel de Angel Salas	oxisaccharum Angeli Salae	86
opobálsamo	balsamum judaicum	86
píldoras	pillulae	
artrhíticas	arthriticae	77
de R Morton	balsamicae Ricardus Mortonus	55
agregativas	agregativae	77
alefanginas	alephanginae	77
angélicas	angelicae	77, 78.
antiasmáticas de Lohoch	antiasthmaticae Lohoch.	55
antiasmáticas de Palacios	antiasthmaticae Palacios	55
antiasmáticas Lucatell	antiasthmaticae Lucatell	55
arábigas	arabicae	77
áureas	aureae	77
balsámicas de Richard Morton	balsamicae Ricard. Morton	55, 57
caquécticas de du Chesne	cachecticae Quercetani	77, 79
católicas	catholicae	77, 79
cefálicas de Carlo Musitano	caephalicae Carolis Musitani	77
cochias menores	cochiae minores	77, 78
comunes de Adrián Mynsicht	familiares Hadriani Mynsic	81
comunes de Carol Musitano	familiares Carolis Musitani	77
de dos	de duobus	77
de hermodáctilos	hermodactilorum	77
de Nicolás	sine quibus esse nolo Nicolai	77
de Storkius	Storkii	103
de succino de Cratón	de succino Cratonis	77
de tres	de tribus	77
estomacales o usuales	stomachicae aut usuales	77
familiares de Adrián Mynsich	familiares Hadriani Mynsici	81
familiares de Carlo Musitano	familiaris Caroli Musitani	77
fétidas	faetidae	77
flegmagogas	phlegmagogae	78
hidragogas de Adrián Mynsicht	hydragogae Hadriani Mynsich	81
ópticas mayores o de luz	opticae sive lucis majores	77
panchimagogas	panchimagogae	78
pectorales de Mynsicht	pectorales Mynsich	77
tartáreas de Bontius	tartareae Bontii	77
tartáreas de Du Chesne	tartareae Quercetani	79

polvos	pulv	
de Cornacchini de tres	Cornachini seu de tribus	79
de gutteta	de gutteta	51
de Marchio	marchionis	51
diurético de Rolfincio	diureticus Rolfincii	91
estomacal de Du Chesne	stomachicus Quercetanus	60
Haly	hali Pharmacopoea Augustana	58
militaris pyrius	militaris pyrius	134
restrictivo magistral	restrictivus magistralis	61
pomum Quercetanus	pomum Quercetani	58, 59
sal de Inglaterra	sal anglicum	80
sal de saturno	sal saturni	57, 70
sal febrífuga de Sylvius	sal febrifugum Silvii	124
sal prunella	sal prunelae	47, 62, 162
supositorio común	suppositorium commune	100
supositorio irritante	suppositorium irritans	100
tártaro nitrado de Mynsicht	tartarus nitratus Minsich	48
tierra foliada	terra foliata	48
tintura de Tachenius	tinctura Tachenii	154
tintura antitísica de Etmuller	tinctura antiphthisica Etmulleri	58
tintura catártica de Carol Musitanus	tinctura cathartica Caroli Musitani	81
tisana laxante regia	ptisana laxans Regia	76
triaca	theriaca	52, 103, 135, 154, 155, 163
turbit mineral	turpethum minerale	87
vicentoxicum	vicentoxico	91